ÉL DESTRUIRÍA EL MUNDO ENTERO
PARA MANTENERLA A SALVO

PROMESAS QUE INTENTAMOS MANTENER

MONICA MURPHY

Planeta

MONICA MURPHY

PROMESAS QUE INTENTAMOS MANTENER

Traducción de Mariana Hernández Cruz

Planeta

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

Banda sonora

Dress, Taylor Swift
Heroin Song, Jadu Heart
Out to Sea, Caramel
I Wanna C U, Blood Orange
With Every Moment, The Shakes
*Lonely Boogi*e, Kevin Krauter
Witches, Sasha and the Valentines
You and Me, Butter Bath
As I'm Fading Into You, Blevins

Encuentra el resto de la banda sonora de *Promesas que intentamos mantener* aquí:

https://spoti.fi/3TvLvE9

Prólogo

Sylvie

EL PASADO

—¡Mami! —Tengo la voz ronca, la garganta irritada. Me duele todo el cuerpo y no logro sentirme cómoda en la cama, siento la cobija tan pesada y caliente que la pateo, frustrada.

—Sylvie, amor. —Mi madre entra corriendo a mi habitación, recoge el edredón del pie de la cama y me lo vuelve a echar encima para cubrirme por completo, otra vez—. No te destapes. No estás bien y no queremos que te enfermes más.

Me dan ganas de gritar de frustración, pero en lugar de eso cierro los ojos y me concentro en respirar hondo sin toser. Llevo un par de días en casa y estoy aburridísima.

—Si ya estoy resfriada.

Se le escapa un suspiro.

—Y por eso no deberías ir a la escuela. Siempre te contagian algo. —Abro los ojos de golpe por la firmeza de su tono—. Ese lugar es un pozo lleno de gérmenes. Uno pensaría que no lo es por tratarse del colegio privado más caro de la ciudad.

—¡Me encanta la escuela!

Todo el tiempo me amenaza con sacarme, y yo siempre lloro y le ruego que deje que me quede. No quiero que me eduquen en casa pues seríamos solo mi mamá y yo todo el día. Prefiero estar con mis maestros y mis amigos, aunque no tenga muchos. Nunca estoy el tiempo suficiente en la escuela para que me inviten a pijamadas y fiestas de cumpleaños; siempre estoy enferma. No sé qué me pasa ni por qué siempre tengo que ir con médicos; parece que ellos tampoco saben qué me pasa.

—¿Qué hora es? —le pregunto, queriendo cambiar de tema. Si se obsesiona con la escuela, podría hacer algo como sacarme.

Ya lo ha hecho antes. Esta es la tercera escuela a la que asisto desde el jardín de niños y apenas voy en tercer grado. Mi papá dice que necesito estabilidad, pero cuando estamos solas, ella siempre me dice que él no tiene ni idea de lo que está hablando.

Supongo que le creo.

—Casi las nueve. Tienes que tomarte la medicina.

Me siento en la cama y hago una mueca cuando ella se aparta para agarrar el jarabe para la tos que está sobre mi tocador. Odio el sabor.

—¿Tengo que tomármelo? —gimoteo.

—Sí. —Voltea hacia mí y vierte el espeso jarabe color rojo oscuro en un vasito antes de dármelo—. Tómate hasta la última gota.

La obedezco y hago una mueca después de tragar. El jarabe para la tos siempre sabe fatal, pero este es peor. Tiene un sabor metálico que no consigo descifrar y cada vez que le pregunto por qué sabe así, me dice que así es.

—Buena niña —murmura cuando le devuelvo el vasito vacío—. Gracias por ser siempre tan obediente, mi amor.

Reacomodo mis almohadas antes de acostarme, deseando poder salir de mi habitación y ver la televisión. ¿Una película? Pero sé que no me dejará. Me dirá que es demasiado tarde. Siempre tiene una excusa.

—Deberías estar durmiendo. Seguro que estás agotada. —Me arropa y se inclina para darme un beso en la frente—. Mi preciosa y querida niña. Necesitas a alguien que te cuide, ¿verdad?

Ignoro lo que dice pues me desagrada cómo me hacen sentir sus palabras.

—No estoy cansada.

He estado durmiendo todo el día.

—Necesitas descansar.

—Estoy aburrida. ¿Llamaste a mi profesor para que me traiga la tarea? —Quiero tener algo que hacer. No tengo mi paquete de

aprendizaje para la semana y necesito aprenderme las tablas de multiplicar.

Se levanta y se para al lado de mi cama.

—En realidad no quieres hacer la tarea, ¿o sí?

«La tarea». Lo dice como si fueran malas palabras. Me encojo de hombros.

—Me gusta aprender.

—Yo puedo enseñarte mucho más de lo que aprendes en la escuela. Cosas prácticas que te servirán en la vida. —Se acomoda en el borde de mi cama, sonriéndome—. Nosotros somos diferentes, ¿sabes? Nuestra familia. Nuestro estilo de vida. Algunas de las materias que te enseñan… nunca las vas a necesitar.

Me lo dice todo el tiempo. Que somos diferentes. Como si fuéramos mejores que los demás. A veces quiero creerlo y a veces… me siento mal por pensar así.

—Pero me gusta ir a la escuela. Me gusta estar con mis amigos.

Ella frunce el ceño.

—¿No te gusta estar con tu mami?

—Te quiero —le digo sin dudar.

Frunce el ceño.

—Entonces deberías querer estar en casa. Conmigo.

Pero no quiero. ¿Cómo se lo digo sin herir sus sentimientos?

Llaman a la puerta, parcialmente abierta, varias veces, muy rápido y nos sobresaltamos. Volteamos y vemos a mi padre en el umbral, con la frente marcada por la preocupación cuando su mirada se cruza con la mía.

—¿Estás bien, Syl-bichito? —me pregunta con voz suave. Antes de que pueda contestar, mi madre le responde.

—No le digas así. No es un bicho. —A mi mamá se le tuerce la boca cuando me llama así, como si fuera otra mala palabra.

—Estoy bien —le digo a mi papá mientras tomo el unicornio de peluche que me regaló hace un par de años y lo abrazo con fuerza —. Es solo un resfriado.

Se me escapa una tos como para enfatizar lo que digo. Él frunce el ceño y mira a mi mamá.

—Suena fatal.

—Tenemos cita con el médico mañana por la mañana —responde ella con voz fría. Me invade la decepción. No quiero ir al médico. Siempre voy. Es solo un resfriado. No es para tanto.

—Siempre la llevas al médico, pero no parece mejorar nunca. —Mi papá me dedica una rápida sonrisa antes de volver a centrar su atención en mi mamá. —¿Por qué crees que sea?

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Dudas de mí? Siguen averiguando qué le pasa. —Empieza a salir de mi habitación—. Ahora volvemos, mi amor.

Los veo irse, los oigo cuchichear furiosamente en el pasillo y, cuando alzan la voz, cierro los ojos dejando que mi cabeza se hunda en la almohada.

—¿Por qué no me dejas cuidarla por una vez? Lo que sea que tú estés haciendo, no está funcionando.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Como si fuera culpa mía que esté enferma. ¡No sabemos qué le pasa! Al menos yo hago algo e intento ayudarla.

—Yo quiero ayudar, pero nunca me dejas. Es como si quisieras tenerla solo para ti.

—Puede que sí. Tal vez ella es todo lo que tengo. Como si te importara lo que yo necesito, o lo que ella necesita.

Mi padre se queda callado. Puedo percibir su ira y la de mi mamá también.

Siempre se enojan cuando hablan de mí. Ella también habla de él cuando está a solas conmigo. Se queja de mi papi y de que ya no la quiere.

No me gusta. No quiero oírlo. Sus palabras me dan miedo. A veces…

Ella me da miedo.

UNO

Sylvie

HACE TRES AÑOS

—Toma una decisión —sisea mi madre mientras me agarra bruscamente del brazo, con firmeza. Se me va a amoratar.

Me zafo y me sobo antes de fulminarla con la mirada. No tiene ningún efecto, como siempre.

—No. Lo que me pides es imposible.

Arquea una de sus delicadas cejas. Mi madre tiene una belleza clásica conservada con modernidad; ni una arruga a la vista, aunque a nadie le importe. Mi padre la abandonó hace años y no hay ningún hombre en su vida. Nada en lo que pueda centrar su atención, solo yo.

—Nada es imposible, amor. Tú mejor que nadie deberías saberlo. Mírate. Eres un milagro viviente.

La rabia me hiela la sangre. La única razón por la que sigo viva es porque descubrí lo que hacía: convencer a un equipo de médicos, durante años, de que algo me pasaba aunque estaba perfectamente bien, perfectamente sana. Me envenenaba con toxinas desconocidas. Me privaba de lo esencial para estar saludable. Me mantenía despierta para que no pudiera dormir nunca, lo que me hacía lucir y actuar cada vez peor.

Juro que tengo un recuerdo borroso de ella sujetando una almohada sobre mi cara mientras yo luchaba por respirar. ¿Habrá ocurrido de verdad? ¿O será producto de mi imaginación hiperactiva? Todavía no lo sé.

A pesar de que la confronté varias veces, denunciando lo que me hizo, mi madre finge que esas conversaciones nunca ocurrieron… y yo también. El invierno de mi primer año en la prepa, cuando casi

me muero por una sobredosis por mi propia mano para defenderme de lo que me estaba haciendo, por fin renunció a su farsa, a su teatro. Pero a lo largo de mi vida ha hecho una actuación fantástica, merecedora de premios. Siempre interpretaba a la madre frenética, preocupada, incapaz de ayudar a su pobre hija enferma. Me llevó un tiempo, pero alrededor de los ocho años sospeché por primera vez lo que me estaba haciendo.

Ocho.

Enseguida me lo saqué de la cabeza porque nadie quiere admitir que su madre le haría algo tan horrible. No podía comprender su crueldad, hasta que por fin tuve que enfrentarme al hecho de que quería que me muriera. Pero, ¿por qué? ¿Para llamar la atención? Es lo único que se me ocurre. Mi padre la descuidaba, mi hermano la evitaba y mi hermana fingía que no existía.

Así que dirigió toda su diabólica atención hacia mí. Su vida era un completo caos y lo único que podía controlar era a mí.

Es irónico que casi me muriera por mis propias decisiones y no por las de ella. En ese entonces estaba angustiada y me sentía abandonada; traicioné a mi mejor amiga y arruiné nuestra relación. No tenía sentido seguir adelante, toda mi vida parecía una mentira. O eso creía. Sin embargo, resulta que mi madre aún tiene planes para mí: enviarme a otro tipo de muerte.

—Al menos te estoy dando opciones —continúa. Su sonrisa es fría y su mirada, calculadora—. Así que adelante, toma tu decisión.

Estamos en su estudio del *penthouse* de Manhattan, aunque podríamos estar en cualquier parte y seguiríamos teniendo esta batalla. Chocamos todo el tiempo, desde que yo era pequeña. Es como si fuera la única forma que tenemos de comunicarnos: destrozándonos mutuamente.

Mi hermano mayor, Whit, rechaza a nuestra madre de tal manera que la deja sin aliento a menudo. Mi hermana pequeña, Carolina, se dedicó a estudiar ballet para no tener que soportar el control de nuestra madre; se fue de la casa a los trece años y no volvió. Eso fue hace años y siempre me ha hecho gracia que eligiera el ballet, tomando en cuenta que es la forma de danza más rígida y

controladora que existe, pero Carolina de cualquier manera se entregó a él en busca de libertad. Así de dominante es nuestra madre, cuando alguien se lo permite.

Esa soy yo. La que tiene *mommy issues*, la que busca constantemente su atención, su aprobación, su aceptación. A pesar de que casi me mata, aún quiero su amor, lo anhelo, incluso.

Para mi eterna vergüenza, soy la única de los tres a quien nuestra madre puede manipular.

—¿Entonces? —La voz aguda de mi madre me saca de mi reflexión y parpadeo, momentáneamente confundida. Sin embargo, en cuestión de segundos, todo vuelve a mi mente, sobre *mi decisión*, mi supuesta elección: «¿Con qué hombre me casaré, madre? ¿Quizás con el señor Crisis de la Mediana Edad? ¿O con el señor Más Viejo Que El Polvo?».

No sé cuál es peor.

—Dame hasta mañana. —Me enderezo, levanto la barbilla, busco fuerzas en mi interior, pero no encuentro nada—. Mañana te daré mi respuesta.

—Darte cualquier cantidad de tiempo extra es peligroso. Ya lo sabes. —Mi madre se cruza de brazos y me mira con evidente desaprobación—. No intentes huir de mí, mi amor. Te encontraré. Siempre lo hago.

—Lo sé. —Sonrío, pero se siente forzado, así es que me detengo —. No planeo huir.

¿Qué sentido tiene? Siempre me encuentra. Nadie puede salvarme ahora, ni siquiera el chico que siempre juró que correría en mi defensa. Pienso en él y no puedo evitar la tímida sonrisa que curva mis labios: el dulce y tonto Spencer Donato. Me tolera como nadie y eso me vuelve loca. Puede que su padre tenga vínculos con la mafia —al menos, eso se rumora—, pero Spence se parece más a su dulce y leal madre del centro del país. Siempre he podido contar con él para que me ayude a olvidar.

Al menos por un rato.

—Bueno. —Da unos pasos, como si fuera a salir de la habitación, pero se detiene… exactamente delante de mí—. Sabes que solo te

cuido, Sylvie. No puedes cuidarte tú sola después de todo lo que ha pasado. Necesitas a alguien que te guíe, ¿y qué mejor opción como marido que un hombre mayor y más sabio? Salir con alguien de tu edad sería un error.

No respondo. Ya recibí una herencia; el fondo fiduciario será mío, sin estipulaciones, cuando cumpla veintiuno, en menos de dos años. Supongo que mi madre cree que despilfarraré hasta el último billete de los cientos de millones que lo conforman.

No confía en mí, nunca lo ha hecho, lo que nos pone en igualdad de condiciones, pues tampoco confío en ella.

—Como tu dulce osito de peluche, Spencer. —Me estremezco cuando dice su nombre y lo nota. Claro que lo nota. Muchos otros considerarían amable la sonrisa en sus labios, pero yo sé que no lo es. Disparó su arma y me hirió, tal y como lo esperaba—. Él no entiende nuestro mundo, mi amor. No en realidad. Se parece más a su simplona madre.

A Sylvia Lancaster no le gusta nadie, no respeta a nadie. Cree que está por encima de todo.

—Su familia es muy rica… —empiezo, siempre intentando defenderlo, pero ella me interrumpe.

—No como nuestra riqueza. Ni de cerca. Además, gran parte del dinero de su familia está… manchado. —Se estremece fingidamente —. Es mejor dejarlo de lado, ¿no crees? Por lo que sabemos, ahora está trabajando muy estrechamente con su padre.

No me molesto en responder. No sabemos lo que hace. No le pregunto. No hemos hablado en meses. Sus redes sociales dicen que es estudiante en la Universidad de Nueva York, pero ¿realmente lo es? No lo sé. Y si mi madre se sale con la suya, nunca lo sabré.

—Necesitas a alguien confiable. Estable. Como las opciones que te di. Ambos son excelentes y no importa con quién termines casándote, te cuidarán, incluso con tus… dolencias.

Mis dolencias. Qué manera tan dulce de describir cómo me jodió mentalmente desde niña. Es lo mismo que me ha dicho durante años. Desde la primera vez que me llevó al consultorio de un médico con la esperanza de que pudiera averiguar qué me pasaba.

«Todo está mal conmigo», concluí. «Soy un desastre. ¿Quién me querría?».

Según lo que dijo mi madre antes, Earl Wainwright IV ha hecho la oferta más alta por mí, seguido de otro caballero mucho mayor cuyo nombre he olvidado; Earl tiene casi setenta años. Divorciado y solitario, busca una *joven guapa* que lo acompañe a eventos sociales. Me quiere a mí y mi madre me ofreció a él por una buena suma. No estoy segura de cuánto, pero sé que recientemente perdió algo de dinero en una mala inversión.

Me recorre un escalofrío al darme cuenta de que me comprometió con alguien, aun cuando mi corazón le pertenece a otra persona. Siempre ha sido así.

Y siempre lo será.

Toco la puerta con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Me los lamo mientras tomo una botella de champaña fría con la otra mano. Entonces, de golpe, la puerta se abre.

Spencer está ahí, su atractivo rostro luce sorprendido cuando me ve en su puerta, lamiéndome el dorso de la mano.

—¿Cómo entraste al edificio?

Hago una pausa, lo miro fijamente, enfurecida, y dejo caer mi mano herida a mi costado.

Nada de «hola, pasa», o «¡por Dios, te extrañé tanto, Sylvie!». Nada de eso. Solo quiere saber cómo me metí al edificio.

—Se la jalé al portero. —Lo empujo y entro en el departamento, mirando el espacio limpio y despejado, haciendo lo posible por contener las lágrimas pues ahora no es momento de estar triste. Tengo una misión que cumplir. —¿No te da gusto verme? —Han pasado meses desde la última vez que estuvimos juntos y ya se cansó de mis juegos.

Eso dijo y, en ese momento, me dolió. Todavía me duelen sus palabras, pero estoy desesperada por verlo, por tocarlo, por abrazarlo por última vez.

Volteo hacia Spence, levanto la botella de champaña, deseando haber bebido un poco para poder sentir esa efervescencia en la garganta, el cosquilleo en el estómago y en la piel mientras él cierra la puerta antes de acercarse lentamente a mí; la cautela rezuma por cada uno de sus poros. Lo observo con ansia, como si fuera la última vez, y por lo que sé, podría ser así.

Spencer es insoportablemente guapo, más ahora que es mayor y está en su punto. Es todo ojos y cabello oscuros, decadencia pecaminosa, como chocolate extracremoso. Hombros y pecho anchos y tan, tan alto, sobre todo si se compara conmigo; soy pequeña, como una «Duendecilla». Así es como me llamó una vez, cuando los dos estábamos todavía en la Preparatoria Lancaster y lo metí a escondidas en mi habitación para que pudiera hacer lo que quisiera conmigo. En ese tiempo lo hacíamos con frecuencia, a escondidas. Lo extraño.

Lo extraño a él.

La última vez que nos vimos estábamos en la ciudad, aquí, en su departamento. Aparecí inesperadamente, como suelo hacer, y él intentó que me fuera, como si lo hubiera interrumpido, pero, que yo sepa, no había nadie.

Es posible que le haya gritado. También es posible que le haya dicho que no quería volver a verlo; mentí todo el tiempo. Él lo sabe.

—Creía que me odiabas. —Su voz es plana, al igual que su mirada cuando la dirige hacia mí, lo que provoca pavor en todo mi cuerpo.

—Oh, te odio, Spencer. No debería estar aquí. Esto es un error, que me aparezca en tu puerta. Tú lo sabes. Yo lo sé. —Hago una pausa, notando el destello de frustración que ilumina sus ojos y me comunica que le importo. Al menos un poco—. Pero eso no significa que no quiera algo de ti.

No dice nada cuando me acerco a él, lo tomo de la camisa y le doy un tirón para que no tenga más remedio que agachar la cabeza. Su boca se cierne sobre la mía, llena, madura y tentadora como el pecado. Mis labios se encuentran con los suyos y los mordisqueo solo un instante antes de apartarme—. Vamos a emborracharnos.

—Sylvie…

—Necesito emborracharme, Spencer. Esta noche es una ocasión especial. —Mi voz es bajita, casi ronca. Me aterra que me vaya a decir que no.

—¿Qué celebramos? —Su mirada recorre mi cara, como si estuviera memorizando cada pequeño rasgo, las imperfecciones y las cicatrices. Es el único que me ve tal como soy. Sin embargo, no me aleja. Tampoco intenta cambiarme.

No hay nadie como Spencer Donato. Nadie.

—Tengo que emborracharme para armarme de valor y por fin cogerte de verdad. —Lo suelto y entro a su cocina, dejando la botella en la barra. Empiezo a abrir todos los gabinetes hasta que encuentro lo que quiero; copas de champaña. No estoy segura de cómo supe que las tendría, pero he pasado suficiente tiempo en el departamento de su familia para saber que están bien abastecidos, sobre todo cuando se trata de licor.

Spencer me sigue hasta la cocina y enciende las luces mientras le señalo la barra donde dejé la botella.

—¿La abres, por favor?

Se arremanga la camisa azul oscuro y se pone manos a la obra para descorchar la botella. Miro sus fuertes antebrazos mientras toma una copa y vierte con cuidado la champaña en su interior antes de dármela; luego se sirve una. Levanto y dirijo mi copa hacia él, con la mano temblorosa.

—Salud.

—¿Por qué? —Su voz es grave, tranquila.

Escuchar su pregunta, ver la expresión en su rostro me destruye.

Sonrío y junto mis rodillas en una actuación magistral, fingiendo que solo somos él y yo, cuando después de esta noche no habrá más *nosotros.* Estoy comprometida con otro, aun cuando siempre quise comprometerme con Spencer.

—Por el futuro.

Choca su copa con la mía y bebemos, mirándonos el uno al otro. Sorbe mientras yo bebo a grandes tragos vaciando la copa en cuestión de segundos y la dejo sobre la barra. Tomo la botella,

volteo a servir y me giro para ofrecerle más a Spence, pero él apenas ha tocado su champaña Me encojo de hombros y reboso mi copa. Riendo, la recojo sin que me importe que la champaña se derrame por todos lados; sobre la barra, en mi abrigo, mi cuello, mis labios. Bebo y bebo, sintiéndome más caliente con cada trago.

—¿Por qué llevas abrigo, Syl? —me pregunta, arrebatándome la copa vacía de la mano antes de que pueda volver a servirme.

Perdí la cuenta de cuánto he bebido, pero sé que no es suficiente.

—Oye —lo fulmino con la mirada—, quiero más.

—Quítate el abrigo. Quédate un rato. Tenemos toda la noche.

Él no lo entiende. No tengo toda la noche. Probablemente tenga un par de horas antes de que deba volver a casa. Mi madre está haciendo quién sabe qué, dejándome libre, lo que fue su primer error. Aproveché la ocasión para escapar, sabiendo que era mi última oportunidad. Mi última noche. Con Spencer.

—¿Quieres que me quite el abrigo? —Es de gruesa lana negra, con cuello de piel sintética y un cinturón ceñido a la cintura que le recuerda a todo el mundo lo horriblemente delgada que estoy.

—¿No tienes calor? —Levanta una ceja mientras me contempla.

—Solo espera. —Me desato el cinturón y me quito el abrigo con un movimiento de los hombros, hasta que queda a mis pies revelando que estoy completamente desnuda. Una ofrenda al único hombre que soporto que me toque.

Perplejo, desplaza su mirada hacia la mía, sin interrumpir el contacto visual.

—Sylvie…

Me acerco a él, le rodeo el cuello con los brazos y rozo mi cuerpo desnudo contra el suyo.

—Cógeme, Spencer.

—¿Qué estás haciendo? —Mantiene su mirada sobre mí. Sus manos descansan ligeras sobre mi cadera, como si le diera miedo tocarme.

—Te deseo. —Me paro en puntitas y aproximo mi boca contra la suya, cerrando los ojos. Responde mi beso por solo un segundo y

luego echa la cabeza hacia atrás. Vuelvo a caer sobre mis talones, abro los ojos y descubro su mirada llena de preocupación mientras me observa, y lo odio. No quiero que se preocupe. Quiero que me coja.

—No me mires así.

—¿Qué pasó? Dímelo.

Es demasiado listo. Siempre me descifra.

—Nada. —Sonrío y estiro el brazo para posar mi mano sobre su incipiente erección. Puedo ponérsela dura solo con mirarlo.

—Estás mintiendo. —Su voz es irritantemente tranquila y de repente quiero gritar. Jalarme el pelo y preguntar por qué la vida tiene que ser tan injusta.

—Te lo juro, eres el único hombre que conozco que cuestionaría los motivos de una chica desnuda. ¿No entiendes? Quiero consumar nuestra relación, Spence. ¿No te he provocado lo suficiente? —Le sonrío, con el cuerpo cada vez más lánguido gracias al alcohol mezclado con las pastillas que tomé antes, aunque debo tener cuidado pues no quiero desmayarme y perderme toda la diversión—. Ningún otro hombre haría esto. Me levantarían y me llevarían directamente a la cama.

—Sé cómo eres, Syl. Me preocupas.

—Estoy bien. —Me aclaro la garganta—. De verdad. Estoy bien.

Quizá si lo digo lo suficiente, empiece a creerlo.

—¿Bien?

—Sí. —Me enderezo, desesperada por beber más champaña—. Ahora llévame a la cama.

Me toma de la mano y me acerca aún más a él, con los labios curvados en una sonrisa lasciva mientras susurra:

—¿Quién dice que te quiero coger en una cama?

Parpadeo, tratando de ignorar la repentina palpitación entre mis piernas.

—Soy una jovencita virginal. ¿Quieres… qué? ¿Tomarme contra la pared? ¿Cogerme aquí mismo, en la cocina? —Me zafo de su abrazo y me subo a la barra de la cocina; siento el mármol frío bajo mis

nalgas—. Ven. —Me acerco a él, pero no lo suficiente—. Vamos a probar la altura.

Abro lentamente las piernas mientras él se acerca y le permito pasar entre ellas. Pone las manos en el interior de mis muslos, acariciándome suavemente, encendiendo pequeñas chispas sobre mi piel con su tacto.

—Jovencita virginal —murmura, su voz profunda me eriza la piel —. No hay nada virginal en ti, Sylvie.

—Excepto mi himen intacto. —No puedo concentrarme cuando me toca así, pasando los dedos de un lado a otro, acercándose cada vez más a mi vulva, para luego alejarse. Sabe dónde quiero que esté y no quiere dármelo—. Mi médico acaba de demostrarle a mi madre que soy virginal en todos los sentidos.

Levanta los párpados y sus ojos café oscuro se clavan en los míos.

—Tienes al médico y la madre más jodidos del planeta.

Dios, la verdad duele.

—No es culpa suya. Solo hace lo que le pide mi madre —digo en voz baja, mordiendo mi labio inferior cuando sus dedos rozan ligeramente mi zona húmeda. Probándome. Provocándome—. Me está vendiendo al mejor postor.

Sus dedos detienen su exploración.

—¿Qué quieres decir?

Llevo la mano a la parte delantera de su camisa y empiezo a desabrochar lentamente los botones, manteniendo la mirada fija en esa tarea en lugar de mirarlo a los ojos.

—Voy a comprometerme, Spencer. Estoy segura de que el anuncio se hará pronto.

—¿Con quién?

—No lo conoces. Es un banquero de inversiones. Mucho, mucho más viejo y sofisticado. Me enseñará cosas, estoy segura. Mi mamá le pagó, así que ya no soy su problema, después de que matarme con falsas enfermedades no funcionara. —Las palabras brotan de mí, una tras otra, como si no tuviera control sobre ellas.

Se le escapa una risa y reanuda su búsqueda, presiona mi clítoris con el pulgar, haciéndome sisear.

—Qué graciosa, Syl.

No esperaba que me creyera. He dicho este tipo de cosas antes, pero nunca se han hecho realidad. No me he muerto. No me han mandado a Australia, no me han internado en un psiquiátrico, no me he vuelto lesbiana, no he ido a Harvard. Todo lo que juré a Spencer que pasaría, pero no pasó. Soy la mentirosa consumada, la excéntrica niña rica que hace lo que quiere, dice lo que quiere, compra lo que quiere. Eso es lo que le parece al mundo exterior, pero ¿aquí, ahora mismo? ¿Con este chico que ahora es un hombre? Soy lo más real que puedo ser. Y aun así, no me cree. Ojalá pudiera ver a través de mi fachada. La mayor parte del tiempo sí puede, pero últimamente no estoy segura de quién es la verdadera yo.

Dejo a un lado mi melancolía y me concentro en lo que está pasando. Cómo está tocándome. Necesito perseguir el sentimiento que solo experimento con Spencer. Ese es mi objetivo esta noche.

El único objetivo.

Me inclino hacia atrás, apoyo las manos en la barra y todo mi cuerpo tiembla mientras él desliza sus dedos por mi piel sensible.

—Hablo en serio, Spence. El próximo capítulo de mi vida empieza con «Había una vez una boda…». ¿No es romántico?

Ignora lo que digo, su mirada se centra en donde me acaricia.

—Me dijiste que nunca te casarías.

—Supongo que mentí. ¿De verdad te sorprende tanto? —Cuando su mirada se encuentra con la mía, alzo las cejas—. Eso pensaba.

—¿Te tomaste algo antes de venir? —Sus dedos detienen su exploración y un gemido frustrado surge de lo más bajo de mi garganta.

—Claro que no —miento, abriendo más las piernas, tanto como puedo—. Haz que me venga, Spencer. Lo necesito.

Empiezo a moverme al ritmo de sus dedos, ondulando la cadera. Me muerdo el labio inferior cuando sus dedos, seguros, se deslizan dentro de mí. Los mueve despacio, curvando los dedos y rozando ese misterioso punto que me hace ver las estrellas.

—Mírate —murmura, con la mirada fija en su mano mientras me acaricia—. Mojada y desnuda en la barra de mi cocina. Eres como un sueño hecho realidad.

«Un sueño que no durará», quiero decir, pero no lo hago, solo exhalo un suspiro, arqueando la cadera y Spencer no se detiene, no, lo empeora todo cuando se inclina sobre mí y recorre uno de mis erectos pezones con su lengua, luego el otro, dejándolos húmedos y adoloridos. No puedo apartar la mirada, tengo los labios entreabiertos mientras me coge con los dedos y me succiona los pezones. Mi Spence, quien normalmente tiene la camisa abotonada, está pecaminosamente sexy con la camisa parcialmente desabrochada, mostrando el abdomen fuerte que siempre mantiene oculto.

¿Está mal que solo lo busque cuando tengo miedo? ¿Cuando sé que todo está a punto de desmoronarse? Los hábitos son difíciles de romper y desde que salí de la Preparatoria Lancaster hemos jugado de esta manera, sacándonos de quicio, diciendo estupideces que se convierten en una discusión que me hace salir furiosa, dando un portazo detrás de mí, jurando no volver a verlo. Eso siempre es mentira.

El problema es que, últimamente, mis estupideces se han vuelto reales. Sin embargo, él piensa que sigue siendo un juego. Eso es lo que pasa cuando eres joven y rico, y aparentemente no te importa nada en el mundo; finges que la vida es un juego gigantesco y que estás en él para ganarlo.

Spence ni siquiera nota que perdí, que me llevo una última cosa solo para mí antes de tener que conformarme con el premio de consolación.

—¿Alguna vez te habías encontrado a una chica en la puerta de tu casa con un abrigo y nada más? —Me recuesto sobre los codos, agradecida por las largas y anchas barras de su cocina, y se me escapa un grito cuando se agacha y me pone la boca encima.

Cierro los ojos y gimo, tomo su cabeza hundiendo mis dedos en su cabello espeso y suave, aferrándolo a mí mientras lame cada

centímetro de mi vulva; acaricia la entrada de mi vagina con su lengua, me lame el clítoris, lo rodea, lo acaricia, y me vuelve loca.

Sus manos se posan en mis caderas y me aproxima mientras se aleja de mí, mis dedos resbalan entre su cabello.

—No puedo decir que haya sido así.

Ya ni siquiera sé de qué está hablando, pero no importa. Cuando vuelve a centrar su atención en mi vulva, me deleito con el ritmo de su lengua, sus manos tiran de mis caderas, moviéndome con él. A ciegas, extiendo la mano y, sin querer, golpeo una de las copas de champaña que rueda por la barra y cae al suelo con un delicado tintineo de cristales.

—No te lastimes —susurro, esperando que el cristal no lo haya golpeado.

No dice ni una palabra. Solo murmura contra mi carne y la sensación me vuelve loca. Me revuelvo contra su boca y me levanto para tomarle el pelo con las dos manos, mirándolo fijamente mientras él hace lo mismo. Su mirada es lo definitivo. Su boca en mi vulva, sus dedos presionando profundamente. La ola se levanta y me invade tan de repente que grito su nombre, chillando de placer mientras me deslizo sobre su rostro, su hermoso y amado rostro.

Cuando termina, me levanta en sus brazos y me saca de la cocina, esquivando cualquier cristal. Me lleva a su habitación y me deposita en el centro del colchón. Me acuesto ahí como un montón de huesos, aún sin aliento, sin dejar de mirarlo mientras se despoja de su ropa. Hasta que está tan desnudo como yo. Erecto y enorme, todo para mí.

Se acerca a la cama, trepando por ella desde abajo como un depredador, hasta situarse justo encima de mí, enjaulándome. Lo miro fijamente, enroscando el dedo en la fina cadena de oro que siempre lleva, jalándolo hacia abajo hasta que su boca apenas roza la mía. El rico y terroso aroma de mi vulva sigue pegado a su boca y a su barbilla, y le lamo la piel, saboreando el gusto.

—Esta vez me vas a coger de verdad —susurro—. ¿Entiendes?

Siempre he sido yo la que lo aparta en el último segundo, demasiado asustada para seguir adelante. En cuanto empecé a

menstruar, mi madre me habló de mi virginidad como si fuera un precioso regalo que le haces al hombre con el que te vas a casar, y a nadie más.

«¿Quieres ser una puta?», me preguntaba a menudo: «¿quieres abrirte de piernas y dárselo a cualquier hombre que te diga que eres bonita?». «No, señora», respondía siempre con voz temblorosa.

Protegía mi virginidad con todo mi ser, aunque nadie me deseaba en ese sentido. Durante mucho tiempo no permanecía lo suficiente en la escuela como para que algún chico se interesara en mí. Hasta Spencer. Desde el momento en que nos miramos, lo supe.

He hecho muchas cosas. Muchas otras cosas en lugar de sexo real con Spence. También he besado a otros chicos, incluso dejé que un par de ellos me tocaran, pero casi todos los encuentros sexuales que he tenido han sido con Spencer. Hemos hecho de todo, menos esto.

Cuando tu madre te hace ir a revisiones periódicas para asegurarse de que tu virginidad sigue siendo demostrable, haces lo que ella quiere. Nunca creí que tuviera otra opción. A pesar de ser adulta, todavía me cuesta dejar a mi madre; una pequeña parte de mí la necesita. ¿Qué tan retorcido es eso?

Casarme con alguien que ella eligió me recuerda que no me pertenezco a mí misma. Nunca me he pertenecido. Mi virginidad ya no me pertenece y la voy a regalar, sin importar las consecuencias, a pesar de estar comprometida con alguien. Y no es con este hombre que ahora se cierne sobre mí, con su grueso pene apoyado sobre mi vientre, dejando un rastro húmedo, la prueba de que me desea.

Con la otra mano, me acerco a él y las yemas de mis dedos rozan la cabeza, haciendo que se retuerza. Exhala entrecortadamente y agacha la cabeza, respirando hondo. Como si necesitara recuperar el control.

—Realmente no quieres.

Ahora es él quien me aparta. He tenido su pene en la boca, sus manos sobre todo mi cuerpo. Sin embargo, me rechaza porque sabe lo mucho que mi preciosa virginidad significa para mí. Para mi madre.

Es enfermizo lo involucrada que está en mi vida.

—Sí quiero. Contigo. —Vuelvo a jalarlo de la cadena, nuestras bocas se funden, nuestras lenguas se enredan. Acariciándose. Avivando el fuego que siempre arde dentro de mí cuando estoy con este hombre. Ahora es un hombre y yo soy una mujer comprometida.

A punto de cogerme a alguien que no es mi futuro marido.

Le acaricio el pene y él la empuja lentamente contra mi palma, gimiendo en mi boca. Mi cuerpo se siente vacío, mis paredes internas se aprietan en torno a la nada. Por una vez, solo quiero saber cómo es, cómo se siente dentro de mí. Los dedos no bastan; su boca, aunque absolutamente divina, no basta. Necesito más.

—Déjame ponerme un condón. —Se inclina sobre mí, alcanzando el cajón del buró para abrirlo. Intento no pensar en Spencer con otras chicas, pero no puedo evitarlo.

Guarda condones en su buró. ¿Cuántas chicas ha traído a este departamento? ¿A cuántas chicas se ha cogido? Nunca hemos tenido un compromiso hablado, pero nos sentimos continuamente atraídos el uno por el otro. Entramos y salimos de la vida del otro constantemente. He pasado meses sin verlo.

No puedo tener expectativas. Ni exigencias. No es mi derecho, a pesar de lo mucho que lo quiero.

Querer no es una palabra suficientemente. Amo a Spencer. Lo amo. Simplemente no puedo reunir el valor para decirlo en voz alta.

—No necesitamos condón. Tomo la píldora. —Lo pongo a prueba para ver si dice que debería usar uno porque ha estado con otras mujeres, pero no dice nada al principio.

—¿Cómo que tomas la píldora? —Su mirada cuestionadora se encuentra con la mía.

—Pensé que era mejor estar preparada.

—¿Y cuánto tiempo llevas preparada?

Levanto un hombro, haciéndome la indiferente.

—No te preocupes.

Su mirada es firme y demasiado intensa, aunque finalmente aparto mis ojos y trago saliva. Si me rechaza ahora mismo, no sé

qué haré. Pero no lo hace, claro que no. Me tiene lista y dispuesta, no puede. En lugar de eso, cierra el cajón y vuelve a ponerse sobre mí, de rodillas, con los dedos alrededor de la base de su erección. Mientras se acaricia, se me seca la boca y me doy cuenta de que se me acaba el tiempo. Necesito que lo haga ahora.

Abro las piernas y le muestro todo lo que tengo. Su mirada se desliza naturalmente y se concentra en mi brillante carne rosada. Me toco entre las piernas y me acaricio, los sonidos de humedad hacen que me moje más.

—Por favor —susurro. Nunca suplico y por la expresión en su rostro, él lo sabe—. Te quiero dentro de mí.

Se acaricia un poco más. Su pene está rojo y casi parece enojado.

—Por favor, Spence. —Cierro los ojos, gimoteando—. Te necesito.

Sin vacilar, se cierne sobre mí y guía su pene hacia el interior de mi cuerpo. Inhalo en cuanto lo siento penetrarme, mis muslos se endurecen y todo mi cuerpo se pone rígido. Toda mi voluntad me abandona y el miedo la sustituye por completo.

—Relájate —susurra, con su boca contra la mía, justo antes de darme un beso largo en el que palpo su lengua. Cuanto más me besa, más fácil me resulta hacer lo que me dice, relajarme. Empiezo a darme cuenta de que me está llenando, centímetro a centímetro, insoportablemente, robándome el aliento cuanto más profundo se desliza, hasta que su pene está completamente dentro de mi cuerpo.

Esta vez mis paredes internas se estrechan a su alrededor y es como si me recorriera una sacudida, electrificando mi sangre, mi piel y mis huesos. Siento un ardor cuando empieza a salir, solo para volverse a empujar hacia adentro y esta vez… Esta vez, no hay ardor.

Spence se mueve y yo también, completamente fascinada con cada pequeña cosa que hace. La forma como sus manos se apoyan en la cama a ambos lados de mi cabeza. El balanceo de su cadena al entrar y salir de mí. El brillo del sudor que se forma en su frente y su pecho. El vello oscuro que se riza en el centro de sus pectorales, vello que no existía cuando tenía diecisiete años y nos

desnudábamos, escondidos en mi habitación de la Prepa Lancaster, para que me metiera el dedo y yo lo masturbara. Aquellos fueron buenos tiempos, cuando mis preocupaciones no tenían nada que ver con futuros maridos y bebés, y toda esa mierda horriblemente responsable de los adultos. Cuando podía estar con Spence sin preocuparme.

—Diablos, Sylvie —dice apretando los dientes, como si le doliera —. Estás muy apretada.

—¿Demasiado apretada? —pregunto, como la virgen idiota que soy.

Se ríe entre dientes.

—Nunca. —Luego inclina la cabeza para besarme—. Me estás apretando tan fuerte que me voy a venir en minutos.

Quiero que se venga en unos minutos. Debemos darnos prisa. Esta es mi última oportunidad de estar con Spencer antes de tener que renunciar a él para siempre.

Debe de notar cuando mis músculos se calientan y se aflojan porque enseguida empieza a cogerme en serio, con fuerza. El sonido de nuestra piel al conectarse inunda la habitación, igual que el olor a sexo. A pesar del orgasmo que tuve antes, mi cuerpo está excitado y listo para empezar de nuevo, y meto mi mano entre los dos; mis dedos encuentran mi clítoris hinchado y empiezo a acariciarlo.

Spence remplaza mi mano con la suya, sus ásperos dedos dibujan círculos cada vez más pequeños alrededor, hasta que echo la cabeza hacia atrás, incapaz de respirar, mientras un segundo orgasmo me sacude y me deja sin aliento. Sin sentido.

—¡Mierda! —grita, justo cuando siento el primer chorro de semen en mi interior. Pronto me siento inundada, y sus embestidas no disminuyen mientras me penetra con un gemido desgarrado lo profundo su garganta.

Le froto la espalda cuando se acuesta encima de mí. De arriba hacia abajo, recorro su suave piel, respirando el aroma de su colonia. Su champú. Todavía está dentro de mí y me pregunto si siempre recordaré lo que sentí en este momento cuando piense en Spence, quien se ha convertido en parte de mí.

—Soy demasiado pesado. —Empieza a apartarse, pero lo abrazo con más fuerza, impidiendo que se vaya.

—No —susurro, tragando con dificultad la espesa emoción que recubre mi garganta, haciéndome casi llorar—. No te vayas todavía.

Se queda acostado un momento, cediendo a mi petición, hasta que no puede más. Cuando sale de mí, el semen escurre mojando mis muslos y la cama debajo de mí, y me siento vacía. Vacía. Casi quiero empujar su semen hacia mi interior para llevarme un trozo de él conmigo cuando me vaya, pero no lo hago. No quiero que me pregunte por qué.

—Debería haberme puesto un condón. —Se acuesta a mi lado y estira la mano entre mis piernas para recoger el semen.

Le quito la mano de un manazo y me arrepiento inmediatamente.

—Déjalo. Estoy bien.

Me acaricia con los dedos, recorriéndome de arriba a abajo, despacio, con suavidad.

—Hay sangre. —Levanta los dedos para mostrar la sangre mezclada con su semen—. Realmente eras virgen.

—¿Alguna vez dudaste de mí? —pregunto en voz baja, dolida.

—La verdad, no —responde y su mano me abandona cuando lo fulmino con la mirada—. Por favor, Syl, sueles decir muchas locuras.

Suavizo mi mirada porque tiene razón.

—Pero sabes que eres la única para mí —murmura, el brillo sincero en sus ojos es abrumador.

—Dices lo que sea para llevarte a una chica a la cama —bromeo, queriendo aligerar el momento.

La sinceridad se sustituye con dolor, pero lo ignoro.

—¿Te gustó cuando me vine dentro de ti? —pregunta, casi sonando… ¿tímido?

Mi dulce, dulce Spence. Es un romántico. Un caballero de brillante armadura. Siempre corriendo a mi rescate. Sin embargo, nada puede salvarme ahora. Ni siquiera él.

Levanto una ceja.

—¿Alguna vez te habías venido dentro de una mujer? ¿Desnudo? ¿Sin condón?

Lentamente niega con la cabeza y se inclina para darme otro beso.

—Nunca.

—¿Me lo juras? —Le impido que me bese y apoyo la mano sobre su pecho, justo encima de su corazón, que sigue latiendo con rapidez.

—Sí —susurra contra mis labios, su lengua se desliza entre ellos mientras sus dedos vuelven a introducirse en mi interior. Juguetea con mi vulva, sus dedos encuentran mi clítoris aún sensible y mi cuerpo responde como la puta que soy para este hombre—. Quiero hacer que te vengas otra vez.

—Pero estoy muy cansada. —Me aparto de sus dedos, odiando alejarlo. Si pudiera, dejaría que me cogiera toda la noche, que me hiciera venirme una y otra vez. Pero no podemos, se nos acabó el tiempo.

No tiene que decir una palabra, siento su frustración, se nota en su piel, resuena en su voz cuando insiste:

—Sylvie. Déjame. Sabes que quieres.

—No, no quiero. Necesito dormir. —Lo miro por encima del hombro, ignorando el gesto en su atractivo rostro. Es tan difícil resistirse a él, pero tengo que hacerlo—. Fue mi primera vez, Spencer. Estoy adolorida.

En realidad, no, pero necesito salir de aquí.

—Oh. Mi pobre bebé. —No discute más conmigo. Me atrae hacia él, mi espalda contra su pecho, y sus musculosos brazos se deslizan alrededor de mi torso, sus grandes manos se extienden por mi estómago, sujetándome. Noto su pene rozándome las nalgas. Sigue excitado. Si no nos cuidamos, podríamos dejarnos llevar y volvería a estar dentro de mí. Sería tan fácil. Siempre es fácil entre Spence y yo, hasta que deja de serlo.

—Déjame traer una toalla. Te limpiaré.

—No. —Sacudo la cabeza, mi pelo roza su cara y él lo aparta—. Solo… déjame acostarme aquí y cerrar los ojos. Solo unos minutos.

—De acuerdo. —Me besa la sien y sus labios se detienen junto a mi piel. Siento que me inspira, como si estuviera saboreando mi

aroma, y mi corazón, lo juro por Dios, se quiebra.

Expuesta, derramando por todas partes mis emociones contenidas, podría desangrarme en esta cama y morir en los brazos de este hombre, y nadie lo cuestionaría, menos yo. Me mata de la manera más dulce. Al final, lo lastimaré y me odiará. Tendré que vivir conmigo misma por eso, me guste o no.

No decimos nada, la tranquilidad de su departamento me adormece momentáneamente. Hasta que me despierto sobresaltada unos minutos después, aunque no sé qué hora es. La habitación está a oscuras. Oigo el ruido de la ciudad a lo lejos. El claxon de un coche. El ruido de una sirena.

Tengo que irme.

Sin moverme, escucho la respiración de Spence. Es lenta y profunda. Está profundamente dormido. Siempre ha podido dormirse rápidamente y lo envidio por eso.

Con cuidado, para no perturbar su sueño, salgo de la cama y volteo para mirarlo por última vez antes de irme. Está acostado de lado, con la cobija recogida hasta la cintura, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Parece tan tranquilo, es tan hermoso; el pelo castaño oscuro le cae sobre la frente y me dan ganas de echárselo hacia atrás, besarle la frente, respirarlo a él como lo hizo antes conmigo, susurrarle que lo amo.

No lo hago, solo me quedo mirándolo, intentando grabar este momento en mi memoria para futuros recuerdos, y luego huyo de la habitación, corro desnuda por el pasillo y voy a la cocina a buscar mi abrigo. Lo recojo del suelo y me lo pongo, pero piso el cristal que rompí y hago una mueca de dolor, mordiéndome el labio para no gritar.

No me da tiempo a sacarme el cristal del pie, aunque lo rozo rápidamente. Me calzo las zapatillas, vuelvo a atarme el cinturón del abrigo y busco mi teléfono en el bolsillo.

Al sacarlo, veo la hora en la pantalla y me invade la preocupación; he estado fuera más de lo previsto. Mi madre podría estar buscándome.

El miedo me inunda e ignoro las notificaciones de mi teléfono, lo guardo en el bolsillo de mi abrigo y salgo corriendo del departamento, aunque cierro la puerta lentamente. Tomo el elevador hasta la planta baja, me despido del portero al que soborné antes con sus galletas favoritas, las que hornea una panadería cercana, y salgo del edificio en un abrir y cerrar de ojos.

A lo largo de los años he visitado a Spence lo suficiente para que el portero me reconozca, pero siempre me gusta darle un pequeño obsequio por no haberme dado problemas nunca. Solo cuando estoy en el asiento trasero de mi coche, de camino a casa, me siento lo suficientemente valiente como para revisar las notificaciones de mi teléfono. Hay un mensaje de mi mamá, por supuesto.

Ven a casa, ahora.

Seguramente sabe en dónde estaba y con quién. Ha tolerado mis devaneos, como ella los llama, con Spencer durante años y casi siempre se hacía de la vista gorda, pero ya no. Ahora tiene una responsabilidad: entregar al conde Wainwright a la perfecta noviecita virgen.

Mis labios se curvan en una sonrisa malvada pues parece que arruiné esa parte de su plan.

DOS

Sylvie

ACTUALMENTE

No quería emborracharme antes de la boda de mi hermano. De verdad que no, pero cuando mi nuevo mejor amigo, Clifford von Worth, se presentó en mi departamento de Park Avenue con una botella enorme de vodka Clix en la mano, supe de inmediato que estaba en problemas. La levantó al entrar y miré la etiqueta con los ojos entornados, formando con mis labios una o de sorpresa.

—¿Dice vodka clit, de clítoris? —le pregunto.

Él se ríe y cierra la puerta tras de sí.

—Por favor, Sylvie, como si fuera a comprar un vodka clit. Ni siquiera sé qué hacer con uno.

Cliff vive en el mismo edificio al que me mudé con mi marido después de casarnos. Nos hicimos mejores amigos de inmediato, sobre todo porque Earl siempre estaba fuera, viajando por negocios. Mi marido quería que lo acompañara para poder presumir a su perfecta mujercita que apenas está en sus veintes; la esposa trofeo encarnada, ¿verdad? Pero yo fingía estar enferma —demasiado fácil, tratándose de un papel al que estaba acostumbrada ya que he estado realmente enferma durante años— y él me permitía quedarme en casa, con mi dulce amigo Cliff.

—Dime la verdad, Cliffy. ¿Nunca has tocado el clítoris de una mujer? ¿Jamás? —le pregunto mientras me sigue hasta el bar que hay en un rincón de la enorme sala.

—Nunca he tocado a ninguna mujer de forma sexual. —Me giro para mirarlo una vez que estoy detrás de la barra, justo a tiempo para ver cómo se estremece ante la mera idea.

—Como si fuera lo más asqueroso del mundo. —Tomo un par de caballitos mientras Cliff abre la botella y sirve un trago para cada uno.

—Lo sería. Las vaginas son un desastre. —Levanta su vaso y lo choca contra el mío antes de que ambos nos lo acabemos de un trago—. Las mujeres no son lo mío, ya lo sabes.

—Los penes también son un desastre. Gotean por todas partes. Se disparan en el momento más inesperado. —Me lamo el vodka de los labios y me sirvo otro vaso. Por eso me gusta pasar tanto tiempo con Cliff; es seguro, tiene cero expectativas más allá de la amistad, y no quiere estar con una mujer, así que no hay insinuaciones sexuales. Además, nunca estamos en competencia con el otro por cualquier cosa—. Me imaginé que podrías… no sé… haberle metido el dedo a una chica en la prepa durante un faje.

La mueca de su cara es casi cómica.

—¡Qué asco! Jamás lo haría.

Riendo, me sirvo otro trago, ignorando la mirada de preocupación de Cliff cuando inclino la cabeza hacia atrás y siento el licor bajando suavemente por mi garganta.

—¿Sabes? Te encantaría mi amigo Monty.

—¿Cuál Monty? —Cliff deja el vaso sobre la mesa con un sonoro golpe y abre mucho los ojos—. Espera, ¿te refieres a Montgomery Michaels?

Asiento, tomo su vaso y lo vuelvo a llenar.

—Es un querido amigo de la familia y estará en la boda.

—Rayos, ¿hablas en serio? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Es un tipo impresionante. —Cliff sacude la cabeza cuando le ofrezco su vaso lleno—. No puedo emborracharme. Necesito mantener la cordura cuando conozca a Monty por primera vez.

Entonces me bebo su vaso y me relamo los labios.

—Te lo presento.

—Más te vale. —Me quita el vaso de las manos—. Sylvie, queridísima, por favor no bebas demasiado. No quieres hacer el ridículo en la boda de tu hermano, ¿verdad?

—Realmente no me importa. Todo el mundo espera que haga el ridículo de todos modos.

Tomo mi propio vaso y me lo vuelvo a llenar, bebiéndomelo antes de que pueda detenerme.

—Además, ¿quién me va a prestar atención? Nadie. Después de todo, es el día de Whit y Summer. Todo el mundo los estará mirando. Son tan hermosos juntos.

Dejo de hablar, odio sonar como una arpía celosa, pero supongo que lo soy. Y tengo motivos para serlo. ¿Por qué Whit puede casarse con el amor de su vida y yo tuve que casarme con el viejo? Ni siquiera tuve una gran boda: Earl y yo fuimos al juzgado y nos casamos. Una ceremonia rápida para una pareja falsa, supongo. No es que quisiera tener una gran boda con Earl, pero qué desperdicio de oportunidad.

—¿Cómo están las cosas entre Summer y tú? —El tono de Cliff es sombrío. Sabe todo sobre mi pasado con ella. Bueno, la mayor parte.

—Estamos bien. —Me encojo de hombros y me río, aunque la risa suena vacía. Cuando se trata de mi amistad con Summer, todavía me siento así, vacía.

¿Volverá a ser ella misma conmigo? Hemos sanado un poco nuestra relación después de que la traicioné hace tanto tiempo. Cuando era joven y estúpida y tan fuertemente influenciada por mi madre. Llena de inseguridades y desconfianza. Sigo siéndolo, pero sin la influencia de mi madre, gracias a Dios.

—Si tú lo dices. —La mirada de Cliff dice lo contrario—. Y confía en que todos los asistentes de hoy te prestarán atención en algún momento. Es tu primera aparición pública después de lo que pasó, ¿verdad?

—Oficialmente, sí. —Ya casi no salgo. Soy una pequeña ermitaña, encerrada en mi lujoso departamento, yo sola. Lo prefiero así.

Salir, ir de fiesta… lleva a la tentación. A cosas que no debería tocar. Que no debería hacer.

—¿Eso es lo que planeas llevar a la boda? —La voz de Cliff me saca de mis pensamientos.

Miro el vestido negro de corte conservador que encontré en el inventario de mi abuela Lancaster. Sí, mi familia tiene inventarios de ropa como si fueran piezas de museo, pero con el dinero que tenemos es una decisión inteligente. La mayor parte de la ropa que compramos se convierte en icónica, histórica incluso.

—¿Qué tiene de malo?

—Es negro.

—Estoy de luto.

—Nena, no puedes ir de negro a una boda en la tarde.

—¿Quién dice?

Cliff ignora mi pregunta.

—Definitivamente no es adecuado para una boda de primavera. Vas a parecer una nube oscura y lúgubre.

—Todos los demás van a parecer huevos de Pascua. Soy la única que llegará con una pizca de sofisticación además de la novia. —Bebo más vodka, el alcohol vibra por mis venas agradablemente, haciéndome sentir caliente. Suelta. Lánguida. Como si pudiera desplomarme en el suelo y quedarme dormida en cualquier momento. Cliff no me impide beber, aunque veo el juicio en su mirada dorada. Es mejor que lo ignore.

—¿No ha pasado tiempo suficiente? ¿De tu periodo de luto? —La preocupación en la mirada de mi amigo, en su voz, me hace hacer una pausa.

Suelto un suspiro y apoyo las manos sobre la barra de mármol, enroscando los dedos alrededor de sus bordes.

—Nunca será suficiente.

—Llorar a un hombre que ni siquiera amaste no tiene sentido…

—Para ti —lo interrumpo—. Pero para mí… debo seguir llorándolo justo porque no lo amaba, Cliff. Lo dejé morir. Se merece al menos un poco de respeto de mi parte.

No reacciona ante mi comentario de que lo deje morir porque no lo cree. Más bien no me escucha porque, si lo hiciera, por una vez, se daría cuenta de que digo la verdad. Es mi culpa que Earl esté muerto, y merece más que mi escaso respeto, pero solo soy una mujer y no puedo hacer gran cosa.

—No puedes ir de negro a la boda de tu hermano. —Cliff lo dice con tal determinación que me deja momentáneamente desconcertada e incluso dispuesta a darle la razón.

—Todavía no entiendo por qué no eres parte de la boda. Es tu hermano y eres solo una invitada. En la propiedad de tu familia. —Cliff sacude la cabeza—. No tiene sentido.

—Para mí tiene sentido —digo, con voz débil. No querría desempeñar ni siquiera un pequeño papel en la boda de Whit y Summer porque, en primer lugar, no me lo merezco y, en segundo lugar, no quiero arriesgarme a que me obliguen a pasar tiempo con mi madre. Le expresé mis sentimientos a mi hermano y, aunque le molestó que no quisiera participar, también comprendió mis razones.

Ella estará ahí. La posibilidad de cruzarnos es inevitable. Haré lo posible por ignorarla y espero que cualquier interacción con ella sea rápida e indolora. Es posible que la gente hable de mi falta de presencia, pero no me importa, estoy en modo de autopreservación.

—Vamos. —Me toma de la mano y me aleja del bar, de mi querido nuevo amigo, vodka *Clit*. Lo sigo mientras me arrastra hasta la habitación que antes le pertenecía a Earl, pero que ahora es mía.

Adentro está oscuro, con las cortinas cerradas. Cliff me suelta la mano y se acerca a la ventana, pulsa un botón para que las cortinas se abran en automático, revelando lentamente el día soleado. El paisaje urbano se extiende frente a nosotros; los altos edificios, las ventanas que resplandecen con el sol.

Levanto una mano, me tapo los ojos y siseo.

—Demasiado brillo.

—Rayos, eres un puto vampiro —dice con desgana mientras se dirige al vestidor. Me quedé con todos los muebles de Earl y la habitación todavía huele a él, lo que me hace pensar que tengo que deshacerme de ellos. No necesito recordatorios de mi marido muerto. Probablemente debería vender este departamento, pero ¿adónde iría? No quiero mudarme con mi padre y no puedo mudarme con mi madre. Por ahora, este departamento es suficiente.

Cuando Earl murió, contraté a alguien para que renovara por completo el clóset y doné toda su ropa a organizaciones benéficas

antes de trasladar mi propia colección.

Sus hijos estaban enojados conmigo. Ni siquiera les di la oportunidad de revisar todo, pero no lo habrían querido de todos modos. ¿Y si encontraban algo, una pequeña pista escondida en los pantalones o en el saco de Earl? No podía arriesgarme. Además, sus hijos solo querían estar enojados conmigo, y entiendo por qué; soy un blanco fácil. La flamante esposa, mucho más joven. Su madre está muerta y para ellos, soy una paria. Más joven que todos, lo que seguro les desagradaba.

Da igual. Por lo único que no pudieron culparme fue por ir tras el dinero de Earl. Les pagué el valor justo de mercado por el departamento. Dejé que se pelearan por el dinero de sus cuentas bancarias, aunque estaba dividido en partes iguales entre los cuatro, según el testamento de Earl. Puede que se casara conmigo, pero no me incluyó en su testamento, así que no tenía voz en nada.

No me importó. Todavía no me importa.

—¿Qué estás haciendo? —Me meto en el clóset, zigzagueando en mi andar. Golpeo la pared con la mano para espabilarme—. ¡Por dios! Estás eligiendo algo para mí, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo, tomando en cuenta que tú prefieres aparecerte con un vestido que parece que usó tu abuela en los años cincuenta. —La expresión de desprecio en la cara de Cliff no se puede negar—. Como si lo hubiera diseñado el mismísimo Christian Dior en 1952.

Miro el vestido de Dior que llevo puesto antes de que mi mirada se encuentre con la suya.

—¿Cómo supiste?

—Soy un experto en moda, nena. ¡Cómo te atreves a dudar de mí! —Empieza a ojear cada prenda colgada en mi clóset, descartándolas, murmurando un insulto tras otro; demasiado rosa, demasiado expuesto, demasiado, demasiado poco.

No digo nada, como suelo hacer, y me froto la parte delantera del vestido, a lo largo de la tira de botones que recorre el centro del corpiño.

—Resulta que mi abuela sí usaba este vestido.

—Lo sabía. —Su voz es petulante—. ¿Era tan pequeña como tú?

—Más pequeña. Creo que las mujeres ricas de los cincuenta ni siquiera comían. —Golpeo el cinturón alrededor de mi cintura.

—Demasiados barbitúricos que tomar para seguir viéndote y sintiéndote lo mejor posible. Dios, ojalá hubiera vivido en esa época como una reina delgada que no comía una mierda y pasaba todas las noches con Andy Warhol en The Factory. —El tono soñador de la voz de Cliff me hace reír.

—Eso es más propio de los años sesenta —le recuerdo.

—Da igual. —Saca un gancho, revelando un vestido azul pálido de un solo hombro con volantes por aquí y allá.

—Oooh, ¿de dónde sacaste esto?

—De una tiendita en Los Hamptons, hace toda una vida. —Me acerco a él, arrancándole el gancho de los dedos—. Lo compré cuando Earl aún vivía y pasábamos el verano en su casa, pero nunca tuve un pretexto para usarlo.

Cliff mira el vestido y frunce el ceño.

—Hmmm.

—¿No te gusta? —le pregunto.

—No es que no me guste. —Guarda el vestido y sigue buscando antes de que pueda protestar—. Más bien, no necesitamos recuerdos de Earl empañando el día.

Si supiera. En realidad, no lloro a Earl, no realmente. Más bien lloro a la chica que fui antes de él. Antes de casarme con un hombre al que no amaba y perder al único que realmente me importaba.

La vida está llena de decisiones estúpidas y luego te mueres. Alguien me dijo lo mismo cuando estuve en el psiquiátrico hace un tiempo, aquella vez en la que mi madre pensó que me cambiaría por completo y resolvería todos mis problemas. Intenté arreglarme, de verdad, pero no funcionó. Sigo siendo la misma Sylvie jodida que he sido durante lo que parece toda mi vida.

—Él no empañará el día —murmuro—. Nunca formó parte de mi vida con mi familia. Creo que Whit, de mala gana, se reunió con él una vez.

—¿Por qué solo una vez? ¿Y por qué de mala gana?

Porque el matrimonio era falso. Porque Whit lo sabía y no tenía ningún deseo de pasar tiempo con mi marido, que tiene la edad de nuestro padre. Porque todo en mi vida en los últimos años ha sido una gigantesca actuación, no hay ni una pizca real.

Sabía lo que hacía nuestra madre y le dijo a la cara que no lo aprobaba, pero ella lo hizo de todos modos. A ella no le importa lo que pensaran los demás.

Desde luego, no le importaba lo que yo pensaba. Yo menos que nadie.

—Whit estaba demasiado distraído con Summer —es mi respuesta, y es bastante cercana a la verdad—. En la época en que me comprometí con Earl, Whit estaba persiguiendo a Summer en París.

—No me digas. —La voz de Cliff es inexpresiva y la expresión en su cara, dudosa. No me cree.

Nunca dije que Cliff no fuera inteligente. Me gusta rodearme de gente como él pues también me siento inteligente, aunque cuando son demasiado inteligentes se vuelven… peligrosos.

—Tú búscame un vestido. —Señalo los estantes de ropa, desesperada por distraerlo—. Algo hermoso y apropiado para una gran boda en un hermoso día de primavera.

—¿Algo no tan negro? —pregunta con ironía mientras reanuda la búsqueda.

Seguro que tengo algo que ponerme para la boda de mi hermano. De hecho, sé que lo tengo.

—Ayúdame a quitarme este. —Me acerco a Cliff, dándole la espalda para que pueda desabrocharme el cierre. Me lo abre, dándome la libertad para quitarme la prenda bien ceñida, y me despojo de ella como de una segunda piel. Tomo un gancho vacío y lo cuelgo, alisando la falda antes de colgarla en la puerta del armario.

—Es un vestido precioso —dice Cliff con tono casual.

—Para un funeral —añado con desgana.

Nuestras miradas se encuentran, justo antes de que nos carcajeemos.

TRES

Sylvie

Llegamos a la propiedad de mi familia en Long Island donde se celebra la boda porque, por supuesto, tenía que ser ahí. Es la escena del crimen, por así decirlo, donde Whit se enamoró perdidamente de Summer durante aquellas vacaciones de Acción de Gracias en que la llevé conmigo para que fuera mi red de apoyo. En lugar de eso, se cogió a Whit en secreto cada vez que pudo, los dos se escabulleron durante toda la semana, para disgusto de mi madre. Cogían por todas partes y los criados le informaban a mi madre de sus encuentros cada vez que les preguntaba: no culpo a los sirvientes pues fueron recompensados por sus informaciones. Mi madre necesitaba tantas pruebas como pudiera reunir para demostrar que Summer no era más que una puta vulgar, igual que su madre. Aunque a Whit no le importaba, mi madre sí logró asustar a Summer y la hizo huir.

De nuevo, ¿quién se ríe ahora? Solo puedo imaginar lo disgustada que debe estar mi madre porque Whit se casa con Summer, porque ella sea la madre de la próxima generación Lancaster, iniciada con su adorable bebé August. Estoy segura de que la ceremonia que se celebra hoy es una forma de que Summer le restriegue a mi madre en la cara que ganó. Admiro su valentía.

—Sabía que los Lancaster eran ricos, pero por Dios. Esto es otra cosa —murmura Cliff mientras me acompaña por los escalones hacia la entrada principal de la casa, con mi brazo enganchado al suyo—. Esta casa es un maldito castillo.

—Ha pertenecido a la familia durante generaciones. Antes solo veníamos en el verano —explico mientras recojo mi larga falda con la otra mano. El vestido que Cliff encontró para mí estaba colgado en

la puerta de mi armario, olvidado. El diseñador me lo había enviado la semana anterior, con la esperanza de que me lo pusiera para la boda y me tomara una foto con él.

Por suerte para él, está ocurriendo. Oigo el sonido de los obturadores mientras subimos lentamente las escaleras, siguiendo a los demás invitados que llegan a la boda. Desde luego que mi madre contrataría paparazis. Siempre ha sido de las que no se pelean con los fotógrafos.

Érase una vez, durante un breve y brillante momento, que fui una chica popular, la favorita de los paparazis porque les daba mucho material con el cual trabajar; me encontraban bebiendo, drogándome y de fiesta con chicos guapos. Era el sueño de todo fotógrafo hecho realidad.

También me convertí en una especie de influencer. Todo lo que llevaba puesto, o colgado del brazo o en las muñecas, se vendía en cuanto mi foto aparecía en internet. Fue una temporada salvaje en mi vida que duró demasiado poco pues mi madre ayudó a terminarla. Ella no cree en la mala publicidad; o es buena o no es. Probablemente le aterraba que abriera la boca y contara mi verdad, pero me entrenó bien y he mantenido la boca cerrada.

—Pareces de la realeza —dice Cliff cuando llegamos al final de la escalera. Una brisa hace flotar mi falda y me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja—. Hermosa como un cuadro.

El placer me corre por las venas al oír su cumplido. El vestido que llevo es absolutamente precioso, no puedo negarlo. Llega hasta el suelo, es blanco con un estampado floral turquesa y las pequeñas mangas son de tul con volantes. La falda es una delicia espumosa de múltiples capas de tul, el cinturón diminuto atado en un lazo permanente en el centro de la cintura.

Hacía tiempo que no me sentía tan bonita. Ayuda que estoy un poco borracha y tengo valor líquido.

—Espera a ver los cuadros de la casa. —Me estremezco de broma mientras caminamos por las puertas dobles abiertas—. Retratos intimidantes de antepasados se alinean en las paredes por donde mires. Cuando era más chica, juraba que todos me miraban al pasar.

—Qué espeluznante. —Cliff suena distraído mientras lo observa todo con los ojos muy abiertos. La familia de Clifford es rica, pero no como nosotros, los Lancaster.

No hay nadie como nuestra familia. El Augustus Lancaster original era un despiadado hijo de puta que se dedicó a varias cosas durante la Revolución Industrial. Empezó en el transporte marítimo, luego invirtió todo el dinero que ganó vendiendo sus barcos en la nueva frontera, en el ferrocarril, en el transporte de mercancías. Lo hizo bien, pero las generaciones posteriores fueron inteligentes y se retiraron justo antes de la Gran Depresión: en un momento, Augustus y sus hijos compraron yacimientos petroleros en Ohio.

Nuestro árbol genealógico está formado por una letanía de innovadores. Hace generaciones, era como si pudiéramos prever el futuro y siempre estuviéramos un paso delante. Algunos de los Lancaster siguen siendo así, pero, aunque tenemos muchas historias de éxito, también tenemos algunas no tan positivas sobre varios miembros de la familia: divorcios, enfermedades mentales, engaños, incluso hay un indicio de asesinato por ahí. Trampas, traiciones y venganzas, adquisiciones hostiles de varias empresas y movimientos audaces que casi destruyen el mercado de valores. Somos una estirpe aventurera. Todo en nombre de los Lancaster.

Atravesamos la casa a toda velocidad y nos dirigimos a las puertas dobles que dan a la terraza, donde se celebrará la recepción. Ya oigo tocar a un cuarteto de cuerda, acompañado por las suaves conversaciones de la gente que habla a la vez. Hay muchos invitados, con bebidas en la mano, y todas las mujeres están vestidas en tonos pastel, tal y como lo predije.

Parecen huevos de Pascua.

Me acerco a la balaustrada y echo un vistazo al jardín donde tendrá lugar la ceremonia. Hay una preciosa pérgola cargada de tantas flores blancas que temo que se derrumbe por el peso. El camino es blanco, alineado con más flores blancas y exuberantes, y hay una fila tras otra de sillas blancas con algunas personas ya sentadas.

—¿Bajamos a buscar nuestros asientos? —Cliff se detiene justo a mi lado, apoyando los antebrazos en el borde de la balaustrada.

—No te preocupes, ya sé dónde están nuestros asientos. Estamos en la primera fila, justo enfrente de Whit. —Le sonrío, pero mi mirada se posa momentáneamente en una figura familiar que baja las escaleras que conducen al jardín.

Me quedo helada, con el corazón en la garganta, dificultándome la respiración; reconozco esa cabeza oscura, la alta figura y su movimiento, su comportamiento.

—Sylvie, Sylvie, ¿me oyes?

Ignoro a Cliff, mi mirada ávida se come al hombre que camina hacia el jardín vestido con un esmoquin negro mientras su cabello brilla bajo el sol. Juraría que está más alto, incluso más fornido. Se acerca a otro hombre que no reconozco, se detiene a estrecharle la mano y una leve sonrisa aparece en su rostro; la visión es devastadora.

Antes solo me sonreía así a mí, como si fuera la única que lo hacía feliz, y él, el único que me hacía feliz a mí, por temporal que fuera. Era mi respiro, una forma de olvidarlo todo hasta que me obligué a olvidarlo.

El corazón se me acelera. Me duele. Soy una idiota. Debería haber sabido que estaría aquí. ¿Había sido tan ingenua como para pensar que si lo desterraba de mi vida, de mi mente, de todo, Whit haría lo mismo?

Spence es uno de sus mejores amigos. Por supuesto que no le haría eso. Mi hermano es mucho más leal de lo que yo podría ser.

—¿Estás bien? —Cliff posa la mano en mi antebrazo, devolviéndome al presente, y yo me sacudo, ofreciéndole una sonrisa quebradiza—. ¿Qué pasó? Parece que acabas de ver a un fantasma.

—Estoy bien. —Desvío la mirada buscando a un mesero—. Solo un poco sedienta.

La preocupación es evidente en la mirada de Cliff.

—No sé si deberías beber más antes de la ceremonia, Syl.

Recuerdo que Spencer siempre me llamaba Syl. Cuando éramos adolescentes, solía bromear diciendo que sonábamos como una vieja pareja de Hollywood. Spence y Syl. Syl y Spence.

—Es que hace mucho calor. —Me abanico con mi mano, el pánico corre por mis venas y me dan ganas de salirme de mi piel—. Necesito algo que me refresque.

Mi amigo suspira y sacude la cabeza.

—Ahora vuelvo —me dice y me aprieta suavemente antes de ir a buscarme algo de beber.

Estoy allí sola en la terraza de mi propia casa, sintiéndome como una intrusa. Nadie se acerca. Nadie me dice una palabra, aunque puedo sentir que me observan. Hablan de mí en voz baja, curiosos por mi repentina aparición, cuando todos los rumores dicen que no estoy sana y que soy incapaz de funcionar.

Ya se ha dicho de mí cualquier cosa horrible que se pueda imaginar: drogas, un completo colapso mental, reprobar la escuela, cogerme a un profesor, cogerme al amigo de mi padre, al novio de su mejor amiga. De cualquier cosa imaginable ya se ha corrido un rumor. Algunos incluso los empecé yo misma cuando era más joven y no me importaba. Solía decirle a todo el mundo que me cogía a Chad, el amigo de mi hermano, cuando en realidad solo tenía ojos para Spence. El rumor fue suficiente para incitarlo a la acción pues luego me persiguió con perseverancia, pensando que estaba con Chad: funcionó a la perfección. Mi madre siempre dijo que era una excelente manipuladora, lo que tiene sentido tomando en cuenta que aprendí de una maestra.

Cierro los ojos y me agarro fuerte a la balaustrada, cuya textura rugosa lastima las suaves palmas de mis manos. No sé si podré aguantar este día mientras la observo, o incluso si hablo con él. ¿Habrá alguien más en su vida ahora? Debería. Es guapo, amable e inteligente. ¿Qué mujer no lo querría?

Corté todos los lazos entre nosotros después de aquella noche en la que le entregué mi virginidad, hace casi tres años. Pensé que era lo mejor. La única forma que tenía de seguir adelante era eliminarlo

por completo de mi vida, y él tampoco se acercó a mí después de aquella noche.

A los pocos días de haber estado juntos se anunció mi compromiso, así que estoy segura de que eso fue lo que lo disuadió. Una vez que ocurrió, una vez que me casé con Earl, Spencer nunca volvió a aparecerse en mi vida. Ni siquiera preguntó por mí, y yo sí le preguntaba a Whit de vez en cuando, curiosa por Spencer y por lo que pudiera estar haciendo.

Pero nunca fui demasiado lejos con mis preguntas, siempre me protegía al final. Descubrir ciertos detalles me habría dolido demasiado, y ya sufría bastante.

—¡Sylvie!

Abro los ojos y me doy la vuelta para ver que mi tía Louisa está acercándose a mí, preciosa con un vestido color coral y una amplia sonrisa.

—¡Tía Louisa! —Acepto su abrazo y el beso en cada mejilla, devolviéndolo con una frialdad que indica que lo tengo todo bajo control. Soy una actriz excelente—. ¡Qué gusto me da verte!

—Me alegro mucho de que estés aquí. Te hemos extrañado en las reuniones familiares. —Se aparta de mí. Sus manos toman suavemente mis brazos mientras me mira de pies a cabeza—. Oh, eres una delicia. Adoro tu vestido.

—Gracias. —Le sonrío, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde está el tío Reggie?

Está casada con uno de los hermanos menores de mi padre. El más malo, Reginald. Dios, es horrible.

—Está con tu padre —La luz se desvanece de sus ojos, su expresión es seria—, hablando de negocios.

—¿Un sábado? ¿Durante la boda de mi hermano? —La verdad, no me sorprende. ¿Cuándo no hablan de negocios, dinero y estupideces?

—Ya sabes cómo son. —Me suelta, agitando una mano desdeñosa, acompañada de una risa ligera—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Me enderezo, de espaldas al jardín y al hombre de ahí abajo que aún posee una parte de mí—. Mejor que nunca.

—Te ves bien, tomando en cuenta todos los traumas por los que has pasado en tu vida. —Su sonrisa está llena de compasión.

Oh, mi tía Louisa es experta en ofrecer cumplidos envueltos en insultos.

—¿Ya llegó Charlotte? —le pregunto, refiriéndome a mi prima, la única hija de mi tía Louisa.

—No creo. Viene con su marido, Perry. —Mi tía suena orgullosa, y supongo que lo está. Perry y Charlotte son una pareja de oro. Se rumora que empezaron como un matrimonio arreglado que de alguna manera salió bien, lo que me da un poco de envidia, pues la bella y tranquila Charlotte se quedó con un chico joven y guapo por un matrimonio arreglado, mientras que mi madre me emparejó con un viejo decrépito.

—¿Y Crew? —Me refiero al hijo menor de Louisa.

—Ya está aquí. Aunque no sé dónde. —La sonrisa de Louisa sigue siendo agradable, el brillo vuelve a sus ojos—. Está con Wren, su encantadora prometida.

La conozco y sí, es encantadora, y Crew está completamente enamorado de ella. Entonces, como por arte de magia, Crew y Wren aparecen; mi primo se ve muy guapo vistiendo un traje gris, y Wren está preciosa con ese vestido rosa pálido. Ambos parecen dorados, como tocados por el sol, y sus sonrisas coinciden al saludarme con auténtica felicidad.

—¿Por qué están tan bronceados? —le pregunto a Crew después de que Wren me abraza.

Ella se ríe cuando él le rodea la cintura con el brazo y la atrae hacia él en un gesto posesivo.

—Acabamos de volver de Francia.

—De Cannes —añade Crew, su mirada de adoración se encuentra con la de Wren.

—¿Qué fueron a hacer ahí? —No solo estoy haciendo conversación, me siento genuinamente curiosa.

—Fuimos a buscar arte —responde Wren mientras sus verdes ojos danzan.

—Es su afición favorita —añade Crew.

Los cuatro conversamos durante unos minutos, sobre todo de la familia, y mi mirada se dirige a la copa que sujeta Louisa, deseando tener la mía. Tras unos minutos de conversación, empiezo a sentir un extraño ardor en el centro de la espalda. Los hombros se me crispan y los levanto, sacudiéndolos un poco. Me pregunto si se me habrá parado un bicho sobre la piel.

Conociendo a mi madre, es muy probable que haya llamado a control de plagas y que haya exterminado hasta al último bicho para que no molestaran a los invitados de la boda.

—Probablemente deberíamos ir a nuestros asientos —me dice Louisa después de que Wren y Crew nos dejan, dirigiéndose al jardín.

—Estoy esperando a mi acompañante —le digo—. Fue a buscarme algo de beber.

—¿Oh? ¿Hay alguien nuevo en tu vida entonces? —Sus ojos se iluminan. Parece esperanzada.

—Solo es un amigo. —Le aseguro, tocándole el brazo—. Si quieres bajar, adelante, por favor. No me importa esperar sola.

Me da un rápido abrazo y la miro alejarse, con esa extraña sensación aún persistente, como si alguien me estuviera observando. Echo un vistazo hacia la barra, la fila ha disminuido, Cliff parece estar coqueteando con el atractivo mesero detrás de ella, con dos copas llenas esperando ser bebidas.

Me doy la vuelta y sacudo la cabeza; claro que iba a coquetear con el mesero Nunca vi a Monty en la terraza, ¿estará ya en el jardín? Me giro para mirar por encima de la balaustrada y choco con algo sólido. Más bien alguien sólido. Alguien muy alto y musculoso.

—¡Ay! —Me echo hacia atrás, levantando la vista para encontrarlo de pie justo delante de mí, con un rostro resplandeciente.

Spencer Donato.

CUATRO

Sylvie

Enderezo los hombros y mi cuerpo tiembla cuando me recorre con su mirada evaluadora. No digo nada, temo que me tiemble la voz si hablo y no quiero que sepa lo mucho que me sigue alterando.

—Sra. Wainwright. Hace tiempo que no la veía.

Su voz profunda y suave me inunda, y no puedo evitar estremecerme cuando me llama por mi nombre de casada.

Nunca lo usé. Ni una sola vez. Ocasionalmente se referían a mí como Sylvie Lancaster Wainwright en internet, pero nunca me lo cambié legalmente. Siempre seré una Lancaster, casada o no.

—Spencer. —Mi voz es neutra y me siento orgullosa por mi aparente falta de reacción ante este chico. Hombre. Definitivamente, hombre—. Qué sorpresa. No esperaba verte aquí.

Soy una mentirosa. En el fondo, sabía que esto pasaría, aunque Whit no me ha mencionado el nombre de Spencer en mucho tiempo.

—Soy el padrino de tu hermano. Es uno de mis más antiguos y queridos amigos. —Inclina la cabeza hacia mí, con expresión impasible, como si tenerme enfrente no lo afectara en lo absoluto—. ¿Whit no te dijo?

—No. —Sacudo la cabeza, enojada conmigo misma. No se me ocurrió preguntar, pero, vamos, inconscientemente, lo sabía.

—Pensé que no ibas a venir. Como no estuviste en la cena de ensayo de anoche…— Su voz se va apagando y alza una sola ceja.

—Me mantengo lo más alejada posible de mi madre —admito, volviendo a caer en la vieja costumbre de decir la verdad solo ante este hombre—. A cambio, me comprometí a asistir a la boda.

Se queda callado un momento para asimilarlo.

—¿Las cosas todavía no están bien entre tú y Sylvia?

—Nunca lo estarán —respondo con firmeza—. No confío en ella.

La mirada cautelosa que me lanza Spencer me dice que él tampoco puede confiar en mí. Supongo que no puedo culparlo.

—¿No deberías estar con Whit? —le pregunto.

—Tenía que encontrar al ministro para darle un mensaje —me explica Spence—. Te vi sola en la terraza y pensé en aprovechar y acercarme.

Su confesión me da esperanza, aunque no debería tener ninguna. A lo largo de los años, le he hecho demasiadas cosas a él y a nosotros. Destruí lo que podríamos haber tenido. Lo que podríamos haber sido. Hubo un tiempo en que había potencial, hasta que lo destruí por completo. No lo merezco, y lo sé. Estoy segura de que él también lo sabe.

—Te ves estupendo —le digo en voz baja. Mis ojos son solo para él.

Vuelve a mirarme, se detiene en lo importante y separa los labios, a punto de decir algo.

—Lo siento, Syl. Me entretuve conversando con el mesero —Cliff reaparece de repente a mi lado, ofreciéndome un vaso chorreante de Dios sabe qué. Lo tomo y apenas miro a Spence mientras le doy un sorbo, aplastantemente decepcionada en cuanto el líquido entra en contacto con mi lengua: es agua.

—¿Quién es él? —pregunta Cliff, deslizando un brazo alrededor de mi cintura y ofreciéndole la mano derecha a Spence—. Soy Cliff.

—Spencer. —Estrecha la mano de Cliff y su mirada incrédula se cruza brevemente con la mía—. Trabajas rápido, Syl. Mis condolencias por tu difunto marido. Aunque parece que ya lo superaste.

Antes de que pueda decir una palabra para aclarar lo que está pensando, Spencer se va, dando largas zancadas hacia la casa sin mirar atrás.

Cliff me suelta y me mira sorprendido antes de mirar hacia Spencer.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Cree que estamos saliendo? ¿Y por qué se refirió a tu difunto marido? Fue muy grosero.

Suspiro y trago el agua, luchando contra la decepción de que no haya ni una gota de alcohol en el vaso.

—Es un viejo amigo.

—Hmmm. Más bien un viejo amigo muy enojado. —La mirada de Cliff se encuentra con la mía y noto la picardía en sus ojos—. Pensó que estábamos juntos, lo que es hilarante. ¿No se da cuenta de que no bateo de tu lado?

Observo a Cliff, intentando verlo a través de los ojos de Spencer. Se ve tan guapo como siempre, con traje negro y camisa blanca, sin corbata. Está bronceado y en forma, y lleva el pelo castaño perfectamente cortado para que le caiga sobre la frente de la forma más atractiva.

—Eres un hombre atractivo, Clifford. Además, irrumpiste en la conversación como si fueras mi dueño, así que supongo que asumió que estamos juntos.

—¿De verdad? No era mi intención actuar así. —Frunce el ceño—. Pero, en serio, ¿quién es él para ti? Y no me vuelvas a decir que un viejo amigo. Eso no explica nada y lo sabes. Hay algo más.

—Te lo diré durante la recepción. Vamos. —Lo tomo del brazo y lo conduzco hacia la escalera que baja al jardín. Somos de los últimos invitados en sentarse y los dos nos colocamos en la primera fila, dejando lugar para mis padres.

Mi hermana menor, Carolina, no ha llegado aún. Miro a mi alrededor, buscándola; cualquiera podría identificarla entre la multitud. Lina destaca con su postura perfecta y sus movimientos llenos de gracias. Su elegante cuello y el reluciente cabello dorado que casi siempre lleva recogido: he oído que Grace Kelly no caminaba, sino que se deslizaba como un cisne sobre el agua. Así es mi hermana. Todos los años en la danza la han moldeado hasta convertirla en una joven que se mueve sin esfuerzo. Sigue bailando, sigue formando parte de la Compañía de Danza de Londres, aunque me dijo que hace poco le dieron ganas de volver a Nueva York.

Estaría bien tener una aliada en terreno estadounidense, aunque estoy segura de que mi madre trataría de enfrentarnos, como hacía cuando éramos menores.

Comienza la música y todos giran en sus asientos para ver a la gente que se acerca por el pasillo. El primero es el padrastro de Summer, Howard, y la madre de ella, Janine. Sonríen radiantes a todos los presentes mientras caminan juntos por el pasillo, y no puedo evitar sonreír también.

A mi madre debe quemarle las entrañas el que la examante de mi padre, la mujer que terminó con su matrimonio de una vez por todas, esté en la boda de su hijo. Que la hija de esa mujer esté casándose con su hijo. Es tan emocionante y escandaloso.

Más miembros de la familia caminan hacia el altar. Mi padre, que se pavonea por el pasillo con Carolina del brazo, Monty camina solo por el pasillo y se acomoda al lado de Summer, pues es su padrino. Me dirige una mirada interesada para luego desviarla hacia Cliff y luego volver a mí; sé que siente curiosidad.

Perfecto. Es exactamente lo que quiero.

Spencer y Whit acompañan juntos a mi madre y la conducen a su asiento, a dos sillas del mío. Intento no llamar su atención, con la mirada fija al frente, mientras que el corazón me late desbocado en los oídos. En la cabeza. Ya es bastante malo que esté sentada tan cerca, pues una vez que me casé con Earl, una vez que hice ese último sacrificio por ella, mantuve mi distancia con la excepción de esa última vez, cuando se abalanzó sobre mí con el pretexto de que me estaba «ayudando».

No me gusta su ayuda. Siempre viene con condiciones y ya no es mi responsabilidad darle lo que quiere. Ahora soy una mujer adulta. No le debo nada.

Cuando Summer aparece y camina sola por el pasillo, la multitud guarda silencio, demasiado cautivada por su belleza, por su evidente fortaleza al elegir caminar sola. La admiración aumenta en mí mientras la observo, cautivada por su vestido, por cómo brilla con la luz, la forma como camina hacia Whit, como si fuera lo único que necesita.

Miro a mi hermano y veo cómo la observa, con un amor abrumador que brilla en sus ojos azules, normalmente fríos. Está completamente enamorado de ella, aún después de tantos años.

Mi mirada se desvía y se encuentra con la de Spencer quien me mira descaradamente. Él no aparta la mirada cuando lo sorprendo y yo tampoco. Su expresión se vuelve abiertamente desafiante, con un labio torcido de disgusto. Sin embargo, su mirada ardiente está llena de inconfundible lujuria.

Incómoda, me muevo en mi asiento, apartando la mirada de la suya y centrándome en mi hermano y su futura esposa. El ministro habla en tono monótono sobre el amor duradero y las promesas que hacemos. Las promesas cumplidas. Pienso en todas las que le hice a Spence cuando éramos más jóvenes, cuando era tonta y creía que él era el único para mí.

En aquel entonces lo creía porque realmente pensaba que moriría antes de cumplir los dieciocho. Le di mucho glamour a la idea para aliviar mi miedo, además, era más fácil aceptar que me estaba muriendo que fingir que no me pasaba nada. En el fondo, me aterrorizaba la idea de no vivir y aquí estoy ahora, apenas sobreviviendo.

Sé lo que todo el mundo piensa: «Pobre niña rica, ay, ay, ay». Soy patética. Tengo todo el dinero del mundo, ¿de qué tengo que quejarme? De muchas, muchas cosas. El dinero no puede comprar la felicidad. Me siento sola. Solo tengo unos pocos amigos y me he aislado de la mayor parte de mi familia. Tengo miedo de ser honesta con Summer porque temo su rechazo. Mi hermano me tolera. Carolina no habla con nadie a menos que sea imprecindible. Mi padre está completamente absorto con su última novia, y mi madre… no es de fiar.

Como si no pudiera evitarlo, mis pensamientos vuelven a Spencer, mi mirada se detiene en su figura alta y robusta, tan apuesto en esmoquin. Su expresión es solemne mientras escucha la ceremonia, con las manos entrelazadas a la espalda y las piernas ligeramente abiertas. Un espécimen perfecto de la belleza masculina.

Quiero que me mire, que vea que lo estoy mirando. Ni siquiera me importa lo hambrienta que pueda parecer, porque estoy hambrienta. Hambrienta de la atención de ese hombre, de su tacto, de su boca. Pero no lo hace. Ni una sola vez.

La ceremonia continúa y Whit y Summer comparten sus votos, haciendo declaraciones apasionadas que dejan al público boquiabierto. Me apoyo en Cliff, el calor del sol de la tarde me está afectando. Tampoco he comido mucho, lo que no ayuda a mi situación, y daría cualquier cosa por un trago.

Debería haber metido la botella gigante de vodka de clítoris en una bolsa para llevarla conmigo.

—¿Estás bien? —murmura Cliff cerca de mi oído.

Le respondo con la mirada fija en la espalda de Spence.

—No. Estoy aburrida y tengo hambre.

Cliff se ríe.

—Ya casi termina. Luego puedes presentarme a Monty.

—Por supuesto —lo tranquilizo.

Por lo menos puedo cumplir esa promesa.

—Puedes besar a la novia.

Casi me desmayo de alivio cuando el ministro dice esa frase y algunas personas empiezan a gritar cuando Whit besa a Summer con una ferocidad que roza lo indecente.

Incluso oigo que mi madre murmura, «Por Dios santo», pero la ignoro.

Todo el mundo la ignora.

Una vez que Whit y Summer vuelven a pasar por el pasillo, todo el mundo se levanta, incluyéndome a mí. No aparto la mirada de la espalda de Spencer mientras empiezo a acercarme a él, pero me detengo en seco cuando veo que le ofrece el brazo a mi hermana. Carolina se levanta con un movimiento fluido y acepta el brazo de Spence antes de que vuelvan al pasillo y se dirijan a la casa.

Los miro marcharse, intentando ignorar la inquietante sensación que me invade cuando los veo juntos, con sus cabezas cerca mientras Carolina se ríe de algo que dice Spence: la forma en la que él le sonríe hace que sus ojos brillen.

Se me revuelve el estómago y trago con fuerza, luchando contra la bilis que amenaza con subir a mi garganta.

—¿Ellos dos están juntos? —pregunta Cliff, refiriéndose a Spence y Carolina.

—Si es así —respondo mientras veo cómo el hombre que me quitó la virginidad escolta a mi hermana menor a la casa de nuestra familia, con voz mortalmente tranquila—, lo mato.

CINCO

Spencer

—Spencer Donato, dime la verdad. ¿Estás intentando poner celosa a mi hermana?

La miro con atención, Carolina Lancaster me sonríe y parece infinitamente divertida. Aunque es la menor de los hermanos, también es la más serena. Y la más difícil de leer.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con cautela.

Estamos en el salón de baile de los Lancaster, donde se celebra la recepción de la boda de mi mejor amigo. En la sala están algunas de las personas más ricas del país, si no es que del mundo: dignatarios y políticos, líderes mundiales y miembros de la realeza, supermodelos y famosos, e incluso he oído que Harry Styles va a cantar más tarde, lo que no me sorprendería en absoluto.

Cuando los Lancaster hacen algo, lo hacen a lo grande.

—Acompañándome después de la ceremonia. Quedándote ahora mismo a mi lado, mientras Sylvie finge no vernos. —A Carolina se le escapa una suave carcajada y la miro, momentáneamente sorprendido por la sonrisa que se dibuja en sus labios. Se ha convertido en una mujer hermosa, como era de esperar. Los Lancaster tienen un linaje impecable y una apariencia insuperable—. Estás jugando con fuego.

—Ya me ha quemado bastantes veces —admito. Y llevo las cicatrices que lo demuestran.

—Creía que estaban enamorados el uno del otro —continúa Carolina—. Incluso creía que se casarían.

—Tu madre nunca lo aprobaría.

—¿Crees que aprueba la elección de Whit? —Carolina estalla en una carcajada, sorprendiéndome. Siempre es tan callada, tan

cuidadosa con sus palabras—. Mi madre está furiosa ahora mismo. Solo que sabe guardar las apariencias.

Todos los Lancaster saben. Lo llevan en la sangre.

—Probablemente fuiste inteligente al no casarte con Sylvie —reflexiona Carolina.

—¿Por qué dices eso? —¿No soy lo suficientemente bueno? Sé que mi linaje no es tan sólido como el de los Lancaster, pero maldita sea. Whit acaba de casarse con la hija de la examante de su padre. Janine es solo una trepadora social que se hizo famosa por acostarse con hombres muy ricos y casados. No es que Summer sea como su madre, pero… Este matrimonio no es bien visto, aunque a Whit no le importa un demonio.

—Podrías haber acabado muerto al primer año, como Earl.

Le arrojo una mirada mordaz.

—Murió de viejo.

Carolina se encoge de hombros.

—Si tú lo dices.

En mi mente le doy vueltas a sus palabras mientras miro el salón, odiando la molestia que crece dentro de mí, y la reprimo. Es un buen día y nada debería afectarme. Mi mejor amigo se casó, y tan solo eso ya merece una celebración. Whit odia a todo el mundo. Si te permite entrar en su círculo íntimo, deberías sentirte honrado. No se abre a los demás muy a menudo, si es que lo hace.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar en Sylvie y ese viejo con el que se casó. No hicieron una ceremonia fastuosa como Whit y Summer. No creo que hicieran ningún tipo de fiesta, ni siquiera una recepción. Casi como si quisieran mantener su matrimonio en secreto, en lugar de mostrarlo, lo que no tiene ningún maldito sentido.

Earl Wainwright tenía contactos. Era venerado. Asquerosamente rico y un completo pedazo de mierda.

—Lina. Spencer. —El mismísimo Augustus Lancaster se detiene frente a nosotros y le sonríe con cariño a su hija menor antes de estrecharla entre sus brazos y apretarla con fuerza. Carolina

permanece visiblemente rígida en su abrazo, como si no soportara la idea de que la toque, y los recuerdos vuelven a mí.

A Carolina no le gusta nada que la toquen. Nunca le ha gustado. Incluso cuando le ofrecí el brazo para acompañarla a la casa, se mantuvo alejada de mí, nuestros brazos apenas se rozaban.

Cuando suelta a Carolina, Augustus voltea hacia mí y me ofrece la mano. Se la estrecho, dándole un apretón firme, como a él le gusta. El patriarca de los Lancaster prefiere un contacto firme, un sólido apretón de manos, un abrazo varonil con palmadas en la espalda. Se considera a sí mismo un hombre de hombres, sin disculparse por su comportamiento, aunque sea misógino, homófobo, lo que sea. Es ofensivo, fuma, bebe y apuesta. Luego va a la iglesia, confiesa sus pecados y obtiene el perdón. Después repite una y otra vez. El hombre es un retroceso a una época diferente. Sus hijos no se parecen nada a él. Bueno, Whit se parece en algunos comportamientos, que es lo que me atrajo de él. Le importa una mierda lo que los demás piensen y eso es fácil de hacer cuando eres tan rico como él.

Yo quería ser así. Todavía quiero. A medida que me he hecho mayor, me he dado cuenta de que no me importa tanto lo que la gente piense de mí.

Con excepción de los malditos Lancaster. Por alguna razón, su opinión me importa demasiado.

—¿Cómo estás, Spence? Oí que has estado trabajando muy estrechamente con tu viejo. —Su sonrisa es cómplice. Creo que incluso me guiña un ojo.

Ignorándolo, asiento y me meto las manos a los bolsillos.

—He estado trabajando mucho últimamente, sí.

Es todo lo que digo. Siento sobre mí la mirada curiosa de Carolina. No ha de saber mucho sobre los negocios de la familia Donato. Nunca me ha hecho mucho caso y es cuatro años más joven que yo. Además, ha estado fuera del país la mayor parte del tiempo, con excepción del año en que sus padres la obligaron a volver a casa para cursar el último año en la Preparatoria Lancaster.

Augustus se ríe.

—Me alegra oírlo. El trabajo duro es bueno para el alma.

Antes de que pueda responder, alguien lo llama por su nombre, distrayéndolo por completo. Sonríe y se despide con un apretón de manos, dejándonos de pie mientras se aleja.

—Típico —murmura Carolina, cruzándose de brazos.

No digo nada. Definitivamente no discuto con ella, porque tiene razón. Además, ¿qué diablos sabe Augustus Lancaster de trabajo duro? Ese hombre nunca ha tenido que mover un dedo en toda su vida. Todo se lo han dado en bandeja de plata.

Aunque mi familia también es rica, los Donato trabajan. Duro. Es lo que se espera. Es la tradición.

La fiesta continúa a nuestro alrededor mientras observamos, y yo intento asimilar el espacio como si nunca hubiera estado ahí antes. Los suelos de parquet blanco y negro brillan a pesar de que tienen más de cien años. Enormes tapices representan a los Lancaster de antaño, como si procedieran de la realeza. Las gigantescas lámparas de cristal francés brillan sobre nosotros y envuelven a los asistentes en un resplandor etéreo. Voces risueñas y parlanchinas resuenan en el cavernoso salón, con una suave música de fondo, mientras los meseros llevan bandejas gigantes cargadas de platos. Se sirve el primer plato de la cena, pero no tengo mucha hambre. No después de verla a ella.

Supongo que debería estar feliz. Nunca pensé que este momento sucedería, que Whit encontraría a alguien que amara de verdad, y que lo correspondieran. Al crecer, no creíamos en esa mierda. Sus padres se divorciaron, igual que los míos. Como ya he dicho, nuestros padres no eran fieles y mi madre tampoco. No tengo ni idea de lo que hacía Sylvia, pero sé que no era nada bueno. Sé que echó a perder la cabeza y la salud de su hija, eso sí.

Aparto de mi cabeza todos los pensamientos sobre esa malvada mujer y vuelvo a centrarme en la fiesta, preguntándome si debería ir a buscar mi asiento y continuar como si no hubiera pasado nada. Como si no me hubiera alterado volver a ver a Sylvie. Contemplar sus hermosos ojos azules, la forma como me miraba, con reverencia. Con conmoción.

Con adoración.

Eso último, seguro que me lo imaginaba.

El aroma de la comida golpea mis fosas nasales y me hace rugir el estómago. La comida será deliciosa, de eso no me cabe duda. La extravagancia que se despliega ante mí es poco menos que épica, pero ¿se esperaría menos de un Lancaster?

Creo que no.

La casa es una monstruosidad, construida en la época en que no existía el impuesto a bienes inmuebles y los más ricos entre los ricos creían que le hacían un favor a la economía local empleando a todo el mundo para construir escandalosas casas que solo utilizaban en verano.

La mayoría de los inmuebles acabaron donándose a sociedades históricas, pues las familias no podían mantener los gastos de una propiedad tan grande. Los Lancaster no, siguen siendo lo suficientemente ricos como para mantener todo lo que construyeron las generaciones anteriores. Todos y cada uno de ellos son sólidos inversionistas; Whit va camino de serlo. Un día, él y Summer serán dueños de esta casa y la llenarán con sus muchos hijos. Tomando en cuenta que Summer está embarazada y que ya tienen a Augie, supongo que tendrán un equipo de futbol en los próximos diez años. Quizá para entonces ya estén en esta casa para siempre y llenen todas las habitaciones con su familia. Seguro que la idea le retuerce las tripas a Sylvia Lancaster. Dios, odio a esa mujer.

¿Sus hijos? Me gustan. Una en particular, aunque me hace sentir como si estuviera volviéndome loco la mayor parte del tiempo. Y no es la mujer que está a mi lado, divertida de que la utilice para darle celos a su hermana, porque es lo que estoy haciendo. Era eso o arrastrar a Sylvie a una habitación secreta, una de muchas en esta casa. La he llevado a unas cuantas antes, cuando éramos más jóvenes e imprudentes y todo nos importaba un bledo, para hacerle lo que quería.

Sin embargo, aún estoy furioso con ella para reaccionar así; ¡que se vaya al diablo por casarse! No me importa que el hombre esté muerto: se casó con otro casi inmediatamente después de acostarse

conmigo. Se entregó a otra persona, dejó que un viejo cabrón al que ni siquiera conocía mancillara el hermoso cuerpo que me pertenecía.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa y aprieto los puños. Carajo, cómo odio eso. La observo ahora, moviéndose entre la multitud con un vestido que no es lo que yo llamaría sexy, pero con el que se ve hermosa, demonios. Tan hermosa, que hace que me duela el corazón. Y que mi pene se retuerza.

Habla con todo el mundo, sonríe e inclina la cabeza hacia atrás riendo, como si lo que dicen le pareciera tan divertido, pero yo sé lo que hace; finge. Es muy buena en eso. Estoy seguro de que soy el único con el que ha sido una persona real. O tal vez comparto ese honor con su ahora difunto marido. No lo sé.

—Pareces listo para morder clavos.

Apenas miro en dirección a Carolina, exhalando suavemente y esforzándome para relajar mis músculos mientras pienso en una respuesta. En lugar de eso, permanezco callado, con los pensamientos alborotados. Todos relacionados con la mujer de la que no puedo despegar la mirada; se ve tan hermosa con ese vestido, y el pelo rubio suelto y al aire, con una sonrisa congelada que sé que es falsa.

La conozco mejor de lo que jamás se dará cuenta, lo cual no es tranquilizador. Por mucho que crea conocerla, siempre consigue sorprenderme.

—No es celosa, ¿sabes? —continúa Carolina, mirando al frente. Podría estar hablando con cualquiera, aunque, por supuesto, sé que me está hablando a mí. No hay nadie más cerca de nosotros—. No hay razón para que sienta celos de nadie.

—¿Estás diciendo que nadie le importa? —Me froto un lado de la mandíbula, tentado de deshacerme del moño que me rodea el cuello y que siento como si de repente me estuviera estrangulando. Uso traje casi todos los malditos días y, sin embargo, este me asfixia.

—Sylvie vive en su propio pequeño mundo. Tú lo sabes. Todos lo sabemos. —Inclinamos la cabeza uno hacia el otro, y Carolina me lanza una mirada que me dice que lo ve todo—. Nuestra madre creó ese monstruo.

—Crees que Sylvie es un monstruo. —Mi tono es neutro y definitivamente no estoy preguntando. Podría considerar a Sylvie un monstruo de muchas formas, pero no lo hago.

—Todos lo somos, a nuestra manera. Yo intenté escapar, pero me trajeron de vuelta de todos modos. —Carolina estira la mano y me da una palmadita fraternal en el brazo, lo que me resulta sorprendente. Rara vez toca a alguien voluntariamente—. Parece que también te trajo de vuelta a ti. Estás tan jodido como el resto de nosotros.

Oigo un zumbido en el bolso Chanel blanco de Carolina, quien saca su teléfono y frunce el ceño al ver el mensaje de texto que recibe. Sin apartar la mirada de la pantalla, murmura:

—Tengo que irme.

Antes de que pueda decir una palabra, se marcha.

Veo cómo Carolina me deja, tan graciosa como siempre. Las miradas se giran a su paso, con la nariz en alto y una expresión serena en el rostro. Como si nada pudiera perturbarla. Su hermana tiene una actitud y una expresión similares, se mueve entre los invitados como si fuera la anfitriona. Se detiene en las mesas, saluda a todos con una sonrisa y estoy seguro de que con palabras amables, aunque todavía no ha venido a hablar conmigo.

Apartándome de la pared, avanzo por la sala igual que Sylvie, en la dirección contraria a ella. Hay mucha gente que conozco. Chicos con los que fui a la escuela. Ahora todos son socios de negocios. Sonrío y asiento cuando nos cruzamos. Incluso me detengo un par de veces para conversar con algunos durante unos minutos. Todo el tiempo puedo sentir su mirada sobre mí, siguiendo cada uno de mis movimientos con sus ojos azules como el hielo que todo lo ven.

Cediendo finalmente a mis impulsos, miro por encima del hombro y descubro a Sylvie observándome entre un círculo de gente. La conversación es animada, con muchos gestos y risas, pero Sylvie no reacciona. Su rostro es inexpresivo, su mirada pesada. Está demasiado absorta mirándome.

Aparto la mirada, la irritación me calienta la sangre. No soy la misma persona que era la última vez que estuvimos juntos. Cuando

se presentó inesperadamente en mi departamento a altas horas de la noche, desnuda bajo el grueso abrigo de invierno. Bebió demasiada champaña antes de cogerme y se escabulló mientras dormía. Nunca volví a saber de ella.

Su compromiso se anunció a los pocos días de aquel encuentro. Su boda se celebró rápidamente poco después. Entonces me di cuenta de que la chica que había conocido, la chica que amé durante tanto tiempo, no era quien yo pensaba. En lo absoluto.

SEIS

Sylvie

—¿Por qué estabas hablando con Spence? —le pregunto a Carolina con voz deliberadamente ligera.

En mi interior, me siento tan oscura y turbulenta como una tormenta de invierno, lista para desatar mi furia si dice algo equivocado.

La expresión divertida en la cara fastidiosamente hermosa de mi hermana hace que sienta ganas de abofetearla. Alza las delicadas cejas, veo desafío en su mirada.

—¿Estás celosa, Sylvie?

—Jamás. —Mi respuesta es demasiado rápida y me tomo un breve instante para calmarme—. ¿Por qué iba a estar celosa? Él ya no me importa. ¿Alguna vez me importó? —La risa que se me escapa suena tan falsa que enseguida aprieto los labios para silenciarla.

—Alguien protesta demasiado. —A Carolina se le escapa un suspiro mientras echa un vistazo al salón. La recepción lleva casi dos horas en pleno apogeo y en esos momentos estamos sentadas en la mesa con la familia, comiendo por fin el plato principal: carne o pescado. Elijo pescado, aunque no tengo mucho apetito. El día ha sido demasiado estresante, empezando por mi preocupación por relacionarme con mi madre y luego ver a Spence, percibir su ira. Fue mi culpa por no intuir que estaría aquí, enojado conmigo.

Gracias a Dios, mi mamá está del otro lado de la mesa, así es que me siento relativamente segura aquí, sin tener que hablar con ella, aunque la conversación que mantengo con mi hermana sea un poco incómoda.

—Estaba poniéndome al día con él —dice Carolina, tan vaga como siempre—. Hacía tiempo que no veía a Spence.

También ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi. Los recuerdos se agolpan en mi mente, uno tras otro. Llegar a su departamento aquella noche, desesperada y necesitada, revelando mi desnudez bajo el abrigo. Cómo me degustó mientras estaba acostada en la barra de la cocina, haciéndome venirme con su boca perfecta antes de llevarme a su habitación y cogerme abiertamente. Tal y como le pedí.

Mi intención cuando fui a su departamento estaba clara desde el principio. Tenía una tarea que cumplir y nada iba a detenerme. Creía firmemente que mi madre había vendido mi virginidad al mejor postor y estaba decidida a deshacerme de ella, pensando que mi falta de himen arruinaría por completo el plan de boda. Pero Earl no me deseaba, no así. Deseaba el estatus de mi apellido… y acceso al dinero de los Lancaster, que no siempre tomaba, para mi confusión.

El dinero, el estatus, no lo hacían feliz. No había muchas cosas que hicieran feliz a mi difunto marido.

—Ha cambiado. —Cuando le lanzo una mirada interrogante, aclara—: Tu Spencer.

—No es mío. —¿Alguna vez lo fue?

Sí, hace tiempo. Pero ya no. Me fui y me casé con otra persona, y él me lo va a reprochar para siempre. Supongo que no debería sorprenderme. Fui desleal. A sus ojos, cree que me entregué a otro hombre. Spence no sabe que fue solo de nombre y estoy segura de que nunca me dará la oportunidad de explicarme.

—Lo fue —me recuerda Carolina—. He oído las historias.

—¿Qué historias? —Frunzo el ceño.

—Las historias que me contaste, ¿se te olvida? Los dos eran muy unidos cuando estaban en la Prepa Lancaster. —Cierta bruma nubla la mirada de Carolina, y estoy a punto de preguntarle qué pasa cuando nuestro padre grita nuestros nombres. Volteamos y odio que mi mirada se clave en mi madre, quien observa la conversación con curiosidad.

—¿Alguna quiere dar un discurso en honor a su hermano y su nueva esposa? —Nuestro padre sonríe, parece muy complacido con la sugerencia, su mirada nunca se aparta de Carolina, su hija favorita, pues aunque lo niegue hasta su último aliento, sé que lo es.

Augustus Lancaster es un hombre apuesto, y a medida que envejece solo parece tener un aspecto más distinguido. Estoy segura de que mi madre lo odia por eso. Lo odia por todo lo que hace.

—No creo que aprobaran que diera un discurso —respondo vacilante, imaginando la cara que pondría Summer mientras hablo de amor y promesas cumplidas. Mi abandono aún persiste en su mente, y sí, ella ya sabe que estaba bajo la influencia de mi madre cuando ocurrió, pero no sé si sea suficiente justificación.

Solo tenía dieciséis años y era muy impresionable. No podía pensar por mí misma, realmente no sabía cómo, pero debí creerle a Summer aunque hiriera mis sentimientos. La vi como el enemigo cuando me abandonó esa semana. Yo la invité a la casa, no Whit. Ella era mi amiga, y Whit no tuvo ningún problema con robármela.

Supongo que como yo se lo hice con Spence, pensó que Summer era juego limpio, pero míralos ahora, locamente enamorados y oficialmente casados. Y Spencer a su lado como su padrino. Whit se quedó con todo, mientras que yo me quedé sin nada. Ni siquiera una pizca. Típico.

En aquel entonces, cuando estaba resentida y dolida, mi madre dirigía toda mi vida. Me controlaba completamente y yo se lo permitía. Lo prefería. Me creía tan fuerte, cuando no lo era en absoluto. No, era débil. Patética.

Bueno, ya no.

—Me temo que no conozco tan bien a Summer —añade Carolina.

—Monty dará un discurso y pensé que una de ustedes también podría. —La decepción en el rostro de mi padre es obvia cuando su mirada se posa en mí.

—Monty y Summer son muy unidos —le recuerdo—. Tiene sentido que él haga un brindis.

—Spence dará un discurso como padrino. —Sonríe—. Me alegro de que esos dos sigan siendo amigos.

Mi padre no tiene idea. Nunca supo que Spence y yo teníamos algo, y éramos tan obvios, sobre todo durante aquella semana de Acción de Gracias, cuando le rogué a Spencer que viniera a pasarla conmigo.

—¿Dónde está tu acompañante? —me pregunta Carolina.

—Hablando con Monty en el bar. —Las dos miramos hacia donde se encuentran y nuestras cabezas se juntan—. Estoy haciendo de cupido.

—¡Qué dulzura! —La mirada de Carolina vuelve a la mía—. ¿Y qué pasa con Spence?

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa con él?

—¿Todavía lo quieres?

Hago un gesto desdeñoso con la mano.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Ella alza una ceja.

—La verdad, no.

—Me casé y enviudé desde la última vez que hablé con él. Seguramente siguió adelante. —No he oído hablar de su vida amorosa ni de él desde que estuvimos juntos por última vez. Siempre ha sido una persona reservada. Incluso cauto.

Quizá por eso siempre me sentí atraída por él: me encantan los secretos. Después de todo, soy experta en guardarlos.

—Supongo. —La misteriosa forma en que Carolina lo dice me enfurece.

—Así es. —Mis palabras, mi tono, son insistentes. No puedo creer que me diera otra oportunidad. Incluso aunque lo hiciera… No la merecería.

—Amor.

Levantamos la cabeza a la vez y vemos que nuestra madre se cierne sobre ambas, aunque solo me mira a mí.

—¿Qué? —exclamo bruscamente, irritada.

La falsa expresión agradable en su rostro desaparece en un instante.

—Esperaba que pudiéramos hablar. —Mira a Carolina—. En privado.

Mi hermana suspira y se pone de pie.

—Ignorándome como siempre. Me encanta que no hayas cambiado, madre. Puedes quedarte con mi silla —responde y se aleja antes de que pueda detenerla. Mi mirada se detiene en la nuca de la perfecta cabeza rubia de Carolina mientras me abandona, dejándome sola con nuestra madre, la mujer a la que temo hasta el día de hoy.

—¡Por fin! —Mi madre se deja caer en la silla de Carolina y me dirige una sonrisa. Se ve impecable con un vestido vintage de Oscar de la Renta. Lo reconozco de su clóset, pues me encantaba revisarlo cuando era niña—. Te ves bien, Sylvie.

—Gracias. —Es solo porque estoy fuera de sus garras. Cuando paso demasiado tiempo con mi madre, termino delgada y frágil. Enfermiza. Siempre enferma.

—Tienes buen color. Incluso estás un poco… llenita. —Lleva la mirada a mi pecho. A mis senos.

Mi risa se escucha áspera cuando raspa mi garganta.

—No estoy nada llenita y lo sabes.

—Definitivamente has subido de peso…

—Deja de tratar de hacerme sentir mal. —No puedo tolerarla mucho tiempo—. ¿Qué quieres?

—Te extraño mucho, Sylvie, mi pequeña gemela. —Mi madre se inclina hacia adelante, toma mis manos entre las suyas y las aprieta con fuerza sin apartar su mirada de la mía. Por lo menos no heredé sus ojos, de lo contrario podría ser su gemela, nacida más de veinte años después—. Solíamos hacer todo juntas, pero una vez que te casaste, intentaste apartarme de tu vida.

Desvío la mirada; me cuesta verla.

—Tuve que hacerlo.

No me pregunta qué quiero decir con eso porque, en el fondo, lo sabe. Además, terminó colándose de nuevo cuando mi marido murió y yo necesitaba a alguien, a quien fuera, que me ayudara.

—Sylvie, mírame. —Cuando mi mirada se encuentra con la suya una vez más, sigue hablando—. Solo quiero estar para ti, amor. Siento mucho tu pérdida y por lo que has pasado siendo tan joven. Sabes que es así. Lo que le pasó a Earl fue… impensable.

Me quedo callada. No tiene sentido protestar por su compasión o por su declaración sobre Earl. Lo que le ocurrió fue definitivamente impensable. Nadie debería morir como él.

—Sé que sufriste por su muerte. Has sufrido mucho toda tu vida. No ha sido fácil. Todo el dinero del mundo y mira con lo que has tenido que lidiar. —Me aprieta las manos, como si nunca fuera a soltarlas—. Perdón por lo que ha pasado.

Hay tantas cosas por las que podría disculparse; la lista es interminable, pero no creo que sea sincera, no creo que lamente lo que me ha hecho.

No sé si se da cuenta de lo que me ha hecho a lo largo de los años. Finge que todo va bien entre nosotras cada vez que la veo, cuando está claro que no es así.

Con cuidado, retiro mis manos de entre las suyas, ignorando la decepción en su rostro.

—Te agradezco la disculpa —No sé por qué estoy siendo amable con ella—, pero es demasiado tarde.

Mi madre frunce el ceño.

—¿Demasiado tarde para qué?

No respondo y me alejo a ciegas, con el corazón latiéndome, pulsándome en los oídos, en la sangre. Paso de largo junto a la gente que se me acerca con una sonrisa amable, saludándome; los ignoro cuando dicen mi nombre. No me detengo sino hasta que llego a la barra, pido un whisky solo y me lo bebo de un trago en cuanto el mesero me pone el vaso enfrente.

—Vaya, vaya, alguien está traumatizada.

Esa voz graciosa solo puede pertenecer a una persona.

Miro a mi derecha y veo a Monty y a Cliff a su lado. Dos hombres guapos y a la moda que harían la pareja perfecta: mis habilidades como cupido son impecables, lo juro.

—Sylvie, querida, ¿estás bien? —Cliff frunce el ceño, dando un paso hacia mí.

Le pido al mesero que me rellene el vaso antes de dirigir mi atención al acompañante que me abandonó.

—Me estoy recuperando.

—De una conversación con Sylvia —añade Monty, ganándose una mirada fulminante de mi parte—. Las vi en la mesa hace un momento.

Tomo el vaso que el mesero acaba de dejar sobre la barra y bebo un sorbo, intentando controlarme, pero me cuesta. Me tiemblan las manos y la tentación de beberme el whisky de un trago es muy fuerte.

—No sé por qué vine a esta boda. Sabía que acabaría hablando con ella.

—Es tu hermano, ¡por supuesto que vendrías, lo adoras! Harías cualquier cosa por él —dice Monty con voz suave y una mirada amable. Es la verdad, adoro a Whit. Él me protegió toda mi vida de sus amigos imbéciles y de cualquiera que pudiera ser una amenaza para mí, con la excepción de nuestra madre.

—¿Ya tuviste oportunidad de hablar con Summer?

—En realidad, no. —Bebo otro sorbo, odiando lo nerviosa que me siento, deseando no tener que preocuparme por Summer, Spence y mi madre. Estoy segura de que esta noche hay más gente en la fiesta que me odia, a quienes quemé con un comentario descuidado o un chisme malicioso. Era la peor.

Todavía no soy mucho mejor.

—Oh. —La decepción es evidente en la expresión de Monty, y me odio por decepcionar a todos. Es como si no pudiera evitarlo.

Inhalo profundamente y suelto un suspiro largo.

—¿Te ha dicho Summer algo sobre mí?

—Hoy no. Está un poco ocupada —me recuerda—. ¿Te digo la verdad? Hace tiempo que no ha mencionado tu nombre.

No sé si debería molestarme o sentirme aliviada por ese comentario. Si Summer no está hablando de mí, tal vez ya me perdonó.

O no habla de mí porque no valgo su preocupación.

—Fue una boda preciosa, ¿verdad? —Cliff sonríe alegremente. Es obvio que está tratando de cambiar el tema y el estado de ánimo, lo cual aprecio—. Whit Lancaster es delicioso.

—¿Verdad que sí? El hombre es divino. —Monty se apoya la mano en el pecho como si estuviera abrumado de emoción. Siempre ha reaccionado así con mi hermano, su *crush* con Whit no es un secreto.

Harta, levanto la mirada y me rindo, me bebo el resto de mi trago y me deja un rastro ardiente en la garganta que se me asienta en el estómago con calor y cosquillas.

—Dejen de babear por mi hermano, ahora está casado.

—Summer es una mujer afortunada —dice Cliff—. Mira cómo la mira.

Todos volteamos para observar a Whit y Summer sentados en su mesa, completamente absortos el uno en el otro. La mirada de Whit se posa en la boca de Summer y le toca la comisura de los labios con la punta de los dedos. Me siento como una intrusa en su momento de intimidad.

Siempre la ha mirado así. Como si estuviera completamente fascinado y no pudiera descifrarla del todo.

—Están enamorados —dice Monty con un suspiro melancólico. ¿Alguna vez lo había oído hablar así?—. No se cansan el uno del otro.

—Es algo hermoso de presenciar —añade Cliff.

Me alejo de ellos y le pido al mesero otra copa que me entrega de inmediato. Dejo a mis amigos y deambulo por el salón en busca de una cara amiga. Hay muchos Lancaster aquí y también muchos parientes lejanos, otras ramas de la familia. Asistieron cientos de personas porque cuando se casa el hijo mayor del hijo mayor, puedes apostar a que todos aquellos que *son alguien* serán invitados a la boda.

Por el contrario, mi boda fue en un edificio gubernamental del centro de la ciudad, en un frío y lúgubre día de invierno, un miércoles. Yo llevaba un traje blanco de tweed Chanel que

perteneció a mi abuela, y un gracioso sombrerito cubierto de plumas blancas, con una red blanca que me colgaba sobre los ojos. Mi cabello, recogido en un chongo severo, no tenía un mechón fuera de lugar; ahora que lo recuerdo, intentaba emular a mi hermana menor y estoy segura de que mi aspecto era ridículo. También estaba borracha y drogada con pastillas, era la única forma de seguir adelante con la ceremonia.

No me molestaría tomarme una pastilla, o cinco, en este momento, si soy sincera conmigo misma. El alcohol solo sirve hasta cierto punto.

—Sylvie. —Alguien me toma del brazo para detenerme y me giro para encontrarme con mi primo Grant, quien me observa con la mirada llena de preocupación—. ¿Cómo estás?

Se inclina y me da un beso en cada mejilla antes de abrazarme. Es mucho mayor que yo, así que no somos lo que yo llamaría íntimos, aunque siempre me ha caído bien. Alto e imponente, Grant es el hijo mayor de mi tío Reggie, y en este momento me estudia como si se diera cuenta de que estoy borracha y agitada, lo cual es cierto.

—Estupendamente —le digo, con voz falsamente alegre—. Supe que te casaste hace poco.

—Hace seis meses ya, sí. —Frota distraídamente la banda de platino que rodea su dedo anular izquierdo.

—Felicidades. Siento no haber podido ir a la boda. —Todavía estaba lidiando con las secuelas de la muerte de mi marido y no me parecía correcto que me vieran en público, celebrando, cuando mi marido acababa de morir.

—Lamento lo de tu marido. —Su mirada y su tono son sobrios, mostrándome respeto.

Puede que sea un macho Lancaster cruel y malhumorado, pero me da la sensación de que nuestra generación se ha suavizado un poco: los hombres que la comprenden no son tan malos, ni tan feroces como nuestros padres.

—Gracias. —Asiento, intentando mantener una expresión solemne, pero es inútil. No me resisto y bebo el resto del whisky.

—Conocí a tu marido. ¿Alguna vez te lo mencionó? —Ladea la cabeza, con una mirada interrogante.

Me quedo inmóvil, mirando a Grant. Tiene la misma mirada Lancaster que el resto de nosotros. La única diferencia es que su pelo es más oscuro.

—No, no recuerdo que lo haya mencionado.

—Finn y yo nos encargamos de muchas de sus transacciones inmobiliarias los últimos años —me explica Grant, refiriéndose a su hermano menor—. Antes de que… lo perdiéramos.

Qué manera tan dulce de decirlo. Como si Earl simplemente estuviera vagando por la ciudad, confundido, incapaz de encontrar el camino a casa.

—No tenía muchos bienes inmuebles, que yo supiera.

—Solo porque estaba vendiendo muchos —dice Grant, frunciendo las cejas—. ¿No te lo dijo? Le vendimos muchas propiedades en los últimos tres años. También ganó mucho dinero.

Interesante, tomando en cuenta que no tenía lo que yo consideraría liquidez cuando falleció. Incluso, en un momento dado sus hijos me acusaron de haber ocultado sus bienes, lo que era risible.

—No lo sé, no estaba en su testamento.

—¿En serio?

—Como si necesitara el dinero, Grant. Somos Lancaster, ¿recuerdas? —Alzo una ceja y él se ríe entre dientes.

—Cierto. Es solo que nos dijo varias veces que necesitaba dinero. Por eso se deshizo de tantas propiedades. No le di importancia en el momento pues la gente hace ese tipo de cosas todo el tiempo, pero ahora…

—¿Ahora qué?

—Si no tenía mucho dinero en el banco cuando falleció, ¿adónde fue a parar todo?

Buena pregunta.

SIETE

Sylvie

Estoy muy borracha. Tanto whiskys me llevó al extremo, al punto de que me balanceo al lado de la pista de baile mientras veo a todo el mundo moverse al ritmo de la música. ¿O es el alcohol?

El mismo Harry Styles cantó antes una versión más lenta de «Adore You» mientras Summer se balanceaba en brazos de Whit, sus miradas solo para el otro y para nadie más. Sigue aquí, en la pista de baile, rodeado, en su mayoría, de mujeres. Incluso Summer está bailando cerca de él y se ríe cada vez que Whit la fulmina con la mirada, que es a menudo.

Carolina está en la pista de baile en brazos de nuestro padre, elegante y graciosa mientras gira y gira. Mi padre la mira como si no pudiera creer que sea su hija. Quiero decir, lo entiendo. A veces tenemos la sensación de que Carolina llegó a nosotros como una personita independiente, completamente formada al nacer e inmensamente talentosa desde el principio. Nunca pareció encajar con el resto de nosotros. Pero ¿alguno encaja en el supuesto ideal familiar? Empiezo a pensar que no.

La canción termina y mi padre se me acerca cuando empieza la siguiente. Empiezo a sacudir la cabeza, riéndome cuando me toma de la mano y me arrastra a la pista de baile. No soy tan ágil como mi hermanita, pero no importa. Me toma en sus brazos y nos balanceamos suavemente al ritmo de la canción. El estado de ánimo cambia. Se vuelve más tranquilo.

Summer y Whit también bailan juntos en la pista, mirándose fijamente a los ojos. Los observo con un suspiro melancólico, sin intentar disimularlo, como haría normalmente.

—Me agrada Summer —dice mi papá con clara aprobación—. Es buena para tu hermano.

—No le tolera sus estupideces —agrego, sintiéndome audaz.

Él se ríe entre dientes y me hace voltear.

—Tienes razón. No se las tolera y eso es lo que él necesita.

—¿Por eso se divorciaron mi mamá y tú? ¿Porque siempre toleraba tus estupideces? —Nunca hablamos de su divorcio. Sigue siendo un misterio lo que pasó entre ellos para que su matrimonio terminara para siempre.

Sigo creyendo que fue nuestro padre quien finalmente se puso firme y la superó; mi madre se aferra, es un mal hábito suyo. También puede ser un mal hábito mío, gracias a ella.

Su estado de ánimo se vuelve sombrío, sin más.

—Hice algunas cosas de las que no estoy orgulloso.

—¿Con la madre de Summer? —Alzo las cejas a modo de pregunta, aunque ya sé la respuesta.

Apenas asiente. Su pasado crea momentos familiares incómodos cuando estamos todos juntos.

—Con otras mujeres también. No es ningún secreto que fui infiel. Tu madre también lo fue. No éramos una buena pareja.

—¿Como Earl y yo?

Su expresión se vuelve seria.

—Espero que sepas que nunca lo aprobé. Tu matrimonio con ese hombre fue completamente obra de tu madre.

Sus palabras me enfurecen.

—¿De verdad? ¿Por qué no la detuviste?

—No me diste una oportunidad, ni ella tampoco. ¿Por qué crees que te casaste tan rápido? Yo estaba fuera del país, ¿recuerdas? Tu madre hizo su jugada en mi ausencia. —Apenas bailamos, estamos demasiado absortos en nuestra conversación en medio de la pista, las parejas pasan arrastrando los pies junto a nosotros—. Era un tipo mayor que yo, Sylvie. ¿Por qué iba a querer que te casaras con alguien así?

—Porque podía cuidarme cuando yo no pudiera cuidarme a mí misma. —Fue una de las razones que me dio mi madre.

Deja escapar un ruido de irritación.

—Es algo que diría tu madre.

Ahora soy yo la que está molesta. Todos estos años, mi madre me ha estado haciendo… cosas. Me ha envenenado. Convenció a todos de que estaba enferma. De que me estaba muriendo. Y mi padre nunca hizo nada al respecto. Nunca interfirió, nunca dijo una sola palabra para detenerla. Para ayudarme.

Nunca.

—Siempre tienes una excusa, ¿verdad? —La molestia se sustituye por ira y de repente me consumo en ella—. No te di oportunidad. Mi mamá siempre te impedía ayudarme. Lo que sea. Tú sabías que algo no iba bien, pero no interferiste. No intentaste ayudarme. Nunca. Es como si ni siquiera te importara.

—Dios mío, ¿cómo puedes decir eso? —Se le endurece la cara y sé que lo disgusté—. Claro que me importa, Sylvie. Siempre me ha importado. Te quiero. Por Dios, eres mi hija. ¿Cómo podría no…?

Sacudo la cabeza, haciendo que se calle.

—No. Dices que te importo. Que me quieres. Actúas como un padre cariñoso cuando te parece conveniente, pero, en general, toda mi vida me has abandonado, me has dado a los lobos.

¿A los lobos? Más bien, a una sola.

Se tensa y sus ojos brillan con inconfundible ira.

—Me ofendes.

—Bien. Así debería ser. También tienes que analizar detenidamente tu comportamiento a lo largo de los años y ver si realmente me has ayudado. Si abrieras los ojos por una vez, podrías darte cuenta de lo mucho que me has decepcionado.

—Espera un momento…

Me zafo de sus brazos, abandonándolo ahí mismo, en la pista de baile, y mi furia es demasiado enorme como para seguir fingiendo. Mi padre me llama en voz baja, apenas lo suficientemente alto para que alguien pueda oírlo, pero lo ignoro.

La mayoría de invitados se han marchado y, sin embargo, el enorme salón me parece sofocante. Me dirijo a las puertas que dan a la terraza y, en cuanto salgo, tomo una bocanada de aire fresco.

Me dirijo al sitio en donde estaba antes de que empezara la ceremonia. La preciosa pérgola cargada de flores sigue abajo, pero las hileras de sillas blancas han desaparecido, igual que el pasillo blanco. Me apoyo pesadamente en la balaustrada y una idea se forma en mi mente.

Como de costumbre, cedo a mis impulsos y corro por las escaleras, dirigiéndome directamente a la pérgola. Me recibe el embriagador aroma de las rosas y respiro hondo, notando el sabor salado del aire. El océano brama más allá de los setos a la distancia y me estremezco cuando la brisa me golpea. Aunque fue un precioso día de primavera, en cuanto se puso el sol, la temperatura cayó en picada.

Se me eriza la piel de los brazos, pero lo ignoro y tomo una rosa blanca, la arranco de su ramo y me la pongo detrás de la oreja derecha. Encuentro un trozo de cinta entre las flores y me recojo el pelo en un chongo suelto sobre la cabeza antes de tomar otra rosa. Y otra más.

Hasta que están todas en mi cabeza, rodeando el chongo como una corona de flores.

Empiezo a dar vueltas sobre mí misma, la brisa atrapa mi falda, la levanta y deja mis piernas al descubierto. Se me escapa una risa, las pesadas flores se mueven en mi pelo y amenazan con caerse. Estiro la mano para sujetarlas y me pico el dedo con una espina que queda en el tallo.

—Ay. —Reviso la herida, mirando con los ojos entornados en la penumbra la gota de sangre que se forma en la punta de mi dedo. Lo meto en mi boca, lo chupo y siento el sabor ferroso en la lengua. Entonces escucho una voz, una familiar voz masculina.

—Como siempre, veo que sigues haciéndote daño.

Se me eriza la piel y me giro lentamente para encontrar a Spence delante de mí, elegante y guapo con su esmoquin. Hace rato que se quitó la corbata y lleva desabrochados algunos botones de la camisa, dejando al descubierto su atractivo cuello. Sigue con el saco puesto, las manos en los bolsillos del pantalón, y su inconfundible aroma, mezclado con la brisa, me llena las fosas nasales: llena mi cabeza de

melancolía y añoranza. Nadie huele tan delicioso como Spence, nadie.

Dejo caer la mano a un lado, culpable.

—Me descubriste.

—¿Robando rosas? —Mira la pérgola por encima de mi cabeza.

—Pensé que nadie se daría cuenta. Hay tantas. —Me encojo de hombros, sintiéndome tonta e inmadura.

Soy una mujer adulta. Una viuda, por el amor de Dios. No debería estar bailando sola a la luz de la luna, arrancando rosas de la pérgola y haciéndome una corona de flores. Solo los niños hacen cosas así.

Ni siquiera tengo veintitrés años. Independientemente de lo que haya pasado, sigo siendo joven. Incluso aunque a veces me siento increíblemente vieja.

—Ya me di cuenta. —Su mirada se clava en mí, haciendo que mi piel se sienta como si se incendiara, y me quedo inmóvil, preguntándome qué quiere decir con eso—. ¿Discutiste con tu padre?

Frunzo el ceño.

—¿Cómo…?

—Los vi allá adentro, en la pista de baile. Parecías enojada. Luego te alejaste de él y me di cuenta de que en realidad estabas furiosa. —Su voz es tan baja que me acerco un paso más, para poder oírlo—. ¿Qué te dijo?

No se lo voy a decir, no tengo por qué confiar en Spence, todavía no. Tal vez jamás lo haga. Mis sentimientos son tan contradictorios, tengo un revoltijo en la cabeza.

—No importa.

—Siempre tan evasiva, nuestra Syl. —Su sonrisa no es agradable y me pregunto si me odia.

Probablemente sí.

—¿Por qué me seguiste hasta aquí, Spencer? —Mi voz se oye tranquila. Un susurro en la brisa, pero él me oyó. Incluso se acerca a mí.

—Nunca he podido resistirme a tu canto de sirena, incluso cuando sé que debería hacerlo. Incluso cuando estoy tan enojado contigo que no puedo ver bien. —Lo dice todo con tanta naturalidad, como si llevara toda la vida con esa desdichada sensación. Y tal vez ha sido así: parece como si conociera a Spencer Donato de toda la vida, pero ¿lo conozco de verdad?

No. Ya no.

—¿Recuerdas la noche de Halloween cuando tenías dieciséis años? —me pregunta—. Te disfrazaste de ángel oscuro.

Por supuesto que lo recuerdo. Es una noche que está grabada a fuego en mi cerebro para siempre, incrustada profundamente en mis recuerdos. El placer. La humillación. Fuimos tan lejos, los dos. Casi hasta el punto de no retorno, hasta que lo aparté y se enojó mucho conmigo. Se frustró, discutimos, no hablamos durante semanas, y después, casi me muero, aunque de eso no puedo culparlo. De eso culpo directamente a mi madre.

—Todavía pienso en esa noche —me dice con voz distante, igual que su mirada—. Cómo te veías. Tan hermosa con ese disfraz, tan despreocupada… y borracha. La mayor parte del tiempo, cuando estábamos solos, te encerrabas en ti misma. Solo me mostrabas pedacitos, como pequeñas migajas que no podía evitar engullir.

—Tenía miedo —admito.

Su mirada se desvía hacia la mía, con expresión de sorpresa.

—¿Miedo de qué? ¿De mí?

Niego con la cabeza.

—Nunca de ti. Solo de las repercusiones de ti. —Nada bueno dura. Lo aprendí muy pronto.

No apartamos la mirada el uno del otro. Es como si no pudiéramos.

—Te lo di todo cuando era joven. —Saca las manos de los bolsillos y da otro paso hacia mí. Hasta que está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo acercándose al mío, atrayéndome —. Sin embargo, siempre me rechazaste.

—Fui una idiota.

Spence sacude la cabeza, con expresión sombría.

—No. Yo era el idiota. Siempre a tu disposición. Yo nunca te rechacé, aunque tú lo hacías constantemente. Dejé que me utilizaras.

Alarga la mano y sus dedos se posan en mi cara. Recorre lentamente la línea de mi mandíbula tan despacio que cierro los ojos y separo los labios. Dios, aún me deleita su tacto, su cercanía, su esencia.

—Era joven y estúpida —susurro y abro los ojos. Inhalo cuando se atreve a tocarme la comisura de los labios. Todo mi cuerpo se estremece, esperando a que haga algo, pero no pasa nada.

Para mi decepción.

—Yo también. —Su voz es áspera, destruye mis precarias emociones, las hace pedazos—. No soy la persona que era entonces. Soy más fuerte. Más cruel.

Mi ceño es evidente. ¿Más cruel? No puedo imaginarme a Spencer siendo cruel, especialmente conmigo.

Sus dedos descienden hasta que rodean suavemente mi garganta y su pulgar se aprieta contra mi piel.

—No sabes por lo que he pasado estos dos últimos años. Lo mucho que he cambiado.

Él tampoco sabe por lo que yo he pasado y cómo he cambiado. Tal vez ahora somos demasiado diferentes. Ya no tenemos nada en común, y darme cuenta de ello… Me entristece.

—Bonita princesa, hada con rosas hiladas en su pelo de oro. —Sus palabras son dulces, pero su tacto es devastador. Sus dedos se endurecen, haciendo que el aire se atasque en mi garganta y abro los ojos de golpe para encontrarlo mirándome; sus ojos brillan en la oscuridad.

Hay tanta oscuridad dentro de él como a su alrededor. Ahora la veo. Puedo sentir cómo me rodea, me sostiene con su fuerza tanto como con los dedos alrededor de mi cuello.

—Pareces pura inocencia, Syl. Con ese vestido azul con blanco y las flores en el pelo. Pero yo sé la verdad. Te casaste voluntariamente con ese hombre y era un cerdo. —Me jala hacia adelante, tirándome del cuello, y cuando mi cuerpo choca con el

suyo, mi piel se queda con una sensación hormigueante—. ¿Cómo fue coger con el viejo? ¿Lo disfrutaste? ¿Se le paró?

Lo miro fijamente, intentando encontrar palabras. Él no lo sabe. Cree que dejé que Earl me tocara, pero mi marido no estaba interesado en mí. No de esa manera.

Y nunca entendí por qué. Nunca lo cuestioné.

Lo prefería. No quería que me tocara. La única persona que ha estado dentro de mí es el mismo hombre cuyos dedos están alrededor de mi cuello en este momento.

—Te corrompiste, ¿lo sabías? —Me presiona la parte inferior de la barbilla, inclinando mi cabeza hacia atrás mientras se inclina sobre mí, su boca flota sobre la mía. Tentándome a levantarme y juntar nuestros labios—. Estás arruinada de por vida, Sylvie. Espero que disfrutaras tu tiempo con ese imbécil, por breve que fuera. Ahora, ya nadie te querrá. Especialmente yo.

Me empuja lejos de él antes de que pueda decir una palabra, y me esfuerzo por recuperar la respiración. Me inclino hacia delante, apoyo las manos en las rodillas y trago saliva mientras intento recuperar el aliento. Las flores se me caen del pelo, una por una, y aterrizan en el suelo con un suave golpe, pero él no dice ni una palabra más.

Se va y me deja allí sola.

—¡Eres un mentiroso, Spencer! ¡Sé que todavía me quieres! —le grito, aunque él no mira hacia atrás. Claro que no.

Lo miro alejarse, y la rabia y el dolor me azotan como un doble golpe en el corazón. Por primera vez en mi vida me siento completamente abandonada por Spencer Donato. Y duele mucho más de lo que jamás pensé.

OCHO

Spencer

EL PASADO

Es Halloween y estoy ansioso.

Por supuesto que no dejo que nadie lo vea. Me hago el *cool* mientras espero frente al viejo edificio en ruinas donde se celebra la fiesta esta noche. Mi mejor amigo, Whit, lo planeó todo, y nos escapamos de clases toda la tarde para poder preparar la fiesta, anticipando que vendrán casi el total de invitados. Tomando en cuenta que envió un mensaje masivo a las generaciones de segundo y tercero, habrá muchísima gente.

A Whit le importa un bledo. Su familia es dueña de la Prepa Lancaster desde hace generaciones, siglos. Puede hacer lo que le dé la gana y nadie se lo va a impedir. Es una de las ventajas de ser amigo de un Lancaster.

¿Cómo será estar tan seguro de tu posición que no te preocupa lo que piensen los demás? Personalmente, no tengo ni idea, aunque estoy rodeado de la arrogancia que conforma la familia Lancaster. Así lo he elegido yo; de hecho, me cae bien el arrogante hijo de puta. Whit es uno de mis mejores amigos, y su hermana menor, Sylvie, es mi…

¡Mierda! No sé lo que es para mí.

Mientras me apoyo contra la pared de ladrillo en ruinas, con el golpe de la música a todo volumen retumbando en mi cabeza, palpitando en mi pecho, me llevo la botella de cerveza a los labios y bebo un sorbo. Tengo la mirada clavada en el camino que conduce al edificio mientras espero a que mi lindo ángel haga su aparición. Así la llamo cuando la tengo en mis brazos y mis labios están en su cuello, respirando su delicioso aroma. Es un ángel enviado del cielo,

con boca dulce, ojos azules centelleantes y la risa más malvada. Por eso es divertido llamarla ángel: Sylvie Lancaster es realmente el diablo disfrazado.

Por supuesto, su hermano se disfraza de Satanás para Halloween, porque Whit también es el puto diablo. La única diferencia es que él lo acepta. Actualmente tiene a una de las chicas más guapas de nuestra generación en sus piernas, dándole toda su atención, aunque me doy cuenta por la expresión de su cara que está aburrido como un hongo. Caitlyn puede ser guapa, pero no es un desafío, y a Whit le encantan los desafíos como Summer Savage. No sé lo que está pasando entre ellos, pero seguro hay algo. Él es bastante reservado al respecto, así que no insisto. Sylvie me cuenta lo que sabe y lo que sospecha, pero sabe tan poco como yo.

—Ya era hora de que apareciera —murmura Whit cuando unas luces nos iluminan la cara.

Levanto la vista y veo que se dirige hacia nosotros un carrito de golf que conduce Sylvie. Viene riendo, con el pelo al viento, y con trabajo me doy cuenta de que Summer viene sentada a su lado.

Mi mirada es solo para Sylvie.

Se detiene justo enfrente de nosotros y estaciona el carrito, gritando:

—¡La fiesta ha llegado, perras! —antes de levantar los brazos en alto.

Viene vestida como un ángel oscuro, con mucha piel pálida a la vista: un corsé negro que deja ver su escote y unos shorts negros que hacen que sus piernas parezcan increíblemente largas. Detrás de ella asoman unas gigantescas alas negras cubiertas de brillantes plumas negras que parecen reales. Su maquillaje de ojos es oscuro, sus labios de un rojo sangre intenso y se ve… Hermosísima, carajo.

Su mirada va de una cara a otra y me pregunto si me está buscando a mí. Apuesto a que sí.

Me alejo de la multitud, doy un paso hacia el carrito de golf y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Te ves increíble esta noche, Sylvie.

—Gracias, príncipe de las tinieblas. —Se baja del carrito de golf y se acerca a mí con impaciencia, dándome palmaditas en el pecho mientras me sonríe antes de mirar por encima del hombro—. Mira a Summer.

Lo hago y abro los ojos de par en par cuando se baja del carrito de golf.

—Mierda.

Si pensaba que el disfraz de Sylvie era revelador, no tiene nada que ver con el de Summer. Irónicamente, está vestida de diablo, igual que Whit. Un top de lentejuelas rojas apenas le cubre el pecho, y juro por Dios que lleva un bikini rojo y medias de red en las piernas.

Cuando la vea, Whit va a atacarla o a exigirle que se ponga algo de ropa.

Lo más probable es lo segundo. No le va a gustar verla tan exhibida. Es demasiado territorial todo el tiempo, lo que significa que si tiene algún interés en ella, no querrá que nadie mire en su dirección siquiera.

—¿Es demasiado? —Summer se detiene justo enfrente de Sylvie y de mí, apoyando las manos en la cadera en una pose provocativa.

Intento mirarla, pero no quiero fijarme demasiado. Puedo sentir que Sylvie me observa.

—¿Sabe Whit algo de esto?

La expresión de Summer se vuelve molesta y nos empuja al pasar, mirándome por encima del hombro.

—A la mierda Whit Lancaster. Me da igual lo que piense.

Volteo para verla marcharse un momento antes de mirar a Sylvie, cuya mirada ya está fija en mí.

—Parece enojada.

—Mi hermano está siendo un imbécil. —Sylvie me rodea el cuello con los brazos, apretando su cuerpo caliente contra el mío—. Me gusta tu disfraz.

Estoy disfrazado de vampiro; me pegué colmillos temporalmente en los dientes. Tengo sangre falsa en las comisuras de los labios e

incluso me pinté la cara de blanco. Me vestí de negro y en internet encontré una capa negra forrada de rojo.

—A mí también me gusta el tuyo. No me lo esperaba —le digo, permitiendo que mi mirada se detenga con aprobación en todas sus partes expuestas.

Su expresión es de satisfacción.

—Te dije que me iba a disfrazar de ángel.

—Pero no de ángel oscuro. Esperaba que aparecieras con un vestido blanco vaporoso y un halo en la cabeza.

Se ríe con los ojos alegres.

—No es mi estilo. Sabes que no soy buena.

Eso es parte del encanto de Sylvie, que actúa como si todo el mundo la odiara porque es grosera como el resto de su familia, pero no es así. En realidad es dulce. Reflexiva. Vulnerable. Rota.

Tan rota.

Yo arreglo las cosas. Tal vez sea porque mi padre ha sido tan obviamente cabrón con mi madre toda mi vida, y yo siempre he estado para recoger los pedazos. Para ofrecerle consuelo cuando él no lo hacía. Cuando ella finalmente tuvo el valor necesario para divorciarse de él, la animé y a mi padre no le gustó.

En lo absoluto.

—Hola. —La suave voz de Sylvie atraviesa mis pensamientos, su mano en mi mejilla me devuelve al aquí y ahora—. ¿Quieres ir a bailar?

—Yo no bailo. —Dejo que mi mirada la recorra, lentamente. Observo su belleza, lo diferente que luce esta noche. Es una gran diferencia a los uniformes de siempre.

—Vamos. —Se frota contra mí, la suave presión de sus senos contra mi pecho hace que se me caliente la sangre—. ¿Por favor?

—No sé… —Preferiría escabullirme a algún lugar con ella a solas, pero ¿qué sentido tiene preparar una fiesta toda la tarde para abandonarla antes de que empiece? Me voy a quedar. Al menos un tiempo.

Hace puchero y sus labios rojo rubí son tan tentadores como el infierno.

—¿Lo haces por mí? —El ligero temblor de su voz me hace ceder inmediatamente.

—De acuerdo.

Su sonrisa de placer es un disparo directo a mi pene.

—Vamos.

Sylvie me toma de la mano y me lleva a la fiesta, donde la mayoría de los asistentes bailan con botellas o vasos de cerveza en la mano. Casi todos están disfrazados y a algunos ni los reconozco, pero no puedo preocuparme por nadie más, sobre todo porque tengo a una hermosa chica rubia envolviéndose en mí, su cuerpo ágil se mueve mientras yo me quedo ahí como un idiota y dejo que haga lo que quiera.

—No estás bailando, Spencer —me reprende en un momento dado, gritando por encima de la música. Llevamos aquí al menos veinte minutos, quizá más, y no me da ninguna señal de que vaya a dejar de bailar o de beber.

—Ya te dije que no bailo, Sylvie —le recuerdo estoicamente, haciéndola sonreír.

—Siempre tan serio. —Se echa el pelo hacia atrás y sus alas tiemblan con el movimiento—. ¿No sabes cómo soltarte y divertirte?

—Me estoy divirtiendo —insisto, haciéndola reír. No necesito hacer nada más. Solo emborracharme y mirar a esta chica. Es todo lo que necesito esta noche.

—Al menos podrías tocarme —murmura. Rodeo su esbelta cintura con el brazo y se le escapa un ronroneo de placer cuando mi mano se posa sobre su cadera—. A todo el mundo le da miedo tocarme.

—En serio.

Asiente, moviendo el cuerpo al ritmo de la música. Tiene gracia natural, sus movimientos son fluidos. Sé que su hermana menor es la verdadera bailarina de la familia, pero Sylvie podría haber sido igual de buena con el entrenamiento adecuado—. Creen que me voy a romper. Eres el único que me trata como a un ser humano normal, te lo juro.

Solo porque me niego a creer todas las tonterías que dice acerca de que su madre intentó matarla. Quiero creerle, pero también sé

que Sylvie es melodramática. Su hermano se ha quejado muchas veces de cómo se deja llevar y dice cosas más locas.

Yo mismo he sido testigo de sus locuras. No sé de dónde las saca.

—Eres más fuerte de lo que todos creen —le digo. Sé que le gusta disfrutar mi aprobación. Nadie le da reafirmaciones positivas. Los profesores y el personal de la escuela le tienen miedo y no cuestionan nada de lo que dice o hace. Y su familia la trata casi siempre como basura. Sí, Whit la cuida, pero también es duro con ella. Está seguro de que es lo que necesita.

Yo creo que se excede. También creo que su madre es una completa desgraciada, su padre es negligente y todos los demás que van a esta escuela son unos malditos cobardes, demasiado temerosos de hablar con ella por miedo a enfurecer a la heredera Lancaster.

Sylvie no me da miedo. No en ese sentido. Sin embargo, ¿mis sentimientos por ella? A veces me asaltan durante la noche, cuando no puedo dormir, haciendo que me duela el pecho.

—Me gusta que pienses que soy fuerte. —Con una gran sonrisa, inclina la cabeza hacia atrás, mirando hacia las estrellas, ya que no hay techo en esta parte del edificio—. Me haces sentir aún más fuerte.

Eso tiene que servir de algo, ¿verdad? Quiero animarla, no mantenerla abajo.

Aunque Whit probablemente me partiría la madre si supiera todas las cosas que he hecho con su hermana menor. Apenas tolera que pase tiempo con ella, y no sabe ni la mitad.

Muevo la mano de su cadera a su nalga, acercándola a mí. Ni un trozo de papel se interpone entre nosotros, y ella me clava su gélida mirada azul con los labios entreabiertos.

—¿Qué estás haciendo?

—Dijiste que nunca te toco. —Aprieto su nalga redonda, que cabe perfectamente en mi mano—. Así que aquí estoy. Tocándote.

La música cambia, la nueva canción es más lenta, con un ritmo sensual. Mueve las caderas, la parte inferior de su cuerpo roza la

mía, haciéndome reaccionar, poniéndomela dura. Sus labios se tuercen, como si supiera exactamente lo que me está haciendo, y me rodea el cuello con los brazos.

—Dios, eres tan sexy, Spence. ¿Te lo había dicho antes?

—No. —Pasa un chico de mi clase de historia con un vaso lleno de cerveza en la mano y se lo arrebato, ganándome una mirada de irritación—. Gracias.

Levanto el vaso en señal de brindis antes de darle un trago. Él niega con la cabeza y yo me río.

—Eres malvado —susurra.

La miro.

—Te gusta.

Le brillan los ojos.

—Tienes razón. Me gusta, porque yo también lo soy.

—Solo crees que lo eres —me burlo.

Sylvie frunce el ceño pues odia que le lleve la contraria.

—Te aseguro que soy la cabrona más malvada que jamás conocerás.

Estoy a punto de beberme la cerveza que tengo en la mano cuando ella me la arrebata y se la termina.

—Oye.

—Bésame —murmura, justo antes de levantarse y presionar su húmeda boca contra la mía.

Sus labios se abren, nuestras lenguas se enredan y puedo saborear la cerveza.

La agarro con más fuerza, ahora con las dos manos en las nalgas, controlando sus movimientos. Ella se aferra a mí y me besa en medio de la multitud, ignorando los gritos y los «oooh» y «aaah».

Lo habíamos llevado lejos en privado, pero nunca así, al aire libre, con todos como testigos. No queremos que la gente sepa que estamos juntos. Yo no quiero que lo sepa nadie con quien vayamos a la escuela, en especial Whit. No me avergüenzo de lo que compartimos, solo que no quiero oír los chismes ni tener que lidiar con su hermano.

Y creo que ella siente lo mismo. Nos gusta tener nuestro secreto. Jugueteamos en su habitación, a solas nos toqueteamos en su cama: mi mano en sus bragas, sus dedos alrededor de mi pene.

—¡Mierda! —murmura Sylvie, alejándose de mí inmediatamente. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

Inclina la cabeza hacia la derecha.

—Mira a Summer.

Echo un vistazo y veo a Summer restregándole las nalgas en el pito a un imbécil, con las mejillas sonrojadas y los ojos dilatados. Está claro que está totalmente borracha, y Bryan, el imbécil, la mira con lascivia.

—Eso no va a acabar bien —le digo a Sylvie.

—Si mi hermano la ve con ese tipo, va a enloquecer. —Lanzo un leve eufemismo.

—Rayos, creo que deslizó sus manos bajo sus shorts. —Sylvie suena horrorizada.

Es lo último con lo que quiero lidiar, con drama. Peleas por una chica… Por mucho que Whit proteste, está interesado en Summer Savage, no importa cuánto lo niegue.

—Vamos. Vámonos de aquí —sugiero.

—No, espera. —Sylvie ya no baila, aunque la música sigue sonando. Mira fijamente a Summer, intentando llamar su atención; después, Summer por fin nos mira y nos saluda con la mano mientras se marcha con Bryan.

—Summer, ¿qué demonios estás haciendo? —pregunta Sylvie.

—Ahora vuelvo —dice Summer mientras señala la nuca de Bryan y articula con sus labios silentes: «Es guapo». Luego levanta sus dos pulgares arriba.

—¡No te vayas con él! —Sylvie prácticamente grita, pero Summer la ignora; mi pareja me lanza una mirada suplicante—. Deberíamos hacer algo.

Me encojo de hombros.

—¿Qué podemos hacer? Ya está grande. Puede arreglárselas sola.

—Está borracha. Tengo que hablar con Whit. —Empieza a irse y la tomo de la mano, deteniéndola.

—No te metas en sus asuntos —le advierto, bajando la voz. La canción cambia otra vez, esta vez a una lenta—. Déjalos en paz, Sylvie.

Le tiembla el labio inferior y juro que va a llorar.

—Pero es mi amiga.

—Y ella sabe lo que hace. No te preocupes. —Le toco la mejilla, dejando que mi pulgar pase por su labio inferior—. ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

La preocupación se disipa lentamente de su mirada y asiente.

—¿Vamos a mi habitación?

—Sí. —Le sonrío, presionando mi pulgar contra sus labios, haciendo que se separen.

Me mordisquea la piel antes de apartarse de mí, me toma de la mano y me jala entre la multitud hasta que salimos de las ruinas, en dirección al carrito de golf que aún está enfrente.

—Conduce tú —me dice, y yo me acomodo tras el volante, esperando a que se siente antes de arrancar tan rápido que chilla en la oscuridad; su risa impregna el ambiente.

El sonido me embriaga, no puedo dejar de mirarla a hurtadillas. Juro que es la vez que más feliz la he visto, aunque puede deberse a que está borracha. Se agarra de un costado del carrito de golf, con los dedos enroscados alrededor de la barra mientras se inclina hacia la derecha, con el torso colgando sobre el carrito y planeando sobre el camino.

—Oye, vuelve aquí —le digo, pero ella se limita a sacudir la cabeza. Sigue riendo. Sigue colgando sobre el suelo. Un movimiento en falso, si se le resbalan los dedos, y se cae. Podría lastimarse mucho.

Suelto el acelerador, reduciendo la velocidad. Hasta que vuelve a apoyarse en el asiento y me mira frunciendo el ceño, frustrada.

—¿Por qué frenaste? —Cruza los brazos, hinchando sus senos mientras se apoya en el respaldo del asiento. Parece un ángel enojado.

—No quería que te lastimaras. —Giro el carro hacia la derecha, siguiendo el camino que lleva al edificio donde está su habitación. No tiene un cuarto con el resto de nosotros en los dormitorios, es una Lancaster, ellos no viajan con nosotros, los plebeyos.

—Te preocupas demasiado —murmura. Esta noche está salvaje, echándose el pelo hacia atrás, que se ondula y vuela por todas partes. Me siento tentado a tomarla de él y jalarla hacia mí. Atraerla, besarla hasta que deje de quejarse. Hasta que olvide todos sus problemas, sus preocupaciones. Su dolor.

La inunda mucho dolor por dentro y no será franca contándome el porqué, aunque tengo mis sospechas: no confío en sus padres, en su madre, específicamente.

—Tú no entiendes —me acusa de repente, y la miro, interrogante.

—Tu vida es tan perfecta. No tienes que preocuparte por nada.

Si supiera que ninguna vida es perfecta. Ni la suya, y definitivamente la mía tampoco.

Detengo el carrito delante del edificio, donde están su habitación y la de Whit, y ella avanza a grandes zancadas hacia la puerta principal sin mirar atrás. Presiono el freno del carrito antes de perseguirla y le agarro la mano antes de que llegue a la puerta y desaparezca para siempre.

Esas puertas se obstruyen en cuanto se cierran. Conociendo a Sylvie, las atravesaría y no me dejaría entrar.

—¿Qué? —Se gira hacia mí—. ¿Qué quieres, Spence?

Frunzo el ceño, aún confundido por su actitud.

—Yo podría preguntarte lo mismo, Syl. Pasas del calor al frío todo el tiempo. Me quieres. Quieres que me vaya a la mierda. Decídete.

Su pecho, visiblemente se agita mientras me mira, empuñando las manos a los costados.

—¿Sabes lo que realmente quiero? Divertirme y no preocuparme todo el maldito tiempo. Quiero sentirme bien. ¿Sabes hace cuánto que no me siento bien? ¿Saludable? Mucho tiempo, Spencer. Un puto largo tiempo.

Nos miramos fijamente y solo se escucha la respiración agitada de Sylvie luego de su arrebato. No sé de dónde demonios viene esto, y ella nota la confusión en mi cara. En mis ojos.

—Juré que este año escolar sería mejor, pero todo sigue igual. Todo el tiempo. Ella no me deja en paz. No me siento normal. Nunca. Ni siquiera sé lo que eso significa o cómo es. Pero estar contigo, y pasar tiempo con Summer… los dos me ayudan a olvidar quién soy realmente. —Su sonrisa es triste—. Una muñequita rota sin nada por qué vivir.

—Aw, Sylvie…

—No intentes negarlo. Sabes que es verdad. Todo mi discurso sobre la muerte suena tan dramático, pero es mi realidad. La mía. —Levanta la barbilla, la luna proyecta un suave resplandor plateado sobre su rostro y es entonces cuando veo las lágrimas que surcan sus mejillas—. Me está matando, lenta pero seguramente. Sé que todo es culpa suya y nadie quiere hacer nada al respecto, ni mi padre. Nadie.

Me acerco a ella, la estrecho entre mis brazos y aplasto las alas que lleva puestas. Ya no me importan las malditas alas, ni el disfraz, ni la fiesta. Solo quiero cuidar a mi Sylvie, quien llora sobre mi camisa negra; sus sollozos son silenciosos y sus lágrimas empapan la tela. Le paso la mano por el pelo, enredando los dedos en sus suaves cabellos, agarrándolos por la raíz, como había imaginado antes. Suavemente, la jalo y le echo la cabeza hacia atrás para que nuestras bocas queden perfectamente alineadas.

—Vamos, Syl. Me estás rompiendo el corazón.

—Creía que no tenías. —Desliza las manos por la parte delantera de mi pecho, su tacto se suaviza y su palma descansa justo entre mis pectorales. Tiene las mejillas húmedas por las lágrimas y los ojos enrojecidos, pero sigue viéndose hermosa—. Ya me lo habías dicho una vez, hace mucho tiempo.

Cuando le pedía que me dejara en paz. Meterse con la hermana menor de tu mejor amigo es una forma de arruinarte la vida, sobre todo cuando tu mejor amigo es Whit Lancaster. Si él supiera todas

las cosas que he hecho con Sylvie, me mataría, me asesinaría con sus propias manos.

—Hace tiempo que no pasamos tiempo juntos, Spencer. —Sus dedos se enroscan en la tela de mi camisa, tirando suavemente—. Te he extrañado.

—¿Esta vez me invitas a tu habitación en serio?

Ella asiente, soltando mi camisa.

—Vamos.

La sigo al interior del edificio y la puerta se cierra detrás de nosotros. No hay ruido y estamos completamente aislados. Ningún miembro del personal vigila a los Lancaster en este edificio al anochecer, o nunca. Así que estamos solos. Solo nosotros dos.

Una vez que abre la puerta de su habitación, me abro paso a empujones hasta el interior, encimándome en ella, forzándola a que apoye la espalda contra la pared, donde la inmovilizo con mi cuerpo, aplastando las alas negras que lleva puestas. El impulso familiar surge dentro de mí, el que solo siento cuando estoy con ella.

Soy un buen tipo. Respetuoso. Mi madre me enseñó a tener modales. Mi padre me enseñó a permanecer siempre callado en lugar de soltarle información a cada imbécil que te encuentras. Ambos me han dado muchos consejos a lo largo de los años sobre cómo tratar a las otras personas, a las chicas, a las mujeres. Sin embargo, sigo sin entender la necesidad que tengo de Sylvie cada vez que la tengo a solas. Me hace sentir nervioso, inquieto, como si lo único que quisiera hacer fuera abalanzarme, saltar sobre ella, devorarla, hacerla toda mía.

Es como si pudiera sentir la energía que desprendo, y aunque responde a ella, también me aleja. Cada vez. Es frustrante, carajo, y sé que debería ser más paciente, tomando en cuenta que es virgen. Pero ya hemos hecho mucho.

¿Por qué no podemos superar la última barrera?

—Spence. —Su voz es un susurro entrecortado, más aire que sonido, y me agarra con fuerza de la camisa, tirando de mí. Inclino la cabeza, mi boca se posa en la suya, sus labios se abren bajo los míos, nuestras lenguas se tocan, se enredan. Un sonido grave me

llega desde el fondo del pecho y aprieto mi cuerpo contra el suyo, deseando que perciba mi necesidad, mi única necesidad que es ella. Solo ella.

Es más alta con tacones, sus senos se aplastan contra mi pecho. Me separo de sus labios ávidos y recorro su esbelto cuello con la boca, lamiendo y mordisqueando su pálida piel. Tiembla debajo de mí y un gemido sale de sus labios cuando la beso en el pecho. Por encima de sus senos.

Levanto la cabeza y mantengo la mirada fija en la suya mientras tiro de la parte delantera del corset que lleva puesto, y sus senos salen al aire, sus pezones rosas están duros. Le lamo uno y luego el otro, y sonrío cuando una sacudida hace que se agarre a mi nuca y enrosque los dedos en mi pelo.

Me sujeta mientras me deleito con sus pechos, lamiendo y succionando un pezón con la boca, mis manos encuentran su cadera y la sujetan contra la pared. Se resiste a mis manos, forcejeando como si quisiera que la tocara aún más, y paso las manos por debajo de sus shorts, tocando sus muslos. Me alejo un poco y la miro fijamente mientras empiezo a darme cuenta…

Maldita sea, es muy delgada. Piernas y muslos flacos, y los huesos de la cadera le sobresalen. Cintura pequeña, senos pequeños, estómago cóncavo. Es como si nunca comiera. Ya me había preguntado antes si tiene un desorden alimenticio…

—Oye. —Posa la palma de la mano directamente sobre mi pene, captando rápidamente mi atención. Levanto la cabeza, mi mirada se fija en la suya, y me estudia con las cejas fruncidas—. ¿Qué haces?

No puedo decirle la verdad. Arruinaría el ambiente, arruinaría el momento. Ella siempre se tambalea sobre ese filo, es volátil como el infierno y no le daría miedo mandarme a la mierda antes de dejarme en el polvo.

No puedo arriesgarme.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Paso la mano por delante de sus shorts, para poder tocarla entre los muslos. Está caliente. Húmeda. Puedo olerla.

Se muerde el labio inferior, estudiándome. Un ángel caído con las alas negras aplastadas colgando de la espalda. Hace tiempo que no se pintaba los labios, sus ojos son extra oscuros y sus senos están al aire. Sabia, pero también inocente.

—Quiero que hagas que me venga —me exige.

Aprieto suavemente el talón de la palma de la mano contra su vulva, haciendo que se le corte la respiración.

—¿Así?

—Con tus dedos —susurra con urgencia—. Dentro de mí.

Retiro la mano.

—Quítate las pantaletas, Syl.

Hace lo que le pido, tantea la cintura con los dedos y los jala hacia abajo. Hasta que queda completamente expuesta, porque así es como actúa Sylvie. Quiere que la vea así, que piense en ella así. Es experimental, salvaje, pero también es tímida, paranoica, un poco asustada.

—Déjalos ahí —le digo cuando las pantaletas le llegan a las rodillas—. Abre las piernas.

Sylvie las abre más, dejándome entrever su brillante carne rosada. No tiene mucho vello púbico, y el que tiene es una maraña rubia que apenas le cubre la vulva. Rayos, es un espectáculo. Si alguien pudiera verla así, se escandalizaría. Esta no es la actuación que hace para los demás.

Solo para mí.

—Tócate —sugiero, sintiéndome como un sádico. Sé que se excita con este tipo de cosas.

Su mano se mete automáticamente entre sus piernas, los sonidos resbaladizos de sus dedos ocupados me dicen que ya está jugando con su clítoris.

—¿Te gusta cuando te miro hacerlo?

Nuestras miradas se encuentran y me pregunto de dónde demonios hemos sacamos la idea de hacerlo así.

—Sí —susurra, asintiendo. El pelo le cae sobre los ojos, pero no se lo aparta.

Sus dedos están demasiado ocupados en otras cosas.

Me invade la impaciencia y voy hacia ella, aparto su mano y sustituyo sus dedos por los míos. Los hundo en su carne cremosa, la acaricio, deslizo un dedo dentro de ella y arquea la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su garganta mientras gime. Le rozo el cuello con la boca, la lamo y la chupo, frotándole el clítoris una y otra vez. Hasta que todo su cuerpo tiembla y su respiración se acelera. Me doy cuenta de que está a punto de venirse y, en el último segundo, quito la mano y retrocedo un paso.

La mirada en su cara mataría dragones, y lo único que puedo hacer es sonreírle.

—Mi turno —es todo lo que digo.

—No es un juego, Spence.

—Ah, pero sí lo es, Syl. Así es como te gusta, ¿recuerdas? —Empiezo a desabrocharme los botones de la camisa, mi ritmo cardiaco aumenta, mis músculos se tensan de anticipación—. Ponte de rodillas.

Sacude la cabeza y, encogiéndose de hombros, se quita las alas de ángel caído que apenas lleva puestas ya. Las arroja al borde de la cama, las plumas negras revolotean por todas partes y algunas caen sobre la cama o en el suelo.

—Oblígame.

Todo en su vida está fuera de control. Me lo ha confesado antes. Está en caída libre, constantemente, insegura y desconfiada de todo y de todos, excepto de mí. Prefiere que yo le diga qué tiene que hacer, de esa manera sabe qué esperar; lo que yo quiera. Y al final siempre le doy lo que quiere, así es que no se queja.

Me quito la camisa y ella cae de rodillas, buscando la parte delantera de mis pantalones. Sus dedos temblorosos desabrochan el botón y bajan el cierre. Aprieta la palma de la mano contra mis bóxers y me aprieta el pene con los dedos.

—Más fuerte —grito.

Se me caen los pantalones alrededor de los tobillos y me los quito de una patada. Mira hacia arriba y su mirada encuentra la mía mientras se inclina hacia mí y presiona ligeramente mi pene cubierto de algodón con la boca. Su aliento es caliente, húmedo. Jadea,

separa los labios y saca la lengua para lamer solo una vez, y es suficiente para arrebatarme un gemido desgarrado.

—¡Quítamelos!

Enrosca los dedos en la cintura de mis bóxers y los jala hacia abajo, liberando mi pene. Me agarra de la base, rodea la cabeza con la boca y me succiona.

—Mierda. —Meto los dedos entre su pelo y observo embelesado cómo se mete y se saca el pene de la boca, cómo su saliva hace brillar mi piel endurecida. Pasamos de las jaladas y los dedos al sexo oral, y su boca es como imagino que será el paraíso. Cálida, húmeda y acogedora. Con la cantidad justa de succión y una lengua ávida de lamer.

El semen le gotea en la lengua. Siento que se me escapa y me acerco a ella, rodeándole la barbilla con la mano para que se detenga. Lo hace y abre los ojos, con la boca llena de pene y la mirada fija en mí.

—Más despacio —exijo, con voz suave—. Lámelo.

Pasa la lengua de arriba abajo, acariciando la cabeza enrojecida. Traza ligeramente la punta y lame el semen. Cierra los ojos y un zumbido en lo más profundo de su garganta hace vibrar todo mi cuerpo. Se me tensan los huevos, un aviso de que voy a venirme pronto, cosa que no quiero hacer pues prefiero prolongarlo, pero Sylvie tiene un don con la boca, los sonidos que hace, la forma como me mira. Solo de pensar en ella me dan ganas de explotar.

Sin previo aviso, me retira de su boca, se pone de pie y frota el dorso de la mano contra la comisura de sus labios. Me quedo ahí de pie como un idiota, con la respiración agitada, el cerebro zumbando y el pene tan duro que me duele.

—Tú me hiciste esperar, yo te haré esperar. —Su sonrisa es petulante, totalmente traviesa.

La agarro y la atraigo hacia mí, con sus senos desnudos aplastados contra mi pecho.

—Eres una calientahuevos.

—Tú también. —Me empuja el pecho, pero no muy fuerte, y me doy cuenta de que disfruta cuando hacemos esto. Siempre lo hace.

—Súbete a la cama. —La alcanzo por atrás y la nalgueo tan fuerte que grita—. Vamos.

Sin vacilar, hace lo que le ordeno y se acuesta en la cama, en el centro del colchón, con las piernas abiertas, mostrando su preciosa vagina. Me despojo de lo que me queda de ropa hasta quedar completamente desnudo, me arrastro hasta ella y me pongo cara a cara con su vulva, inhalando su aroma dulce y ligeramente almizclado.

—Haz que me venga con tu boca, Spence —me exige.

La estudio, disfrutando el momento. Está acostada en medio del colchón, con plumas negras esparcidas por todas partes. Unas cuantas plumas pequeñas se aferran a su piel, recordándome a un pequeño ángel oscuro hecho pedazos que cayó a la tierra, roto y confuso, o podría decir, caliente y necesitada. La impaciencia es obvia en su rostro, así es que le doy lo que quiere, lo que necesita.

Me inclino sobre ella y pongo la boca en su vulva. Mis lamidas son lánguidas, me tomo mi tiempo y busco en cada centímetro. Está tan caliente, empapada. Succiono su clítoris entre mis labios y luego lo suelto para poder lamerlo con la lengua; lo rozo, lo provoco.

La provoco a ella.

—Sssí. —Ella mete los dedos en mi pelo, empuja mi cara hacia ella y yo la devoro como si fuera un muerto de hambre. Empieza a temblar debajo de mí, sube las piernas, presiona ambos lados de mi cabeza con los muslos, atrapándome. Chupo y lamo su clítoris, sin dejar de lamerla mientras grita. Hasta que me empuja por los hombros y no tengo más remedio que apartarme de ella, apoyándome en el suelo cuando se pone de lado.

—Deberías irte. —Su voz está amortiguada por la almohada contra la que aprieta la cara.

Frunzo el ceño.

—Syl. Mírame.

Ella sacude la cabeza, su despeinado pelo rubio se despeina aún más.

—Vete. Vete, Spence.

Me miro el pene todavía duro y suelto un fuerte suspiro.

—Siempre haces lo mismo.

—¿Qué hago?

—Me alejas cuando nos acercamos.

Me mira fijamente.

—No es cierto.

—Sí. —Dudo solo un momento—. Y estoy harto.

Sin previo aviso, me avienta la almohada y me golpea en la cabeza.

—¡Si estás tan harto de mí, lárgate!

Me levanto, agarro mis pantalones y me los pongo antes de echarme la camisa encima de los hombros, sin molestarme en abrochármela.

—Si salgo por esa puerta ahora mismo, es posible que nunca vuelva a entrar.

Lo digo en serio. Estoy cansado de las idas y vueltas con esta chica. Nada es normal. Nada es estable. Quiero ayudarla, pero la mayoría de las veces no me deja.

—Bien. No quiero que vuelvas. Vete. Abandóname como hace todo el mundo. —Su voz está tensa, como si fuera a ponerse a llorar en cualquier momento y, por un segundo, quiero ir con ella, consolarla. En lugar de eso, me pongo los zapatos y me voy, con la sangre agitada por la furia, haciéndola arder.

Estoy cansado de que me utilice un Lancaster. No permitiré que vuelva a ocurrir.

NUEVE

Sylvie

La llamada surgió de la nada, como suelen hacer las mejores llamadas, y al día siguiente estoy en la oficina de mi abogado, ansioso por saber de qué quiere hablarme. Decido que no hay necesidad de sutilezas ni de conversaciones triviales. En cuanto me acomodo en la silla frente a su mesa, le pregunto por qué me llamó.

Sterling Cavanaugh intenta ocultar la sonrisa que apenas tuerce su boca cuando agacha la cabeza y abre la carpeta que tiene en su escritorio.

—El abogado de su marido se puso en contacto conmigo ayer por la mañana.

El pavor me cubre el estómago, que se me revuelve.

—¿Para qué?

—Parece que te dejó algo de lo que nadie más sabía. —Saca una hoja de la carpeta y me la entrega. La acepto y frunzo el ceño al ver la foto del océano desde la parte superior—. Una casa.

—¿Una casa? —Estudio las otras fotos de la estructura en forma de cabaña en el bosque—. ¿Dónde?

—En California. Más de cien acres en la costa de Big Sur. —Cuando levanto la vista hacia Sterling, descubro que ya me está mirando, con una leve sonrisa en la cara—. Es algo extraordinario, Sylvie. Un denso bosque de secuoyas y la costa virgen, no hay nada igual. La casa tiene más de dos mil metros cuadrados y se construyó en los años veinte.

Todo mi cuerpo vibra de emoción.

—¿Estás seguro de que me pertenece?

—No estabas mencionada en el testamento en lo absoluto, y creo que Earl se dio cuenta justo antes de su muerte, por eso puso la

casa a tu nombre. Según su abogado, lleva poco tiempo en su familia. La adquirió unos años antes de su matrimonio —me explica Sterling.

—¿Por qué no la quieren sus hijos? —Vuelvo a estudiar las fotos, frunzo el ceño al mirar las fotos del interior. Parece que la remodelaron, pero no recientemente.

—No sabían que existía.

—Y cuando se enteren, irán por mí.

Sacude la cabeza.

—No pueden. La casa es intocable por los herederos, pues no se registró en la herencia. Sus hijos no tienen derecho a decidir quién se la queda.

Frunzo el ceño, pues no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—Porque la puso a tu nombre. —Sterling me entrega otro documento. Una escritura.

Se la arrebato de los dedos, mi mirada recorre el lenguaje jurídico y se fija en mi nombre en blanco y negro: Sylvie Lancaster. Ni siquiera registró mi nombre de casada, aunque no lo cambié legalmente.

Hmmm. El hombre hizo algo por mí una vez.

—Así es que esta casa es mía. —Paso los papeles y vuelvo a ver las imágenes de la casa.

—Correcto. Es una propiedad interesante, única en tamaño y escala. Como ya dije, rodeada por un denso bosque y la costa del océano. No hay nada igual en el mercado, una propiedad tan grande —explica Sterling.

La emoción amenaza con desbordarme. No quiero alegrarme demasiado por esta noticia, pero una propiedad aislada en California me proporcionaría una vía de escape de Nueva York, de mi familia, de mi madre, de mi vida.

Podría empezar de nuevo, convertirme en una persona diferente, centrarme en cosas diferentes, quizá entrar en algún grupo New Age y centrarme en el bienestar y la autoestima. Seguro que California está llena de ese tipo de gente.

Sterling abre un cajón del escritorio y saca un sobre amarillo; lo pone sobre la mesa, a su alcance.

—Las llaves están adentro. Junto con la dirección y varias instrucciones. La casa no tiene personal, aunque hay un encargado de mantenimiento. No sé cómo puede ocuparse de toda la propiedad, considerando su tamaño. Deberías pensar en contratar más gente para que te ayude.

Tomo el sobre y lo abro para echar un vistazo al interior, donde figura un llavero que dice Big Sur, junto con una ilustración de una puesta de sol hundiéndose en el océano.

—También podrías plantearte venderla —sugiere Sterling—. Ha surgido interés desde que salió del mercado; recientemente hubo consultas sobre su disponibilidad según el abogado de tu difunto marido.

—No la voy a vender. —Vuelvo a cerrar el sobre y lo guardo en mi enorme bolsa negra Valentino. El modelo Roman Stud me hace sentir ruda, fuerte, como una gladiadora, lo cual es una tontería.

—Como desees —concede Sterling, extendiendo las manos antes de juntarlas sobre su escritorio—. Simplemente algo que puedes considerar en el futuro. California nunca ha sido tu base de operaciones, no sabes cómo será vivir allá.

—Bueno, ahora podría convertirse en mi base, tomando en cuenta que soy propietaria. —Sonrío, incapaz de seguir ocultando mi alegría—. Son maravillosas noticias, Sterling.

—Me imaginé que lo aprobarías. —Su sonrisa es cálida, siempre me ha caído bien. Es un caballero mayor, más joven que mi difunto marido, pero todavía lo suficientemente viejo como para ser mi padre. Está felizmente casado y tiene un hijo de mi edad que es un poco raro. Definitivamente no es mi tipo; los aspirantes a abogados son aburridos, aunque siempre te cuidan cuando estás en apuros.

—Pienso ir para allá enseguida —continúo, con la mente hecha un torbellino de planes—. Necesitaré solicitar el avión familiar.

La familia comparte el avión privado de los Lancaster. Mi padre es quien más lo utiliza, también Whit. Yo, en cambio, casi no lo hago.

—Estoy seguro de que te la pasarás muy bien. La casa y la propiedad parecen espectaculares —me dice mi abogado, siempre tan diplomático.

—Tendrás que venir a visitarme alguna vez, Sterling. Ven con tu familia, en especial con tu hijo. —Le sonrío sincera, mostrando incluso mi dentadura.

Sterling no se puede evitar la mirada nerviosa que aparece en su rostro; la idea de que ponga los ojos en su hijo seguramente le aterra.

—Ian actualmente está ocupado con la escuela de leyes.

Me pongo de pie y me cuelgo la bolsa en el hombro. El peso del mundo es ligero hoy, y estoy tentada a salir dando saltos de la oficina de Sterling.

—Qué pena. De todos modos, estoy segura de que me aburriría hasta las lágrimas.

Sterling se aclara la garganta.

—Tiene novia.

—Claro que sí —agrego lentamente, acentuando mis palabras con una carcajada—. Gracias por la buena noticia, Sterling. Me has alegrado el año.

Salgo de su despacho brincando de gusto, tal y como lo imaginé. Cuando bajo del elevador y salgo a la calle en busca de mi chofer, sonrío de oreja a oreja, incapaz de contener la alegría que me corre por las venas: tengo una casa que es mía y de nadie más, sin otro Lancaster relacionado con ella más que yo. Puedo escapar de esta ciudad espantosa y no volver si no quiero.

La idea de vivir sola en la costa de California, rodeada del bosque y del océano suena ideal, como un paraíso, sin mi padre tratando de ser amable, sin mi madre intentando meterse en mi vida para controlarla, sin mis hermanos que me miren con prejuicios, sin la posibilidad de encontrarme con Spencer Donato nunca más. Este último pensamiento hace que el corazón me dé un vuelco, pero lo aparto. No puedo preocuparme por él y lo que piensa de mí; me odia. En la boda de Whit y Summer dejó muy claro lo que sentía por mí. Arruiné esa relación y solo yo tengo la culpa.

Quizá pueda convertirme en ermitaña. Me esconderé en mi casa del bosque con la única compañía del canto de los pájaros y el susurro de los animales salvajes. Y algún jardinero que llamará ocasionalmente para preguntarme si quiero que me corten el pasto esa semana: suena como un sueño. ¿Y lo mejor? Está a punto de convertirse en mi realidad.

En cuanto entro a mi departamento me quedo paralizada, sintiendo que hay alguien aquí, aunque soy la única que tiene acceso.

Saco el teléfono de mi bolsa, dispuesta a llamar a seguridad, cuando mi madre sale de la cocina tarareando una melodía familiar, como si fuera su casa, como si le hubiera dado una llave y le hubiera dicho que podía pasar cuando quisiera.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz es fría, desprovista de cualquier emoción, aunque por dentro estoy temblando.

Abre los ojos, aparentemente sorprendida, y se apoya la mano en el pecho, con la boca carmesí entreabierta.

—Me asustaste.

—Es mi departamento —recalco—. ¿Cómo entraste?

—Le dije al portero que era tu madre y me dejó entrar enseguida.

Por supuesto que sí. Para el mundo exterior, Sylvia Lancaster es inofensiva.

—Quiero que te vayas. —Le doy la espalda y me dirijo a la puerta, abro la cerradura y señalo el umbral—. Vete.

Se lleva la mano al costado y sus labios se curvan, divertidos.

—Siempre tan hostil conmigo, Sylvie. No lo entiendo.

Aprieto los puños, deseando partirle la cara. Su negación descarada es desesperante.

—Me estás haciendo *gaslighting*.

Hace un gesto con la mano, rechazando mi acusación.

—Ustedes los jóvenes y su terminología. ¿Siquiera entiendes lo que significa *gaslighting*?

—No, pero aquí vas, a hacerme *gaslighting* otra vez. Como si no supiera de lo que hablo. —Alzó la barbilla con las manos todavía apretadas. Armada y lista para luchar—. Esta es mi propiedad y no te permito estar aquí. Te pido amablemente que te vayas. Si no lo haces, llamaré a seguridad.

—Seguridad me permitió entrar. Tenía escolta personal y todo. —Ladea la cabeza, contemplándome—. Estás temblando visiblemente, Sylvie, ¿estás bien?

Se me escapa un rugido como ningún otro sonido que haya hecho antes.

—¿Por qué eres así?

—Solo quiero hablar —Su voz se suaviza, llena de preocupación —. Por favor, ha pasado tanto tiempo. No me gusta cómo me has alejado.

—Lo hice por mi propia protección.

—¿De mí? ¿Qué te he hecho yo?

—Ya lo sabes. —Mi voz se ahoga de desesperación, haciéndola fruncir el ceño—. Sabes exactamente lo que me hiciste, aunque finjas que nunca ocurrió. No puedo seguir viviendo así, madre. No puedo.

—Corazón —Da un paso hacia mí y retrocedo automáticamente, necesito la distancia—, me preocupa cuando hablas así. Por favor, dime que no estás pensando otra vez en suicidarte.

Esto me resulta tan familiar que me da escalofríos. Ya hemos tenido esta conversación, me ha dicho este tipo de cosas antes. Planta las semillas y me hace creer que soy yo quien quiere acabar con mi vida.

Cuando me doy cuenta de que intentar que se vaya no va a funcionar, cierro la puerta de un portazo y hago un gesto con la mano hacia los sofás de mi sala.

—¿Quieres que hablemos? Hablemos.

Me acomodo en el sofá blanco impoluto, sin perderla de vista mientras se sienta en el sillón azul pálido frente de mí, apoyando las manos apretadas en su regazo. Su expresión es satisfecha, con las cejas levantadas, como si estuviera esperando a que me desahogue

con ella mientras permanece sentada como un ángel, tranquila y reservada.

Es un montón de mierda.

—Quiero restablecer nuestra relación, Sylvie —dice, yendo directamente al grano—. Te extraño. Verte en la boda me recordó lo distantes que nos hemos vuelto, y… me duele. Solíamos ser tan unidas, hasta que me apartaste completamente de tu vida.

La hipocresía es real en esta mujer, lo juro.

Nos miramos fijamente, cada una deseando que la otra se quiebre primero, y como de costumbre, yo soy la que se rompe.

—Ya no podemos tener una relación, madre. Es que… me das miedo —admito, queriendo que piense que me siento vulnerable, aunque en mi interior la ira se concentra, tenaz. Ella no me da miedo, no en realidad. Solo quiero que piense que soy débil.

—Nunca te lastimaría, lo sabes, ¿verdad? —Se desliza hasta el borde de su asiento, preparada y lista para lanzarse hacia mí si es necesario.

—Ya lo has hecho. —Levanto la barbilla y la miro fijamente, observando sus rasgos, tan parecidos a los míos, somos semejantes. Básicamente compartimos el mismo nombre y ella esperaba que nos pareciéramos en todo, pero no es así, se le olvida que la sangre Lancaster también corre por mis venas y es la que domina—. Pongámoslo sobre la mesa y hablemos de lo que me hiciste, ¿sí? Cómo me llevaste con todos esos médicos y los convenciste de que estaba enferma, cuando en realidad no lo estaba. ¿Qué me hiciste exactamente? ¿Me envenenaste? ¿Me diste tantos medicamentos que apenas podía funcionar? ¿Es eso lo que pasó? No me acuerdo, el pasado es borroso, pero sí sé por qué; todo es culpa tuya.

O quiero olvidar, o lo que me hizo me borró la memoria.

—Cuidado con lo que dices. Tus acusaciones son peligrosas. —Su expresión es suave como cristal, pero puedo oír la frustración en sus palabras, la advertencia en su tono.

—Son especialmente peligrosas porque son ciertas. —Vuelvo a sacudir la cabeza y lo hago una vez más cuando intenta hablar. La callo—. No te molestes en negarlo o en discutir conmigo. Conozco la

verdad, la viví, y por eso no quiero estar cerca de ti nunca más. Eres una amenaza para mi vida, prefieres verme muerta… o muy cerca de la muerte.

Me mira boqueando, como un pez moribundo.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida. ¡¿Cómo te atreves a decir eso, Sylvie?! ¡¿Cómo te atreves?!

Veo que se pone de pie de un salto, siempre elegante, mientras se dirige a la puerta. Se irá sin que tenga que echarla y eso es mucho más fácil.

—Me niego a quedarme aquí sentada a dejar que me digas este tipo de cosas. —Se detiene en la puerta, con la mano en el picaporte cuando mira por encima del hombro—. Siempre me he preguntado algunas cosas sobre ti.

Es todo lo que dice y, por supuesto, sabía que yo le preguntaría qué. Así que lo hago.

—¿Qué quieres decir?

Le brillan los ojos.

—Tu marido. Su muerte fue un misterio. ¿Tuviste algo que ver?

Es mi turno de quedarme boquiabierta, incapaz de enunciar palabras. Cuando el silencio se prolonga, un innegable triunfo ilumina los ojos de mi madre.

—Eso es lo que pensaba. —Suspira y abre la puerta—. Qué pena. Era el único hombre que yo creía que podría domarte.

Cierra la puerta antes de que pueda protestar y me desplomo en el sofá, mirando al techo mientras respiro cada vez más deprisa. ¿Alguien más cree que yo maté a Earl? Sus hijos han hecho comentarios apenas velados que eran averiguaciones, pero nunca han dicho nada directamente, nadie lo ha hecho nunca. Hasta que lo hizo mi madre. Obvio.

DIEZ

Spencer

Estoy sentado en mi oficina de Empresas Donato cuando llaman a la puerta. Antes de que pueda preguntar quién es o preguntarme por qué mi ayudante no ha llamado antes para avisarme, la puerta se abre de golpe y entra Whit Lancaster, tan impaciente como siempre.

Se detiene en medio de mi oficina, apoya las manos en la cadera y observa el interior, me mira sentado detrás del gran escritorio que perteneció a mi padre y que usó hasta que compró uno más grande para sentarse detrás de él. Me dio el viejo.

Whit sonríe.

—¿Qué rayos, Spence? ¿Quién eres ahora?

Cierro de golpe la computadora y me recargo en la silla, contemplándolo.

—Mientras estás fuera viajando por el mundo en tu luna de miel de un mes, algunos tenemos que trabajar para vivir.

—Estuvimos fuera tres semanas. —Se borra la sonrisa tomándose la barbilla y se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio—. Esto es increíble, realmente has llegado lejos en el mundo.

Ignoro lo que dice.

—¿Cómo les fue en la luna de miel?

Ha pasado más de un mes desde la boda. Desde la última vez que vi a Sylvie en carne y hueso. A la luz de la luna y bailando con rosas en el pelo. La hermosa y enfurecedora Sylvie.

—Genial. Agotador.

—¿Todo el sexo? —Alzo una ceja.

—Mi esposa está embarazada —dice indignado, como si lo hubiera ofendido—. Y llevamos a August con nosotros.

Ese fue tu primer problema, quiero decirle, pero son una unidad familiar sólida y hacen todo juntos. Ya no es solo Whit, son Whit y Summer… y August. Con el tiempo, habrá otro bebé que se unirá a sus filas.

Yo apenas puedo salir con la misma mujer dos veces seguidas; en cambio Whit, el imbécil más egoísta que he conocido, se ha convertido en un sólido padre de familia: la vida es salvaje.

—Suena agotador.

—Bueno, August nos mantuvo ocupados, no puedo negarlo —sonríe—, pero Summer está en el segundo trimestre, así que está estúpidamente caliente, quiere saltarme encima todo el tiempo.

—Ahórrame los detalles —murmuro.

Se encoge de hombros.

—Tú fuiste quien preguntó.

Cierto. Me equivoqué.

—¿Para qué querías verme? —pregunto, cambiando el tema. Me siento impaciente. Es un día ajetreado, ¿cuándo no lo es?, y no tengo tiempo para ponerme al día con mi amigo, a pesar de que me gustaría.

Whit frunce el ceño.

—Siempre tan formal. ¿No puedo simplemente querer hablar con mi viejo amigo?

—Siempre hay una razón para una aparición inesperada —le recuerdo, sabiendo que Whit no aparece de la nada solo porque sí.

—Quería concertar una cita, pero estás todo ocupado. Hasta llamé a tu secretaria.

—¿A mi asistente? —Miro el reloj—. Tengo una reunión en diez minutos.

—Claro que sí. —Parece irritado.

—Vamos, Whit —mi voz se suaviza—, tú lo entiendes, sé que lo entiendes.

—Sí, sí, tienes razón. Te entiendo. Seré rápido —Whit se inclina hacia delante, la diversión le ilumina los ojos. Estoy seguro de que lo vuelve loco que yo sea el que tiene la sartén por el mango en esta situación en particular, lo cual es una rareza—: necesito tu ayuda.

Me recargo más en la silla, inclinándola para poder mirar por la ventana el paisaje urbano que se extiende ante mí. Las ventanas de los edificios brillan bajo el sol, los altísimos rascacielos de Manhattan son inmensos y parecen no tener fin.

—No estoy seguro de ser quien pueda ofrecerte ayuda.

—Ni siquiera te he dicho para qué la necesito —señala Whit.

Mi mirada vuelve a la suya, momentáneamente sorprendida por la expresión seria de su rostro. Supongo que es en serio.

—Las Empresas Donato solo ayudan a otros en… ciertas circunstancias. Tú lo sabes.

El negocio familiar no está del todo en el lado de la legalidad, y por eso los Lancaster nunca se involucran en negocios con los Donato. Tenemos algunas vías legítimas de ingresos, participaciones corporativas en varias inversiones, incluyendo el comercio de materias primas, además de un fondo de cobertura global. Tenemos un valor de cientos de millones y estamos cada vez más cerca de los mil millones de dólares, que es mi objetivo final, pero también nos entretenemos en cosas que son… dudosas, en el mejor de los casos; absolutamente criminales, en el peor.

—Es personal. —La fachada jovial se derrumba y los ojos de Whit ahora están llenos de… ¿preocupación?— Tiene que ver con mi hermana.

—No. —Niego con la cabeza—. No.

Se echa hacia atrás. Seguro que es una palabra que no oye a menudo.

—Déjame explicarte.

—Si tiene algo que ver con Sylvie, no puedo estar involucrado.

—¿Y si se tratara de Carolina?

—Tampoco puedo involucrarme.

No tocaré a ninguna de las hermanas Lancaster. Si ayudara a Carolina pondría horriblemente celosa a Sylvie, y a Sylvie no la puedo ayudar, simplemente no puedo. Pero no se trata de Carolina, la petición de Whit tiene escrito Sylvie por todas partes, lo conozco. Quizá por eso mi amigo me buscó; siempre he sido el cachorro demasiado ansioso por cumplir las órdenes de su hermana.

—Mira, nadie entiende a Sylvie como tú —empieza, pero lo interrumpo.

—No sé nada de eso. Se casó con otra persona. Estoy seguro de que él la entendía mucho mejor de lo que yo pude.

Whit suelta una carcajada.

—No del todo. Sabes que no fue un matrimonio nacido del amor.

—Cierto. —No importa de dónde nació. Ocurrió, ella huyó y se casó con ese cabrón después de acostarse conmigo, después de darme su virginidad como si fuera un regalo de despedida antes de convertirse en la esposa de otro.

Es algo muy estúpidamente raro, si me lo preguntan.

—Nuestra madre la emparejó con ese hombre. No fue elección de Sylvie —dice Whit con gesto de desdén—. A mí me daba escalofríos. Había algo raro en él.

—No quiero hablar de Sylvie —anoto bruscamente, ganándome una mirada dura por mi tono. Me encojo de hombros—. Si es la única razón por la que viniste, lo siento, no puedo ayudarte.

Whit sacude lentamente la cabeza, su decepción es palpable.

—Nunca pensé que me decepcionarías al tratarse de Sylvie.

—En cuanto tomó el nombre de otro hombre, se acabó. —Suspiro y me enderezo, odiando ese pequeño exabrupto.

—Se escapó, ¿sabes? —admite Whit en voz baja.

—No me importa.

Me pica la curiosidad, pero la aparto. A la mierda. Realmente no me importa.

—Nadie sabe dónde está.

—No es mi problema. —¿No lo es?

—Lo planeó, incluso retiró dinero antes de irse. Sacó un montón de dinero antes de desaparecer. Tienen imágenes de ella yendo al banco y saliendo veinte minutos después con una mochila Chanel llena de dinero.

Suena como algo que Sylvie haría.

—De nuevo, como ya dije, no es mi problema. —Mantengo una expresión lo más neutra posible, negándome a reaccionar.

—Maldita sea. —Whit hace un ruido de incredulidad, frotándose un lado del cuello—. Summer me advirtió que podrías reaccionar así, pero no le creí.

Punto para Summer. Ella entiende lo que es estar con un Lancaster desde el otro lado.

—Tu hermana ya no es mi problema, Whit. No lo ha sido desde hace mucho tiempo. Y qué podría hacer por ella en esta situación, ¿eh? Parece que necesitas un detective privado, no a mí.

—Pero eres tan bueno como uno, ¿no? ¿Al menos cuando se trata de Sylvie? Ustedes dos siempre saben cómo olfatearse el uno al otro.

Odio cómo suena eso, cómo lo dice. Tal vez éramos así en la adolescencia, pero eso fue hace mucho tiempo, hace toda una vida.

—No estamos en la misma frecuencia. Hace años que no lo estamos. —Miro mi reloj otra vez, sin importarme si parezco grosero. No quiero hablar más de ella, aunque me doy cuenta de que Whit no ha terminado—. Tengo que prepararme para mi reunión, Whit, si quieres, podríamos quedar para tomar algo esta tarde.

Whit sacude la cabeza, sin moverse de la silla.

—No puedo creer que no vayas a ayudarme.

—No puedo creer que intentes encontrarla pidiéndome ayuda. Tienes más dinero que Dios, ¿y me dices que no sabes dónde está? Tal vez no quiere que la encuentres.

Whit resopla.

—Claramente. Mira, encontré a Summer después de que huyó de mí. No fue fácil, pero lo hice. Sé que tú puedes hacer lo mismo por Sylvie.

—Las circunstancias son diferentes. Ustedes estaban enamorados el uno del otro.

—¿Y no estás enamorado de Sylvie? —La duda en su voz es fuerte.

Niego lentamente con la cabeza. ¡Diablos, soy un mentiroso!

—Ella tampoco está enamorada de mí. Han pasado años, Whit. Años. Ya somos mayores. Se casó con otro, ha tenido amantes y yo también. Los dos hemos seguido adelante.

—Qué mierda —murmura Whit mientras se levanta—. Ustedes dos me vuelven loco.

—Disculpa por hacerte pasar por esto —respondo sin que parezca que lo siento en absoluto.

—Vete a la mierda —escupe antes de que su comportamiento cambie en un instante—. Por favor, ayúdame. Soy tu mejor amigo, ella fue tu primer amor.

Es curioso oírlo hablar de amor. No es algo con lo que normalmente se sienta cómodo, aunque todo cambió desde que tuvo a August.

—Cierto. Mi primer amor, y me destrozó y se casó sin decírmelo. —No le digo lo que realmente me hizo: ir a mi casa desnuda, como una especie de ofrenda que no dudé en aceptar. Es nuestro secreto y no es asunto suyo.

—¡No le dijo a nadie que se iba a casar! Su matrimonio fue algún tipo de plan raro urdido por ella y nuestra madre.

—Bueno, quizá también urdió este plan con su madre —señalo.

—No —Whit sacude la cabeza—, nuestra madre está enloqueciendo; me llamó para preguntarme si sabía dónde estaba. Mi padre también me llamó. Nadie sabe en dónde está.

—Probablemente se tomó unas vacaciones.

—Sylvie lleva semanas desaparecida. Empacó sus cosas, apagó su teléfono y no hemos sabido nada de ella desde entonces. Por lo que sabemos, podría estar muerta.

—¿Semanas? —Siento una alarma repentina que amenaza con ahogarme. Es casi debilitante, afortunadamente estoy sentado—. No dijiste que llevara semanas desaparecida.

—Pues así es. Se ha escapado antes, aunque no de esta forma, jamás así. —Se inclina hacia adelante con expresión seria—. Es aterrador, Spence. Y a mí nada me asusta, a menos que tenga que ver con mi familia. Sylvie y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero las cosas estaban bien entre nosotros. Había estado reparando su relación con mi esposa y adora a mi hijo. Vino a mi boda, que fue el primer evento familiar al que asistió en mucho tiempo. Los evita

por nuestra madre, pero quería estar ahí por Summer y por mí, fue un gran avance. Luego desapareció, no es normal, no está bien.

—No tiene sentido, carajo.

—Lo sé. Ayúdame a darle sentido. Ayúdame a encontrarla. —Whit traga saliva—. Por favor.

Son palabras que no se oye decir a menudo a un Lancaster.

El silencio impera en la habitación y, aunque probablemente no dura más de treinta segundos, parece eterno, como si se prolongara minutos, horas.

Whit me está esperando. Espera que ceda, y como el tonto que sabe que soy… Cedo.

—Veré qué puedo hacer —digo con rigidez—. Pero no te prometo nada.

—Ahora mismo, aceptaré lo que sea.

Es tarde, me tomo un vaso de whisky y navego por la pantalla de la computadora con los ojos vidriosos y agotados. Sigo en la oficina, aunque los demás se fueron hace tiempo.

Intento pensar como Sylvie Lancaster, lo cual es extraño. ¿A dónde iría? ¿Qué fue lo que la hizo huir así? ¿Pasó algo? ¿Hubo alguien implicado?

Lo de *alguien* me molesta, pero sé que solo son mis celos asomándose. Mentalmente me digo a mí mismo que lo olvide y me concentre en las pistas.

No hay muchas.

En internet hay mucha información acerca de Sylvie, pero la mayoría es insignificante. Un sinfín de fotos de ella en las páginas de sociedad, incluyendo algunas con su viejo y difunto marido. Las paso de largo, odiando la rabia que siento, la sensación de mi sangre hirviendo al verla sonreír junto a un viejo al que llamaba esposo. ¿Realmente tuvo sexo con ese tipo? ¿Hasta dónde llegan sus *daddy issues*? ¿Alguna vez la conocí realmente? «No lo hice, en realidad no», me digo a mí mismo.

Indago un poco más. Saco su acta de matrimonio, busco otros documentos legales que involucren a Earl Wainwright. Hay un montón, incluyendo varias demandas a lo largo de los años, y el divorcio con su primera esposa. Ha comprado y vendido muchas propiedades en Manhattan en los últimos treinta años, y una sola compra en… ¿California? Es una compra única y extraña para él.

Abro Google Maps e introduzco la dirección, sorprendido al darme cuenta de que no son más que hectáreas y hectáreas de espeso bosque con una casa enclavada en lo más profundo de los árboles. Está junto al océano Pacífico y pagó diez millones por ella. ¿Qué demonios iba a hacer con una casa en la costa de California?

Busco en las escrituras, primero en Nueva York, luego en el condado de Monterey en California, y es cuando la encuentro; la pista que necesitaba para encontrar a Sylvie. Su marido puso la propiedad a nombre de Sylvie hace poco más de un año. Compruebo las fechas; la transacción se produjo justo antes de su muerte. ¿Ahí es donde está? ¿Aislada en la costa? Tal vez necesitaba un cambio y decidió empezar de nuevo en California. Tal vez huyó y esperaba que yo recogiera las migajas de pan que dejó con los trámites legales.

Cierro la computadora y me recargo en la silla tras mi escritorio, pasándome las manos por el pelo mientras exhalo profundamente. La tentación de seguirla es fuerte, aunque no hay garantías de que esté allí. Mi instinto me dicen que está en California, en esa casa, escondida para que nadie pueda encontrarla. Podría ir en nuestro *jet* privado a Big Sur. Hay un aeropuerto en Monterey en donde es posible alquilar un auto. Si no está ahí, puedo desviarme a San Francisco y ocuparme de unos asuntos que tengo pendientes, o a Los Ángeles. ¡Diablos! Podría visitar ambas ciudades y trabajar un poco.

Las Empresas Donato tienen socios comerciales en la Costa Oeste. No sería un viaje totalmente desperdiciado, aunque en el fondo sé que no debería ir. Es lo que ella quiere, y estoy cansado de siempre darle a Sylvie lo que desea; es una mocosa consentida y he complacido todos sus caprichos desde que la conocí.

A pesar de todo, lo siguiente que hago es reservar el avión para viajar mañana a primera hora.

ONCE

Sylvie

«Me pertenezco a mí misma. Me pertenezco a mí misma».

Repito el mantra en mi cabeza, recordándome que soy alguien independientemente de mi familia. No soy solo la hija de Augustus Lancaster, ni la hermana de Whit, ni la homónima de Sylvia. Desde que estoy aquí sola, del otro lado del país, es más fácil de creer. Cuanta más distancia hay entre mi madre y yo, mejor me siento.

Aunque ese es el trago más difícil de dar: llevar el nombre de la mujer que desea mi muerte. Por supuesto, me pusieron su nombre. Mi madre es la mayor narcisista que conozco, y conozco a muchas. La tradición familiar cuenta que su primera palabra fue «yo». No me sorprende.

Mi padre cree que él la eligió, pero ella me dijo la verdad. Puede que fuera demasiado chica, pero absorbí cada palabra que ella pronunciaba cuando bebía de más y me hacía sus confesiones de borracha. Sus padres controlaban la narración, así como intentaron hacerlo los míos. Sylvia Whittaker no iba a dejar pasar la oportunidad de clavar sus garras en el hijo de una de las familias más ricas del mundo. Una vez que se casó con mi padre y le dio el primogénito esperado, había cumplido su trabajo. Yo era la niña que ella deseaba. La hija que estaba desesperada por tener. La hija a la que podía ponerle su nombre con la esperanza de que creciera igual a ella. Cuando era pequeña, me vestía idéntica, todo el mundo decía que era casi su copia, y supongo que así era, aunque también tengo algo de los Lancaster: los ojos, el cabello rubio. No soy completamente Sylvia, gracias a Dios, y estoy segura de que odia ese hecho.

«Me pertenezco a mí misma. Me pertenezco a mí misma».

Que tenga que recordármelo sin duda es patético, pero se hace lo necesario, ¿no? Ya me siento mejor, estando aquí. En mi propia casa, la casa que me pertenece a mí y a nadie más. Estoy sola por primera vez en mi vida, y lo estoy saboreando. Sí, el bosque me da miedo y hay demasiados ruidos entre los árboles, sobre todo por la noche: pequeñas criaturas siempre me observan al pasar. Roland, el encargado que Earl contrató después de comprar la propiedad, dice que si voy a vivir aquí todo el año necesito un perro, o quizá dos. Ya hay al menos tres gatos en la casa que no son demasiado cariñosos y dejan pequeños cadáveres ensangrentados por todas partes: plumas esparcidas y la cabeza de un pájaro, tripas del interior de algún roedor, es asqueroso. Los gatos son despiadados, sigilosos, astutos, como un Lancaster. Creo que Roland tiene razón. Necesito una mascota, un perro, algún ser que me cuide.

El impulso de huir de Nueva York me vino en mitad de la noche, un día después de reunirme con mi abogado. Me desperté de un sueño en el que Earl seguía vivo y me ofrecía la casa como muestra de paz «Por todo lo que te hice pasar», me dijo.

Un escondite privado de diez millones de dólares es más que suficiente por lo que ese hombre me hizo vivir, que no fue mucho tomando en cuenta que murió poco después de casarnos. Que todavía me sienta responsable es un hecho sobre el que no me gusta pensar demasiado. Me pertenezco a mí misma, pero no soy una buena persona, tengo pensamientos oscuros; si pudiera asesinar a mi madre, lo haría, pero no tengo las agallas. Así es que me siento con mis oscuros pensamientos en mi oscura casa a altas horas de la noche, completamente sola, mientras las paredes, el techo y el tejado crujen y gimen. Últimamente hay mucho viento, y eso hace que la casa se estremezca y gima, y algunas noches no puedo soportarlo. Camino por los pasillos, incapaz de dormir, y las lágrimas me recorren el rostro. Pienso en las oportunidades perdidas, en Spencer.

Salgo de la cocina y me dirijo a la terraza que da al espeso bosque. El silencio que me recibe es inquietante cuando llego, pero ya me estoy acostumbrando. Las agujas de los pinos crujen con la

constante brisa que las inquieta, un sonido que nunca cesa. Eso es lo que aprendí después de unos días de estar aquí; crees que hay silencio, pero al cabo de un rato oyes el piar de los pájaros; a los animales llamándose entre sí; el estallido ocasional de una ola; las revoluciones del motor de un coche, hueco y distante en la carretera principal, pero nada de voces. Nunca voces, a menos que Roland aparezca, lo cual no es lo suficientemente frecuente para mí. Las únicas voces que suelo oír están en mi cabeza, y he notado que a veces no me gustan pues casi siempre están llenas de dudas y me hacen sentir mal.

«Me pertenezco a mí misma. Me pertenezco a mí misma».

No hay nada más liberador que deshacerse del teléfono y de todo lo relacionado con él. Cerré mis perfiles en las redes sociales. Saqué mucho dinero del banco, para que nadie pudiera seguirme la pista con el uso de la tarjeta de crédito. Quería desaparecer, desconectarme, convertirme en un fantasma, auque me siento sola. De ahí la necesidad de tener un perro. Los gatos que viven en la propiedad en su mayoría son salvajes y no quieren saber nada de mí, excepto una. Es gris plateada con pelo largo, aunque no demasiado. Su cola es desgreñada y su cara tiene formas delicadas. Me recuerda a una ardilla, así es como la llamo.

Ardilla actúa como si no le cayera bien, pero me sigue cada vez que salgo, golpeándome los tobillos cuando camino, arañándome ligeramente con sus garras, pero nunca lo suficiente como para lastimarme. Me doy la vuelta para intentar acariciarla y siempre se aleja corriendo, pero nunca demasiado lejos, siempre sigue observándome, como si estuviera interesada, pero es cautelosa.

La siento. Realmente la siento.

Suena el teléfono plegable que compré en un Walmart de Monterey, lo saco del bolsillo del suéter y frunzo el ceño cuando veo parpadear el número de Roland. Es el único que tiene ese número en todo el mundo y, sin embargo, nunca me ha llamado.

—Bueno —respondo.

—Señorita Lancaster, encontré a alguien en la entrada.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Un hombre en un Audi. Dijo que la estaba buscando.

El miedo me recorre la espalda con sus dedos helados.

—¿Mencionó mi nombre?

—Sí. Dijo que la conoce muy bien —oigo una voz grave al fondo —, aunque no me quiere dar su nombre.

—¿Está ahí contigo?

—Sí. Lo detuve. Me puse delante de su auto y no lo dejé pasar. —Roland suena frustrado. Solo nos conocemos desde hace unas semanas y ya me ha tomado bajo su protección.

—Quiero hablar con él. —No tengo ni idea de quién podría ser. ¿Uno de mis parientes Lancaster? Hay un montón de hombres Lancaster con la inteligencia suficiente para averiguar en dónde podría estar. Gracias a Dios, nadie ha informado a los medios sobre mi desaparición. Supuse que mi madre haría exactamente eso para hacerme salir y mostrarme, pero no. Me habría escondido para siempre solo para mantenerla fuera de mi vida.

—Aquí está. —Roland le entrega el teléfono, y oigo una conversación amortiguada que suena tensa antes de que una voz masculina familiar suene en mi oído.

—Syl, soy yo.

El corazón se me cae al estómago.

Spencer.

—Dile a este hombre que me conoces y que tengo tu permiso para entrar a tu casa —me exige.

Aprieto el teléfono con mi mano, con el corazón acelerado, pues no puedo creer que esté aquí, en California, que a pesar de todo haya venido por mí.

—Debería decirle que te eche de mi propiedad.

Hace un sonido molesto.

—Sabes que no lo dices en serio. Por favor, Syl, llama a tu perro guardián.

—Déjame hablar con Roland.

Spencer hace una pausa.

—¿Me prometes que le vas a decir que está bien que esté aquí?

—Solo déjame hablar con él.

Se le escapa un gruñido bajo y luego Roland está de vuelta al teléfono con la respiración acelerada, amplificada mientras exhala en el teléfono.

—Le parto la cara si quiere, señorita Lancaster. Solo tiene que decirlo.

Se me escapa una carcajada y me tapo los labios con los dedos para contenerla.

—No es necesario, Roland. Adelante, deja que venga a la casa.

Mi encargado de mantenimiento gruñe. Me doy cuenta de que no está contento con mi respuesta.

—Lo voy a seguir y me quedaré hasta que se vaya.

—No será necesario —respondo y él me interrumpe.

—Lo voy a hacer. —Decido no discutir al escuchar el tono obstinado de Roland.

—Ahora nos vemos —le digo alegremente y termino la llamada.

Hombres. Por alguna razón se vuelven salvajes a mi alrededor y no entiendo por qué. No hay nada entre Roland y yo, es más como un padre sobreprotector, algo con lo que no estoy familiarizada.

Se me escapa una carcajada y sacudo la cabeza. Es como si no pudiera evitar insultar a un familiar cada vez que tengo la oportunidad.

Al darme cuenta de que Spencer llegará en cuestión de minutos y de que no tengo ni idea de mi aspecto, entro corriendo a la casa y me meto en el baño de invitados para ver mi reflejo. Arrugo la nariz ante lo que veo y odio lo despeinado que tengo el pelo por culpa de la brisa marina. Me lo peino con los dedos y me relamo los labios. No llevo maquillaje, ¿para qué? Tengo las mejillas rosadas por el sol que me ha dado últimamente. Además, no estoy bebiendo; siempre tengo mejor aspecto cuando dejo el alcohol.

Peso más que nunca, lo cual no es decir mucho, pero me veo diferente. Algunos incluso dirían que más saludable, aunque seguro no mi madre, ella estaría decepcionada de no poder ver mis clavículas y los huesos de mis mejillas sobresaliendo; le encanta la Sylvie esquelética.

Oigo el suave rumor de un motor caro subiendo por el camino de la entrada y siento el corazón en la garganta, lo que me dificulta tragar saliva. Respirar. Sé que Spencer está aquí, que estoy a punto de volver a verlo. Parpadeo al mirarme en el espejo, con el pecho agitado y una excitación nerviosa corriendo por mis venas.

Él vino, me recuerdo. Puede que Spencer se haya alejado de mí esa noche después de la boda de Whit y Summer, pero está aquí ahora, y eso tiene que significar algo.

Suelto un fuerte suspiro frente al espejo, me hago una seña con el pulgar de que todo está bien y una mueca, luego salgo del baño, atravieso la casa y salgo al porche, justo a tiempo para ver llegar a Spencer en su elegante Audi negro, con el motor ronroneando. Roland lo sigue en su vieja camioneta Ford, con la gorra azul puesta y una expresión sombría en su curtido rostro.

Espero ansiosa, retorciéndome las manos mientras Spencer apaga el motor y toma sus cosas. Se toma su tiempo y me vuelve loca lentamente.

Roland sale de su coche como si estuviera en llamas y camina hacia mí tan rápido que en cuestión de segundos está justo enfrente.

—¿Quiere que llame a la policía?

—Por supuesto que no. —Sacudo lentamente la cabeza, mirando detrás de él para ver como Spencer finalmente abre la puerta del conductor de su auto—. No es necesario.

Roland no conoce toda mi historia, pero sabe parte de ella; que soy una viuda que se esconde de su familia y amigos, que intento alejarme del ruido incesante que es mi vida, y que busco la paz. Ha sido muy bueno conmigo desde el momento en que nos conocimos y aprecio cómo me cuida. Me protege.

—¿Está segura? Ese joven es medio imbécil —Roland señala con el pulgar por encima del hombro.

Me río, echando la cabeza hacia atrás, dejando que la alegría fluya a través de mi cuerpo. Nadie podría llamar imbécil a Spencer, no al Spence que yo conocía, el que me protegía y velaba por mí, como ahora hace Roland.

Se oye un portazo y ambos miramos en dirección a Spencer. Lleva un traje negro y una camisa blanca abotonada, sin corbata. Los lentes de sol le cubren los ojos y su pelo oscuro parece recién cortado. Inmaculado. Sus zapatos brillan y hacen un ruido seco en la tierra mientras se dirige hacia nosotros, con una expresión sombría en el rostro, demasiado apuesto y querido.

No hay rastro del chico que conocí y del que me enamoré inmediatamente. Ni uno solo. Spencer Donato es todo un hombre y es hermoso, sexy, seguro de sí mismo, aunque está ligeramente molesto, lo noto en su mandíbula, en la firme línea de sus labios.

Me enderezo, preparándome, esperando a que diga algo horrible, no sé por qué, aunque no es su estilo. O que me tome de la mano y me arrastre al coche para llevarme de vuelta a casa, para devolverme a mi familia como si fuera un equipaje perdido que por fin encontró.

Sin embargo, no hace nada de eso. En su lugar, se detiene justo delante de Roland y de mí, con una expresión ilegible. Ni siquiera puedo verle los ojos con esos lentes de sol.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz es tajante, pues soy incapaz de olvidar la última vez que nos vimos y lo brutal que fue; sus palabras crueles y su forma de alejarse tan fácilmente de mí. Sin embargo, aquí está, persiguiéndome, como siempre. Pienso en las últimas palabras que le dije, en cómo le llamé mentiroso, y parece que tenía razón.

—Te he estado buscando —dice por fin, su voz es un rumor seductor que viene de lo más profundo de su pecho.

Me digo a mí misma que no debería ceder, pero cuando se trata de este hombre, soy débil. ¿Y lo peor? Sé que él también es débil frente a mí.

—Parece que me encontraste —respondo con suavidad.

El aire crepita entre nosotros, unas chispas invisibles rebotan entre Spencer y yo mientras mi cuerpo se inclina hacia el suyo a pesar de mi resistencia. No puedo evitar fijarme en cómo Roland nos mira alternativamente, con el ceño fruncido.

Él también puede percibirlo. La energía. La química. Probablemente así es como Spencer me encontró, con ese hilo invisible entre nosotros que nos mantiene unidos. Siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro, a pesar de todo lo que ha pasado a lo largo de los años.

—¿Querías que te encontraran? —pregunta Spence, con una voz tan suave como la mía.

Niego lentamente con la cabeza.

—Solo tú.

Sus labios se curvan en una leve sonrisa. Apenas se dibuja y desaparece en un instante. Pero la vi. Y en ese momento, lo sé.

Nada volverá a ser igual. Por una vez, todo va a mi manera. Esto es lo que quiero.

Yo y Spence.

Spence y yo.

DOCE

Spencer

Sylvie se ve mejor que nunca, y he visto tantas versiones de ella a lo largo de los años que el número parece infinito. La he visto joven y mayor, delgada y frágil, lozana y rebosante de salud, y todo lo que hay en medio. La versión de Sylvie que he visto en los dos últimos años es sobre todo la intermedia.

Ahora es la versión lozana y rebosante de salud. Tiene la cara sonrojada y mechones de pelo rubio indomable ondean sobre su rostro, gracias a la brisa fresca invisible que viene del océano. No deja de apartárselos, frunciendo el ceño de una manera adorable.

Viste una camiseta blanca con un enorme suéter café oscuro y pantalones de mezclilla. No lleva ni una pizca de maquillaje; esta es la vez que la he visto con la apariencia más sencilla y, por mucho, más bella.

—No puedo creer que me hayas encontrado. —No deja de mover la cabeza mientras sus ojos bailan con picardía. Creo que le encanta que la haya encontrado—. ¿Cómo me encontraste?

Me doy golpecitos en la sien con el dedo índice.

—Con inteligencia, usando el cerebro.

—Siempre lo has tenido muy grande. —Su tono y su sonrisa son sugerentes, y se ríe de mí cuando frunzo el ceño—. Quítate los lentes, quiero verte —me pide.

Me los quito y los guardo en el bolsillo de la chamarra. Me mira fijamente durante un largo rato, me absorbe. No me muevo; dejo que me mire hasta que da un paso adelante y me da unas suaves palmaditas en el pecho.

—Te extrañé —murmura.

Tomo su mano y rodeo con los dedos los delicados huesos de su muñeca. No me costaría nada aplastarla, aunque nunca lo haría. Es tan fina, tan fácil de aplastar.

El brillo de sus ojos azules me dice que es más fuerte. Esta mujer ya no va a dejar que nadie la manipule. Ojalá.

—Todavía estoy enojado contigo —admito, decidiendo ser sincero.

—Yo también sigo enojada contigo —responde con la misma sinceridad, y me sorprende.

—¿Por qué?

—Fuiste cruel conmigo en la boda.

Tiene razón. Lo fui.

—Si estás tan enojado, ¿por qué estás aquí?

—Whit me pidió que te encontrara.

El dolor en su mirada es evidente y zafa su mano de mi agarre, dando un paso atrás.

—Entonces viniste por mi hermano. Me encontraste a petición suya.

Solo Sylvie se sentiría insultada de que su familia se preocupara por ella y acudiera a mí en busca de ayuda.

—No —niego con la cabeza—, le dije que no quería involucrarme, y entonces me contó que llevabas semanas desaparecida. Respondí que no era mi problema.

Sylvie levanta la barbilla, siempre desafiante.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Podría mentir, pero no tiene sentido. Siempre he sido sincero con Sylvie, es la pequeña mentirosa en esta relación.

—Porque no podía dejar de pensar en ti y de preguntarme dónde estabas. Hice una profunda búsqueda en internet y al final encontré tu posible paradero. —No le digo que lo descubrí anoche, o que le he dicho a su hermano que la había encontrado. Primero quería verla yo mí mismo.

Se relaja con mi respuesta y sus labios se curvan en una sonrisa que apenas se ve.

—¿Y cómo me encontraste?

—Revisé los diversos documentos legales que involucraban a tu marido. —Ella se estremece cuando escucha la palabra marido, pero por lo demás, no dice una palabra—. Finalmente encontré algunas escrituras de propiedades que tenía en la ciudad. Empecé a buscar más y me topé con una en California que puso a tu nombre.

Por su expresión, me doy cuenta de que está impresionada.

—Para mí también fue una sorpresa —admite—. Ni siquiera sabía que era el dueño de esta casa. Tampoco sus hijos. Nunca me trajo aquí.

—¿Estaban enojados? —Levanto las cejas.

—Lo mismo le pregunté a mi abogado. —Sacude la cabeza—. Supongo que no. Nunca lo supieron, así que es difícil enojarse por algo que, para empezar, nunca pensaste que te perteneciera. Supongo que fue su dueño durante muy poco tiempo. Es casi como si hubiera planeado que esto estuviera aquí para mí, mi pequeño santuario. —Mira a su alrededor y respira hondo. Su secuaz sigue de pie a su lado, con los brazos cruzados y sus oscuros y brillantes ojos puestos en mí—. Me encanta estar aquí.

—Tendrás que enseñarme el lugar. —Hago una pausa—. Si dejas que me quede.

Sylvie me contempla, inclinando la cabeza hacia un lado, con el pelo rubio cayéndole sobre el hombro. Me dan ganas de hundir las manos en su sedosidad, apoyar la cara en su pelo y respirar su aroma. Mis sentidos zumban, completamente despiertos y en sintonía con esta mujer, y comprendo perfectamente por qué vine aquí. Por qué la busqué: sigo enamorado de ella, como un completo idiota.

—Te dejaré quedarte todo el día —concede—. Incluso te daré una vuelta.

Inclino la cabeza hacia ella.

—Qué generosa eres.

Mira a su encargado. El tipo tenía una puta escopeta en la mano cuando me impidió la entrada. Tuvo suerte de que no sacara la pistola que metí en la guantera cuando renté el coche y le apuntara a la puta frente.

—Puedes volver a tu casa, Roland. Yo me encargo.

—¿Quién es? —Roland mueve la barbilla en mi dirección, con los brazos cruzados y las piernas abiertas en una postura firme, como si fuera a echármele encima en cualquier momento y estuviera preparado. Es audaz preguntándole quién soy, aunque la conozco desde hace más tiempo que él y actúa como si fuera su maldito padre.

—Mi primer amor. —Su mirada busca la mía—. El primer hombre que me rompió el corazón.

Me río.

—Más bien tú me lo rompiste a mí.

Nos miramos en silencio hasta que Roland rompe el trance con un bufido.

—Entonces es así. —Roland sacude la cabeza con un suspiro exasperado—. Los dejo en paz. Pero si necesita algo, señorita Lancaster, lo que sea, llámeme, ¿de acuerdo? Tardaré menos de dos minutos en llegar.

La mirada amenazadora que me echa casi me hace reír.

—Claro, Roland, te lo prometo —dice ella.

—La conozco desde hace años, Roland —le digo, con voz ronca —. No le va a pasar nada.

Me señala con un dedo nudoso.

—Asegúrese de eso, joven. Es demasiado rico y elegante para mi sangre, pero también la señorita Lancaster lo es. Me imagino que podrían ser el uno para el otro.

Antes de que alguno de los dos pueda decir algo, se va del porche a grandes zancadas, bastante rápido para ser un hombre mayor. Tal vez no es tan viejo como pensaba.

En unos minutos, Roland está otra vez en su vieja y destartalada camioneta Ford y se va, levantando el polvo del camino. Lo miramos alejarse, el rugido del motor cada vez más distante, hasta que ya no puedo oírlo. Entonces me doy cuenta de que el silencio es inquietante; estamos rodeados por un bosque frondoso y espeso. Los únicos sonidos son el piar ocasional de un pájaro o las ramas de los pinos meciéndose suavemente con la brisa. Mi mirada se dirige a

la espesura de los árboles, fija en la nada. Tengo la sensación de que alguien me observa desde el bosque silencioso y espeso, y miro por encima del hombro, pero no hay nada.

Sylvie está sonriendo cuando vuelvo a fijarme en ella y, por un momento, saboreo la visión veloz de sus dientes, el brillo de su mirada. Lo bien que me siento de volver a estar en su presencia.

¿Dudaba que la encontraría? ¿Pensó en mí? Probablemente no. Es egoísta. Autocomplaciente. Ni siquiera tiene que pedirme oficialmente que venga y aquí estoy, como cualquier otra persona al servicio de un Lancaster, apresurándome para llegar a ella sin dudarlo.

La parte lógica de mi cerebro me dice que probablemente no debería haber venido. Mi instinto me advierte que podría ser un error. Mi cerebro me recuerda todas las porquerías que me ha hecho y, sin embargo, aquí estoy, y ella es tan feliz. Lo noto en el brillo de sus ojos azules, en el tamaño de su sonrisa.

Sylvie abandona toda pretensión de frialdad y se lanza sobre mí, me rodea el cuello con los brazos y aprieta su cuerpo lozano contra el mío.

—No puedo creer que hayas venido —Suspira, justo antes de posar su boca sobre la mía en el beso más breve y maduro.

Siempre he pensado que sus labios son como la fruta más exquisita, magníficos y deliciosos, dulces y ácidos; mi angelito que, en realidad, es un demonio disfrazado. ¿No eran los ángeles caídos los más puros en un principio? Esa es Sylvie. Me sorprende que aún no le hayan salido las plumas negras que usó para su disfraz de Halloween hace tiempo.

Apoyo ligeramente las manos en su cintura, manteniéndola quieta, para que no se acerque más.

—No te sorprende, Syl. Sabías que en algún momento aparecería.

Se echa hacia atrás, con los ojos fijos en los míos y los labios entreabiertos. Todas las palabras no dichas descansan en su lengua y permanecen así, sin pronunciarse. Me vuelve loco, soy adicto al castigo.

El sol brilla sobre su pelo, convirtiéndolo en oro, y me recuerda a un duendecillo del bosque, una pequeña hada malvada a quien le encantaría darme placer, así como cortarme con el cuchillo más afilado.

Mi cuerpo se tensa anticipando el dolor que me provocará, el placer.

—¿En qué estás pensando? —Su voz es como un zumbido, baja y vibrante a lo largo de mis terminaciones nerviosas, y sacudo la cabeza lentamente.

—No quieres saberlo. —La alejo de mí, orgulloso de mi fuerza. Resistirme a ella es mi mayor debilidad—. Deberías cumplir tu promesa y enseñarme la propiedad.

Su mirada se fija en mí, en mi traje. Lo llevo como una armadura para protegerme de ella, y ya estoy desesperado por deshacerme de él.

—No puedo darte un *tour* mientras estés vestido así.

—Enséñame la casa primero. —Señalo la puerta principal—. Y después, si todavía quieres que me quede, puedo cambiarme y podemos ver el resto de la propiedad.

—¿Trajiste maleta?

Una gigante. Aunque no lo digo en voz alta.

—Vine preparado.

—Qué listo mi Spence. —Se ríe—. Bueno, vamos. Déjame enseñarte la casa.

La sigo al interior y enseguida percibo su olor mezclado con el del pino. Culpo a las paredes y al techo, construidos en su mayor parte con madera toscamente tallada. El interior ha visto días mejores, pero es rústico y encantador, y también grande y espacioso. Hay ventanas por todas partes, algunas del suelo al techo, que muestran los interminables terrenos de árboles.

—¿Dónde está el océano? —pregunto mientras nos detenemos frente a los gigantescos ventanales que dan al patio trasero y al bosque más allá.

—Por allá. —Señala—. Pasando los árboles.

—¿Se puede llegar a la playa desde aquí?

—Sí, justo por el otro lado de la colina. Hay senderos por todas partes, por toda la propiedad. Es como un parque, mi pequeño parque personal.

Casi me da risa que utilice la palabra «pequeño», pues el sitio no lo es, para nada.

—Esta propiedad vale muchísimo dinero —Observo. He investigado; la compró por diez millones, pero ahora vale quince, tal vez más.

—Yo valgo muchísimo dinero —dice, con el ego Lancaster resonando en sus palabras—. No la voy a vender.

—No te estoy sugiriendo que la vendas.

Suspira e inclina su cuerpo hacia el mío.

—Cuando me enteré de que Earl había hecho esto por mí, que me había comprado esta casa, supe inmediatamente que tenía que venir. Y no quería decírselo a nadie. No quería que lo supieran.

—¿Por qué no? —Quiero escuchar su razonamiento real por una vez. No un montón de excusas o tonterías fantasiosas—. Sé sincera conmigo, Syl.

Se queda en silencio un momento, el único sonido es el piar ocasional de un pájaro, el susurro de los árboles. No estoy acostumbrado a la tranquilidad. Prefiero la ciudad con todo su ruido y gente gritando, cláxones y música a todo volumen.

—Quería escapar de mi vida —Suspira y mira hacia otro lado—, de mi madre.

No digo nada. No conozco todos los detalles entre ellas, pero quiero que Syl me los cuente en algún momento, cuando esté preparada.

—De todos, en realidad. —Vuelve su atención a mí con expresión feroz—. De la ciudad, de la alta sociedad. Estoy harta de ser Sylvie Lancaster, solo quería ser… yo. Solo Sylvie. Sin nada más adjunto.

Es imposible, pero entiendo lo que quiere decir.

—Al principio tenía miedo de vivir en esta casa tan grande yo sola. Gracias a Dios que Roland está pendiente de mí. —Se ríe, y es un sonido suave y ronco que se instala en mis entrañas, que me

sacude el pene—. Pero estoy empezando a acostumbrarme. Es muy tranquilo, para nada como la ciudad.

—Es desconcertante.

—¿Verdad?

Asiento y tengo el impulso de extender la mano y tocarla, pero lo reprimo. No puedo ser débil. Estoy aquí como un amigo. Nada más.

Ah, las mentiras que nos contamos a nosotros mismos. Es casi vergonzoso con qué facilidad creo en lo que me digo a mí mismo cuando es lo más alejado de la verdad. Nunca podré ser solo amigo de Sylvie, porque conozco el sabor de su boca, la sensación de su cuerpo desnudo bajo el mío, su mirada cuando se viene y la tibia sensación de su vagina abrazando mi pene.

Hay demasiada historia entre nosotros. Es dolorosa y dura, pero llega muy profundo, tanto, que es como si palpitara en mis venas, en mi sangre, en lo más profundo de mi alma.

TRECE

Sylvie

Me recuerdo a mí misma que Spencer solo está aquí por la preocupación de mi hermano, pero no puedo evitar sentir vértigo con su cercanía, por la forma en que me sonríe y lo normal que me parece todo. La última vez que estuvimos juntos fue cruel, castigador. El odio en sus ojos era tan evidente que en ese momento creí que había perdido cualquier oportunidad que pudiera haber tenido con él.

Ahora siento esperanza. Soy estúpida al creer que podría perdonarme por casarme con Earl sin decírselo, pero no pudo evitarlo. Ahí está, un pequeño destello que parpadea en lo más profundo de mi corazón. Si alguien iba a aparecer de la nada, habría querido que fuera Spencer, nadie más, ni siquiera mi hermano o mi hermana, pues, al final, enterarían a nuestra madre de mi paradero y ella también vendría intentando arrastrarme de vuelta a casa. Si se hubiera aparecido cuando llegué, la habría dejado entrar, pues el lugar era tan aterrador, tan silencioso, tan sombrío por la noche. Al principio la oscuridad me aterró. ¿Qué podría rondar por ahí? Tuve visiones de gente vestida de negro deslizándose entre los árboles, como una banda de *ninjas* enviados en una misión para secuestrarme y llevarme de vuelta a Nueva York en contra de mi voluntad.

Mi imaginación siempre ha corrido desbocada. Cuando era joven y estaba bajo el supuesto cuidado de mi madre, mi vida era sencilla, aburrida. Encerrada en una habitación, obligada a permanecer en cama, sola con mis pensamientos y mi imaginación incesante. Necesitaba algo para entretenerme.

Afortunadamente, ningún *ninja* salió del bosque para secuestrarme, y con el paso del tiempo me iba sintiendo más cómoda aquí, viviendo sola. A veces me doy cuenta de que esta es mi casa. Que no le pertenece a nadie más que a mí. No sabía cómo se sentía eso, poseer algo que fuera solo mío. Todos los lugares donde he vivido le han pertenecido a la familia Lancaster, y cuando me casé y me fui a vivir con Earl, ese departamento que todavía me pertenece, fue primero de él.

Mi difunto marido pudo haber comprado esto, pero lo puso a mi nombre antes de morir y nunca vino al lugar. Básicamente no lo ha tocado nadie que yo conozca o con quien esté relacionada. Es todo mío, y ahora lo comparto con Spencer, a quien guío por la casa, sin avergonzarme lo más mínimo. Tiene buena estructura, y con el tiempo la remodelaré.

Cuando conduzco a Spence hacia el elevador para subir al segundo piso, por fin rompe la fría fachada.

—¿Un elevador? ¿Para dos pisos? —Se acaricia la barbilla—. Es un poco innecesario, ¿no te parece?

—¿Y si eres discapacitado? ¿O estás en silla de ruedas? Es mucho más fácil. Es bueno tener opciones —le menciono, apoyando la mano en la pared cuando el elevador se estremece antes de empezar a subir—. Aunque no está en las mejores condiciones.

Se detiene en el segundo piso con otro estremecimiento antes de que se abran las puertas.

—Se ve —balbucea Spencer al salir.

Lo sigo y lo esquivo para seguir mostrándole la casa. Le señalo todas las habitaciones, dejando al último la mía, al final del pasillo. Cuando entramos, se detiene frente a la pared de ventanas que lo recibe. Un bosque verde intenso es la única vista.

—Parece como si durmieras entre los árboles —dice, con la voz teñida de asombro.

Lo describió perfectamente. Eso es exactamente lo que se siente. Imponentes secuoyas rodean la ventana y el cristal está tan limpio que parece que puedes alcanzarlas y tocarlas. La casa se asienta en una ladera, y en el segundo piso parece como si estuvieras

suspendido en el aire, entre los árboles. Me encanta, y eso que nunca me ha atraído la naturaleza. Al fin y al cabo, crecí en la ciudad.

Lo observo de pie frente a las ventanas, contemplando el paisaje. Parece completamente fuera de lugar en esta casa destartalada, vestido con un traje de diez mil dólares, inmaculado y sin un pelo fuera de lugar, a pesar de haber viajado más de cinco horas en avión para encontrarme. Lo probable es que fuera un avión privado, por lo que no sería demasiado desagradable, pero, aun así.

—Esta es la mejor habitación de la casa —declara, echando un vistazo por encima del hombro para mirarme.

Asiento.

—La vista es impresionante.

—Las ventanas no tienen cortinas —observa.

—Me despierto con esta vista cada mañana. —Spencer se aleja de mí y vuelve a mirar el bosque—. No tiene sentido taparlo. El bosque es tan cerrado que el sol no penetra lo suficiente como para que su brillo me moleste. Y además no hay nadie. No hay necesidad de privacidad.

—No sé si alguna vez podría acostumbrarme a esto. A vivir aquí —dice él distraídamente, casi para sí mismo.

—Es increíble lo rápido que te puedes adaptar.

Spencer voltea hacia mí de nuevo, con expresión neutra mientras me observa.

—Así sobrevives tú. Siempre has podido adaptarte fácilmente a tu entorno.

Me retuerzo bajo su observación, deseando cambiar de tema. Nunca me ha gustado cómo me estudia, siempre tratando de descifrarme, y la mayoría de las veces me dan ganas de decirle que se vaya al diablo, solo porque la mayoría de veces Spencer tiene razón en sus suposiciones, y es desesperante.

Recorre despacio el resto de mi habitación y se detiene en un jarrón color crema que hay encima de la cómoda del cual sobresale un ramo de plumas negras. No encaja en absoluto con el resto de la

decoración de la habitación, pero lo encontré en una tienda de antigüedades de Carmel y sentí que debía tenerlo.

—Bonitas plumas —bromea, su mirada se encuentra con la mía.

Le sonrío.

—Me recuerdan a… mí.

—¿Sigues siendo un ángel caído, Syl?

—Más bien el ángel de corazón oscuro que por fin sabe defenderse —lo corrijo.

Él asiente.

—Me gusta esta versión de ti.

Me recorre una onda de placer y me pido ignorarla.

—¿Quieres cambiarte el traje? —le pregunto.

—¿Me consideras lo suficientemente digno para quedarme?

—¿Quieres quedarte?

—Probablemente debería volver.

Me lleno de decepción, pero alzo la barbilla, luchando contra la emoción.

—Entonces vuelve. Haz tu informe para que mi hermano sepa que estoy bien.

Levanta una ceja.

—¿Crees que voy a elaborar un informe sobre tu estado actual para Whit?

—Por eso estás aquí, ¿no?

—No le dije a Whit que iba a venir. —Duda un momento—. Él ni siquiera sabe que te encontré.

Una sensación de *shock* me deja inmóvil.

—¿En serio? —exclamo con voz aguda.

Spencer asiente.

—Le dije que no te iba a buscar, pero luego no pude evitarlo.

Me encanta esa confesión, demasiado.

—¿Te vas hoy o no?

—Debería.

La irritación me hace grosera.

—Respóndeme, Spence.

—Me quedo.

El alivio hace que me tiemblen las rodillas.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que tenga que volver. —Su vaguedad es irritante, pero no lo demuestro.

—Deberías cambiarte entonces.

—¿No te gusto con traje? —Se mira a sí mismo.

Me gusta demasiado con traje, aunque nunca se lo diría.

—No puedes caminar por el bosque así de elegante.

—Puedo hacer casi cualquier cosa vestido así. —Se desabrocha el botón y el saco se abre, mostrando la superficie plana de su vientre y la forma en que la camisa entra perfectamente por la cintura del pantalón.

—No caminar por el bosque hasta el océano. Se va a arruinar.

—Supongo. Iré por mi maleta.

—Entonces, trajiste una maleta.

—Por si acaso. No le des mucha importancia. —Camina hacia mí y me empuja ligeramente para ir hacia la puerta—. Me quedaré en la habitación que está al lado de la tuya.

No pregunta, solo me dice lo que hará, lo cual no es normal, pero me estoy dando cuenta de que el Spence más joven y dulce ya no existe. Fue reemplazado por un Spence más viejo y feroz, y tengo que admitir que me gusta esta nueva versión suya.

El sol brilla en el cielo, cálido a pesar del viento frío que nos azota. La colina que se eleva frente a nosotros parece bastante fácil de caminar, aunque el suelo es arena casi en su totalidad y tendremos que esforzarnos para ganar tracción a medida que la escalamos.

Spence aún no lo sabe.

Me escondí en la cocina cuando llevó su maleta hasta su dormitorio, y no le dije una palabra sobre el tamaño de su gran equipaje. Parece que trajo suficiente ropa, como para mudarse. Yo pensaba que quería estar aquí sola, pero sé que cuando se vaya habrá un hueco en donde él estaba, y nunca podré llenarlo. Tal vez fue un error permitirle quedarse; será difícil recuperarme de su

visita, solo me estoy torturando, pero no le digo que se vaya. Es demasiado tarde y lo necesito aquí.

Lo necesito. Punto.

Spence se toma su tiempo en el piso de arriba mientras yo me entretengo en la cocina, recogiendo los platos del desayuno, enjuagándolos y metiéndolos en el lavavajillas. Limpio la barra y ordeno todo, maravillada por el hecho de saber hacerlo. Desde que nací me han hecho todo; sirvientes por todas partes para atender todos mis caprichos. Dinero suficiente para comprar lo que quiera sin pensarlo dos veces. Nunca he tenido que esforzarme por nada en toda mi vida, salvo por Spencer, quien por fin aparece, como un soplo de aire fresco, con una sudadera de la Universidad de Nueva York y unos jeans oscuros, listo para la aventura. No dijo ni una palabra cuando me sorprendió limpiando los gabinetes, pero estoy segura de que se desconcertó porque Sylvie Lancaster no limpia.

Bueno, supongo que ahora sí.

—Es bastante difícil. —Hago un gesto con la mano hacia la colina ante la que nos detenemos.

Entrecierra los ojos contra el sol. Tiene un aspecto muy atractivo, con el viento alborotando su cabello oscuro, las arrugas en los bordes de sus ojos. Tentador.

—No es tan alta.

—Es por la arena. —La señalo con la mano—. Es profunda.

—Puedo con ella.

Su confianza es atractiva, pero miro sus pies y veo que lleva un par de tenis Nike bastante costosos. Debería haberse puesto botas.

—La arena se te va a meter a los zapatos.

—No me preocupa. —Señala el sendero—. Adelante.

Hago lo que me pide, subo la colina esforzándome para que el ascenso parezca fácil. Él me sigue de cerca, y cuanto más me canso y resoplo, más me molesto.

Por fin llegamos a la cima de la colina, el océano se extiende ante nosotros en la cercanía, el viento ruge a nuestro alrededor a un ritmo frenético. Entorno los ojos y miro fijamente el agua que resplandece y la extensión de arena plana y húmeda. Aún falta

mucho para que lleguemos al agua y quiero oír a Spencer gemir de miedo por el esfuerzo. Quiero que esté cansado y jadeante, como yo, pero ni siquiera le falta el aliento y apostaría a que no tiene un grano de arena en los zapatos.

Qué rabia.

—La vista es preciosa.

Lo miro y veo que me está observando.

—El océano es precioso. Es diferente en esta costa, un poco más salvaje.

—No me refería al océano, pero tienes razón. —Su mirada se desvía hacia el agua, y yo lucho contra el calor que cubre mi piel—. Sí parece más salvaje. Vamos.

—La playa está más lejos de lo que parece.

Me mira mientras se le escapa una tímida sonrisa.

—¿Estás tratando de asustarme, Syl?

—Si no lo he hecho ya con todo lo que has tenido que lidiar estos años, no creo que una caminata agotadora hasta la playa vaya a conseguirlo —bromeo, dándome cuenta al decirlo.

He intentado ahuyentarlo todos estos años. Sin embargo, todavía está aquí, conmigo, en California. El hombre se merece una medalla o una reprimenda por ser tan tonto.

Empezamos a bajar la colina y dejo que Spencer tome la delantera, observo la anchura de sus hombros, la elegante curva de su espalda. Sus nalgas perfectas en los jeans bien ajustados y sus piernas largas y fuertes. Es alto, mide más de metro ochenta, y camina con una seguridad que no recuerdo que tuviera cuando éramos más jóvenes. Cuando íbamos a la prepa Lancaster y me apoyaba en todo, siempre estaba ahí para mí cuando lo necesitaba, y yo me aprovechaba de eso, de él.

Rayos, era horrible en ese entonces, tan intrigosa, y todo lo que aprendí lo obtuve de mi madre.

Cuando llegamos a la playa me siento agotada. Encuentro un montón de rocas y voy a sentarme en una. Spencer sigue caminando por la orilla del agua. Su silueta se va haciendo más y más pequeña a medida que se aleja, hasta que se convierte en una

insinuación de un ser humano en la distancia; me preocupa que siga caminando y no vuelva nunca. Pero después de un tiempo, regresa. Su figura vuelve a aparecer hasta que puedo distinguir cada uno de sus rasgos, y el alivio que siento por su cercanía amenaza con abrumarme. Se reúne conmigo junto a las rocas y se sienta en una que está por encima de la mía, de modo que me mira desde arriba. El cabello oscuro le cubre la frente y entrecierra los ojos para protegerlos del sol.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —responde, aunque percibo cautela en su tono.

—¿Por qué siempre fuiste tan amable conmigo, cuando yo me portaba horrible contigo?

Es una pregunta difícil, con una respuesta aún más dura, y me preparo para la verdad.

No dice nada durante mucho tiempo, el viento le alborota el pelo sobre los ojos, por lo que tiene que apartárselo constantemente.

—Estaba enamorado de ti.

El corazón me da un vuelco en el pecho y el aire se me atora en la garganta. No era la respuesta que esperaba.

—Y tú te cagaste encima de todo. Continuamente. Y era como si yo no pudiera evitarlo. Pero me imagino que siempre es así, ¿no? No podemos dejar de sentir lo que sentimos, incluso cuando sabemos que está mal.

—¿Estás diciendo que estuvo mal enamorarte de mí?

—No sé. Solo sé que estar enamorado de ti me dolía.

Me siento miserable. Sus confesiones son como un puñetazo en las entrañas. Un golpe tras otro.

—En ese entonces yo era joven y estúpida. El único tipo de amor que me mostraron fue siempre… condicional.

—Lo sé.

Los dos nos quedamos callados. Doblo las rodillas, rodeándome las piernas con los brazos para resguardarme del frío que desprenden sus palabras. No sabía lo que tenía, siempre conté con que volvería y siempre lo hizo; sigue aquí, en la playa, conmigo, en un día soleado a mitad de la semana. Todavía queda mucho sin decir

entre nosotros, y el océano, el viento y el sol no pueden impedir que pase. Nuestros sentimientos necesitan exponerse, quedar al descubierto. No importa lo doloroso que sea.

—No puedo culpar a mis padres por la manera en la que te traté —Me sincero, por fin—. Debería haberlo hecho de otra forma.

—¿Ahora podrías hacerlo?

Tengo que ser sincera.

—No estoy segura.

Fue un golpe duro para él, estoy segura.

—No puedo seguir dándote oportunidades —admite, con la voz tan baja que me inclino hacia él, deseando estar sentada a su lado en la roca, aferrarme a su calor, apoyar la cabeza en su hombro—. La última vez que lo hice, me dejaste por otro hombre.

Mi cuerpo se tensa. Ya sé a qué se refiere.

—Solo quería tener una noche más contigo.

—Una noche más para que pudieras coger conmigo, dejarme y luego casarte con otro. Un tipo lo bastante mayor como para ser tu puto padre. —El desprecio en su voz hace que me aleje de él, y me alegro de no estar sentada en la misma roca, juntos—. ¿Por qué lo hiciste?

—Ya te dije, solo quería una noche más…

—No. —Sacude la cabeza—. Ya sé por qué fuiste a mi departamento esa noche. Hablo de que te casaras con ese viejo. ¿Por qué, Sylvie? ¿Por qué lo hiciste?

Me invade el pánico y me levanto, alejándome de él; mis pies van dejando huellas en la arena húmeda. Las lágrimas me corren por las mejillas y las dejo, sin molestarme en secármelas.

No quiero explicarle por qué me casé con Earl, cuando yo misma apenas lo entiendo. Mis débiles razones no tendrán sentido para él porque no lo tienen para mí. Podría haber luchado contra la boda, contra ella, pero no lo hice. Cedí e hice lo que mi madre quería, sin importar las consecuencias.

—Sylvie. —Su voz reverbera en el viento y hace que me eche a correr. Sin embargo, pronto lo oigo acercarse a mí hasta que prácticamente lo tengo encima, me rodea el brazo con sus largos

dedos y me jala hacia él, así que no tengo más remedio que voltear y mirarlo.

Su expresión es una máscara de acero que se cae en cuanto ve mis lágrimas. Los hombres siempre son débiles cuando se trata de lágrimas, incluso él. En especial él.

—¿Qué demonios? ¿Por qué lloras?

—No sé cómo explicarte lo que pasó —admito, alejándome.

Se lanza hacia mí, agarrándome de los dos brazos para que no corra.

—Solo empieza por el principio.

Me quedo boquiabierta, luchando por encontrar las palabras, y él me da una pequeña sacudida, como si eso fuera a ayudarme a comenzar mi explicación.

—Fue culpa de mi madre. Ella me obligó a hacerlo.

La duda le nubla la mirada, ya tormentosa, y sacude la cabeza mientras aprieta los labios.

—No te creo. Eras adulta.

—Todavía bajo su cuidado.

Lanza una carcajada.

—¿Bajo su cuidado? Por la forma como siempre lo hiciste sonar, ella estaba encima de ti cada vez que podía. Siempre creí que se preocupaba demasiado.

—Tienes razón, así era. —Tengo la garganta seca y el estómago revuelto, como si fuera a vomitar en cualquier momento. Nunca he hablado de esto con nadie, ni siquiera con ella—. Mi madre se preocupaba por mí, pero no de la manera correcta. Más bien quería matarme, intentó hacerlo durante años.

Su mirada escudriña la mía, su expresión se llena de incredulidad.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Todos esos años que estuve enferma? ¿Que decía que iba a morir? Fue por ella. Ella quería que estuviera enferma. Muerta. Conseguía atención, conseguía atención en mí, pero todo era falso. Nada de eso era real.

CATORCE

Spencer

—A ver, espera un momento. —Suelto un poco su brazo y ella lo aprovecha, escabulléndose y lanzándose a correr hacia el sendero que lleva de vuelta a su casa—. ¡Carajo, Sylvie!

No se da la vuelta. Sigue corriendo, con su pelo rubio suelto, bailando, y yo voy detrás, más despacio esta vez, intentando procesar lo que acaba de decir.

¿Podría estar mintiendo? Suena como algún tipo de fantasía torcida, aunque toda su vida suena como una gran fantasía torcida, si soy franco conmigo mismo; padres ultrarricos a los que no les importa una mierda… Bueno, eso no es del todo cierto, pero ¿cómo iba yo a saber que su madre la enfermaba a propósito para llamar la atención? Eso sí que es una porquería del tamaño de un documental de Netflix.

Acelero el paso y la persigo, un poco agotado por correr contra la brisa. Pero Sylvie tampoco corre muy aprisa y la alcanzo con facilidad, hasta que voy trotando a su lado, como si fuera un día cualquiera y estuviéramos corriendo por la playa, como si no me acabara de decir que su madre lleva años intentando matarla.

La rabia se me revuelve en las entrañas cuando me asaltan los recuerdos. Las cosas raras a las que aludía Sylvie. Hablaba en términos misteriosos, sin decir nunca nada importante sobre su salud. Siempre supe que algo pasaba en la relación con su madre, solo que no pensé que fuera tan profundo, tan grave, tan torcido.

—Sylvie…

Ella niega con la cabeza.

—No quiero hablar más de eso.

—Es necesario.

—No, no lo es. Ya lo dije. Ya lo sabes. Es lo único que puedo decir al respecto por ahora. Cualquier otra cosa que quieras saber, tendrá que esperar.

—¿Hasta cuándo?

—¡No sé! —Se detiene por completo y levanta los brazos. Un grupo de gaviotas vuela sobre su cabeza, graznando a disgusto por su arrebato, pero yo no reacciono en absoluto. Esto es lo que necesito, lo que quiero oír.

No importa lo doloroso que pueda ser.

—No estás… mintiendo, ¿verdad? ¿De verdad intentaba matarte? —Odio tener que preguntar, pero, vamos, he oído algunas historias bastante extravagantes saliendo directamente de la boca de Sylvie, muchas veces.

—¿De verdad crees que lo inventaría? —Se muestra incrédula.

—Para nada, aunque debes admitir que suena desquiciado. Sé que Sylvia Lancaster es difícil, pero Syl, de lo que la estás acusando… —Se me va la voz.

—Es la verdad —dice en voz baja, mientras mira la arena bajo nuestros pies—. Todo el tiempo faltaba a la escuela porque estaba enferma.

—Lo recuerdo.

—A veces me drogaba tanto con medicamentos de prescripción, que no sabía qué me pasaba o cuánto tiempo había pasado. Me mantenía drogada durante días, incluso semanas, y siempre sentía náuseas. Vomitaba todo el tiempo. Creo que me daba algo para que no pudiera retener nada, ni siquiera podía comer. Mi presión sanguínea bajaba tanto que apenas podía funcionar, me desmayaba fácilmente. Tú me viste entonces y sabes cómo era. En un momento tuve neumonía y no pude mejorar durante mucho tiempo. Estuve tosiendo durante meses, creía que me iba a morir de verdad.

Sus palabras me traen todos los recuerdos de la prepa. Siempre bromeaba sobre la muerte, era muy pragmática con el tema; me decía que se estaba muriendo y que quería vivir la vida al máximo, en ese mismo momento. Después de un tiempo, pensé que era pura mierda. Sylvie se ponía dramática porque era su personalidad y

recurría mucho a ello. Recuerdo que una vez le pregunté a Whit y él solo me contestó que era su forma de ser, aunque tal vez todo el tiempo ella estaba tratando de decirnos lo que su madre le hacía y nunca le creímos.

Qué retorcido.

—Siempre me ha tenido dominada —continúa Sylvie. Para haber dicho que no quería hablar más al respecto, habla bastante; tal vez la presa se acaba de quebrar. Ahora parece dispuesta a soltarlo todo —. Cuando era más chica, nunca pude romper el vínculo. ¿Cómo habría podido? Vivía con ella. Incluso cuando estaba en la prepa, ella seguía controlando todos los hilos. Me controló desde que nací y hasta que me casé con Earl. Cuando eso sucedió, me sentí libre, como si finalmente me hubiera alejado de ella para siempre.

La irritación chisporrotea en mis venas con la mención de su marido muerto. Yo podría haber sido quien la ayudara a alejarse de su madre, pero nunca me dio la oportunidad.

—Y después se murió. Estaba completamente perdida. No esperas que tu marido muera cuando tienes mi edad, aunque sea mucho mayor que tú. No sabía qué hacer ni adónde ir. Sus hijos se peleaban conmigo por el dinero, dinero que ni siquiera quería ni necesitaba. Fue una completa pesadilla.

¿Está mal que no me sienta mal? Diablos, soy un idiota insensible. Odio que haya sufrido, pero me importa un bledo que su marido se haya muerto. Para empezar, nunca debió casarse con ese imbécil. Debería haberse casado con alguien de su edad, con alguien como yo.

—Mi madre se hizo cargo de todo. Me ayudó con el funeral, con las reuniones con los abogados, con todo. Me metió en su red y, como la persona débil que soy, entré de buena gana. Me prometió que me ayudaría, y lo hizo. Pensé que había cambiado. —Sylvie levanta por fin la cabeza y sus ojos llorosos se cruzan con los míos —. Como una idiota, le creí. Me apoyó tanto. Fue increíblemente sincera, haciéndome todo tipo de promesas. Un mes después de la muerte de Earl me quedé en su departamento, y una noche me desperté y la vi de pie junto a mi cama con una almohada en las

manos, como si fuera a… asfixiarme. Eso fue todo. Ese fue el final. No la volví a ver desde entonces, hasta la boda de Whit, e intentó hablar conmigo después, pero casi siempre la he evitado. Es mejor así. Más fácil.

Todavía estoy atascado en un pequeño detalle.

—Espera, ¿te despertaste y la viste de pie junto a tu cama con una almohada en las manos?

Ella asiente, con el labio inferior tembloroso.

—Supongo que me desperté porque necesitaba aire. Creo que esa noche quería matarme, fue justo después del funeral.

Esa es una muerte que no tiene ningún sentido. Earl era viejo, pero no murió de viejo. Algo le pasó, algo que se ha mantenido en secreto desde entonces porque nunca he oído detalles al respecto.

—Es mucho que procesar, lo sé. —Lo dice como si tratara de tranquilizarme, cuando es ella la que probablemente debería recibir consuelo—. Volvamos a la casa, me muero de hambre.

Frunzo el ceño y la acompaño como si todo fuera perfectamente normal, mientras mi mente repasa todos los detalles que acaba de compartir sobre su vida y lo mucho que temía por ella: su madre intentaba matarla.

Sabía que las cosas no iban bien entre Sylvie y Sylvia cuando estábamos en Preparatoria Lancaster. Syl soltaba indirectas y daba a entender que le quedaba poco tiempo antes de morir. Después de un tiempo no podía ignorar lo que decía, pero yo seguía siendo un niño, quizá no quería saber a qué se refería en realidad. La verdad es que no quería, pues es más fácil fingir que nunca dijo nada al respecto.

Sylvie siempre ha tenido un don para el drama y me ha mentido muchas veces, pero si dice que su madre intentaba matarla, le creo. Juntando todo lo demás que ha dicho y hecho a lo largo de los años, tiene sentido, lo cual es retorcido. En serio, ¿qué rayos? ¿Qué clase de desgraciada enferma a su hija para llamar la atención? ¿Quién la vuelve a buscar solo para intentar asfixiarla con una maldita almohada? Alguien tan demente como Sylvia Lancaster.

El camino de vuelta a casa es mucho más corto que el de ida a la playa, pero ¿no es siempre así? Cuando entramos a la casa, agradezco que la temperatura interior sea más fresca. A pesar del viento, el calor del sol penetra a través de mi ropa, haciéndome sentir un poco incómodo mientras caminamos de regreso. Acepto la botella de agua fría que Sylvie saca del enorme refrigerador y le doy un largo trago antes de pasarme el dorso por la boca.

Se está lavando las manos y todas las lágrimas de antes se han secado. Parece inmutable, como si momentos atrás no acabara de soltarme una bomba que me ha cambiado la vida.

Típico.

Lo que dijo definitivamente me cambió la vida. Todos mis sentimientos de protección hacia esta mujer están en pleno apogeo. Siempre he querido protegerla, pero ahora… Ahora sé que no puedo perderla de vista. Tenemos que mantener a Sylvia Lancaster lejos de ella a toda costa.

—¿Quieres un sándwich? —me pregunta mientras se seca las manos.

—¿De verdad sabes hacer sándwiches? —le respondo, sin poder evitarlo.

Frunce ligera, pero inevitablemente, el ceño y casi me dan ganas de reír.

—No te lo ofrecería si no supiera.

—Me encantaría un sándwich.

—¿De pavo? Es lo único que tengo.

—De pavo está bien —respondo sin dudarlo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, ve a sentarte. Yo preparo algo de comer.

Observo cómo se pasea por la cocina como si hubiera nacido en una, lo cual está muy lejos de ser cierto. Esta chica no ha movido un dedo en su vida, así que verla actuar como una buena ama de casa es desconcertante, y algo sexy, lo que me hace sentir como un machista imbécil. Pero, vamos. ¿Sylvie es de una de las familias más ricas del mundo y me hace un sándwich? Me siento especial, carajo.

—¿Quieres queso?

—Claro.

—¿Suizo o provolone?

Esta vez sí me río. El momento parece tan… normal, y sin embargo, nuestra relación, las circunstancias que me trajeron aquí en primer lugar, son todo menos normales.

—Provolone.

—¿Mostaza y mayonesa?

—¿Tienes mayonesa?

Me fulmina con la mirada.

—Ambas —digo—. Aunque con poca mayonesa. Tengo que cuidar mi línea.

Me doy una palmada en el estómago para enfatizar.

Sylvie pone los ojos en blanco, pero no dice nada mientras prepara mi sándwich y luego el suyo. Me empieza a rugir el estómago y, cuando me pone el plato delante, ya me muero de hambre.

—Listo. —Sonríe—. ¿Quieres algo de beber?

—Otra agua, si tienes.

Al cabo de unos minutos, los dos estamos sentados en la mesa comiendo nuestro sándwich y compartiendo una bolsa de papas fritas sabor barbacoa. El sándwich está delicioso, muy lleno de pavo, queso, lechuga, aguacate y cebolla en finas rebanadas. Lo devoro en un número vergonzosamente pequeño de mordidas y, cuando me acabo la última, levanto la vista y la veo mirándome divertida.

—¿Tenías hambre?

—Más de lo que pensaba —admito.

—Esto es muy raro. —Sacude la cabeza—. Nunca creí que esto pasaría.

Frunzo el ceño.

—¿Que pasaría qué?

—Los dos en una casa que ni siquiera sabía que existía hasta hace unas semanas. Los dos sentados en mi cocina, compartiendo juntos una comida que yo preparé. —Su risa es inesperada, llena de alegría a pesar de las oscuras confesiones del día—. Ocurrió un milagro.

—El sándwich estaba muy bueno, Syl.

Se mueve en su silla, con una sonrisa imposible de contener.

—Me alegra mucho que te haya gustado.

—Yo tampoco me imaginaba que pudieras prepararme una comida. Siempre has tenido sirvientes —continúo.

Suspira y aparta el plato.

—Era una mimada de mierda.

—Sí, lo eras —coincido, y ella me lanza su servilleta hecha una bola, fallando su tiro—. Aunque supongo que solo ocultabas mucho dolor.

Su mirada sombría se encuentra con la mía, sin desviarse.

—Aunque eso no excusa que fuera tan horrible contigo.

—Debiste gustarme mucho para que te aguantara todo eso.

Cuando era adolescente, estaba completamente loco por esta chica, habría hecho cualquier cosa que me pidiera.

—Nos besamos mucho —me recuerda.

Me río, los recuerdos me golpean uno tras otro; muchos momentos secretos, besos a escondidas por aquí y por allá.

—Eras insaciable.

—No creo que fuera la única que quería hacerlo todo el tiempo.

—Sin embargo, eras tú quien casi siempre me instigaba.

Sus mejillas adquieren un adorable tono rosado. La mujer viuda, avergonzada por sus recuerdos de besos adolescentes.

—Cierto.

Me como unas papas y veo cómo se termina el sándwich.

—Has subido de peso. También lo noté en la boda.

—¿Es algo malo? —Suena vagamente a la defensiva.

—Para nada. Siempre fuiste tan… —¿Qué puedo decir que no la ofenda?

—¿Delgada? ¿Frágil? ¿Enfermiza?

Aprieto los labios, no quiero insultarla.

Suspira.

—Estoy lejos de mi madre. Ya no me envenena ni me mantiene mortalmente flaca.

Que pueda decir lo que su madre le ha estado haciendo todos estos años con tanta naturalidad, como si no fuera para tanto… Que haya sobrevivido después de todo es… increíble. Enorme.

—¿La odias?

—¿A mi madre? —Cuando asiento, se encoge de hombros—. No sé. Debería. A veces sí, pero otras veces la quiero y la extraño, porque es mi madre y, en algún momento, era todo lo que tenía. Mi padre casi no estaba y ella siempre me decía que yo no le importaba. No como a ella.

Me quedo callado, asimilando sus palabras. Ha sido manipulada prácticamente toda su vida por su madre. ¿Acaso lo nota?

—Compartimos grandes momentos juntas —continúa Sylvie—. Mis recuerdos con ella, no son todos malos.

Pero esos recuerdos están manchados. Tienen que estarlo. Mis padres me han decepcionado muchas veces a lo largo de los años, pero ninguno de ellos intentó matarme jamás. No sé cómo te recuperas de eso.

—¿Y tu papá?

—¿Qué con él?

—¿No se dio cuenta de lo que Sylvia estaba haciendo?

Sylvie se ríe. Se ríe de verdad, como si acabara de contar el chiste más gracioso.

—Augustus Lancaster solo se da cuenta de lo que pasa cuando le afecta directamente. Es el Lancaster más egoísta que conozco, y conozco a muchos, créeme. Pero quiero a mi padre. No lo culpo por no haberse dado cuenta, estaba demasiado concentrado con Carolina para entonces. Además, la relación de mis padres nunca ha sido buena, y él vivía en su propio mundo la mayor parte del tiempo. No me sorprende en absoluto que no se diera cuenta de lo que pasaba, estaba demasiado metido en su propia mierda.

Odio que fuera tan inconsciente, que todos lo fuéramos. Me invade la culpa, amenaza con derramarse en una letanía de disculpas sin sentido, pero aprieto los labios, guardándomelas. Las palabras no tienen sentido; en una situación así, hay que actuar.

—¿Te sientes culpable? —Cuando la miro, me doy cuenta de que me mira con sabiduría—. No, Spence. Tú no lo sabías y solo eras un niño. ¿Qué podías haber hecho?

—Debería haberlo sabido. Debería haberte creído —digo con fiereza, deseando poder luchar por ella contra todos sus demonios. Incluso después de todos estos años, y de toda la decepción, frustración y rabia, todavía quiero defenderla. Protegerla.

Siempre querré hacerlo, aunque ella me aleje.

No sé si podré aguantar mucho más este tipo de trato, pero también sé que no puedo resistirme a ella. Soy leal hasta la exageración. Mi padre siempre lo decía, haciéndolo parecer un defecto de carácter cuando en realidad soy igual que él. Además, mi lealtad significa que estoy de su lado pase lo que pase, lo que le beneficia.

—Intenté aligerarlo, como si fuera una broma. ¿Cómo ibas a creerme si pensabas que estaba bromeando? —Sacude la cabeza cuando empiezo a decir algo, y me interrumpe—. Déjate de culpas. Me alegra que estés aquí. Si quisiera que alguien me encontrara, habrías sido tú.

Sus palabras me producen un gran placer.

—¿En serio?

—Sí —susurra, inclinándose para posar su pequeña y pálida mano sobre la mía—. Eres mi ser humano favorito en este mundo, Spencer. Aunque tenga una forma rara de demostrarlo, significas más que nadie para mí.

Miro fijamente su mano sobre la mía, tentado de girar la mía y entrelazar nuestros dedos. Pero no lo hago. Todavía no. Mis sentimientos por Sylvie son… complicados. Estar con ella los ha hecho renacer y ahora no sé qué hacer: ceder podría ser un error, uno del que quizá no me recupere jamás.

QUINCE

Sylvie

Es un lugar común, pero después de contarle a Spencer todo sobre mi madre, me siento más ligera. Como si acabara de liberarme de todas mis cargas y por fin fuera libre para… vivir.

Se lo tomó todo sorprendentemente bien, pero conozco a mi Spencer. Digiere la información casi impasiblemente, dándole vueltas una y otra vez en su mente hasta que las emociones reales acaban por acumularse y crecer, y si le enojan lo suficiente, acabará estallando.

Espero que eso suceda. Se enfurecerá, y sinceramente… Quiero verlo. Quiero que se enfurezca por mí. Quiero que se convierta en mi caballero de brillante armadura y me defienda de todos los males del mundo. Incluso si esos males están relacionados conmigo, quiero que no les muestre piedad.

¿Lo haría por mí? ¿O ya arruiné mi oportunidad?

Una vez que terminamos de comer, anuncié que tomaría una siesta y él respondió que se bañaría. Estoy encerrada en mi enorme dormitorio, mirando todos los árboles por la ventana, sin dormir la siesta en absoluto. No puedo hacerlo, estoy demasiado atenta al hombre que se aloja en la habitación contigua. Oigo correr el agua del baño en su alcoba y mi imaginación se dispara; Spence desnudo, de pie bajo el chorro de agua, el vapor subiendo, ocultándolo a la vista. El pelo mojado y peinado hacia atrás, las gotas sobre sus bellas pestañas.

Mi corazón palpita solo con imaginarlo. Hace tiempo que no estoy con un hombre, mucho, demasiado, más de lo que nadie imaginaría, especialmente Spencer. Es posible que yo haya purgado la mayoría de mis secretos, pero él no ha dicho nada de los suyos y tengo

curiosidad. ¿Qué hace exactamente trabajando para su familia? ¿En qué está metido? ¿Por qué le resultó tan fácil dejarlo todo y venir a buscarme?

Si sigue tan enojado conmigo, ¿por qué vino? ¿Todavía le importo? ¿O fue más por costumbre que por otra cosa? ¿Tiene novia? ¿O sale con alguna mujer? No llevó pareja a la boda de Whit, así que supongo que no, lo cual es un gran alivio. Si no puedo tenerlo, nadie más lo hará; mis tendencias lancasterianas siempre salen a relucir cuando se trata de querer algo, o a alguien.

Oigo rechinar la puerta del baño de invitados y me pido resistir, pero es como si no pudiera. Me deslizo fuera de la cama y, de puntitas, me acerco a la puerta, la abro un poco, lentamente, y me asomo. El baño de invitados está en diagonal respecto a mi dormitorio y apenas puedo ver el interior.

Sale vapor del baño y sonrío para mis adentros: a Spencer siempre le ha gustado bañarse con agua extremadamente caliente, supongo que algunas cosas no han cambiado.

Lo oigo moverse por el espacio: el sonido de un cierre, probablemente el de su neceser; el tintineo de algo sobre la barra de azulejo; el agua que corre; un cepillo deslizándose por el pelo. Sí, estoy así de atenta a cada cosa que hace.

Sin previo aviso, sale del baño con una toalla blanca anudada a la cadera, los hombros y el pecho cubiertos de gotas de agua. Los hombres no se secan bien después del baño y nunca he entendido por qué, pero en este momento no me quejo.

Esas gotas resbalan por su piel, por entre el pelo oscuro que nace en el centro de su pecho, por la superficie plana de su vientre. La toalla cuelga peligrosamente de su cadera delgada, como si fuera a caerse en cualquier momento, y espero sin aliento a que ocurra eso exactamente.

—¿Me estás espiando? —pregunta Spence, sonando divertido.

Encuentro su mirada oscura a través de la rendija de la puerta abierta y me alejo rápidamente, con todo el rostro enrojecido por la vergüenza y la excitación.

Retrocedo en el momento exacto en que se abre la puerta de mi habitación y veo a Spencer de pie en el marco de la puerta, con una toalla y nada más. Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, tal y como imaginaba. Juro que puedo ver el contorno de su pene bajo la toalla y me quedo mirándolo un momento, deseando poder ver a través de la toalla.

—Syl. —Su voz profunda me sobresalta, mi mirada encuentra la suya. Sus profundos ojos marrones brillan y sus labios se curvan en una sonrisa cómplice.

Me aparto el pelo de la cara, nerviosa.

—Perdona, es que…

—Creía que estabas tomando una siesta.

—No podía dormir —confieso.

Nos miramos un momento, la tensión crece como de costumbre. Siempre es así entre nosotros, lo que hace casi imposible pelear.

—Me estás viendo —murmura finalmente.

—No puedo evitarlo. Mírate. —Agito una mano impotente en su dirección.

Su sonrisa se mantiene en su lugar. Maldito sea. Y cuando se rasca el pecho, mi mirada sigue cada movimiento de sus dedos.

—Lo has visto antes.

—No desde hace mucho tiempo. —Trago saliva y mi mirada está ávida—. Has cambiado.

Se mira a sí mismo antes de devolver su mirada a la mía, con las cejas fruncidas.

—¿En qué?

—Eres… más grande. Más fornido. Tienes más pelo en el pecho. —Ese rastro que sale de su ombligo y desaparece bajo su toalla también es intrigante. Mucho más intrigante que el vello entre sus pectorales.

Se ríe entre dientes.

—Supongo. Tú también has cambiado.

—Todavía no me has visto desnuda. —Levanto la barbilla, luchando contra el temblor que quiere apoderarse de mi cuerpo.

Puedo oler su piel limpia y fresca, con un toque de sándalo. Me muero por apretar mi cara contra su cuello e inhalar su aroma.

—Tú tampoco me has visto desnudo todavía. —Una mano grande se posa sobre la toalla anudada a su cintura y sus dedos se enroscan sobre el borde del grueso tejido blanco. Yo espero, conteniendo el aliento—. Aunque me parece que quieres.

—Spencer… —Mi voz es una advertencia; no puede provocarme. Probablemente no deberíamos hacer esto. Él sería el primero en decir exactamente eso. Sin embargo, aquí está, a punto de quitarse la toalla y mostrarme todo lo que tiene. Después, esperaría que yo hiciera lo mismo, y Dios, lo haría. A pesar de sentirme un poco pegajosa por el sudor, y de que el aire salado del océano aún permanece en mi piel, gracias a la caminata que hicimos antes, me desnudaría para este hombre y dejaría que me recorriera con sus manos, su boca y su lengua.

Él es el único por el que lo haría.

Suspira y su mano se retira de la toalla.

—No sé por qué siempre hacemos esto.

Ignoro la decepción que inunda mis venas.

—¿Qué?

—Provocarnos. Sexualmente.

—Tal vez todavía nos deseamos. Incluso después de todos estos años.

—Más bien es que los viejos hábitos no mueren, si me lo preguntas a mí.

La decepción es reemplazada por frustración. ¿Cómo puede minimizarnos así? ¿Cómo puede destrozar lo que tenemos y que pierda todo su sentido?

—Entonces vete —le digo, con una voz que destila un desdén apenas disimulado—. Vístete y vete.

Apoya las dos manos sobre las caderas, completamente cómodo solo con la toalla.

—¿En serio vas a salir con esa mierda ahora, Syl? ¿Incluso después de todo lo que acabas de decirme?

—Realmente no me deseas. —Sueno como una niña pequeña herida, lo que supongo que es el tema de mi vida.

—Siempre te he deseado. Ese es el problema. —Respira hondo, su pecho se expande con el movimiento—. Si realmente quieres que me vaya, me iré.

Es lo último que quiero.

—Más bien tú no quieres quedarte.

En su mirada, oscura y siniestra, se enciende la ira.

—Déjate de juegos, Sylvie. Ya no te queda. En realidad, nunca te ha quedado.

Se da la vuelta, se deshace el nudo de la cintura y la toalla cae mojada al suelo. Le miro las nalgas desnudas mientras sale a toda prisa de mi habitación y me lanzo tras él, siguiéndolo hasta el cuarto de invitados.

Él tiene la misma vista, aunque no tan amplia como mi ventanal, pero ni siquiera se da cuenta. Está demasiado concentrado en sacar ropa de la maleta que está abierta sobre la cama matrimonial, con la cara convertida en una máscara de frustración. El pelo oscuro le cuelga sobre la frente y las gotas de agua le resbalan por la cara.

Spencer está completamente desnudo.

Mi mirada se dirige a su pene. Incluso cuando no está excitada, es magnífica: larga y gruesa, con la cabeza acampanada, acurrucada contra el oscuro vello púbico. Como si sintiera mis ojos sobre ella, juro que empieza a endurecerse. Se alarga.

—Si la quieres, ven aquí y chúpamela —me exige.

Me sobresalto.

Contengo la respiración.

Sin pensarlo, cruzo la habitación y él voltea hacía mí cuando me detengo frente a él. Caigo de rodillas, en trance, mientras acaricio su pene, ahora duro, con la mejilla.

No decimos nada, el fuerte latido de mi corazón retumba en mis oídos. Me enreda los dedos en el pelo, sujetándome con fuerza, como si pensara retenerme en caso de que intente marcharme. No es que vaya a irme a ninguna parte. Mi boca se desliza a lo largo de su pene, apenas abierta mientras lo respiro. Huele a limpio y a

humedad, inconfundiblemente a Spencer. Cuando saco la lengua para lamerlo, suelta un suspiro y me jala con los dedos, haciéndome estremecer.

—Méteme en tu boca. —Su tono es feroz.

Debería huir, mandarlo a la mierda, pero no lo hago y, en su lugar, mis labios envuelven la cabeza de su pene, mi lengua la recorre lentamente, saboreando cada centímetro de su piel. Él gime, sus caderas se impulsan con suavidad empujándose más profundamente en mi boca, y yo relajo los músculos de mi garganta, aceptándolo, recibiéndolo.

Seguimos en silencio, el único sonido en la habitación son mis labios succionando toda su longitud. Mi lengua húmeda está lamiendo, paladeando. Se lubrica muchísimo y cuando me aparto para poder probar la punta, gruñe y vuelve a introducirse entre mis labios.

—Te voy a coger la boca —me advierte, y yo asiento con la cabeza, gimoteando por la garganta justo antes de que me posea por completo.

Y se lo permito.

Me mete el pene hasta la garganta, deslizándose dentro y fuera, cogiéndome sin parar. Se me salen las lágrimas mientras gimo, dejando que me use, deleitándome con la forma como me trata. Brutal, mezquino y exigente, sin importarle lo que necesito o cómo me siento. Piensa en sí mismo. Su expresión es feroz, su mandíbula está tensa, veo una vena palpitante a lo largo de su frente y su atención se centra al cien por ciento en mi boca abierta; mis labios se estiran casi con dolor mientras sigue cogiéndome. Todo mi cuerpo palpita cuando su ritmo aumenta, mis bragas se inundan de humedad y no puedo contener el gemido que sale de lo más profundo de mí.

Cuando me desperté esta mañana, no tenía ni idea de que mi día acabaría así, quemándome las rodillas con la alfombra mientras Spencer Donato está de pie frente a mí, con su pene en mi como hasta que puedo sentir ese primer chorro de semen sobre mi lengua.

—Bébetelo. —Las palabras apenas salen de sus labios apretados antes de que gima y eche la cabeza hacia atrás, con todo el cuerpo tenso a causa del orgasmo. Sus dedos me jalan del pelo y me sujetan contra él mientras se viene en mi garganta. Me lo trago, con la mirada clavada en él todo el tiempo, fascinada por su cuerpo y el juego de sus músculos al tensarse y estremecerse.

Nuestro encuentro fue rápido. No duró ni cinco minutos, pero me cambió por completo. Me transformó.

Saco su pene de mi boca, con hilos de saliva pegados a la punta, y rompo la conexión. Luego me limpio las comisuras de los labios; me duele el cuerpo. La necesidad de que me penetre me abruma y cuando me jala del pelo, me pongo en pie, con el corazón martilleándome en el pecho mientras pone su cara frente a la mía.

—Te gustó.

Asiento, alarmada por el tono oscuro de su voz y el brillo de su mirada.

—Volviste a caer en tu papel de mi putita, ¿no?

Parpadeo, sorprendida por sus palabras groseras.

Sorprendida aún más por la reacción de mi cuerpo ante ellas. Mis pezones duros rozan mi brasier y mi entrepierna está tan mojada que juraría que mis *leggins* también están húmedos.

—Me dije a mí mismo que no dejaría que esto pasara —continúa, su mirada baja hasta mis labios—. Pero después te descubrí espiándome, mirándome fijamente como si estuvieras hambrienta de mí, y yo cedo. —Me limpia la comisura de la boca, pasando el pulgar por mi labio inferior—. Ahora tus labios están cubiertos de mi semen.

Escucho un gemido y me doy cuenta de que viene de mí.

—Spence…

—¿Es esto lo que quieres? ¿Renunciar a todo el control? ¿Que te digan lo que tienes que hacer? Has vivido toda tu vida así, con todo el mundo controlándote. Nunca te has valido por ti misma, ¿hasta cuándo? ¿Hace unas semanas? ¿Cuando descubriste que este lugar era tuyo?

Asiento, odiando la realidad de la que habla, sabiendo que cada palabra que dice es cierta; me han controlado toda mi vida, pero

nunca así.

—Tienes que aprender a controlar tu vida en lugar de recibir órdenes de otra persona. —Da un solo paso hacia atrás, sus manos se alejan de mí, y yo gimo por la pérdida—. Tienes que averiguar lo que quieres y me niego a que me utilices, sé cómo operas y solo volverás a abandonarme.

Separo los labios, dispuesta a protestar, pero él me interrumpe.

—No te molestes en negarlo. Sabes que es verdad.

—Spencer. No. Te necesito. —Me duele todo el cuerpo, especialmente el corazón. Odio lastimarlo. No puedo borrar lo que he hecho, por mucho que lo desee.

—Por una vez en mi vida, yo te utilicé a ti. Te cogí la boca por mi propio placer. Me importaba un bledo si te gustaba o no, y lo mejor es que te excitó, me doy cuenta; estás excitada. Apuesto a que, si deslizara mis dedos en tus bragas, notaría que estás mojada.

Spencer nunca, nunca me había hablado tan descaradamente. No así y, lo juro por Dios, estoy tan excitada por ello que me duele todo el cuerpo; anhelo su tacto.

—¿Estás? ¿Mojada? —Arquea una ceja.

Asiento una vez, demasiado ahogada por el deseo para hablar.

—Muéstrame. —Cuando frunzo el ceño, se pasa la mano por la mandíbula, un movimiento tan masculino que casi me derrumbo al suelo—. Métete las manos en las bragas y pruébalo.

De nuevo no hay vacilación. Deslizo la mano dentro de mis bragas, encontrando una cremosa humedad. Me unto los dedos antes de sacarlos y enseñárselos, brillantes, humedecidos con mis fluidos y juro que un brillo igual ilumina sus ojos.

—Mira nada más —me agarra de la muñeca y tira de mí hacia él, llevando mi mano hacia su boca—, estás mojada.

Jadeo cuando mete mis dedos en su boca y los chupa, los lame. Su mirada no se aparta de la mía, y la emoción me embarga, mi cuerpo se tensa cada vez más al pensar en él poniendo esa boca mágica en otros lugares, entre mis piernas, por ejemplo.

—Si no tenemos nada más, Syl, siempre tendremos esto —murmura, su mirada se vuelve aún más oscura, lo juro—. Quítate la

ropa.

Zafo la mano de su agarre y me despojo de la ropa como si me ardiera la piel. Hasta que quedo temblando y desnuda delante de él, con los pezones tan duros que me duelen.

Apenas me mira. Solo señala la cama.

—Acuéstate.

—Deberíamos ir a mi habitación…

—No. —Niega con la cabeza—. Acuéstate. Ahora.

Hago lo que me dice y me acomodo en el centro de la cama, con las piernas abiertas, esperando. El aire roza la piel sensible de mi vulva haciéndome aspirar un suspiro agudo. Mientras Spence me contempla, juro que me mojo más.

No tengo idea de cómo es posible.

—Tócate —me exige—. Tócate los senos.

Los tomo entre mis manos. Los aprieto. Enrosco los dedos en torno a mis pezones y tiro de ellos hasta que se endurecen y se vuelven puntiagudos. Me observa impasible mientras los amaso con las palmas de las manos y se los ofrezco como una ofrenda, pero no la acepta. No hace nada más que decirme lo que tengo que hacer.

—Métete un dedo. Muéstrame cómo te gusta.

Deslizo la mano por mi vientre hasta que mis dedos están justo ahí, meto el dedo del medio y lo deslizo por mi clítoris distendido. ¡Dios, estoy tan excitada! No me costará nada hacerme venirme, si eso es lo que quiere verme hacer, le daré un espectáculo. No me da vergüenza. En todo caso, me siento más cómoda haciendo algo así con Spencer que con cualquier otro hombre.

Me acaricio, los sonidos húmedos llenan la habitación y me incitan a seguir. Su respiración se acelera, me doy cuenta por la forma en que su glorioso pecho se expande y contrae, y yo voy más rápido, subiendo las piernas para que mis pies queden planos sobre el colchón, con los muslos aún abiertos, presumiendo. Mostrándole lo que se está perdiendo.

—Acaríciate el clítoris —susurra, y mis dedos lo encuentran, lo frotan, le dan vueltas. Me muerdo el labio inferior y mi orgasmo crece. Estoy a punto de llegar, se siente tan bien, mejor que de

costumbre, y sé que es porque él está en la habitación, observándome; su presencia, su mirada sobre mi piel.

Inhalo un suspiro estremecedor y enrosco los dedos de los pies en el edredón, anclándome. Me tiemblan los muslos, se me cansan los dedos y hago más fuerza. Oh, va a ser grande.

Sin previo aviso, me aparta la mano y me mete dos gruesos dedos al mismo tiempo que su boca encuentra mi clítoris. Chupa y lame, mis muslos se aprietan alrededor de su cabeza y un grito agudo sale de mis labios.

Me vengo, oleada tras deliciosa oleada. Spencer me sujeta, con sus manos en mi cadera, su boca aferrada a mi vulva, sin disminuir la intensidad mientras me vengo y me vengo. Le meto los dedos en el pelo aún húmedo, apretando su cara contra mí y él me deja. Hasta que soy yo la que lo empuja, completamente abrumada. Incapaz de soportarlo más, a él y a esa boca maravillosa y sucia.

Me desplomo sobre la cama, como un bulto sin huesos, mirando al techo, con la respiración agitada y el corazón acelerado. Me duele el pecho. Le siento girar la cabeza y rozarme con la boca la cara interna del muslo antes de besarme ahí. Suavemente. Dulcemente.

El gesto hace que me den ganas de llorar. Las lágrimas brotan de mis ojos, pero los cierro con fuerza para evitarlas.

—Rayos —es lo que dice finalmente y tengo la reacción más extraña a lo que acaba de decir.

Me río.

Y él también.

DIECISÉIS

Sylvie

El incidente de la tarde anterior parece olvidado al día siguiente, como si nunca hubiera ocurrido. Nos tratamos como si fuéramos viejos amigos pasando el rato en un Airbnb o algo así, como si hubiéramos planeado este viaje juntos.

Anoche nos fuimos temprano a nuestras habitaciones, ambos demasiado agotados para mantener los ojos abiertos más allá de la puesta de sol. Me desperté cuando lo oí abajo, en la cocina; el ruido de un tenedor batiendo en un tazón fue una pista de que estaba preparando el desayuno.

Entro a la cocina y veo que está haciendo huevos y pan tostado, que el café ya está listo y que Roland está afuera, en el porche, con el ceño fruncido, mirando por una de las ventanas.

—Tu perro guardián está aquí —me saluda Spencer. Su atención es solo para la sartén de hierro en la estufa mientras voltea los huevos con una espátula.

—Ya veo —digo mientras me ciño más la bata alrededor del cuerpo desnudo.

Sí, había planeado saludar a Spencer quitándome la bata y pidiéndole que se diera un festín conmigo, desesperada por experimentar lo que compartimos ayer. Gracias a Dios que vi a Roland primero.

—Probablemente deberías hablar con él. —Spencer apaga la estufa antes de mirarme—. No creo que esté contento de verme aquí todavía.

—Solo está… siendo sobreprotector.

—Tomando en cuenta que te conozco desde hace mucho más tiempo, me pregunto si debería ser yo quien sea sobreprotector

contigo. —La sonrisa que Spence me muestra es más bien una mueca y casi me dan ganas de reírme.

¿Está… celoso de Roland en serio?

—Hablaré con él —le digo a Spencer, dirigiéndome a la puerta que da al exterior. Le dirijo una rápida sonrisa y salgo a la terraza, sorprendida por el aire fresco que me recibe. La niebla está baja esta mañana, con tenues brumas enredadas entre los árboles, y casi de inmediato me arrepiento de mi desnudez bajo la fina bata.

—Señorita Lancaster. —Roland se quita el sombrero, apretándolo entre sus dedos. Casi aplastándolo—. Siento molestarla. Sé que tiene a su invitado aquí.

—No pasa nada. ¿Está todo bien? —Frunzo el ceño, odio lo preocupado que se ve.

—Todo está bien. Yo solo… ¿está usted bien? Pensé en usted toda la noche. Tenía que venir a ver cómo estaba. —Su mirada se dirige a la ventana y me doy cuenta de que está observando a Spencer en la cocina. Entorna los ojos como si no le gustara lo que ve, y me parece casi gracioso. Incluso me habría reído si no me castañearan los dientes por el frío.

—Estoy bien —digo, con voz suave—. Conozco a Spencer desde hace mucho tiempo. Es el mejor amigo de mi hermano. Tenemos… historia.

Es una forma muy sencilla de decirlo. Historia.

—No me agrada.

Ahora sí me río, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Qué te ha hecho?

—Es más lo que le hizo a usted. Aparecerse aquí sin avisar y usted estaba conmocionada, lo noté en su cara, y no necesita problemas husmeando por aquí cuando solo intenta vivir en paz. Porque puedo decir que eso es lo que es, señorita Lancaster. Problemas —murmura Roland, olfateando ruidosamente.

—No le dije a nadie dónde estaría. No tengo mi viejo teléfono, así que nadie puede localizarme. ¿Cómo iba a avisarme que llegaba? —Sonrío, tratando de tranquilizar a mi dulce cuidador, agrio ahora que está Spencer, demasiado interesado en mi bienestar personal.

Aunque aprecio su protección, también quiero estar a solas con Spence, especialmente después de lo que pasó ayer.

—¿Cómo la encontró si no quería que la encontraran?

—El desayuno está listo.

Ambos nos giramos y vemos a Spencer de pie, medio asomado en la puerta. Su expresión es sombría, sus ojos oscuros apuntan directamente a Roland, que le devuelve la mirada.

—Sylvie, hace frío afuera. —La voz de Spencer es profunda—. Entra.

No pregunta, me ordena.

—Hablamos luego —le digo a Roland, sonriéndole rápidamente antes de darme la vuelta y entrar a la casa, seguida de cerca por Spencer, quien cierra la puerta con llave. Entonces volteo a verlo y observo la expresión determinante en su rostro.

—Estás celoso de Roland.

—No estoy celoso, simplemente no quiero que trate de convencerte de que mis intenciones son malas —me dice, volviendo a la estufa y sirviendo nuestro desayuno—. Él no te conoce. No como yo.

—Estás celoso —murmuro mientras me siento a la mesa y tomo la taza de café que me espera. Me la llevo a los labios y bebo un sorbo, encantada de que esté exactamente como me gusta—. Tú eres el que me puso de rodillas ayer, no lo olvides.

Deja el plato casi violentamente delante de mí y el pan tostado casi se cae por el fuerte impacto.

—No lo he olvidado.

Permanezco callada, sorbiendo mi café, observándolo jugar a la casita, como hice ayer a la hora de la comida. Somos toda una pareja. ¿Qué es real, qué es falso? Ya no lo sé.

Que no pueda definirnos es casi reconfortante. Es a lo que estoy acostumbrada con Spencer. Nunca hemos sido capaces de definir completamente lo que pasa entre nosotros, y es culpa mía. Yo soy la que siempre ha sido imprecisa, la que no puede comprometerse, a la que obligaron a casarse con otro hombre cuando era lo último que quería hacer.

Deberíamos hablar de lo que pasa entre nosotros, pero no me atrevo. Todavía no. Estoy disfrutando demasiado el tiempo que paso con Spencer como para estropearlo con una conversación seria, a pesar de sus cambios de humor conmigo.

Me gusta más cuando estamos los dos solos; Roland es nuestra única distracción, y no es gran cosa. Siempre ha habido otras fuerzas trabajando contra nosotros: mi madre, mi hermano, la escuela, sus amigos, yo, su familia, mi marido.

Mi matrimonio sin amor y sin sentido con Earl arruinó las cosas entre nosotros, especialmente cuando hui y me casé con otro inmediatamente después de acostarme con Spencer. Pero bueno, ayer era yo la que tenía su pene en la boca, así que supongo que al final gano yo.

Además, él me dio ese orgasmo espectacular. Todavía siento un cosquilleo, de ahí la razón por la que llevo mi bata y nada más, pero ¿se trata realmente de ganar y perder entre nosotros? Lo que compartimos no es un juego, mis sentimientos por Spencer son reales y profundos. Él también siente algo por mí, tiene que hacerlo, de lo contrario, ¿por qué cruzaría el país para asegurarse de que estoy bien?

Comemos en silencio y me maravillo ante los deliciosos huevos que preparó. Son ligeros y esponjosos, con la cantidad justa de sal. El pan tostado está hecho a la perfección, con mantequilla y crujiente. Y ni hablar del café. Que lo haya cocinado para mí hace que todo sepa mucho mejor.

Estoy comiendo el último bocado de huevo cuando Spencer habla por fin y casi me atraganto con lo que dice.

—Creo que tenemos que empezar de nuevo.

Empiezo a toser, con el puño delante de la boca y los huevos atascados en la garganta. Doy un sorbo necesario a mi café para poder tragarlos y por fin puedo hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente lo que dije. Que tenemos que empezar de nuevo. Tú y yo. —Se limpia la boca con una servilleta

antes de arrugarla y dejarla caer sobre su plato vacío—. Lo de ayer probablemente no debería haber ocurrido.

Me inunda la decepción, se instala en mi estómago y lo revuelve.

—No digo que me arrepienta —continúa—, pero lo hacemos todo fuera de orden, Syl. Siempre lo hemos hecho.

Mantengo la cabeza agachada, sin querer mirarlo a los ojos. Podría empezar a llorar, porque lo que está diciendo ahora no es necesariamente lo que quiero oír, aunque tampoco está mal, en absoluto. Es solo que no sé cómo sentirme con eso de empezar de nuevo. Por fin tengo una oportunidad real con Spencer, sin influencias externas, ¿y esta es su solución?

—No quiero volver a empezar —admito, con voz apenas audible y él se inclina sobre la mesa con el ceño fruncido, intentando oírme—. ¿Por qué no podemos empezar desde este punto? Hay demasiada historia entre nosotros, ¿no crees?

Me estudia con las cejas fruncidas y los labios entreabiertos. Su mirada se pasea por mi cara como si estuviera tratando de entenderme y sé que eso es…

Imposible.

—No sé cómo seguir adelante contigo después de este punto —admite—. Tengo que volver a Nueva York, a un lugar donde tú no quieres estar. Vivimos dos vidas diferentes, y no veo cómo podremos hacer que funcione si tú estás aquí y yo no. Además, toda la historia que compartimos es… dolorosa.

—No fue todo malo, ¿verdad? ¿Lo que compartimos? —Mi voz es áspera, mi garganta en carne viva por contener las lágrimas que quieren salir.

—No —niega con la cabeza, dudando solo un momento antes de continuar—, pero gran parte sí.

Me pongo de pie, como si no tuviera control sobre mí, y salgo furiosa de la cocina, molesta de que haya dicho algo así, molesta porque sé, en el fondo, que lo que dice es la verdad. Nuestra relación estaba llena de porquería, la mayor parte por mi culpa. Le oculté demasiadas cosas, como mis sentimientos.

¿Qué diría si descubriera que es la única persona con la que he estado sexualmente? Hubo algunos chicos de vez en vez cuando era más joven, antes de estar completamente perdida por Spencer, antes de que me obligaran a casarme con Earl. Spencer es el único chico al que he amado. Aún lo amo, pero no podría admitirlo frente a él, especialmente ahora, pues se reiría en mi cara.

Salgo porque no sé qué más hacer y él me sigue. Por supuesto que me sigue. Estoy apoyada en el barandal de la terraza, el aire frío me cala hasta los huesos y, de repente, no siento más que calor contra mi espalda. Unos brazos fuertes me rodean por el medio y me inclino hacia él como si no pudiera evitarlo, porque así es.

—Soy un imbécil —murmura contra mi sien antes de besarla.

—Pero sincero —admito.

Me relajo contra él y juro que siento su pene presionando contra mi nalga.

—Ya no sé qué hacer.

Yo tampoco, pero no puedo admitirlo en voz alta; cuando no hablo, creo que él entiende que siento lo mismo.

Su mano se cuela por delante de mi bata, bajo la tela, y encuentra mi pecho desnudo. Lo acaricia y su pulgar roza lentamente mi pezón. Cierro los ojos, saboreando el tacto, dándome cuenta de que es muy probable que sea la última vez que experimente esto con Spencer.

—Me frustras —admite murmurando contra mi mejilla—, pero nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti, Sylvie.

Froto mi trasero contra su erección, haciéndolo gemir, y su contacto en mis pechos se hace más fuerte. Ahora me agarra con las dos manos y me abre la bata, exponiendo la parte superior de mi cuerpo al aire fresco. Jadeo de la impresión, chillo cuando me da la vuelta en sus brazos, un gemido grave suena en lo más profundo de mi garganta cuando se inclina y su boca caliente busca y encuentra mi pezón.

Chupa y lame, y yo lo aprieto contra mí, con mis dedos enredados en su pelo y la mirada fija en su boca atareada. Mi respiración ya está agitada, me hormiguea todo el cuerpo y cuando

desliza la mano por la tela abierta de mi bata, sus dedos juguetean y me hacen cosquillas en el interior del muslo. Entonces abro las piernas, ansiosa de él.

Su asalto a mi pecho continúa mientras sus dedos empiezan a acariciarme. Me tiemblan las piernas cuando me mete un dedo. Y luego otro. Me coge con los dedos en la terraza, arruinándome este espacio para siempre porque siempre pensaré en este momento, me digo mientras inclino la cabeza hacia atrás y mi mirada se fija en las secuoyas que se elevan sobre nosotros. Podría vivir aquí el resto de mi vida, y el recuerdo de Spencer y yo aquí, en la terraza, dejando que me tome, seguirá en mi memoria.

Me dejo llevar cuando engancha sus manos bajo mis muslos y me levanta. Enrosco las piernas alrededor de sus caderas y lo ayudo a bajarse los pants para que se libere su duro pene. Cuando me aprieta contra el barandal, se me clavan astillas en las nalgas desnudas, lo que me hace estremecer. El dolor se olvida inmediatamente cuando se desliza dentro de mí, llenándome.

Le rodeo los hombros con los brazos, aferrándome con todas mis fuerzas mientras me coge brutalmente. Hace tiempo que olvidamos el aire frío gracias al calor que crean nuestros cuerpos, su pene deslizándose dentro y fuera de mí hace que Spence gruña con cada embestida. Cierro los ojos cuando me arranca la bata del cuerpo y estoy completamente desnuda, una ofrenda a la naturaleza, una ofrenda a la bestia que lleva dentro.

Me coge y me coge como si pudiera hacerlo eternamente. Su pene roza un punto en lo más profundo de mi ser que me hace ver las estrellas. Le muerdo el lóbulo de la oreja, silbando cuando llega a ese punto, y aprieto con fuerza mis paredes internas, estrangulando su pene.

—Dios —gime, sus manos se mueven, sus dedos se deslizan por mis nalgas, acariciando la división—, te extrañé tanto, Syl. Me voy a venir si sigues así.

Lo hago de nuevo, aplastando mis senos contra su pecho, queriendo que me sienta, que sepa que soy yo y nadie más. Sus

dedos descienden hasta rozarme la piel estriada del ano y separo los labios en un grito silencioso, con la vagina apretándolo con fuerza.

—¿Te gusta? —La punta de su dedo se desliza apenas dentro y yo jadeo, quedándome completamente inmóvil, mientras lo hace. El único movimiento es el palpitar de su pene—. Te cogería por aquí si me dejaras.

—Te dejaría —digo sin vacilar, levantando la cadera mientras intento cabalgar su pene por mi cuenta. Pero mi posición lo hace difícil y él me ayuda, moviéndome arriba y abajo. Dios, se siente tan bien.

Siempre es así con Spence. Él me entiende. Conoce mi cuerpo y lo que me gusta. No tengo que preocuparme o sentirme cohibida cuando estoy con él.

—¿Vas a venirte? —me susurra al oído, su dedo dentro de mi ano, su pene deslizándose más adentro de mi vagina—. Estoy cerca.

Giro la cabeza, mi boca se apoya en la fuerte columna de su garganta mientras respiro su olor.

—Yo también.

En unos minutos, estoy temblando, apretándolo, arrancándole el orgasmo. Se viene con un grito, con la cara en mi pelo, su dedo deslizándose fuera de mi ano mientras me apoya contra el barandal. No percibo las astillas, los arañazos, no percibo nada más que la sensación de su semen en mi interior y el pavor que me consume al darme cuenta.

No tomo anticonceptivos. No he tomado en mucho tiempo. Él no usó condón.

—Suéltame. —Le golpeo los hombros y él se echa hacia atrás, estudiándome con el ceño fruncido—. Bájame.

Él hace lo que le pido y yo salgo disparada hacia la casa, con el semen cubriéndome los muslos. En unos segundos estoy en el baño, abro la regadera y me sumerjo en el chorro de agua en cuanto está lo bastante caliente. Mis dedos sacan todo el semen que pueden, pero sé que no es suficiente. Sé que lo que hago es inútil.

La puerta del baño se abre y aparece Spence. Se mete dentro, completamente desnudo, me empuja lejos del agua para que le

caiga a él, y yo frunzo el ceño.

—¿Qué haces? —Se pasa los dedos por el pelo húmedo, con voz calmada. Todo lo contrario de lo que yo siento.

El pánico aún me recorre el cuerpo, mi mente calcula el último día de mi menstruación. Uso una de esas aplicaciones para llevar la cuenta, aunque últimamente las redes sociales nos dicen que no lo hagamos. No es que me importe, tomando en cuenta que me deshice de mi *smart phone* antes de irme y tengo un teléfono plegable barato en su lugar.

Creo seriamente que estoy ovulando ahora mismo, lo que sería… un gran error. No hay manera de que pueda ser madre. Ni siquiera puedo cuidarme a mí misma, mucho menos a un bebé indefenso. ¿Y si soy como mi madre? ¿Y si soy horrible y controladora y al final quiero hacerle daño a mi hijo, por la atención que me dará?

Aprieto la frente contra la pared de azulejos y cierro los ojos. Apenas puedo soportar la idea.

—¿Syl? —Una mano cálida me acaricia el hombro, volviéndome hacia él, y abro los ojos para encontrarme con su mirada—. ¿Estás bien?

Niego lentamente la cabeza, dejando por fin escapar las lágrimas que he estado conteniendo toda la mañana. He llorado más desde que apareció Spence que en mucho tiempo. Creo que ni siquiera lloré tanto cuando se murió mi marido. Considerando que Earl está muerto por mi causa, uno pensaría que habría derramado más lágrimas por pura culpa.

DIECISIETE

Spencer

Es difícil dejar a una mujer que llora, así que no lo hago. Después de cogérmela en la terraza y perseguirla hasta el baño, Sylvie no ha dejado de llorar. Ahora estamos acostados en su cama, ella entre mis brazos, su cara apoyada en mi pecho desnudo y su pierna sobre las mías. Ella también está desnuda, con la piel y el pelo aún húmedos por el baño. Mi pecho está aún más húmedo gracias a sus lágrimas.

No sé qué hacer ni qué decir, así que intento consolarla lo mejor que puedo. Abrazándola y guardando silencio. Hemos hecho esto muchas veces a lo largo de los años, y estoy acostumbrado. Me gustaría que alguna vez pasemos tiempo juntos sin que Sylvie derrame una lágrima. Jesús.

—Perdón —dice por fin, levantándose de mi pecho para poder mirarme a los ojos. Los suyos aún están llorosos y enrojecidos, sus labios hinchados, y a pesar de eso, sigue estando hermosa, incluso más.

Aquí es donde me confieso a mí mismo que siempre me ha fascinado la Sylvie triste. ¿Qué dice eso de mí?

—No pasa nada. —Le paso la mano por un lado de la cabeza, mis dedos se enredan brevemente en su pelo húmedo antes de apartarme—. Lo arruiné.

Me refiero a haber tenido sexo sin condón. Fue una estupidez. Nuestra relación no está ni cerca de ser estable. ¿Y si la dejo embarazada? Sería un gran error. Enorme.

Incluso su risa es triste.

—Sí. Pero yo también lo arruiné.

—No fue mi intención.

—¿No querías tener sexo? ¿O no querías olvidar el condón?

—Las dos cosas —admito con sinceridad.

El dolor se percibe en su mirada, y me siento como una mierda.

—No tomo ningún tipo de anticonceptivo.

Claro que no.

—Me lo imaginé.

Por eso se asustó e intentó lavarse el semen. Estoy seguro de que consiguió sacar un poco de esperma, pero, por favor. Me vine dentro de ella, profundamente dentro de ella.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al recordarlo. Por otro lado, se sintió muy bien, piel con piel, sin el preservativo de barrera. Ni siquiera pensé en ponerme un condón, solo estaba viviendo el momento, disfrutando. Ahora hay consecuencias en las que ni siquiera quiero pensar.

—¿Y si pasa algo? —Su voz es vacilante, un poco temblorosa.

—¿Si quedas embarazada? —aclaro.

Ella asiente, apretando los labios.

—Nos ocuparemos de eso entonces. —Miro al techo, con los pensamientos a la deriva. Estoy cansado. El sexo siempre me da sueño.

—Abortaría —dice sin dudar.

La alarma me sacude, haciendo que me aparte de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije. No puedo ser madre. Primero, soy demasiado joven. Segundo, ¿y si acabo siendo igual que… ella? —Susurra la última palabra, refiriéndose a su madre.

—No te pareces en nada —respondo con rapidez.

—Soy exactamente igual a ella —contradice con una mirada que expresa «ay, por favor»—. Soy manipuladora y exigente, egoísta, vanidosa. Tengo todas características indeseables, por eso nunca podré ser madre. Le haré a mi hijo todo lo que ella me ha hecho a mí. Tal vez incluso peor.

Son su pánico y preocupación hablando. Ha pasado por mucho dolor, nunca le haría eso a su hijo. No creo que Sylvie pudiera hacer algo así.

—Nunca lo harías. —La jalo del brazo, atrayéndola hacia mí, y ella se deja, pero entierra la cara contra mi hombro, como si no pudiera mirarme—. Te conozco, Syl. No tienes ni un hueso de maldad.

Ella levanta la cabeza con una mirada incrédula.

—Eso no es cierto y lo sabes. Soy horrible, cruel. Siempre decías que parecía un ángel, pero que era el diablo disfrazado, o un ángel caído. No sé qué es peor. Seguro que son lo mismo.

—Solo lo decía para molestarte…

—No. —Niega con la cabeza—. No te molestes en discutir conmigo. Es verdad, mi alma es oscura, igual que mis alas. Ese disfraz de Halloween era la representación perfecta de lo que soy.

—Lo usaste cuando tenías dieciséis años. Tú no eres así…

—Para. —Su voz es firme y me hace callar—. No me justifiques cuando tú mismo me has dicho esas cosas antes.

Nos quedamos callados un momento, analizándonos uno al otro. Los recuerdos revolotean por mi mente, uno tras otro, y estoy seguro de que a ella le pasa lo mismo.

—Estás entrando en pánico. —Tomo su cara y la obligo a mirarme —. No vas a quedar embarazada.

—Necesito la píldora de emergencia —susurra, con voz suplicante —. ¡Dios, por qué esta casa tiene que estar tan lejos de la civilización!

—No vas a tener un bebé. Solo estás en *shock.*

—Con razón.

Cierto. Y, a veces, no se puede razonar con ella.

—De todas formas, no me gustaría que tomaras la píldora de emergencia —murmuro, soltándola un poco para recorrer su suave mejilla con los dedos.

—¿Por qué carajos no?

—¿Si hiciéramos un bebé? ¿Tú y yo? —No puedo soportar la idea de que ella destruya lo único bueno que podría salir de esta unión.

—Estás siendo machista. —Aparta mis manos de su cuerpo antes de levantarse de la cama—. Quieres plantar tu semilla en todas las mujeres que desees.

—¿Plantar mi semilla? —Empiezo a reírme, observando cómo atraviesa el cuarto hasta la cómoda que hay del otro lado, con sus nalgas perfectas a la vista. Definitivamente ha subido de peso desde la última vez que estuve con ella, y le sienta muy bien—. ¿En todas las mujeres?

Abre un cajón y saca unas bragas transparentes con encaje.

—Estoy segura de que hay muchas mujeres que has deseado a lo largo de los años.

No fui un santo durante los casi tres años que pasé sin ella, no puedo mentir. Pero tampoco necesitamos discutir eso.

—No quiero plantar mi semilla en ninguna mujer.

Solo en ella.

Las tres palabras no pronunciadas resuenan en toda la habitación, pero ella finge no oírlas. Está demasiado concentrada intentando ponerse las bragas, subiéndoselas por sus delgados muslos, cubriendo su deliciosa vulva.

Mi pene se agita e inmediatamente vuelvo a desearla.

—¿Todavía quieres volver a empezar conmigo? —Voltea hacia la cama, con las manos en la cadera, vestida con las ligeras bragas blancas y nada más. Su pelo se está secando en un alboroto rubio alrededor de su cabeza y su piel está literalmente resplandeciente, lo juro. Es la viva imagen de la salud. Preciosa.

Sexy.

Toda mía si así lo quiero.

Me siento, jalando el edredón sobre mí para cubrir mi creciente pene.

—Creo que estamos demasiado lejos para empezar de nuevo.

—Te lo dije. —Levanta las manos—. Ir y venir es una molestia.

—Estoy de acuerdo.

—Yo no quiero volver a Nueva York.

Suspiro y me froto la nuca.

—Ya sabía que dirías eso.

—Pero volvería a Nueva York si eso significara que estemos juntos de verdad. —Se muerde el labio. Parece tan asustada que lo único que quiero es consolarla.

Me sorprende su confesión. Es algo enorme para ella. Sylvie no hace sacrificios por cualquiera.

—¿Lo harías por mí? —Mi voz es suave, como si estuviera tratando con un animal salvaje y me preocupara que saliera corriendo si digo algo equivocado.

Ella asiente, con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

—Si todavía me aceptas.

Si todavía la acepto. Qué gracioso. Ella es lo único que siempre quise.

—Necesito que me escuches. —Mi tono se vuelve feroz, sincero. Lo seré con ella ahora mismo, y espero que no me salga el tiro por la culata—. Llevo tanto tiempo enamorado de ti que no sé cómo parar. Haré lo que sea necesario para que esto funcione, incluso darte otra oportunidad, a pesar de cómo me destrozaste la última vez que estuvimos juntos. Debería haberte mandado al diablo entonces y desterrarte de mi vida, pero es como si no pudiera, y tú lo sabes. Verte en la boda de Whit me desconcertó. Estabas tan hermosa, tan vulnerable y abierta. Todos mis viejos sentimientos volvieron. Probablemente no debería haber venido por ti ahora, pero no puedo evitarlo. No puedo detener lo que siento por ti. Y creo que tú sientes lo mismo.

Me mira fijamente, hasta el punto de que me resulta difícil devolverle la mirada, y bajo la mía, concentrándome en sus senos perfectos. Sus pezones rosados están erectos, tentadores. Estoy nervioso, temiendo lo que pueda responder porque, por primera vez en mi vida, le dije a Sylvie lo que realmente siento por ella, y creo que me va a mandar a la mierda.

Supongo que me lo merezco, pero ella también.

—Estoy cansado de las vueltas que nos damos Syl —admito en voz baja—. Estoy cansado de este ciclo interminable que parece que no podemos romper.

Ahora es el momento de romperlo o intentamos que esto funcione o nos alejamos el uno del otro para siempre.

—¿De verdad me amas? —me pregunta en voz baja.

Entre todo, sería la única cosa en la que se enfocaría. Está hambrienta de amor, siempre lo ha estado. Todos los Lancaster lo están.

—Nunca he dejado de amarte.

A pesar de que le digo que la amo, sigue pareciendo… preocupada. Insegura.

—Para empezar, no sabía que me amabas.

—No recuerdo haberte dicho nunca cómo me sentía. Asumí que simplemente… lo sabías.

Pone los ojos en blanco, el descaro vuelve con toda su fuerza.

—Típico de Spence.

—Típico de Syl —le respondo antes de echar a un lado el edredón, dejando al descubierto mi pene erecto—. Ven aquí.

Palmeo el lugar vacío a mi lado.

Es precavida, pero su mirada se fija en mi erección y se acerca lentamente a la cama. Cuando está a mi alcance, la tomo de la mano y la tiro sobre el colchón, haciéndola gritar un poco. Me pongo encima de ella, con la cara pegada a la suya, y ella abre las piernas para que me acomode entre ellas.

—Si tengo que quedarme aquí contigo las próximas semanas, lo haré —le digo, dándole un beso cuando intenta hablar—. No me apartaré de tu lado hasta que sepamos con seguridad si estás embarazada o no.

Frunce el ceño.

—¿Qué eres, un cavernícola? Eso es arcaico, Spence.

—No me importa. Si tengo que encerrarte en una habitación los próximos nueve putos meses, lo haré. Si estás embarazada, ese bebé es tan mío como tuyo.

—Pero soy yo quien tendrá que gestarlo —me recuerda.

—Estaré a tu lado en todo momento.

Hace una mueca.

—Ni siquiera me gustan los bebés.

—A mí tampoco me gustan mucho.

Sylvie hace un ruido de desesperación.

—Entonces, ¿para qué vamos a tener uno?

—Porque nos gustaría el nuestro. Incluso puede que nos encante. Ella. Él.

Abre los ojos de par en par. No estoy diciendo lo que quiere oír.

—Voy a engordar.

—Siempre has sido demasiado delgada. —Bajo la mano por su costado y la poso en la suave curva de su cadera—. Aunque ahora definitivamente no eres demasiado delgada.

—Me convertiré en una bruja furiosa.

—Ya lo eres. —La beso de nuevo antes de que se enoje demasiado, mi lengua busca y encuentra la suya antes de separarme —. Tendrías que volver a Nueva York conmigo.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—No sé si pueda.

—¿Cómo que no sabes? —Empujo mi cadera contra la suya, mi pene se hunde solo un poco dentro de ella—. Acabas de decir que lo harías por mí.

—Tengo miedo. —Sacude la cabeza más rápido, su pelo roza la almohada—. Ella va a estar ahí. Se enterará de que volví y querrá verme.

Su maldita madre lo arruina todo.

—Yo te protegeré, pase lo que pase. No dejaré que se te acerque.

—No puedes vigilarme todo el tiempo. —Ella se arquea contra mí, recibiendo mi pene más profundo, ambos gemimos cuando me hundo dentro de ella.

—Mírame —murmuro antes de recorrer con mis labios su elegante cuello, lamiendo el punto donde su pulso late erráticamente —. Haré lo que sea para proteger lo que es mío.

Nos quedamos callados un momento, moviéndonos y balanceándonos. ¿Cogiendo sin hacerlo realmente? No sé cómo describirlo, pero se siente fenomenal.

—No sé. —Ondula debajo de mí, su cuerpo se enciende, responde al mío. Muevo mi cadera, sumergiéndome más profundo, justo antes de retirarme—. Quizá vaya contigo.

Hago una pausa, mirándola fijamente a los ojos.

—Vendrás.

Apoya su mano en mi mejilla, la sinceridad brilla en sus resplandecientes ojos azules.

—Tienes razón. Haría cualquier cosa por tener otra oportunidad contigo. Incluso volver a Nueva York y enfrentarme a todos mis demonios. Como a mi madre.

Presiono la frente contra la suya, empujando profundamente y saliendo casi hasta el final antes de empujar de nuevo.

—Yo te cuido. No te preocupes por ella.

—Para ti es fácil decirlo. —Me pasa las manos por los hombros y echa la cabeza hacia atrás, sus ojos se cierran lentamente—. Dios, qué bien se siente. Sigue haciendo lo que estás haciendo.

El ritmo es constante. Adentro y afuera. Adelante y atrás dentro de su calor húmedo y succionador. Tiene la vulva más apretada y dulce del mundo y soy adicto a ella. A Syl.

No me canso.

Sin previo aviso, salgo de ella y se queja, con confusión en su hermoso rostro. Ignoro sus protestas, la agarro por la cadera y le doy la vuelta para que se ponga boca abajo.

—Ponte en cuatro, Syl —le ordeno.

No lo duda y se coloca en posición, meneando las nalgas hacia mí, con su vulva rosada reluciente. Me acomodo sobre ella de rodillas, agarrándola por la cadera con una mano y metiéndole un dedo hasta el fondo con la otra.

—Oh. —El sonido sale de sus labios cuando añado otro dedo, sin apartar la mirada mientras los meto y los saco de su vagina. Mis dedos están cubiertos de sus jugos y los saco, pasándolos suavemente por la piel rugosa de su ano.

Un gemido sale de sus labios y vuelvo a ponerla a prueba, deslizando la punta de un dedo en su interior. Se pone rígida y se queda completamente inmóvil, con la respiración agitada. Mi dedo se hunde más, solo un centímetro más o menos, y ella separa más las rodillas, empujándose contra mi contacto, hundiéndome un poco más profundo.

—¡Oh, Dios… mío! —exclama apretando los dientes mientras muevo mi dedo solo apenas, dentro y fuera de su ano—. Eso se siente… increíble.

—A punto de sentirse aún mejor —digo antes de guiar mi pene dentro de su acogedora vagina.

Empujo con fuerza, una y otra vez. Mis dedos salen de su ano cuando siento la necesidad de agarrar sus caderas con fuerza para mantenerla en posición. Gime con cada embestida, sus dedos arañan las sábanas como si estuviera completamente fuera de control. La penetro con fuerza, concentrándome en el ritmo, viendo mi pene deslizarse dentro de ella, una y otra vez, y eso es todo lo que se necesita.

Me vengo. Muy fuerte, tan fuerte que mi visión se vuelve borrosa mientras los estremecimientos se apoderan de mí. Sus paredes internas me estrangulan, me arrancan el orgasmo y su nombre me hace gemir.

Puta madre.

Cuando terminamos, nos desplomamos sobre el colchón, y ella se arrastra hasta mis brazos, acurruca su cabeza bajo mi barbilla y su suave cabello me roza la mandíbula.

—A veces me preocupa morir. Me siento tan bien estando contigo —admite, con una voz tan suave que casi no la oigo.

Le paso el brazo por los hombros y aprieto los labios contra su frente.

—Nunca vas a morir bajo mi protección.

Me acaricia el pecho, su leve tacto hace que se me erice la piel.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

DIECIOCHO

Sylvie

EL PASADO

Mi hermano trajo a la casa un regalo de Navidad especial para mí, aunque él no tenía ni idea. Cuando vi por primera vez al chico moreno que entró con él a la cavernosa mansión en la que hemos pasado todas las Navidades desde que tengo uso de razón, me quedé sin aire.

Era su mejor amigo, Spencer, según nos anunció. Con catorce años es increíblemente alto, con las mejillas sonrojadas y *brackets*, lleva las manos en los bolsillos, tratando de hacerse el indiferente, aunque pude ver la forma en que inclina la cabeza hacia atrás, observando la monstruosidad que es nuestra casa, que ha sido de la familia Lancaster durante generaciones. Está impresionado. ¿Y quién no? La riqueza de nuestra familia no tiene parangón que yo conozca: somos realmente el uno por ciento más adinerado.

Whit nos presentó y todo lo que pude ofrecer fue un suave hola y un torpe saludo con la mano, que hizo sonreír a Spencer. Inmediatamente quise volver a ver esa sonrisa.

El primer par de días los seguí sistemáticamente, espiando a mi hermano y a su amigo siempre que podía. Sin nadie con quien pasar el tiempo, me sentía aburrida; Carolina participaba en la producción anual de *El cascanueces* en la academia de danza a la que asiste, y nunca la vimos. Típico.

A los dos días de la estancia de Spencer, Whit me advirtió que los dejara en paz. Me descubrió espiándolos en uno de los pasillos y me llevó a mi habitación, cerrando la puerta para que Spencer no presenciara la reprimenda.

—Aléjate de nosotros, carajo —gruñó mi hermano, mirándome con sus ojos iracundos y el dedo apuntándome a la cara.

Llevaba un tiempo enojado. Al menos el último año, y no entendía por qué.

—Estoy aburrida —me quejé—, y tu amigo parece simpático.

—Te odia —respondió Whit, haciéndome estremecer—. Me lo dijo.

—¿En voz alta? —Me costaba creerlo. ¿Cómo podía odiarme un chico que ni siquiera me conocía?

—No le interesan las niñitas —se burló Whit—. Apenas tienes trece años, Sylvie. Deja de desearlo.

Esas palabras me dolieron tanto que inmediatamente dejé de seguirlos, de espiarlos. Así era mi hermano: sabía qué decir para herirte profundamente. Sus palabras eran duras y cada vez serían peor.

Dos días antes de Navidad, Spencer me encontró sentada en la biblioteca que daba al extenso jardín. Estaba en el sillón de terciopelo azul oscuro junto al árbol de Navidad que se alzaba en la ventana, magnífico con sus centelleantes luces blancas y la cinta plateada enhebrada entre las frondosas ramas. Era uno de los únicos árboles de Navidad de verdad que había en la casa y, por lo tanto, era mi favorito. Además, nadie entraba aquí y hacerlo era una forma de alejarme del comportamiento sofocante de mi madre, al menos por un tiempo.

—¿Por qué estás aquí sola?

Me sobresaltó oír una voz desconocida y, al mirar por encima del hombro, vi a Spencer de pie en la puerta abierta de la biblioteca, con el ceño fruncido por… ¿confusión?, ¿preocupación? Ni siquiera me conoce y supuestamente no le caigo bien. Recordarlo me hiere, hace que me duela el pecho, y vuelvo a centrarme en el árbol, sin mirar a Spence.

—Vete.

Está claro que no me escucha porque entra en la habitación hasta situarse al otro lado del árbol, con la mirada clavada en mí. Lo siento y quiero retorcerme donde estoy sentada, pero mi madre me educó como una dama y por eso no me muevo ni un milímetro.

—¿Por qué son tan malos los Lancaster?

Mi mirada se desvía hacia la suya, preguntándome si se está burlando de mí, pero veo seriedad en su mirada y me doy cuenta de que es una pregunta sincera.

—No te caigo bien —sueno tan infantil. Ojalá nunca hubiera dicho eso.

—¿Quién te dijo eso? —Antes de que pueda responder, Spencer contesta su propia pregunta—. Whit.

Asiento, acurrucándome más en el mullido sillón. Doblo las piernas, acercándolas al pecho mientras lo contemplo.

—No era mi intención seguirlos así. Solo quería pasar tiempo con ustedes.

—Deberías haberlo dicho. Yo te habría dejado. —Se encoge de hombros y, como la niña codiciosa que soy, dejo que mi mirada se pasee por él, devorándolo. El anhelo que siento de repente en lo más profundo de mí no se parece a nada que haya experimentado antes, y se me ocurre que lo quiero, todo para mí.

—Yo nunca dije que no me cayeras bien —aclara Spencer y su voz interrumpe mis pensamientos—. Creo que estabas molestando a Whit.

—Todo molesta a Whit —murmuro, incapaz de contenerme.

Spence sonríe.

—Ya me di cuenta.

—¿Por qué lo soportas? —Tengo curiosidad. Nosotros tenemos que aguantar a Whit porque es de la familia, pero ¿por qué hay gente que elige pasar tiempo con él?

—Es un buen amigo. Leal, divertido, y tiene acceso a muy buena hierba.

Spencer se ríe de mi expresión de asombro.

—¿Qué? Es verdad.

—¿Fumas hierba? —Mi voz es áspera. Estoy sorprendida. He bebido uno que otro trago de alcohol, pero nunca me he drogado. Por supuesto, voy a un colegio privado para chicas muy protegido, así que no estamos expuestas a muchas cosas, aunque este es mi

último año. Una vez que termine la secundaria iré a Preparatoria Lancaster, donde estudia Whit.

Y Spence.

Nunca antes me entusiasmó ir a la prepa, pero ahora… sí, totalmente.

—Sí. —Spencer inclina la cabeza hacia mí—. ¿Y tú?

Niego furiosamente con la cabeza y me mareo.

—Nunca.

—¿Quieres?

—¿Contigo? —Lo miro boquiabierta—. ¿Dónde está mi hermano?

—Hablando con tu padre. Se pelearon hace un rato y quién sabe cuánto vaya a durar esa discusión. —Spencer mira rápidamente por encima del hombro antes de meterse la mano en el bolsillo delantero de los jeans y sacar una bolsita—. ¿Conoces algún lugar donde podamos fumar esto?

Así fue como tuve mi primera experiencia fumando hierba con Spencer Donato.

Lo conduzco hacia el cobertizo del jardín que nadie usa en invierno. Entramos en la pequeña y oscura cabaña, nuestras miradas se adaptan a la tenue luz, y me apoyo contra la pared, observando con absoluta fascinación cómo Spencer utiliza la mesa de las macetas para colocar su parafernalia. Tiene la bolsita de hierba y una pipa de cristal que es realmente preciosa; un remolino de varios colores con una forma delicada. Llena la punta con la marihuana, saca un encendedor de su bolsillo y lo enciende antes de inhalar lenta y profundamente.

—Tienes que retenerlo en los pulmones durante un minuto si quieres sentirlo —dice con voz tensa antes de exhalar todo el humo en mi dirección, haciéndome arrugar la nariz.

—Tal vez no quiero sentirlo.

—Creo que sí —da otra fumada, pero esta vez no aguanta tanto —, por eso viniste aquí conmigo.

—Creo que querías que viniera porque así puedes volver a la escuela y presumirles a todos tus amigos que drogaste a Sylvie Lancaster por primera vez.

Se ríe entre dientes.

—Nadie sabe quién eres.

Me ofende su comentario, pero probablemente tenga razón. ¿Por qué me conocerían? Solo soy la hermana menor de Whit Lancaster.

—Ven —me ofrece la pipa—, fuma.

Doy unos pasos cautelosos hacia él, manteniendo la distancia mientras lo observo preparar la pipa para mí.

—No sé…

—Solo no inhales tan profundo como yo.

El pánico me recorre las venas. Pienso en mi madre, en mis problemas de salud. Me he sentido bien desde que llegué a casa para las vacaciones de invierno. Mi mamá ha estado ocupada con los preparativos de las vacaciones, dándome una libertad muy apreciada, y es raro que cuando no estoy tanto con ella, me siento mejor.

A veces pienso que mi madre me deprime. Su humor, su consumo de alcohol, que ha aumentado últimamente. Se queja mucho de mi papá, creo que tienen problemas.

—No tengo los mejores pulmones —admito, notando la mirada de molestia de Spencer. Ha de pensar que soy muy chica y que me da miedo. Y si ese es el caso, tiene razón; tengo miedo.

—¿Qué tal si fumas de segunda mano? —Levanta una ceja.

—¿Qué es eso?

—Yo inhalo y luego exhalo el humo en tu boca —explica—. Es como lo máximo de drogarse por contacto.

Todo mi cuerpo se estremece al pensar en la boca de Spencer cerca de la mía. ¿Está hablando en serio?

—No sé…

—Lo haré con calma la primera vez. —Inclina la cabeza a un lado, sus labios se curvan en una ligera sonrisa—. Anda

Avanzo como en trance, sorprendida cuando me toma de la mano y me jala para acercarme. El contacto piel con piel hace que la electricidad corra por mis venas, haciéndome temblar, y cuando me suelta, aún puedo sentir su tacto, como si lo hubiera grabado en mí.

—¿Qué hago? —pregunto nerviosa.

—Quédate donde estás. Después de que inhale, abre la boca e inhala también. ¿Lista?

Asiento en silencio, con el corazón latiéndome tan fuerte que temo que me pase algo. Le da una fumada a la pipa, cierra los labios de golpe y yo me muevo hacia delante por instinto, separando los labios justo cuando él se inclina hacia mí, abre la boca y deja que el humo fluya de él hacia mí.

Inhalo suavemente, mis pulmones cosquillean, mi mirada está clavada en sus labios, son perfectos, igual de carnosos arriba y abajo y me pregunto qué se sentiría besarlo.

—No estaba lo suficientemente cerca —dice cuando terminamos —, pero ¿lo sentiste?

—Sí. —No estoy segura de si es la marihuana o es él, pero me siento mareada. Un poco temblorosa.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

—Sí —repito sin dudar, haciéndolo reír.

No parece que se ría de mí, quizá me considera graciosa. Tal vez siendo demasiada ansiedad. Tal vez debería ser más fría, pero no quiero.

Repetimos el proceso, y esta vez me jala hacia él y nuestros labios se rozan cuando exhala en mi boca en el momento exacto en que yo inhalo. Esta vez tomo una bocanada que me hace toser y él parece complacido.

—Seguro lo sentirás —murmura, asintiendo—. ¿Una vez más?

—Bueno —acepto con debilidad, y no lo hago por la sensación que podría provocarme la hierba, no. Lo hago por la oportunidad de volver a rozar los labios de Spencer. Nunca he besado a un chico antes y esto es lo más cerca que he estado de uno; quiero más.

—¿O ya no quieres más y solo nos besamos un rato?

Parpadeo, sorprendida por sus palabras y por el repentino brillo en sus ojos que no estaba ahí antes. ¿Me lee la mente o qué?

—¿Qué acabas de decir?

—Ya sé que eres una chica bonita y rica y probablemente has besado a un montón de chicos, pero pensé en probar mi suerte. —Se encoge de hombros—. Si no te interesa, no pasa nada.

Empieza a retroceder y yo lo agarro de la manga, jalándolo hacia mí.

—Sí me interesa.

Su sonrisa es cálida y hace que el estómago se me retuerza.

—¿Por eso nos seguías a todas partes?

—Ya quisieras —respondo, canalizando a mi Whit interior, actuando con petulancia—. ¿Por eso sugeriste que fumáramos juntos?

—Solo quería fumar y te encontré en la biblioteca, así que tuviste suerte.

—¿Dices que es mi día de suerte porque puedo besarte en el cobertizo del jardín? —Levanto las cejas.

—Bueno, fue un poco sexy compartir el humo contigo. No te voy a mentir. —Se frota la nuca, un poco incómodo, lo cual es adorable —. Probablemente no debería hacer esto contigo, eres la hermana de mi mejor amigo.

—Puede ser nuestro secreto —susurro y poso la mirada en su boca perfecta—. No se lo diré a Whit si tú no se lo dices.

—Está bien —acepta de inmediato, y cuando me doy cuenta, ya estoy en brazos de Spencer. Me tiene contra la áspera pared de madera, está muy cerca de mí. Su cuerpo es cálido y firme, y al inclinar la cabeza hacia atrás, descubro que me mira. Cuando se agacha y su boca roza la mía…

Me derrito, hasta que no soy más que una sustancia viscosa, inutilizada por los labios perfectamente formados y la lengua movediza de Spencer. Sigo su ejemplo, sin saber qué hacer conmigo misma, con las manos o con el resto del cuerpo. Cuando por fin apoyo las palmas de las manos en su pecho, él profundiza el beso y su lengua me transmite todo tipo de sensaciones extrañas.

Cuando por fin se separa, rompiendo el beso primero, aprieto la nuca contra la pared, con los ojos todavía cerrados mientras intento recuperar el aliento. Noto que busca entre su ropa y me doy cuenta de que está buscando su teléfono. Lo oigo abrirlo y escucho el sonido inconfundible de sus dedos tecleando una respuesta y el ruido del envío.

—Whit me está buscando.

Abro los ojos y lo encuentro mirándome.

—Tengo que irme.

Incapaz de hablar, asiento lentamente. Me siento… rara. Y no creo que sea solo por los besos que compartimos.

Se ríe.

—¿Estás puesta, Syl?

Nadie me llama Syl. En realidad, no. Soy Sylvie. Solo Sylvie.

—Tal vez —respondo con voz débil.

—Deberíamos repetirlo. —Me besa, y el roce de labios es tan suave que casi podría imaginar que en realidad no sucedió—. ¿Mañana?

—Mañana es Nochebuena —protesto.

—Muy buena razón para hacerlo. Necesitaremos estar puestos para sobrevivir toda esa mierda familiar —murmura.

Frunzo el ceño, sus palabras me hacen formular una pregunta.

—¿Por qué no estás con tu familia en estas vacaciones?

—Prefieren irse de vacaciones solos e intentar arreglar su jodido matrimonio. —Se pasa una mano por la boca—. Lo siento. Es tosco, pero es la verdad.

—Creo que a mis padres tampoco les va bien —admito en voz baja.

—Tu hermano me dijo que probablemente se divorcien pronto. —Y con esa impactante declaración, Spencer se dirige a la puerta—. Espera unos minutos antes de volver a la casa.

—De acuerdo —respondo a su silueta que se aleja, pero no estoy segura de que haya oído mi respuesta. La puerta se cierra tras él en el momento en que las palabras salem de mi boca.

Pienso en lo que dijo durante todo el camino de vuelta a casa. Les doy vueltas a sus palabras una y otra vez en mi mente. El beso fue increíble, y sí, probablemente estoy un poco puesta gracias a las fumadas de segunda o como se llamen, pero no puedo dejar de pensar en la declaración que hizo sobre mis padres, en que se van a divorciar, según mi hermano.

No me entra en la cabeza. Peor aún, odio el miedo que me provoca; si mi madre ya no tiene que enfocarse en mi padre, eso significa que va a centrar toda su atención… en mí.

DIECINUEVE

Sylvie

Abro los ojos y me adapto lentamente a la oscuridad de la noche. Giro la cabeza y compruebo el despertador que dejó el anterior propietario. Todos los muebles de esta casa eran de ellos, y aunque no son de mi agrado, funcionan de momento.

Los números rojos de la pantalla del reloj marcan las 3:22 a. m.

Alargo la mano a ciegas y choco con un cuerpo sólido y cálido recostado a mi lado. Spencer. Tuvimos sexo antes de dormirnos y fue… muy bueno, como siempre.

—¿Por qué estás despierta? —murmura contra la almohada, con la voz amortiguada.

—Tuve un sueño. Más bien un recuerdo. —Dudo, preguntándome si debería decírselo.

—¿Sobre qué? —pregunta cuando permanezco en silencio.

—Sobre la primera vez que nos vimos.

Se da la vuelta y me atrae hacia él, nuestras pieles desnudas se encuentran. Está más caliente que yo, como un horno, y me acurruco cerca de él. Aprovecho este momento porque siempre tengo la sensación de que algo malo está por pasar. Odio esa sensación. ¿Por qué no puedo solo disfrutar el momento?

—Me arrastraste a ese cobertizo e hiciste lo que quisiste conmigo —dice contra mi sien.

Empujo su pecho desnudo, maravillada por lo firme que está.

—Yo era un año menor y fuiste tú quien me corrompió, drogándome por primera vez.

—Y después me besaste.

—No —niego con la cabeza—, fuiste tú quien sugirió que nos besáramos, no fue mi idea.

—Yo lo recuerdo diferente…

—No, te equivocas. Se me quedó grabado, dijiste antes que yo te arrastré a alguna parte para que pudiéramos besarnos, pero la primera vez fue completamente tu idea.

Se queda callado un momento, sus dedos suben y bajan por mi brazo, haciéndome sentir un cosquilleo en la piel. Esto es tan… agradable. Simplemente estar acostada con él en mi cama, hablando, compartiendo un momento sobre cualquier cosa.

—Tienes razón —dice finalmente—. Pero después de esa primera vez, todo fue tu idea.

Apoyo la cabeza en su pecho, escuchando por un momento el latido rítmico de su corazón antes de preguntar.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué?

—Drogarme y besarme.

—Te vi sentada junto al árbol y parecías tan… triste. Y aburrida. Aburrida hasta la médula. Quería enseñarte a relajarte.

—Solo tenías catorce años.

—Y tú solo tenías trece.

—¿De verdad querías enseñarme a relajarme?

Suspira.

—Bueno, quería que estuviéramos a solas y no sabía de qué otra forma hacerlo.

Me levanto sobre el codo para poder mirarlo fijamente, sorprendida.

—¿Eso querías?

Asiente, se acerca a mí y pasa los dedos por mi mejilla.

—La rubia Sylvie Lancaster. Me recordaste a una muñeca la primera vez que te vi.

—¿Una muñeca inflable?

Spencer se ríe.

—No, una de esas muñequitas bonitas que se guardan en una vitrina; se mira, pero no se toca. Eso es lo que pensé cuando te vi por primera vez. Puedo mirar, pero de ninguna manera puedo tocar. Whit me dijo que no podía.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Qué?

—Me advirtió sobre ti. Dijo que no podía acercarme a ti o que me cortaría las bolas. Me arriesgué de todos modos, y una vez que pasó, una vez que empezaste a perseguirme, supo que no había mucho que pudiera hacer al respecto.

Parpadeo repetidamente, intentando procesar lo que dice.

—Pero éramos tan chicos.

—Y yo estaba caliente. Todos los chicos de catorce años están calientes.

—Yo era una bebé.

—Una bebé con dulces senos y grandes ojos azules que estudiaba cada uno de mis movimientos. Éramos bebés juntos, Syl.

Pienso en esas vacaciones de invierno en las que Spencer se quedó las dos semanas enteras. La idea de fumar juntos solo ocurrió un par de veces. La tercera vez que nos encontramos en el pasillo vacío de un ala olvidada de la casa, me empujó hacia un rincón oscuro y su boca se posó en la mía con facilidad. Nos besamos durante horas, sin parar para respirar hasta que recibió otro mensaje de Whit preguntándole dónde estaba.

Recuerdo que le respondió que estaba enfermo del estómago y que casi vivía en el baño, lo cual era asqueroso, pero mantuvo a Whit lejos de nosotros. Al menos por un tiempo.

—Volviste a la prepa Lancaster y te olvidaste por completo de mí —le digo, con la voz quebradiza.

No supe nada de él durante el resto del año. Ni una palabra, aunque intercambiamos números de teléfono.

Imbécil.

—No me olvidé. Lo juro.

—¿Qué pasó? —Solo quiero oírselo decir.

—Tuve una novia —admite—. Pero tú ya lo sabías.

Lo sé. Solo me fascina castigarme.

—Era rubia. De ojos azules. —Me toca el pelo y enreda sus dedos él—. Y no besaba tan bien como tú.

—Por favor. —Pongo los ojos en blanco.

—Es verdad. —Me jala del pelo, manteniéndome en mi lugar—. Tú y yo encajábamos a la perfección.

—Todavía encajamos.

Spence me suelta y me acomodo, acostándome encima de él y aprieto la cara contra la suya. Noto cómo se tensa cada centímetro de su cuerpo, incluido su pene, y de repente vuelvo a desearlo. Bajo las caderas, arrastrando mi vulva contra su erección, y él apoya las manos en mis caderas, deteniéndome.

—Tengo que hacerte una pregunta. —Su voz es mortalmente seria—. Y no quiero que me distraigas con sexo cuando lo intente.

—Te distraigo con sexo antes de que lo intentes. —Me agacho, mis dedos buscan sus testículos y él me agarra de la muñeca.

—¿Qué pasó entre Earl y tú? ¿Por qué te casaste con él? ¿Te trataba bien? ¿Qué pasó cuando murió?

—Son cuatro preguntas —respondo, vagamente ofendida.

Ahí está la cosa aterradora que presentía en el horizonte, casi a mi alcance. Ahora está aquí, descansando entre nosotros, y no va a dejar que lo evada por más tiempo.

—Necesito información, Syl. Si realmente vamos a intentar hacer esto de estar juntos, tengo que saberlo… todo. —Su agarre se afloja, su pulgar acaricia el lugar donde mi pulso late rápidamente—. Me jodiste tanto cuando te casaste con él. Estaba destruido, carajo.

Su confesión me rompe el corazón. Spencer reprime la mayoría de sus sentimientos, no le gusta hablar de ellos, como a mí. Sin embargo, está siendo sincero y no puedo no corresponderle.

—Lo siento —susurro—. No quería lastimarte. Sé que lo que hice estuvo mal y fue egoísta. Solo quería una última oportunidad contigo, una última oportunidad para nosotros.

—Ya sabías que te ibas a casar con él cuando viniste a verme esa noche, ¿verdad? —Su voz es inexpresiva, pero está teñida de devastación, y Dios, sé que soy el peor ser humano vivo.

Me quedo callada un momento, la palabra se me atascan en la garganta antes de que por fin pueda hablar con voz ronca.

—Sí.

No me aparta y, agradecida, me aferro a él. Enrosco las manos alrededor de sus hombros y me acuesto encima, acompasando mi respiración a la suya, saboreando la sensación de su piel desnuda contra la mía. Se queda en silencio tanto tiempo que empiezo a pensar que ya está, que no va a decir nada más al respecto, pero me equivoco.

—Tu madre te obligó a casarte con él, ¿por qué?

—Ella no quería que estuviera contigo.

—¿Qué demonios, Syl? ¿Lo dices en serio? —Grita tan fuerte que, si estuviéramos afuera, mandaría a volar a una docena de pájaros de los árboles del susto.

—Quería que estuviera con alguien de su elección. Whit la mandó al diablo cuando se enamoró de Summer, y Carolina huyó a Londres para que nadie pudiera controlarla, salvo la danza. Entonces solo quedé yo, siempre yo. Hice lo que ella quería porque tenía miedo de contradecirla. —Siento que me estoy repitiendo—. Tú ya lo sabes.

—¿Cómo era tu matrimonio? ¿Te cogía?

Aprieto los labios y cierro los ojos, sabiendo que no me creerá.

—No.

—No mientas.

—No lo hizo.

—Claro. Solo estás tratando de no herir mis sentimientos. Bueno, escucha esto. Yo me he cogido a otras mujeres. He estado cogiendo con otras mujeres desde el momento en que te conocí. ¿Esa novia que tuve después de las vacaciones de invierno contigo en el primer año? Fue la primera. Me la cogí en mi dormitorio y también fui su primero. Se parecía a ti. Una vez la llamé Sylvie y se enojó tanto que rompió conmigo.

Me estremezco ante sus palabras, sé que solo quiere hacerme daño.

—Y me he cogido a muchas otras, así que puedes decirme la verdad. Puedo soportarlo —dice molesto.

Pero ¿puede? ¿De verdad?

—Nunca he cogido con nadie más. —Me levanto, para poder mirarlo fijamente a los ojos—. Solo contigo, Spence.

Sus manos encuentran mis caderas, presionan mi piel.

—Ay, por favor.

—Es verdad.

—¿Y ese imbécil que llevaste a la boda de Whit?

—¿Cliff?

—¿Cliff? —Imita mi voz, aguda y femenina, y yo casi me río, pero temo que eso lo haría enojar aún más—. Sí. Cliff. Parecía un imbécil pretencioso. Justo tu tipo.

—¿Te estás llamando a ti mismo imbécil pretencioso? Porque definitivamente eres mi tipo. —Giro la cadera, dejando que me sienta, y él inhala profundamente cuando rozo mi pelvis contra él.

—Ya sabes a qué me refiero. Ese tipo era muy territorial.

—Ese tipo es gay y tuvo un par de citas con Monty —respondo.

Spence se queda quieto, con las cejas fruncidas.

—¿En serio?

Asintiendo, me inclino, presionando mi boca en el costado de la mandíbula de Spencer.

—En serio.

Sigo besándolo a lo largo de la mandíbula, mientras Spence mira a lo lejos.

—Soy un idiota.

—Sí, lo eres —Le beso la barbilla.

—Siento haberte dicho toda esa mierda de que he estado con otras mujeres. Estaba exagerando.

El alivio hace que mi corazón se ilumine.

—Bien.

—Aunque no has respondido la pregunta más difícil de todas.

Hago una pausa en mi exploración de su cara con la boca.

—¿Cuál pregunta?

—¿Cómo era tu matrimonio con Earl? ¿Qué pasó cuando murió? ¿Cómo murió? Por lo que sé, nunca se dieron a conocer los detalles.

Mi corazón toca fondo y decido ignorarlo.

—¿No te puedo contestar mañana?

—No. —Desliza una mano hacia abajo, hasta que me acaricia las nalgas.

—Deja de intentar distraerme y respóndeme.

Está siendo exigente, y yo, como la niña buena que siempre he sido, automáticamente le respondo.

—Nuestro matrimonio no fue gran cosa. Llevábamos casados poco más de un año cuando murió.

—¿Y cómo murió exactamente?

Se me escapa un suspiro. Es difícil de explicar, sin ofrecer antes algunos detalles.

—Tenía una vida secreta —admito.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que dije. Earl Wainwright vivió una doble vida durante años, por eso lo dejó su primera esposa. Le pagó mucho dinero para que mantuviera la boca cerrada en el acuerdo de divorcio. Yo tuve que firmar un acuerdo de confidencialidad cuando descubrí su pequeño y sucio secreto. Intentó ocultármelo, pero, por supuesto, lo descubrí.

—¿Y qué rayos era? —Su tono está lleno de impaciencia, y lo odio. No quiero que se enoje conmigo. No quiero darle ninguna razón para que se vaya.

Suspiro y vuelvo a apoyar la cabeza sobre su pecho, con la mejilla pegada a su piel caliente.

—Le gustaban los niños.

—¿Qué? —Siento el cuerpo rígido de Spencer debajo de mí, y no en el buen sentido.

—Pequeños no, es la palabra equivocada. Le gustaban jóvenes, de dieciocho. A veces eran más jóvenes, aunque siempre juraba que preguntaba antes de intentar algo con ellos, pero créeme, no solía preguntar. —Se me escapa un suspiro y cierro los ojos—. Su primera mujer lo descubrió y quedó destrozada. Le dijo que tenía que cambiar o le pediría el divorcio, y él no podía cambiar. La engañó durante todo su matrimonio; no puedo culparla por divorciarse de él.

Spencer se queda callado un momento, digiriendo la información, sin duda.

—¿Entonces era gay?

—No le gustaba llamarse así, no quería el estigma que conllevaba, lo que siempre pensé que era una tontería. Pero él era de una generación diferente, ¿sabes? Habría sido la vergüenza de su familia, enterarse de que era gay. Pero era más que eso. No estaba interesado en tener una relación con un hombre de su edad. No quería ningún tipo de relación estable en absoluto, más allá de un falso matrimonio con una esposa bonita que pudiera ser su fachada. Lo que a Earl le gustaba era enrollarse con hombres que apenas tenían edad para votar. Tantos como podía.

—Oh.

—Sí, oh. —Levanto la cabeza, estudiando la cara de Spencer—. Cuando me enteré, me dijo que me había elegido porque sabía que tenía muchos amigos gays. Amigos gays jóvenes.

Spence hace una mueca.

—Te utilizó.

Asiento.

—Y yo se lo permití.

No dice nada, y al final vuelvo a apoyar la cabeza sobre su pecho, saboreando el silencio, repasando mentalmente mi relación con Earl. Lo amable que era. En realidad, no era tan malo. Le gustaban los hombres más jóvenes, pero ¿cuántos hombres de la edad de Earl sienten algo por mujeres más jóvenes y nadie pestañea?

No es justo. Es una doble moral total.

—¿Tu madre sabía todo esto? —pregunta Spencer de la nada.

—No —digo inmediatamente—. No lo habría emparejado conmigo si lo hubiera sabido.

—¿Estás segura?

Asiento, tratando de ignorar el malestar que me recorre.

—Cuando se enteró, se horrorizó. Estaba extremadamente arrepentida.

—¿Y cuándo se enteró?

—Después de que Earl murió. —Dudo antes de continuar—. Realmente se sintió mal. Pensaba que era un buen partido.

—Sigue pensando eso.

La irritación me recorre las venas e intento ignorarla.

—Fue culpa mía que muriera, sabes.

Spencer se queda completamente quieto debajo de mí y me doy cuenta de que lo conmocioné; qué bueno. Me parece que estaba siendo un poco superficial con el asunto.

—¿Por qué dices eso? —pregunta con recelo.

—Fui yo quien organizó la reunión con el tipo con el que estaba cuando… falleció. —Resoplo, luchando contra la ola de tristeza que quiere apoderarse de mí—. Soy la responsable de su muerte.

VEINTE

Spencer

—Oye. —Llevo la mano al costado de la cara de Sylvie, inclinándole la cabeza hacia atrás para que su mirada se encuentre con la mía—. No eres la responsable de su muerte. ¿Estabas ahí?

Niega lentamente con la cabeza, con sus grandes ojos azules llenos de tristeza, de arrepentimiento.

—No. Si hubiera estado, tal vez podría haberlo salvado.

—¿Qué demonios le pasó?

La expresión de Sylvie se vuelve adolorida.

—Fue muy raro.

Le acaricio la mejilla.

—Cuéntamelo.

—A Earl le gustaba… alguna mierda pervertida. Estaba en su departamento en el centro con un tipo, un amigo casual que conocí una vez en una fiesta. Era amigo de Cliff. —Le cuento sobre el tipo con el que dio por hecho que salía y que también es gay. Estaba tan celoso de él el día de la boda de Whit…

—En fin, estaban juntos, y Earl se puso un traje de látex color piel que lo cubría literalmente de pies a cabeza. Estaban haciendo… lo que fuera, y se cree que Earl empezó a tener un ataque de pánico. Esos trajes dan mucho calor y te cubren por todas partes. Seguro que se sentía limitado.

Se queda callada un momento y finalmente le anoto:

—Continúa.

—Perdón. Entonces, está en pánico y, según el tipo con el que estaba, él también entró en pánico. Intentó quitarle el traje a Earl, pero estaba sudando tanto, que le costaba mucho trabajo, y finalmente… Earl sufrió un paro cardiaco y murió.

—¿En serio?

—¿Crees que mentiría sobre eso? —Niega con la cabeza, mi mano se aparta de su cara—. Fue… demasiado. Para protegerlo, mantuvimos la historia en secreto; dijimos que estaba solo en el departamento y que había tenido un infarto. Todo el mundo nos creyó. Su equipo de abogados habló con los paramédicos que fueron los primeros en llegar y creo que incluso les pagaron para que no dijeran nada. Era un hombre de negocios muy importante, y los sitios de chismes y las páginas de sociedad habrían hecho su agosto hablando de la pervertida vida sexual de Earl Wainwright.

Tiene razón. Habrían salido titulares escandalosos por todas partes, discutiendo su muerte en un traje de látex. Se habría convertido en un espectáculo épico.

—¿Y sus hijos?

—No lo saben —admite—. También se los ocultamos. Eres la única persona a la que se lo he contado. Bueno, además de mi madre.

Probablemente no haya sido la mejor idea haberle dado a Sylvia Lancaster ese tipo de información. Conociéndola, lo usará contra Sylvie después de un tiempo.

Jalo a Sylvie hacia mí, me doy la vuelta para que ella esté boca arriba y yo de costado a su lado. Dios, es tan joven. Todo lo que quiero es protegerla de la mierda por la que ha pasado. Sobre todo por causa de su madre. ¿Qué demonios le pasa a esa mujer? ¿Por qué no deja en paz a Sylvie? ¿En nombre de que supuestamente la ama? ¡Qué mierda!

—Odio lo que tu madre te ha hecho. —Atraigo a Sylvie y aprieto mi boca contra su frente en un beso muy suave. Siento cómo se derrite contra mí, cómo su cuerpo suave y desnudo roza el mío y, sin más, la deseo.

Siempre la deseo.

—Pero sigo aquí, ¿no? Seguro que está resentida conmigo por eso. —La amargura en la voz de Sylvie es reveladora.

—Ella realmente quiere matarte. —No es una pregunta, solo necesito que me lo confirme otra vez.

—Sí. Te dije que la última vez que estuvimos juntos a solas, la descubrí de pie junto a mi cama con una almohada en las manos, Spence. Una almohada. Quería asfixiarme y acabar con mi vida. Acabar conmigo. —Su voz se vuelve temblorosa—. ¿Qué le hice para que quiera hacerlo? No entiendo, no la entiendo.

Deslizo los dedos por debajo de su barbilla para inclinar su cara hacia la mía y veo las lágrimas que corren por sus mejillas, lo que me rompe el corazón. Odio que llore por alguien que no lo vale.

—Te protegeré de ella aunque sea lo último que haga —le juro con tono feroz. Quiero que Sylvie se dé cuenta de que lo digo en serio, porque es así.

—No voy a volver a acercarme voluntariamente a ella, así que no tienes que preocuparte por eso —dice, intentando sonreír.

Inclino la cabeza y la beso. Saboreo la salinidad de sus lágrimas, que solo me incitan aún más.

—Mándala a la mierda. Lo digo en serio, Syl. Si hace algo, si tan solo te dice algo o te mira, y seré yo quien acabe con ella.

—Pero… es mi madre.

—Tu madre, que quiere matarte —le recuerdo—. No dejaré que se acerque a ti. Nunca.

Me mira fijamente, le brillan los ojos y esta vez sus labios esbozan una verdadera sonrisa.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—¿Qué crees que estoy tratando de decirte?

—Que quieres estar conmigo —susurra.

—Ya te dije que sí —le recuerdo.

Me pregunto cuánto tiempo querrá esconderse en el bosque cuando yo tenga que volver a casa. Mi padre me llamó esta mañana temprano, exigiéndome que volviera a la oficina, pero lo evadí, aunque no funcionará por mucho tiempo. Me necesitan en Empresas Donato, tengo trabajo que hacer, cosas que atender, pero amo a esta mujer. La quiero conmigo, y por una puta vez en su vida, parece que ella me quiere también.

—Ah, claro —dice suavemente.

—Siempre he querido estar contigo —confieso—. Tú fuiste quien me apartó.

—Era una idiota.

Esbozo una sonrisa.

—Sí, lo eras.

Frunce el ceño.

—Ya cambié de actitud.

—Espero que no del todo.

—¿Entonces quieres que te aleje de nuevo?

—Carajo, no —prácticamente gruño, tomándola de la cintura y rodando sobre mi espalda, así es que ahora está acostada encima de mí—. No vas a ir a ninguna parte.

Se ríe y el sonido es tan alegre, tan inesperadamente Sylvie, que mi corazón se estremece; esta mujer no ha conocido suficientemente la felicidad.

Quizá pueda ser yo quien se la dé. Quiero dárselo todo, cada pequeña cosa que pueda mejorar su vida, quiero ser yo quien la haga realidad.

—Pero tienes que irte pronto, ¿no? —Suspira suavemente antes de que pueda responder—. Te voy a extrañar.

—Dijiste que ibas a volver conmigo.

—No sé… —El miedo en su voz es obvio.

—¿De verdad quieres quedarte aquí sola? ¿Con Roland como única compañía?

—Y los gatos —dice en el mismo momento en que me inclino y aprieto mi boca contra su delgada garganta. La siento temblar con el primer contacto de mis labios contra su piel—. Voy a estar bien sin ti.

—Mentirosa. —Levanto la vista y la encuentro mirándome—. Está bien que admitas que no quieres que me vaya.

—No quiero que te vayas —dice automáticamente.

—Y yo no quiero que te quedes aquí. —Deslizo la mano por su costado, alrededor de su cadera. Luego acaricio suavemente su vulva, caliente y húmeda, y de repente me muero por sumergirme en ese calor tenso—. Ven a casa conmigo.

No puedo dejar de repetir lo que digo, pero siempre he tenido que hacer el trabajo de convencer a Sylvie. Estoy acostumbrado. Y también he mejorado.

Frunce el ceño a pesar de que mueve la cadera, inclinándose hacia mis caricias. Separo sus labios inferiores, explorándola, introduciendo un solo dedo en su cuerpo y ella deja escapar un suspiro.

—Quiero, pero…

—Te haré esto todas las noches. Imagínatelo. —Retiro el dedo antes de volver a hundirlo, y ella se mece conmigo, con un suave gemido cuando meto el dedo, llegando a esa zona tan sensible—. Los dos en mi cama. Cogiendo toda la noche.

—Spence —susurra cuando aumento el ritmo y le rozo el clítoris con el pulgar—. Suena como un sueño.

—Podría hacerlo realidad para ti. Para nosotros. Solo tienes que decirlo. —Hago que se venga con facilidad, notando cómo sus paredes internas se aprietan alrededor de mi dedo, y todo su cuerpo se estremece y libera una suave exhalación cuando el orgasmo la inunda. Es suave y sutil y la cosa más hermosa que he presenciado nunca.

—¿Dónde viviría? ¿En mi departamento? —pregunta una vez que el orgasmo ha pasado y se encima sobre mi cuerpo.

Paso una mano por su cabello, aspirando su delicioso aroma.

—No. Vende ese departamento, de todos modos no lo quieres. Y yo deseo que vivas conmigo.

—A mis padres no les va a gustar —admite, y sus labios rozan mi cuello. Me estremezco.

—A la mierda tus padres. Como si les importaras tanto.

Desciende lentamente por mi cuerpo y su boca va trazando un camino húmedo y caliente sobre mi piel.

—A nadie le importo tanto como a ti, Spence.

—No lo olvides nunca. —Enlazo mis dedos en su cabello, abrazándola a mí cuando toma mi pene dentro de su boca y empieza a chupar—. Diablos, Sylvie. Qué bien se siente.

Me recibe hasta el fondo, su lengua hace remolinos a mi alrededor, siento sus dedos apretando la base. Levanto la cadera, empujándome entre sus labios. Me aparto. Vuelvo a empujar. Levanta la mirada y sus ojos se encuentran con los míos, mi pene le llega a la garganta, y por el cosquilleo familiar que siento en la base de la columna, en lo más profundo de los testículos, sé que no tardaré en venirme. Le voy a llenar la boca.

—Podría hacerte esto todas las noches —dice en un momento en que se retira, con los labios húmedos y brillantes, con el pecho y la respiración agitados.

Estoy jadeando. Me muero por que continúe. Me muero por estar aún más dentro de ella.

La tomo y ruedo nuestros cuerpos para que se ponga boca arriba, y yo sobre ella. Alcanzo un condón del montón que dejé sobre su buró y lo abro, envainándome antes de penetrarla, empujando con fuerza una y otra vez, cogiéndomela ferozmente hasta que se viene con un grito, con las manos agarradas a mi espalda, clavándome las uñas en la piel, haciéndome sisear, provocando que me venga tan fuerte que casi me desmayo.

Nos aferramos el uno al otro, nuestros cuerpos tiemblan, nuestra respiración está agitada, el olor a sexo, penetrante y dulce, inunda la habitación. Giro la cabeza hacia su cuello, inhalo con fuerza, y su fragancia floral me abruma; es claramente Sylvie.

—Vienes a casa conmigo —Le indico, contundente, deseando que no discuta.

—¿Me lo prometes? —Se ríe cuando le doy besos suaves y rápidos en la garganta.

—Sí. Y voy a cumplir esa promesa. —Levanto la cabeza, mi mirada encuentra la suya—. No más promesas rotas entre nosotros, Syl. Cuando hablamos, hablamos en serio.

Su mirada es solemne cuando asiente lentamente. Seguimos conectados, mi pene sigue dentro de su cuerpo, y este momento, los últimos días se sienten… enormes.

Importantes.

—Me iré a casa contigo —susurra—. Siempre y cuando prometas cuidarme.

—Tú puedes cuidarte…

Me interrumpe posando los dedos sobre mis labios, silenciándome.

—Prométemelo. Te necesito.

Asiento y retira la mano.

—Te voy a cuidar. —La beso una vez, luego otra vez, antes de confesar—. Te amo, Sylvie.

Lo jodido es que ella no me corresponde. No dice nada, ni una sola palabra.

VEINTIUNO

Sylvie

—No quiero hacer esto —admito, y no me sorprende para nada que Spencer me tome la mano y la apriete con fuerza mientras caminamos por la acera, hacia el restaurante. Como si temiera que me escape otra vez.

Estoy tentada a hacerlo. Tengo que enfrentarme a mi familia después de que hui sin decirles una palabra, lo que fue una cobardía de mi parte, y lo sé. ¿Cómo les explico por qué lo hice? ¿Siquiera querrán una explicación, o actuarán como si fuera una noche más en la que nos reunimos y cenamos? No lo sé. Nunca sé qué esperar cuando se trata de ellos.

Puede que compartamos muchos de los mismos rasgos y recuerdos, pero en mi familia nadie entiende lo que es ser yo, lo que sufrí a manos de mi madre. Lucho contra muchos demonios que me visitan a menudo mientras duermo: todos, sin excepción, tienen el rostro de mi madre.

—Saldrá bien. —Spence deja de caminar y yo también. Toma nuestras manos entrelazadas, las acerca a sus labios y besa rápidamente mis nudillos mientras lo observo—. ¿Estás lista?

Niego con la cabeza, dispuesta a ser sincera.

—Para nada.

Se ríe entre dientes.

—Demasiado tarde. Ya llegamos.

Quedamos para cenar con mi padre, Whit y Summer. Llevamos pocos días en Nueva York y Spencer me ha dicho, desde que volvimos, que tengo que enfrentarme a ellos. Le hice saber que tendría esta reunión solo si estábamos en un lugar público donde nadie pudiera hacer un escándalo, y él estuvo de acuerdo. Me refería

a mi padre, que es el único que podría hacer un escándalo, aunque también me refería a mí misma. Estar en público es la única manera de asegurarme de que me comportaré adecuadamente.

Spencer me abre la puerta cuando llegamos al restaurante y yo entro primero. El corazón se me sube a la garganta cuando veo a mi padre, a mi hermano y a su esposa en una mesa cercana. Primero, hago contacto visual con mi padre y el alivio que veo en su mirada cuando me ve es… tranquilizador.

Quizá realmente estuvo preocupado por mí.

La *hostess* nos acompaña a su mesa y mi padre se levanta de la silla, me jala hacia él en cuanto me acerco y me abraza con fuerza. Me aferro a su abrazo mientras respiro su aroma familiar; cierro los ojos cuando me invaden, uno tras otro, los recuerdos de las veces que estuvimos juntos, aunque no son demasiados. Hace años sentí que me había abandonado, aunque tal vez no fue así.

Quizá mi madre lo mantuvo alejado. Siempre me quiso para ella sola, me sacaba de la escuela y me llevaba a una cita médica tras otra. Quizá por eso él intentó aferrarse a Carolina, aunque al final ella lo abandonó por la danza y huyó a Londres. Nos abandonó a todos. Sin embargo, de alguna manera se sale con la suya porque tiene algún tipo de propósito, gracias a que es una bailarina tan maravillosa.

Uf, necesito superar mi envidia hacia Carolina. Al menos todos la dejan en paz casi siempre. Estoy celosa, eso es todo.

—Me preocupé mucho cuando no sabíamos en dónde estabas —dice mi papá antes de separarse de mí, con las manos todavía sobre la parte superior de mis brazos mientras me observa detenidamente —. Todos estábamos preocupados. —No necesito que me haga sentir culpable. Ya me siento bastante mal.

—Te ves muy bien —continúa, mientras me recorre de pies a cabeza, intranquilo—. Tienes buen color en la cara y ¿ subiste un poco de peso?

—Sí. —Asiento—. Por fin recuperé el apetito.

Su sonrisa es ligera, pero genuina.

—Me alegro.

Me doy cuenta de que no me pregunta por qué no tenía apetito en primer lugar. A veces creo que prefiere fingir que no me pasa nada, así es más fácil.

Nos acomodamos en nuestros asientos, mi padre en la cabecera y Whit y Summer justo enfrente. No los había visto desde la boda y están bronceados por el sol que probablemente tomaron durante la luna de miel. Whit rodea el respaldo de la silla de Summer con el brazo y acaricia con sus dedos el brazo, la espalda, lo largo del hombro de su esposa. La toca cada vez que puede, y se nota.

Un Lancaster cariñoso no es normal. Sé que Whit la ama y se ha vuelto cada vez más obvio con los años. Es lindo verlo así.

Echo un vistazo furtivo hacia Spencer y me doy cuenta de que ya me está mirando. Espero que tengamos una relación como la suya, que no pueda dejar de mirarme, de tocarme, que quizá sea en lo único que piense, que lo consuma tanto como él a mí.

Una chica puede soñar.

—Cuéntanos qué pasó —dice Whit, yendo directo al grano una vez que el mesero toma mi orden de bebidas y la de Spencer—. ¿A dónde fuiste exactamente?

Spencer me lanza una mirada cómplice. Ya le dijo a Whit dónde estaba, pero nunca informó a mi padre. No confiaba en que no se lo iba a contar a mi madre si se ponía en contacto con él. Whit actúa como si él tampoco lo supiera para no herir los sentimientos de mi padre, lo cual es un poco dulce, aunque jamás pensé que describiría a mi hermano mayor con esa característica.

Les explico que Earl me dejó una gran propiedad y una casa en California, y lo hermoso que es Big Sur. Summer me escucha absorta y sus labios se curvan en una sonrisa cuando hablo de lo mucho que me gusta el lugar, las frondosas secuoyas y el océano. Solo cuando hago una pausa para beber agua puede decir algo por fin.

—Te ves muy feliz, Sylvie —dice—. Quizá California te hace bien.

—Creo que sin duda me hace bien —Asiento—. Quiero pasar más tiempo allá, con toda seguridad.

—Ay, por favor. —Es la respuesta de mi padre. Supongo que no le gusta pensar que esté tan lejos.

—Más bien el imbécil que está sentado a su lado es lo que realmente le hace bien —agrega Whit bravuconamente, haciendo reír a mi papá.

La irritación relampaguea en la mirada de Spencer y posa la mano sobre la parte superior de mi muslo, deslizándose hasta que sus dedos se apoyan entre mis piernas.

—Cállate.

—Ya, no actúes como si estuviéramos en la prepa —reprende Summer a Whit—. No insultes a tu amigo.

—Lo voy a dejar en paz, pero solo por ti. —Se inclina para darle un beso a su esposa, y Spencer hace un ruido de asco cuando sus labios se unen.

—Para —lo reprendo yo ahora, justo cuando inclina la cabeza y me besa la mejilla.

—A tu hermano le encanta —me susurra cerca del oído—. Solo intenta fingir que no estaba muy preocupado por ti estas últimas semanas.

—Es verdad —dice Whit, con su expresión seria de nuevo—. No me gusta cómo huiste sin decírselo a nadie, Sylvie. Fue una estupidez.

—Whit, no le hables así a tu hermana—Reprende mi papá y casi me río, aunque luego añade:

—A mí tampoco me gustó —me dice con una expresión idéntica a la de Whit, mirándome solo mí—. Sé que eres adulta, pero nos preocupamos cuando no sabemos nada de ti, cuando no tenemos idea de dónde estás. Si planeas hacer un viaje, lo más considerado es que nos digas adónde vas.

—Lo siento —Me disculpo con voz suave—. Es que necesitaba alejarme un poco. A veces las cosas pueden ser demasiado, ¿sabes?

Los hombres de mi vida me miran con gesto inexpresivo, incluso Spencer, y mi corazón cae en picada.

—Lo entiendo —dice Summer y nuestras miradas se encuentran. Solo percibo comprensión en sus ojos—. A veces, con todo lo que me pasa, me siento… abrumada.

Asiento, agradecida por su aportación, aunque ella se ocupa de muchas más cosas que yo. Es madre y esposa, y yo solo soy yo, pero agradezco que diga que me entiende. Llevamos tiempo arreglando nuestra relación y me he esforzado mucho por recuperar su confianza. Espero que funcione; en este momento, se siente como si funcionara.

—Si decide volver a irse, tenemos que acordar no decirle a Sylvia en dónde está —comenta Spencer. Como si mi madre fuera a preguntarle a él, y sé que no le diría mi paradero, aunque lo conociera, como ahora que ha cambiado nuestra relación—. Ese es el mayor temor de Sylvie.

—Y la mayor razón por la que necesita alejarse a veces, estoy segura —añade Summer.

Permanezco callada, sorprendida de que Spence haya hablado al respecto de esto para que mi hermano y mi padre tengan que hacerse cargo. Evitamos hablar de mis problemas con mi madre; rara vez los abordamos de frente.

—Por supuesto, por supuesto. Ya sé que no debo decirle casi nada a Sylvia si me pregunta. —Mi padre tiene un tono insolente y supongo que le ofende que Spencer tenga que hacerle el recordatorio.

—Si mi madre alguna vez te hace otra mierda, sabes que puedes contactarme en cualquier momento, ¿verdad? —La voz de Whit es firme, al igual que su expresión cuando me mira fijamente.

Asiento, agradecida por el tranquilizador apretón que Spencer me da en el muslo.

—Lo sé.

Aparece el mesero pregunta si estamos listos para ordenar y mi padre empieza a preguntarle por las distintas entradas que tienen, lo cual es típico. Whit empieza a susurrarle a Summer al oído, haciéndola reír, y yo los miro, absorta.

—Todos te respaldamos —dice Spencer, sobresaltándome. Me giro y lo veo mirándome—. En lo que respecta a tu madre, en cualquier cosa, todos y cada uno de los que estamos sentados en

esta mesa te protegeremos. Tu hermana también lo hará. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—Sí, lo sé.

Las palabras se escapan de mis labios sin pensarlo mucho, pero no sé si realmente creo en ellas. Es como si hubiera pasado la mayor parte de mi vida sin ningún tipo de protección.

A veces, sigue siendo difícil creer que a todos les importo de verdad.

VEINTIDÓS

Spencer

—Quiero hacer una fiesta —anuncia Sylvie cuando entro por la puerta y noto sus ojos resplandecientes, su comportamiento de franco entusiasmo.

No hace ni una semana que volvimos a Manhattan ¿y ya quiere hacer una fiesta?

—Hola a ti también —digo a modo de saludo, acercándome a ella para poder darle un beso.

Tiene la cara vuelta hacia la mía, los labios ligeramente fruncidos, y le doy un beso profundo, con la lengua, antes de separarme, sonriendo ante su mirada aturdida.

—Qué bien estuvo —murmura.

—Y hay más —le digo mientras me alejo de ella hacia mi recámara, nuestra recámara, quitándome la corbata. La aviento a la cama y entro al vestidor, ansioso por deshacerme del traje y relajarme para pasar la noche.

—¿Oíste lo que dije? —me llama.

Me desnudo rápidamente, me pongo una camiseta y salgo del vestidor, con unos pants en la mano que me pongo apresuradamente mientras me mira.

—Quieres hacer una fiesta.

Asiente y sonríe, juntando las manos delante de su pecho, expectante. Con una vibración de una Sylvie más joven, entusiasmada como una adolescente.

—Gran idea, ¿verdad?

—No lo sé.

Su expresión se abate y deja caer las manos a los costados.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—¿Quieres ponerte en esa posición, de invitar a gente? Es mucho, Syl. —Solo la estoy cuidando, quiero protegerla, como le prometí que haría. Espero que ella lo vea.

Por el gesto de seriedad que aparece en su cara, supongo que no.

—Estoy lista para mucho. Me aburro sentada en este departamento todo el día, Spence. Quiero anunciar mi regreso a la ciudad. —Levanta los brazos en el aire, una gran sonrisa vuelve a aparecer en su rostro—. Será una fiesta íntima solo para amigos y algunos familiares.

—¿Algunos familiares? ¿Cómo quiénes?

—Whit y Summer. Carolina, que está aquí durante el verano, ¿sabías?

—No sabía. —Me acomodo en el borde de la cama, la tomo de la mano y la acerco, de modo que queda de pie frente a mí.

—Yo acabo de enterarme. Me llamó hace rato para contarme que se lastimó bailando. Estará un mes de descanso. Me dijo que se esfuerza demasiado y ahora trepa las paredes, desesperada por hacer algo para llenar el tiempo. Quedamos en ir pronto a comer.

—Tu mamá no irá con ustedes, ¿verdad?

Sylvie sacude la cabeza, su mirada se encuentra con la mía.

—Le dije a Lina que no quiero ver a nuestra madre. Ella sabe cómo me siento.

—Solo quería confirmarlo. —La jalo de la mano y cuando inclina la cabeza, nuestros labios se rozan. No hemos dejado de coger desde que vivimos juntos. Tenemos planes de volver a California dentro de un par de meses. Está buscando a alguien que remodele la casa, y se puso un plazo a sí misma, así es que cuando volvamos, se reunirá con los encargados para hablar de sus planes. No está dispuesta a renunciar a esa casa, y lo entiendo. Es lo único en el mundo que es solamente suyo. Bueno, mi corazón también lo es, pero no parece tan emocionada por eso. ¡Diablos!, a veces me encanta torturarme, lo juro.

El viejo departamento de Earl ya está a la venta a instancias mías. No necesitamos que su recuerdo perdure en nuestra relación,

y Sylvie estuvo de acuerdo. Incluso les ofreció el departamento a los hijos de Earl a un precio insólito, pero no estaban interesados. Parece que tampoco quieren seguir acosando a Sylvie. Y qué bien por ellos, pues les haría la vida imposible si alguna vez vuelven a meterse con ella.

—¿Qué tal tu día?

—Estuvo bien. —Vuelvo a besarla antes de rodearle la cintura con el brazo y jalarla hacia mí para que caigamos de espaldas sobre la cama, con las piernas enredadas. La beso de nuevo, deslizando mi lengua contra la suya hasta que se separa para recuperar el aliento, con las manos sobre mis hombros.

—Nunca me dices qué haces durante el día —protesta.

—No te interesaría. Confía en mí —murmuro, besándola de nuevo.

¿Cómo podría decirle que fui con algunos hombres de mi padre a reunirnos con alguien que no ha devuelto un préstamo que le hicimos hace seis meses? ¿Que tuve que amenazarlo y luego ver cómo le daban una paliza? Suena a criminal porque, ¿adivina qué? Lo que hacemos es criminal. Sobornamos, robamos y contrabandeamos: ese es nuestro negocio. Mi padre siempre está tramando algo malo, y yo seguí sus pasos como si fuera el ángel caído en esta situación, cediendo a las exigencias de mi padre solo porque nos une la sangre.

Sin embargo, en el fondo, hay una parte de mí a la que… le gusta lo que hago. Trabajar con mi padre, llevar la contabilidad del negocio, entre otras cosas. Soy el director financiero de una de las mayores operaciones de contrabando de la ciudad, aunque no puedo presumirlo públicamente.

También odio lo que hago, en especial en este momento. ¿Qué va a pensar Sylvie cuando se entere? ¿Me odiará? ¿Pensará mal de mí? ¿Me apartará? ¿Me creerá cuando le diga que, aunque lo he intentado, no puedo luchar contra ello? ¿Que nací para hacer esto? No puedo escapar de mi vida. La única forma en que podría irme es huyendo a otro país y cambiando mi identidad. Y no puedo hacerle eso a mi padre. Me necesita.

—Pero sí me interesa. —Me empuja por el pecho, haciendo que me aparte de ella—. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Lo que hago no es un secreto. —Me invade la vergüenza ante la idea de decírselo, de ver cómo su expresión se vuelve lenta pero inexorablemente más y más horrorizada con cada palabra que diga.

No. No puedo arriesgarme.

—Para mí, sí. —Esquiva mis labios que la buscan, sus manos se enroscan en la tela de mi camiseta y me da una suave sacudida—. Dime.

Suspiro con pesadez y la dejo sobre la cama, poniéndome de pie.

—No.

Salgo del cuarto y me dirijo a la cocina, sintiéndome como una completa mierda. Maldita sea, no estoy orgulloso de lo que hago para mi padre. Sabía que llegaría este momento, que Sylvie querría saberlo, pero no quiero decírselo, no ahora cuando soy su héroe. Una vez que descubra la verdad, no me verá de la misma manera; yo mismo no me veo de la misma manera.

Me estoy sirviendo un vaso de whisky cuando ella entra a la cocina, acompañada de su furia. Su rostro está enrojecido y sus ojos desorbitados, prácticamente todo su cuerpo vibra por la ira.

—No puedes dejarme así —me reprende, con tono altivo.

—Acabo de hacerlo. —Le doy un trago al whisky y me lo acabo en dos tragos antes de servirme otro—. ¿Quieres un trago?

—Solo si puedo echártelo a la cara —replica.

—Nada de whisky para ti entonces. —Tomo un sorbo de mi segundo trago, despacio para no emborracharme demasiado rápido y decir algo de lo que pueda arrepentirme.

«Demasiado tarde», pienso.

Ella bufa, escandalizada.

—A veces eres tan dulce, como el Spence que solía conocer, y luego te conviertes en un completo imbécil, como estás actuando ahora.

—Solo estoy… protegiéndote.

Sylvie pone los ojos en blanco y se agarra del borde de la barra.

—¿De quién? ¿De ti?

Doy un trago grande, empujando el vaso sobre la barra.

—A veces hago… cosas no tan buenas en nombre del negocio de mi padre.

—¿Cómo qué? ¿Matar gente? ¿Estás en la mafia o qué?

No digo nada, solo la miro fijamente, y cuanto más se alarga el silencio, más abre los ojos.

—Me estás mintiendo —susurra.

Tomo mi vaso y le doy otro buen trago, sin dejar de guardar silencio.

—Spencer. Dime la verdad. —Alza la voz, con una sorprendente energía de mamá, una energía que nunca he percibido en Syl antes —. ¿Eres un mafioso?

—Mi padre más o menos lo es. —¡Demonios! No puedo decirlo directamente.

—¿Lo que te hace… un miembro por defecto?

—Yo le ayudo. A veces ayudarle implica usar cierto grado de violencia. Si eres un Donato, son gajes del oficio. —Me encojo de hombros, sin querer darle demasiados detalles.

Me mira boquiabierta, aparentemente sin palabras, y casi me dan ganas de reírme, aunque el momento no es divertido. Ni un poco.

—Siempre pensé que las habladurías sobre tu familia no eran más que rumores.

—Los rumores suelen basarse en la verdad, ¿sabes? —Tomo un vaso vacío y vierto un poco de whisky en él antes de empujarlo hacia ella, pero no lo recibe—. Mira, Syl. He hecho algunas cosas de las que no estoy orgulloso.

—Yo también —admite, con voz suave—, pero pensé que serías sincero conmigo, Spencer. Parece como si hubieras estado viviendo una mentira.

La miro fijamente, sus palabras son como flechas que me atraviesan el corazón, una tras otra.

—Intentaba protegerte.

Otro bufido.

—Por favor.

Decido ser cien por ciento sincero con ella.

—No quería que pensaras mal, menos de mí.

—Por favor, Spencer. ¿No me conoces lo suficientemente bien a estas alturas? ¿No sabes que nunca pensaría mal, menos de ti, hagas lo que hagas?

—Todavía me sorprendes a veces —admito, acercándome a ella, pero se aparta antes de que pueda tocarla.

—Estoy decepcionada de ti. —Toma el vaso y se bebe el alcohol de un trago largo. Diablos, como si no fuera demasiado sexy.

—¿Cómo puedo compensarte? —Mi tono es oscuro. Sugerente.

Prefiero coger que hablar.

Deja el vaso sobre la barra con un sonoro ruido y pasa la mano por el mármol liso.

—¿Pensaste en mí en esta barra? ¿Recuerdas lo que hicimos?

Mi piel se eriza.

—Recuerdo cada segundo de esa noche.

—Estaba borracha y drogada, por eso me aparecí como lo hice, vistiendo solo con una gabardina.

—Sexy como nadie, con solo el abrigo y nada más —murmuro.

Levanta la mirada y se encuentra con la mía.

—Tenía miedo de no volver a verte. Me arriesgué viniendo aquí a la mitad de la noche. Podría haber terminado feo, ¿sabes?

—Jamás te habría rechazado.

—Exactamente, y yo jamás te rechazaría a ti, sin importar lo que hayas hecho. Necesito que seas honesto conmigo, Spencer. Sincero. Siempre. Ya no podemos tener secretos entre nosotros. Los secretos destruyen una relación, un matrimonio, los secretos lo destruyen todo, y ya he tenido suficientes a lo largo de los años. —Su mirada es suplicante—. Por favor, no me ocultes nada. No sé si podré soportarlo.

Doy la vuelta a la barra y me acerco a ella, abrazándola y estrechándola contra mí.

—Lo siento —murmuro entre sus cabellos, cierro los ojos y rezo una oración silenciosa de agradecimiento cuando ella no se aparta—. No quería lastimarte.

Sigo sin querer hablar de ello, pero sé que al final tendré que hacerlo. Es solo la forma como es el mundo, la manera como es nuestro mundo, nuestra relación.

Guardar secretos nunca funciona, pues la situación suele crecer y podrirse, manchando todo lo que toca, y no puedo manchar lo que Sylvie y yo tenemos, ahora que estamos juntos.

—¿Whit lo sabe? —pregunta.

—Sabe algunas cosas, pero no todas.

—Así que hasta mi hermano sabe esto de ti, pero yo no puedo. —Intenta alejarse de mí, pero la sujeto con fuerza.

—No es justo. Es mi mejor amigo, pero él lo descubrió por su cuenta, yo nunca se lo conté. —Hago una pausa, acariciándole el pelo—. Además, hace un par de años que tú y yo no teníamos contacto en realidad, no iba a empezar contándote esa información.

Sylvie suelta una risita, su humor cambia tan rápido como el rayo, como de costumbre.

—¿Por qué no? El tema podría volver muy estimulante la conversación entre nosotros.

—Podemos hacer cosas más estimulantes —bromeo, intentando que el momento sea ligero. Es más fácil que enfrentar mi verdad y compartirla con la mujer que amo.

Echa la cabeza hacia atrás y veo el conflicto en su mirada. Quiere estar enojada conmigo, pero no puede. Sé exactamente lo que se siente.

—Prométeme que nunca me vas a lastimar.

Frunzo el ceño, sorprendido por su petición.

—Por supuesto que nunca te voy a lastimar.

—Prométemelo —insiste—. Dilo en voz alta.

—Nunca te voy a lastimar. Te lo prometo. —Me inclino hacia ella y le doy un beso rápido—. Sabes que solo te oculté esto para protegerte.

—Ay, por favor. No lo hagas. —Me palmea el pecho—. Vas a tener que contármelo todo pronto. Lo digo en serio, Spencer.

—Lo haré. —No quiero tener que compartirle nunca lo que hago. Es difícil admitir conmigo mismo de dónde vengo.

—Bien. —Su sonrisa es espléndida—. Tu castigo es que tienes que venir a mi fiesta, quieras o no.

Como si eso fuera una hazaña.

—Estás realmente decidida a hacer esta fiesta, ¿eh?

—Absolutamente. Solo unos pocos amigos y parientes, como te dije antes. Sería aquí, un sábado por la tarde. ¿Una pequeña fiesta de té quizás? Todas las mujeres pueden venir de rosa.

—Lo que tú quieras. —Complaceré todos los caprichos de esta mujer, solo para asegurarme de que sea feliz, de que nunca me dejará. He hecho cosas por las que podría hacerlo. Y seguiré haciéndolas. No puedo parar. Además…

Mi padre no me dejaría.

VEINTITRÉS

Sylvie

Entro en el restaurante con la cabeza en alto, ignorando los murmullos que me siguen al pasar junto a las mesas abarrotadas. Es la hora de la comida en uno de los restaurantes más populares, frecuentado por las personas con las que crecí, personas con las que fui a la escuela, chismeaba con ellos y hablaba mal de ellos. Todos están aquí.

Bueno, no todos, pero sí bastantes.

Veo a una chica con la que me gradué y que ahora es madre. Tomando en cuenta que estoy teniendo mi periodo y que ya no me preocupa aquel momento sin protección entre Spence y yo, no me importa sentir un poco de nostalgia al pasar junto a ella, observando sus pechos anormalmente grandes. Supongo que están llenos de leche y dejo de sentir nostalgia, sin más.

No me atrae la idea de ser mamá y tener un bebé hambriento royendo mi pezón. No me importa si es un niño que se parece a su padre. A la mierda.

Por ahora.

Me ilumino en cuanto lo veo sentado a la mesa, con la mirada fija en su teléfono y los labios fruncidos en aparente gesto de disgusto. Me acomodo en la silla de enfrente, en silencio y con cautela, y él apenas levanta la vista, sobresaltándose al ver que soy yo.

—Querida. Te ves radiante. —Monty sonríe y le devuelvo la sonrisa antes de cruzar la mesa y tomarlo de la mano—. Te están cogiendo a menudo, ¿verdad?

Asiento, sonriendo en silencio mientras aprieto su mano.

—Y no ese viejo decrépito. Aunque yo nunca creí que tuvieras una relación normal con él. —Me estudia, y juro que veo los

engranes girando en su cabeza mientras contempla lo que va a decir a continuación—. Siempre oí que no le gustaban las mujeres.

De nuevo, no digo nada. ¿Cómo puedo responder a una acusación tan cercana a la verdad?

—Es un poco difícil que te cojan los muertos.

Monty se ríe.

—Por favor. Los muertos nos cogen a todos constantemente. Podría darte una lista de cosas que mis parientes muertos le han hecho a mi familia que nos han jodido para la eternidad.

Le suelto la mano, pensando en los Lancaster del pasado y en lo que han hecho con nuestro apellido.

—Tienes mucha razón.

—Olvídate de nuestros parientes muertos, tienes que decirme quién es el afortunado. ¿O es una mujer? Tú me conoces, yo no juzgo. Me encantaría que te unieras a nuestro equipo. —Monty me lanza una mirada astuta.

Mi sonrisa es cortés. Endiablada.

—Estoy con Spencer ahora.

—¿Donato? Dios, es una pieza encantadora. Tiene un misterioso toque de peligro que me intriga. —Monty suspira y sacude la cabeza —. Apuesto a que coge como una bestia.

—¡Monty! —le advierto, aunque no hay mucha emoción en mi voz —. Qué sucio.

—Te gusta. —Echa un vistazo a la abarrotada habitación antes de volver a mirarme.

—¿Dónde está Summer?

—Ha de estar por llegar. —Los nervios me embargan y me cuesta hablar; estoy emocionada y preocupada por verla. Sé que estaremos bien, pero la culpa que aún siento por la forma como la traté hace tanto tiempo está siempre presente, y me agobia.

Yo fui la que organizó esta comida. Sé que ella y Monty están muy unidos, y él siempre ha sido un buen amigo para mí también: considerando que nunca he tenido un gran número de amigos, siempre lo he apreciado, y parecía adecuado almorzar con los dos.

Podría ser un buen mediador entre Summer y yo, si necesitáramos uno.

Le envío una mirada cómplice.

—Escuché que tú y Cliff están intimando.

Monty se vuelve inmediatamente tímido.

—Oh, no es nada.

—No según Clifford. —He estado en contacto constante con mi amigo desde que volví a la ciudad. Está triste porque me mudé de su edificio, pero está feliz de que esté con Spencer.

—Es tu alma gemela —me dice.

Supongo que tiene razón. Spence y yo lo hemos sido desde que tenía trece años.

Monty deja de fingir:

—Bueno. Es un muñeco, muy guapo, muy atento, gran besador, interesante conversador.

—Guau. Parece que cumple con todos tus requisitos.

—Lo sé. Alabado sea, ha ocurrido un milagro. —La sonrisa de Monty es irónica—. Aunque yo no diría que estoy enamorado.

—No ha pasado mucho tiempo.

—Unos meses.

Parpadeo.

—¿De verdad? ¿Ya?

Monty asiente, estira la mano para tomar su bebida y le da un sorbo.

—El tiempo vuela cuando te estás divirtiendo.

—O cuando se supone que estás de luto —añado.

—Por favor. Si saltar sobre Spencer Donato cada vez que puedes se llama luto, entonces apúntame. —Monty agita una mano desdeñosa—. Cuéntame cómo volvieron a estar juntos.

—Nos encontramos en la boda de Whit y de alguna manera ahí resurgió —digo con sinceridad

—He oído que te tiene encerrada en ese precioso departamento que su padre le compró con dinero manchado de sangre, y que no te pierde de vista. —Monty vuelve a echar un vistazo al restaurante,

esta vez un poco más exagerado—. ¿Está aquí? ¿Espiándonos? ¿Asegurándose de que no intento nada contigo?

Pongo los ojos en blanco.

—Para, no digas tonterías. A veces me pierde de vista.

Apenas.

—Si te mantiene desnuda en su cama, seguro que no te quejas.

—No. —Señalo la rosada, espumosa y aparentemente deliciosa bebida que sigue tomando—. Y quiero uno de esos.

—Lo que la princesa pida, lo tendrá. ¡Oh, mesero! —Monty levanta el brazo, chasqueando los dedos, y hago una cara para callarlo, porque, oh, Dios mío, es tan grosero.

El mesero viene corriendo. Es joven y guapo, y mira fijamente a Monty con mirada entusiasta.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Otro de estos para mí y otro para la señorita. —Inclina la cabeza hacia mí—. ¿Pedimos uno para Summer?

—Está embarazada —le recuerdo.

—Qué pena. Solo dos, por favor. —Le pestañea al mesero quien le devuelve una sonrisa sexy a cambio—. Y date prisa.

En el momento en que el mesero se va, golpeo ligeramente el brazo de Monty.

—Eres un pícaro.

—Es guapo. No puedo perderme la oportunidad de ligar. —Monty le da el último trago a su bebida—. Solo porque esté viendo a Cliff no significa que esté muerto.

—Cierto. —De inmediato fijo la mirada en una mujer embarazada de cabello oscuro que se dirige hacia nuestra mesa, y el corazón se me sube a la garganta—. Ya llegó Summer.

—¡Hermosa mamá! —exclama Monty, poniéndose de pie de un salto y envolviéndola en un gran abrazo. —Dios, qué bueno verte.

—¡Monty! —Summer le devuelve el abrazo con el mismo entusiasmo, inclinando la cabeza hacia atrás mientras lo abraza—. Te extrañé.

Me pongo de pie, temiendo que no me abrace. ¿Me rechazará? Lo merecería. Sé que estamos en mejores términos, pero a veces

parece que todavía hay una pizca de animosidad entre nosotras.

—Hola, Summer.

Voltea hacia mí, con las mejillas encendidas y una gran sonrisa. Genuina.

—Sylvie. Te ves…

—Deslumbrante, ¿verdad? —termina Monty.

—Yo iba a decir preciosa, pero deslumbrante es más apropiado. —Summer me abraza y yo la aprieto fuerte, cerrando los ojos, y me quedo sin aire. Parece real, demasiado, y mis lágrimas amenazan con derramarse—. Lamento que no pudiéramos hablar mucho en la recepción.

—No pasa nada. —Mi sonrisa es tan grande que me duele la boca, y me dejo caer en mi asiento, observando cómo se acomoda a mi lado.

—Me alegro mucho de que hayamos podido comer juntos —dice Monty, aplaudiendo.

Summer lo mira y él deja caer las manos sobre su regazo.

—Por supuesto que sugerirías el lugar más público posible para reunirnos.

—Si no podemos ayudar a difundir el chisme de que estamos juntos eligiendo un lugar muy público para reunirnos, ¿qué sentido tiene comer juntos? —Monty alza las cejas—. Además, las dos estuvieron de acuerdo. Es tanto culpa suya como mía.

Sacudo la cabeza, compartiendo una mirada de complicidad con Summer.

—Yo no elegí este lugar, eso es seguro.

—Ay, por favor, tú solías poner tus asuntos en la portada de todos los sitios de chismes solo para que tu madre se enfureciera —dice Monty con desgana.

—Ya no me molesto con ella. —Hago un gesto con la mano—. Nuestra relación se acabó.

—¿Definitivamente esta vez? —pregunta Summer en voz baja.

Clavo mi mirada en la suya y asiento lentamente.

—No puedo estar a solas con ella. Nunca más.

Monty nos mira a mí y a Summer alternadamente, y luego vuelve a mí.

—Siento como si me estuviera perdiendo algo.

—No te pierdes nada. Sylvia Lancaster es una persona tóxica, eso es todo —dice Summer con firmeza y agradezco su respuesta.

—¿No lo son la mayoría de los Lancaster? —Monty se ríe cuando ambas le dirigimos una mirada de reproche—. ¡Lo digo con amor! Nuestra generación es mucho mejor que la anterior, incluyendo a mi familia, pero tienen que admitir que todos los hermanos Lancaster que nos precedieron son unos auténticos imbéciles.

—Augustus no es tan malo —responde Summer.

Resoplo una risa. Mi padre incluso tiene a Summer de su lado.

—He oído que Reginald es una pesadilla. —Monty se estremece —. Que es malo hasta los huesos. Trata a todos sus hijos de la mierda.

—Especialmente a mi prima Charlotte —añado.

—Bueno, ahora ella está bien, casada con ese galán rubio, Perry Constantine. —A Monty le brillan los ojos—. Es guapísimo.

—Tú crees que todos los hombres son guapísimos —dice Summer riendo.

—No puedo evitar que los Lancaster tengan un gusto o un aspecto impecable. Creo que el único tío tuyo que tiene sentido común es George, Sylvie. Su único defecto es que no puede mantener el pene sus pantalones.

Me carcajeo. Mi tío George tiene cinco hijos con distintas mujeres, así que la descripción de Monty da justo en el clavo.

Chismeamos de todo y de nada mientras tomamos nuestras bebidas, Summer prefiere beber agua de frutos rojos. Pedimos ensaladas de comer y escuchamos a Summer hablar de su luna de miel con mi hermano, omitiendo la parte sexual por completo a pesar de que Monty se queja porque quiere todos los detalles.

—Prefiero no oírla describir lo que mi hermano le hace en la cama —le digo.

—¡No tienes por qué conocer esa parte! Puede describir lo que le hace contra la pared o en el baño —sostiene Monty.

Eso es lo último que quiero saber.

—No tienes remedio —le digo.

—Te encanta —me responde.

Cuando se excusa para ir al baño después de ingerir tres bebidas alcohólicas seguidas, Summer inicia la verdadera conversación.

—Cuéntame cómo volvieron a estar juntos tú y Spencer —exige, con la mirada entusiasmada.

Le explico la situación, siendo sincera con ella, pero sin entrar demasiado en detalles pues Monty volverá a la mesa en cualquier momento. Cuando termino, me observa con esa mirada brillante y los labios curvados en una sonrisa.

—Ustedes dos siempre fueron perfectos el uno para el otro.

—¿Como tú y mi hermano?

—Para nada tan tóxico, pero sí. —Summer agita una mano desdeñosa.

—No lo sé, lo he tratado fatal durante años. —Recuerdo que una vez caché a Whit refiriéndose a Summer como su puta, y lo horrorizada que estaba al respecto. Entonces recuerdo que Spencer me llamó su puta en la casa de California, y todo dentro de mí se calienta y hormiguea.

—Creo que es la forma como los Lancaster demuestran que quieren a alguien —sugiere Summer con voz suave—. Abusan verbalmente de los que más quieren y los alejan.

Pienso en mi madre y en su tipo de abuso. Ella no quería simplemente alejarme, me quería fuera de su vida por completo, lo que no tiene sentido cuando lo pienso. ¿Cómo iba a conseguir toda la atención que le daban mis supuestas enfermedades si yo estaba muerta? Aunque en ese caso podía interpretar el papel de madre destrozada, pero le habría durado solo un poco…

—Whit me dijo que habló con Spencer hace unos días y que su amigo parece más feliz que nunca —continúa Summer—. Estoy segura de que es gracias a ti.

Siento como si mi corazón acabara de expandirse.

—¡Qué dulce!

—¿Eres feliz con él? ¿De verdad? —Se acerca un poco más a mí, su mirada evaluadora se engancha a la mía—. A veces me preocupo por ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunto frunciendo el ceño.

—Me preocupa que estés buscando algo que es imposible de encontrar. —Su sonrisa es majestuosa, levanta la mirada y me doy cuenta de que Monty se acerca a la mesa—. Te tardaste una eternidad.

—Tuve que mear cinco minutos seguidos. —Monty se acomoda en su asiento, tirando su servilleta sobre su regazo—. ¿Ya volvió el mesero? Quiero pedir otro.

—Por favor, dime que no viniste en coche —le digo.

—Yo no manejo. Tengo chófer —recalca Monty—. Dios, contrólate, Sylvie, tú ya sabes cómo vivo, cómo vives.

—Cómo me da envidia que ustedes dos puedan beber. —Summer se pasa la mano por la panza—. Esta señorita no me deja hacer nada.

—Es niña —suspiro—. Me encanta. ¿Ya elegiste nombre?

Summer sacude lentamente la cabeza, con la mirada fija en su panza y en nada más.

—Hay demasiadas opciones. No me decido y Whit no me ayuda, me dice que no importa cómo la llamemos, siempre que yo esté contenta.

—¿Mi hermano dijo eso de verdad? —Estoy estupefacta. Lo que más le gusta es salirse con la suya.

—Bueno, sí, después de dejar que se viniera en mi cara. —Summer se tapa la boca con la mano, con los ojos desorbitados mientras la miro boquiabierta—. ¡Dios, lo siento mucho, Sylvie! No debí decir eso en voz alta.

Monty se ríe a carcajadas, agarrándose el estómago. Me temo que vaya a rodar por el suelo si no se cuida.

—Bonita imagen —digo con una mueca—. Odio que acabes de decir eso.

—Esta es la mejor conversación de la historia —jadea Monty entre risas.

—Los odio a los dos —les digo—. Ahora tengo la tentación de hablar de mi vida sexual y asustarlos a ambos.

—¡Cuéntanoslo! —Monty se endereza, dejando de reírse, y apoya la barbilla sobre su puño, estudiándome. Summer imita su posición; los dos están concentrados en mí—. ¿Tiene el pene grande?

Se me calientan las mejillas.

—No voy a compartir eso.

Monty voltea hacia Summer.

—La tiene grande. —Vuelve a enfocarse en mí—. ¿Y sabe cómo usarla?

—Muy bien —digo sin vacilar, dándole a mi público lo que quiere —. Tiene talento con los dedos y la boca también.

—De ensueño. —Suspira Monty—. Eres una chica afortunada, Sylvie.

—Lo sé. Creo que todos lo somos. —Summer y Monty asienten. Son felices, despreocupados, y yo también lo soy. Entonces, ¿por qué me invade una constante sensación de temor? Como si todo se fuera a derrumbar en cualquier momento.

—Voy a organizar una pequeña reunión —les anuncio mirándolos a ambos y se animan al oírme—. Algo pequeño. Íntimo. Dentro de dos semanas, el sábado en la tarde.

—Suena divertido —dice Summer.

—Dime que hay un tema —añade Monty.

—Sí. Una fiesta de té.

—¿Fiesta de té? Oh, suena glorioso. Llevaré un traje especial y un sombrero, y también seré tan pretencioso como nunca.

—Entonces vas a ir disfrazado de ti mismo —observa Summer y las dos nos reímos cuando nos hace un gesto con el dedo.

—Celosas. Les gustaría ser tan cultivadas como yo. —Nos mira bajando la nariz y luego vuelve a mí—. Tú quizá estés más cultivada que yo.

—Probablemente sí. —Me encojo de hombros. Toda esa buena educación tiene que servir para algo.

—Me imagino que tendré que superarme. —Me contempla—. ¿Quién más irá a tomar el té?

—Invitaré a otros Lancaster. Algunos primos, a mi hermana, a mi padre y su acompañante del mes. Tú y Whit, por supuesto. —Le anticipo a Summer.

—Por supuesto. —Asiente.

—Unos pocos amigos —añado—, los más íntimos.

—Lo que significa que todos los demás se morirán por una invitación. Mi tipo favorito de fiesta —Monty se frota las manos.

—¿Spencer estará ahí? —pregunta Summer.

—Definitivamente.

—¿Y tu madre? Me encanta la gatita Sylvia, siempre aporta un cierto *je ne sais quoi* a cada ocasión en la que participa —agrega Monty.

Me incomodo ante el uso casual del nombre de mi madre.

—Ella definitivamente no estará.

—Qué pena. —Monty agita una mano—. Nos divertiremos sin ella.

Summer y yo compartimos una mirada. Ella no sabe ni la mitad de lo que me hizo mi madre, pero me entiende. Nunca le he contado nada de eso a Monty, solo conoce las quejas habituales: lo controladora y grosera que es, su tendencia al esnobismo, rasgos que él encuentra admirables. Me pregunto si encontraría admirable el intento de asesinato. Espero que no.

Cuando acabamos de comer, ya son más de las tres. Monty está muy tomado y Summer está lista para tomar una siesta. Yo solo estoy ansiosa por volver a casa y prepararme para la llegada de mi novio del trabajo, un trabajo del que no quiere hablar conmigo, lo cual lo hace más intrigante. Mi reservado Spencer, a quien, sin embargo, no puedo juzgar.

Yo soy igual de reservada, aunque ya no tanto. Fui sincera con él y espero con el tiempo lograr que sea sincero conmigo.

VEINTICUATRO

Sylvie

EL PASADO

Estoy acostada en mi cama, al lado de Spence. Es alto, flacucho e increíblemente cálido. A pesar de la temperatura que irradia, tiemblo y me cubro con las cobijas hasta la barbilla para protegerme del frío, aunque es inútil.

Tengo frío hasta los huesos.

—Oye. —Me rodea con un brazo, su voz soñolienta me ilumina—. Estás temblando.

—Tengo frío —admito, acurrucándome más contra él.

Bien tarde, por la noche, viene a mi habitación en la Preparatoria Lancaster y nos acostamos en mi cama, nos abrazamos y hablamos. Entre besos, claro, no puedo olvidar los besos.

Él intenta que avancemos un poco más y hay una parte de mí que lo desea, que lo desea a él, aunque también está la otra parte de mí, a la que le aterra ir más allá de los besos. Hacerlo significaría que nos estamos acercando, y cuando te acercas a alguien, no debería haber secretos.

Yo tengo un montón de secretos y cada uno haría que se aleje corriendo de mí; no lo culparía, por eso me los guardo para mí y no dejaré que lleve más lejos lo que tenemos. Me da miedo.

Él me da miedo.

No, mis sentimientos por Spencer me dan miedo. Nunca he querido a alguien más allá de mi familia, y la mayoría de las veces, apenas puedo tolerarlos.

—Parte de tu problema es que estás demasiado delgada —me reprende, haciéndome sentir fatal—. No estás comiendo, ¿verdad?

Me aferro a él y cierro los ojos cuando me envuelve entre sus brazos.

—Nunca tengo hambre.

—¿Le has contado eso al médico? —Sabe todo sobre mis visitas al médico con mi madre, aunque no creo que se dé cuenta de cuántas veces voy, o a cuántos médicos veo.

—Sí —miento, con la voz amortiguada contra la sólida pared que es su pecho. Cada parte de Spencer lo es, tan real y arraigante. No hay nadie más que me haga sentir segura. Ni una sola persona en todo el mundo que no sea Spence.

—Estoy preocupado por ti. —Me pasa los dedos por el cabello y percibo la preocupación en su voz. Me quiere, probablemente demasiado.

No importa. Tomaré hasta la más mínima pizca de preocupación y sentimientos que tenga por mí y los saborearé por siempre. No estoy segura de cuánto tiempo más estaré en este mundo, y temo que estos momentos se estén agotando: pronto me habré ido.

Y Spencer seguirá adelante. Esta idea es demasiado dolorosa para pensar en ella, así es que me la saco de la cabeza.

—¿Puedo confesarte algo? —le pregunto en voz baja, rompiendo en el silencio en la habitación.

Él gira nuestros cuerpos para que estemos acostados de lado, uno frente al otro.

—Dime.

Respiro hondo, deseando poder desvelar todos mis verdaderos secretos: «Mi madre me odia, me controla. Estoy casi segura de que intenta matarme», pienso, aunque no lo digo. En su lugar, menciono otra cosa, algo vano y esperado de la huidiza e imprudente Sylvie Lancaster.

—Cuando me case, quiero usar un vestido rojo.

Puedo sentir su sonrisa. Eso es lo que más me gusta de Spence; cuando está contento, se lo hace saber a todo el mundo, no esconde sus emociones, como yo.

—No creo que tu madre lo apruebe.

—De eso se trata. —Levanto la cabeza para mirar sus oscuros ojos—. Me vestiría de rojo para hacerla enojar.

—¿Qué tal negro? —Alza una ceja.

Niego con la cabeza.

—Ella sí esperaría eso. Probablemente incluso fingiría que le gusta, ¿pero el rojo? Lo odiaría. Es uno de sus colores menos favoritos.

—Nunca te he visto de rojo.

—A causa de mi madre.

—¿Ella controla lo que te pones?

«Ella controla cada aspecto de mi vida», pienso aunque no se lo digo.

—Un día encontré una foto en internet. Una hermosa mujer rubia sentada en una silla rodeada por un grupo de hombres elegantes vestidos de etiqueta. Abrigos, sombreros de copa y corbatas plateadas. Ella vestía un precioso vestido rojo y un velo del mismo color. Llevaba rosas rojas en el cabello y hiedra verde, ¡Dios! Era impresionante. —Aprieto los labios para callarme. Estoy divagando y a él no le importa, no le importan temas como este, especialmente los relacionados con las bodas. Él tiene dieciséis, yo quince, y nunca nos casaremos. Ni siquiera creo llegar a los veinte.

—¿Quién era la mujer? —me pregunta después de que permanezco callada durante al menos un minuto—. ¿Se va a casar?

—Una mujer británica que se casó con una estrella del pop a mediados de los ochenta. En realidad no importa quién era, es solo que… ese vestido. Algún día me casaré y usaré una réplica de ese vestido —digo con fiereza.

—¿Incluso aunque tu madre lo odie?

—Especialmente si lo odia.

Sus dedos se deslizan bajo mi barbilla, inclinando mi cara hacia arriba para que su boca pueda posarse sobre la mía. El beso me roba el aliento, no por su intensidad, aunque es inconfundiblemente delicioso. Hay emoción en él, una profundidad que no creo haber sentido antes; su beso es como una marca, una huella en mi alma,

dramática, perfecta, dulce y maravillosa. Podría morir feliz después de un beso así.

Spencer se aleja primero, lentamente, casi contra su voluntad. Me toca la comisura de los labios, me roza suavemente la piel con el pulgar, y cuando abro los ojos me encuentro con que me observa con esa mirada oscura y ardiente. Somos jóvenes. Sé que lo somos, pero siento tanto cuando me mira así. Como si yo fuera todo para él.

—Si nos casáramos, me gustaría que llevaras un vestido rojo.

Me río, necesito romper la seriedad de la conversación.

—No vamos a casarnos.

Se queda callado.

—Estaré muerta antes de graduarme.

Su pulgar me presiona la comisura de los labios, callándome.

—Deja de decir tonterías como esa. No te estás muriendo, Syl.

—Cree lo que tú quieras. —Yo sé la verdad, es lo que quiero añadir, pero no lo hago.

—Todos nos vamos a morir, pero falta mucho para eso. Apenas tienes quince años.

—Y aquí estás tú, acostado en la cama conmigo, intentando manosearme. —Estoy bromeando, desesperada por cambiar el curso de nuestra conversación.

Su boca se tuerce en una sonrisa.

—Te gusta.

—Demasiado —Acepto, inclinándome hacia él, con mi boca sobre la suya, pero me pone la mano en el hombro y me detiene.

—Solo no hables de la muerte todo el tiempo. Me asustas —dice con voz suave.

Lo miro fijamente, odiando que quiera quitarme eso que es lo único que me ayuda a superarlo. No le doy importancia a mi situación, o bromeo sobre ello, o me ahogo en mis preocupaciones cada vez que estoy sola, y lo estoy a menudo.

—No te estás muriendo —continúa, repitiéndose—. Yo sé que no. Los médicos averiguarán qué tienes y solucionarán el problema. Tu madre está haciendo todo lo que puede.

Quiero reírme. Hace todo lo que puede, es verdad, para matarme.

Se acabaron las risas, las discusiones y las protestas. En lugar de eso, lo beso, ahogándome en su sabor, en el roce de su lengua, en la sensación de sus manos deslizándose por mi cuerpo. Me pierdo en él, sabiendo que pronto me encontraré a mí misma.

Y volveré a sentirme miserable.

VEINTICINCO

Spencer

—Está muy… —Observo la terraza de mi departamento, sin palabras para describir lo mucho que Sylvie ha transformado el espacio.

—¿Femenino? ¿Elegante? —pregunta Sylvie, esperanzada.

—Rosa —digo sin convicción, ganándome una mirada de exasperación de mi… ¿Novia? ¿Es así como debería llamar a Sylvie? Me parece demasiado informal, demasiado simple. Ella no es solo mi novia, es la mujer que amo, la mujer a la que quiero proteger de todos los demás en el mundo, aunque ya no está tan desesperada como cuando era adolescente. Sin embargo, dudo, ¿alguna vez estuvo desesperada? ¿O todo era una actuación?

—Rosa y hermosa. —Recorre la terraza y sus ojos se iluminan de placer. Hay una larga mesa en el centro del espacio, puesta a la perfección con delicados platos florales, tazas de té y platillos que hacen juego. El centro de la mesa está decorado con exuberantes flores y cada plato está cubierto con una cinta de terciopelo rosa con el nombre de un invitado. Hay otra mesa a un lado, repleta de postres demasiado bonitos para comérselos, y hay una barra improvisada cerca del balcón, donde dos hombres catalogan los licores que trajeron.

—Creía que era una fiesta de té —digo mientras poso la mirada en la barra.

—Con alcohol, por supuesto. —Me lanza una mirada—. Monty no vendría a menos que le prometiera que habría alcohol.

—¿Es una idea prudente? —Levanto las cejas.

—Es una fiesta pequeña. Casi no invité a nadie, no quiero problemas. Solo mis amigos y la familia que quiero. Nadie más.

—¿Viene tu padre?

Sylvie asiente.

—No podía no invitarlo.

—No invitaste a tu madre —señalo.

—No necesito otro intento de asesinato que arruine el ambiente. —Su sonrisa es ligera y despreocupada, pero sus ojos se vuelven oscuros, turbulentos.

—Mientras tu padre no sea un problema. —La tomo de la mano y la pongo de pie para ver lo que lleva puesto. El vestido es largo, con un estampado floral. Me recuerda al que llevó a la boda de Whit, aunque este es más ligero, más vaporoso. Se ciñe en la cintura, haciéndola parecer muy pequeña, diminuta. Lleva el pelo recogido, mostrando su elegante cuello, y una sencilla cadena de oro alrededor, sin más joyas. Tiene los labios pintados de un rosa claro que combina con el tono de su vestido y su piel resplandece de salud. El sol que la baña de luz dorada, marca sus afilados pómulos. Una Lancaster de pies a cabeza; hermosa, majestuosa y toda mía. De repente me dan ganas de arrodillarme y pedirle que se case conmigo, pero no tengo un anillo. No tengo nada que ofrecerle excepto a mí mismo y mi amor. Y mi nombre. No quiero que siga siendo una Lancaster, quiero que sea una Donato, como yo. Más que eso, quiero que me pertenezca para poder decirle al mundo que esta hermosa mujer es toda mía.

—No va a ser un problema —dice, la dulzura de su voz me confunde por un momento.

Ah, claro. Está hablando de su padre.

—Él tampoco quiere tener nada que ver con ella, como yo —continúa mientras se desliza por la terraza, se detiene en el sofá exterior y acojina las almohadas, ya mullidas—. ¿Crees que se ve bien aquí fuera?

Me dirijo a ella.

—Se ve precioso. —Le rodeo la cintura con mis brazos y la atraigo hacia mí, presionando brevemente mi boca contra la suya—. Casi tan hermoso como tú.

Sus mejillas se sonrojan y me empuja suavemente.

—Los halagos te abrirán todas las puertas.

—Solo digo la verdad.

Clava la mirada en mí y nos miramos fijamente durante un largo y denso momento, las emociones se arremolinan entre nosotros.

—Siento que esto es una especie de presentación en sociedad.

—¿Para ti? Nunca seguiste el camino de la sociedad.

Niega lentamente con la cabeza.

—Era un desastre a punto de explotar. Mi madre de ninguna manera me habría presentado en sociedad.

Su expresión es de dolor y sé que es porque mencionó a su madre. Odio que esa mujer aparezca siempre en las conversaciones. Sylvie no tiene ni idea, pero investigué a fondo a Sylvia Lancaster y la mayor parte de lo que he descubierto solo me hace odiar más a esa mujer. Es una pesadilla. No me extraña que Augustus tuviera múltiples aventuras. Sí, es un mujeriego, pero solo intentaba escapar de las garras de Sylvia. Es como si todos en su familia inmediata hicieran exactamente eso. Whit la desafiaba cada vez que podía. Carolina huyó cuando era muy chica. Solo Sylvie se quedó, y creo que fue porque creía que no tenía otra opción.

—La fiesta empieza en cuánto… ¿treinta minutos? —pregunto, sacando mi teléfono del bolsillo del pantalón—. Digamos, veinte.

—Ay, Dios. —Comienza a correr alrededor, con movimientos frenéticos—. Tengo que ir a hablar con el *catering*.

Entra al departamento antes de que pueda decirle algo más y se dirige a la cocina. La sigo, abro la puerta cuando oigo que tocan y me encuentro con Whit y Summer, que lleva un vestido rosa parecido al de Sylvie.

—¿Había un código de vestimenta? —pregunto mientras entran al departamento.

—Nos pidió que nos vistiéramos de rosa. —Summer señala a su marido—. Él no siguió las órdenes.

—Nunca lo hago. ¿Qué tiene de divertido? —Se desabrocha el botón del saco, dejando al descubierto su prístina camisa blanca—. ¿Y tu traje?

Llevo una playera polo y jeans.

—Estaba ayudando en la organización.

Whit entorna los ojos.

—Será mejor que te cambies.

—Y tenemos que usar traje un sábado, ¿por qué? —Sacudo la cabeza, aunque definitivamente voy a complacer a mi mujer. Si nos quiere de traje y a las mujeres arregladas, eso es lo que tendrá.

—¡Porque es divertido! —me grita Summer mientras me dirijo al dormitorio, y puedo oír que Whit murmura algo grosero.

Cuando termino de ponerme el atuendo adecuado para una fiesta de té, ya llegó más gente. La terraza está llena y veo a Monty en la barra, vistiendo un traje de terciopelo rosa y con el tipo alto que acompañó a Sylvie a la boda de Whit y Summer a su lado.

Salgo y me dirijo directamente a Monty y Cliff, saludando con la cabeza y sonriendo a la gente a mi paso. Observo que Sylvie es la reina de la corte, sentada en una silla con una delicada sombrilla para protegerse del cálido sol.

—Spencer Donato, ¿acaso no eres una delicia?

Dirijo la mirada a Monty y todo el terciopelo rosa que viste.

—No, tú sí eres un espectáculo.

Recibe su bebida del mesero enroscando su brazo en el de Cliff.

—¿Ya conoces a mi acompañante?

—No formalmente. —Extiendo la mano en dirección a Cliff—. Spencer Donato, encantado de conocerte.

—Cliff Von Worth. —Me da la mano, y Monty sonríe durante toda la interacción—. Nuestro último encuentro no fue… agradable.

—Cuenta —lo anima Monty.

—Yo creía que estaba con Sylvie. —Suelto la mano de Cliff, avergonzado por admitir mi suposición.

—Qué hilarante —gime Monty—. Sylvie no es su tipo.

—Ahora lo sé. ¿Son pareja? —Los miro cuestionadoramente.

—Más o menos —dice Monty al mismo tiempo que Cliff responde «Sí».

Conversamos unos minutos más y la tensión aumenta entre ellos hasta que me disculpo, y les doy un poco de intimidad para que tengan una discusión de amantes. El drama nunca se detiene y me alegro de no estar involucrado en él esta vez.

Me detengo a hablar con Crew Lancaster y su prometida Wren. Es unos años más joven que nosotros y uno de los Lancaster más decentes que hay. Su prometida es preciosa; tiene cabello oscuro y ojos verdes, y no para de lanzar miradas de adoración hacia Crew.

—¡Mis dos favoritos! —exclama Sylvie, apareciendo a mi lado antes de darles un abrazo a cada uno—. ¿Dónde está tu hermana?

—Fuera del país, con su marido —responde Crew, pasando el brazo por el hombro de Wren. Ella también lleva un bonito vestido rosa, aunque el suyo no es de estampado floral. Es de cuadros rosas y blancos con un profundo escote en V.

—¿Conocen a mi novio? —Sylvie se apoya en mí, su sonrisa es tan resplandeciente que casi me deja ciego—. No tenía ni idea de que se conocieran.

—Tu novio, ¿eh? —Crew alza las cejas—. Me alegra verte tan contenta, Sylvie.

—Gracias —dice ella con voz tímida—. Por una vez, ¿verdad?

Augustus Lancaster elige ese momento para llegar y es como si su presencia absorbiera todo el oxígeno, atrayendo toda la atención hacia él. No es necesariamente algo malo, es solo que este hombre sabe cómo dominar una sala; espera que todos lo miren en todo momento.

Pronto lo rodea una multitud, aunque Sylvie permanece a su lado con una mirada de admiración mientras él cuenta algo. Carolina está del otro lado, aparentemente aburrida. Yo me quedo a un lado con Whit y Crew, y los tres observamos a las mujeres que revolotean alrededor de Augustus, con una mueca de desprecio en los rostros de mis dos acompañantes.

—¿Estás molesto? —le pregunto a mi mejor amigo.

Whit deja escapar un suspiro.

—Siempre hace lo mismo. Se deleita con la atención femenina.

—Todos los Lancaster parecen hacerlo —añade Crew.

—Cierto —asiente Whit—. Incluso a mis hermanas les gusta. Bueno, parece que Carolina quiere tomar una siesta.

—A mí solo me gusta una mujer en particular —dice Crew con la mirada fija en Wren y los labios entreabiertos.

¿Yo me veo así cuando miro a Sylvie? ¿Como un tonto hambriento de amor? Dios, espero que no, aunque es probable que sí, pues es como me siento cuando me sorprendo mirándola demasiado tiempo, como si ella fuera lo único que me importa, y así es. Es una distracción, una que no creí que valiera la pena en un momento dado, pero ahora lo puedo admitir… No sé cómo voy a vivir sin ella si algún día decide dejarme, porque sé que yo no voy a ir a ninguna parte. Esta mujer es parte de mí y no puedo renunciar a ella, ni ahora ni nunca.

Después de que Augustus entretiene a todos con una historia tras otra, llega la hora de comer. Nos sentamos todos a la mesa extralarga, yo a la derecha de Sylvie y Whit justo enfrente. La comida está deliciosa y el alcohol corre a raudales. Mi mirada no deja de posarse en Sylvie, embelesado por lo feliz que parece mientras se ríe de algo con Carolina. Mi chica está completamente en su elemento, riendo y hablando sin parar.

Creo que nunca la había visto tan… viva. Tan hermosa, resplandeciente y efervescente. Estaba cerca cuando fui a buscarla en California, cuando estaba sola, encontrándose, volviendo a sí misma.

En un momento, su mirada se cruza con la mía y se inclina hacia mí, murmurando en voz baja.

—¿Está todo bien?

—Todo es perfecto —le respondo sin vacilar, dándole un rápido beso en la mejilla—. Creo que tu fiesta de té es un éxito rotundo.

Parece complacida mientras se aparta lentamente.

—Gracias. Creo que todo el mundo se la está pasando bien.

—Y tú te ves preciosa. —La beso otra vez, porque puedo, justo en los labios, y sus mejillas se sonrojan de placer.

—Gracias por dejarme hacer la fiesta aquí —murmura.

—Te daré todo lo que quieras. —Le toco la mejilla, recorriendo su suave piel con mis dedos—. Solo tienes que pedírmelo.

Sylvie me mira fijamente mientras la fiesta se desarrolla a nuestro alrededor, con conversaciones y risas, aunque por un momento nos perdemos en nuestro pequeño mundo, observándonos. No dejo que

mi mirada se desvíe porque quiero que sepa lo serio que soy, que de verdad creo lo que digo.

Le daré lo que quiera, cuando quiera.

—Spencer —susurra, tragando con dificultad—, te a…

—¡Bueno, bueno, miren esto! —chilla una voz familiar desde la puerta de la terraza.

Las dos volteamos y vemos a Sylvia Lancaster con un traje rosa brillante, con la mirada fija en Sylvie y una furia apenas contenida.

Me invaden el terror y la ira, y me pongo de pie con las manos empuñadas a los lados.

—¿Qué hace aquí? —pregunto con un tono mortalmente tranquilo.

Sylvia apenas me presta atención.

—Vine a ver a mi familia. Creo que tengo todo el derecho de estar aquí.

—Ahora sí empieza la fiesta —oigo que dice Monty con tono jocoso, y lo veo por encima del hombro, con una mirada feroz, y parpadea para luego recargarse en su silla, cerrando los labios.

Si él invitó a Sylvia, me las va a pagar. Se lo garantizo.

VEINTISÉIS

Sylvie

El corazón me late muy rápido cuando veo a mi madre en la terraza como si perteneciera a este lugar, vestida con uno de sus preciosos trajes rosas de *tweed* de Chanel. Hace calor y estoy sudando, pero mi madre no tiene ni una gota de sudor en la cara. Su maquillaje es perfecto, su pelo está peinado al estilo estándar de Sylvia Lancaster. El severo corte recto rubio que parece un arma cuando mueve la cabeza; afilado y cortante, como sus palabras.

Miro alrededor de la mesa, las expresiones de asombro en los rostros de mis amigos y familiares, y me pregunto cuál de ellos me traicionó. Se me parte el corazón cuando lo pienso.

Mi madre sale a la terraza y posa con suavidad una mano sobre el brazo de un mesero.

—¿Puede poner un lugar extra en la mesa para mí, joven?

—Por supuesto. —Asiente obedientemente y se dirige a la casa, cerrando la puerta tras de sí. Hace unos momentos estábamos hablando, riéndonos. Ahora hay un silencio sepulcral, todos se lanzan miradas secretas, el ambiente se vuelve cada vez más incómodo cuanto más tiempo pasa sin que nadie diga nada.

Enderezo la columna, me acerco a mi madre, le rodeo el codo con los dedos y la conduzco hacia la puerta.

—Hablemos adentro.

Antes de que pueda decir algo, la arrastro al departamento y cierro la puerta detrás de las dos. Mi mirada se encuentra con la de Spencer, que nos observa con expresión impasible, aunque noto la furia en su mirada.

Ese hombre irrumpirá aquí y me salvará si tiene que hacerlo. Lo único que tengo que hacer es darle una señal.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto, soltando su brazo inmediatamente. No quiero tener ninguna relación con ella y no puedo creer que se apareciera en el departamento de Spencer, en un lugar al que no estaba invitada. Qué mala educación, va en contra de todos los sermones de decoro que nos daba cuando éramos niñas.

Ella resopla, acomodando el dobladillo de su saco, enderezándolo.

—Toda mi familia está aquí, pero de alguna manera mi invitación se perdió en el correo.

Decido ser sincera.

—No fuiste invitada.

Entreabre los labios y exhala suavemente.

—Los Lancaster siempre estamos todos presentes en los acontecimientos familiares, en las vacaciones. Tu padre y yo nos aseguramos de que así fuera incluso una vez iniciado el proceso de divorcio. Puede que ya no queramos estar juntos, pero seguimos queriendo ser una familia.

—Yo no quiero que tú y yo seamos una familia —le digo. Ella se estremece perceptiblemente y una parte de mí, en el fondo, se siente terrible por decir tal cosa, aunque necesita oír la verdad y debe escucharla de mí—. Cómo podría quererlo después de todo lo que me has hecho pasar.

—Amor, esa debería ser razón suficiente para que nos acerquemos. —Da un paso al frente y es mi turno de estremecerme —. Hemos pasado por tantas cosas juntas y míranos, salimos vivas, prosperamos.

—No fue gracias a ti —le respondo. Miro al mesero que pasa junto a nosotras con un servicio de mesa en las manos—. No se moleste. No va a comer.

El hombre se detiene y su mirada se desliza entre mi madre y yo.

—Eh…

—Acomódelo —dice mi madre con firmeza—. Me quedaré.

—No lo harás —le respondo—. Tienes que irte.

—¡Sylvie! No seas ridícula. Me quedo —recalca—. Vaya a poner la mesa.

Mi madre le hace un gesto con la mano y él se marcha, seguramente asustado por nuestra lucha de poder. No lo culpo, pues yo también estoy asustada, estoy temblando y tengo el estómago revuelto, amenazando con devolver la deliciosa cena que acabo de comer.

Tomo una respiración profunda y fortalecedora, y volteo de nuevo hacia mi madre, odiando la expresión triunfante en su rostro. Cree que me tiene acorralada, que me rendiré ante ella como siempre.

—No puedes presentarte en un lugar en el que no estás invitada. Sabes que no debes hacerlo. —Dios, sueno igual que ella, pero es la verdad—. Ya no tenemos una relación, madre. No quiero estar cerca de ti.

Parpadea, conmocionada.

—¿Por qué no?

¿Tan inconsciente es? ¿Tan delirante?

Miro a mi alrededor antes de hablar, bajando la voz.

—Porque me lastimaste.

Se apoya una mano en el pecho, escandalizada.

—Yo jamás hice algo parecido. Nunca te lastimaría, eres mi hija. Tus problemas de salud fueron provocados por… la histeria. Por suerte, no estabas tan enferma como creíamos. ¿Fui un poco sobreprotectora en mi búsqueda por curarte? Probablemente, pero no veo cómo alguien puede culparme por querer que mi hija esté bien.

Sí. Está completamente delirante. Está claro.

—La última vez que estuvimos juntas, me desperté contigo sujetándome la cabeza con una almohada —le recuerdo en un susurro—. Intentabas asfixiarme.

—Para nada. Estaba viendo cómo estabas porque sabía lo angustiada que te sentías. Llevé una almohada para ponerte cómoda —dice, cambiando la narración—. El momento por el que estabas pasando era muy duro, después de la muerte de Earl. Quería estar a tu lado.

—Por favor, por la razón que fuera, intentabas acabar conmigo. Siempre has intentado acabar conmigo, desde que era niña; como mínimo, intentaste controlarme, asfixiándome con tu enfermiza atención, cuando todo lo que yo quería era que alguien más se fijara en mí, especialmente mi padre. Cualquiera, en realidad.

Su expresión es sombría.

—Es increíble lo parecidas que somos.

Me estremezco ante sus palabras. Odio oírla decir eso.

—No nos parecemos en nada. Para empezar, yo no intentaría destruir a la gente que quiero.

—Ay, mi amor. —Chasquea la lengua—. Mira lo que le has hecho a Spencer durante años.

Me inunda la rabia y siento que la cabeza me va a estallar.

—Mantén su nombre fuera de tu boca.

Suspira y niega lentamente la cabeza.

—¿Por qué siempre dices lo peor de mí, cuando yo solo quería lo mejor para ti? Eras una niña enfermiza, ¿no te acuerdas?

—Solo porque tú me enfermaste. No tenía nada mal, todo surgió de la nada; las visitas a urgencias en mitad de la noche, las interminables consultas y los estudios. Recuerdo que pensaba que disfrutabas diciéndoles a los médicos qué me pasaba, y cómo luchabas por mi bienestar como si fueras una especie de santa. Siempre decías que eras mi mayor defensora.

Su pecho parece hincharse de orgullo.

—Pero fuiste mi mayor perjuicio —añado.

Se desinfla como un globo ante mis palabras.

—No puedo estar cerca de ti —le digo en voz baja. Estoy triste. No sé cuántas veces tendré que decírselo. ¿Cuándo lo entenderá por fin?—. Si no dejas de venir sin invitación, tendré que ponerte una orden de restricción.

—No lo harías —dice jadeante.

—Lo haría. —Asiento y, al mirar por encima del hombro, veo que Spencer sigue observándonos al otro lado del ventanal. En cuanto nuestras miradas se cruzan, se dirige hacia la puerta. Camina al interior del departamento hasta situarse a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunta con voz firme y la mirada fija en mi madre.

—Es un asunto familiar privado—empieza mi mamá, pero la interrumpo.

—Quiero que esté aquí. Lo considero parte de mi familia.

Ella aprieta los labios, contemplándonos a los dos, y su labio superior se tuerce en una ligera mueca de desprecio.

—¿Es así ahora? ¿Están juntos?

Spencer me pasa el brazo sobre los hombros y casi me dan ganas de desmayarme de alivio por su cercanía.

—Así es —confirma.

La mirada de mi madre es fúrica cuando se posa en mí.

—¿Tu padre te convenció de esto?

—¿Por qué mi papá tendría algo que ver en mi relación con Spencer? —Estoy incrédula.

—Sabe lo que pienso del chico Donato. —Habla de Spencer como si no estuviera delante de ella—. Nunca aprobé que ustedes dos pasaran tiempo juntos. Tampoco me gustaba lo cerca que estaba de tu hermano.

—Yo en su lugar tendría cuidado con lo que dice —le advierte Spence, con tono cortante—. Está en mi casa.

—Una casa pagada con dinero de la mafia. —Mi madre dirige su ira contra Spence—. Tu padre es un criminal y supongo que tú también.

—Fuera —dice Spencer apretando los dientes, con las fosas nasales expandidas—. Salga de mi casa ahora mismo, antes de que pida que la escolten.

—¿Uno de tus matones? Qué encantador. —Mi madre levanta la barbilla, devolviendo su atención a mí—. Cuando por fin te hartes de su estilo de vida criminal, estoy segura de que volverás conmigo llorando, rogándome que te acoja, pero no lo haré. Necesitas aprender una lección: la única que siempre ha estado para ti soy yo. Ni tu padre, ni tu hermano, ni tu hermana, y desde luego que tampoco este hombre, quien probablemente rompe rodillas para ganarse la vida. Solo yo soy la única que te ama de verdad.

La miro, visiblemente temblorosa. Gracias a Dios, Spence sigue rodeándome los hombros con el brazo, estabilizándome.

—Cállate —susurro.

Mis palabras solo parecen incitarla a hablar aún más.

—No puedes estar sola, Sylvie. Nunca has podido. Necesitas a alguien que te oriente, que te cuide. Eres una criaturita patética que no puede valerse por sí misma, y yo quiero ayudarte, de verdad que lo quiero, pero es terriblemente difícil ayudar a quien no puede ayudarse a sí mismo. —Con un pequeño suspiro, niega con la cabeza y se da la vuelta, dirigiéndose a la puerta—. No necesito que me acompañen afuera, espero que recapacites pronto, antes de que sea demasiado tarde.

La puerta se cierra unos segundos después y todo mi cuerpo parece convertirse en líquido mientras me inclino hacia Spencer. Me lleva a su habitación, cierra la puerta y yo lloro sobre su camisa. Me abraza y me pasa la mano por la espalda en un gesto consolador, murmurando palabras reconfortantes que apenas puedo oír.

Odio que haya dicho todas esas cosas crueles. ¿Y lo peor? Odio creer que lo que dijo es verdad; tal vez no pueda estar sola. Soy una criatura patética que necesita orientación, ayuda. Ella me hizo así, me educó para no creer en mí misma, para pensar que ella es la única que puede cuidarme y la odio por eso. La odio tanto.

—Averiguamos cómo se enteró de tu fiesta —dice Spencer en medio de mi llanto.

Me alejo de él para poder mirarlo a la cara.

—¿Cómo?

Me preparo para oír quién me traicionó contándoselo a mi madre.

—Por las redes sociales. Cliff publicó una historia en Instagram y te etiquetó. Tu padre también. —Spencer hace un gesto de dolor—. Ambos se sienten fatal.

—¿Cómo sabía que la fiesta la organizamos nosotros? —Me limpio los ojos, tratando de s algunas lágrimas perdidas.

—Cliff te etiquetó y puso su ubicación. En el video que publicó tu papá nos vemos todos al fondo. Tú y yo. Carolina. Whit y Summer.

Aprieto la frente contra su pecho y cierro los ojos.

—Me ha estado monitoreando en las redes sociales, entonces.

—Lo hace con todo el mundo, al parecer —coincide, justo cuando desliza sus dedos bajo mi barbilla para levantarme la cara y pedirme que lo mire—. Nadie le habló de la fiesta, solo hizo sus propias deducciones.

—Me preocupaba que alguien le hubiera enterado —admito—. Pensé que tal vez Monty querría crear un poco de caos, sin saber lo mal que están las cosas entre mi madre y yo.

—No hizo nada, aunque admitió que se emocionó un poco cuando tu madre apareció. No estaba al tanto de que tu relación con ella estuviera básicamente destruida. Nadie le contó la verdadera razón —me tranquiliza Spencer.

—No quiero que se sepa. Los chismes serían insoportables.

Su mandíbula se tensa y me doy cuenta de que está apretando los dientes.

—¿Por qué la proteges? Intentó matarte, Sylvie. Tú misma me lo dijiste.

—Son suposiciones mías. No lo sé de hecho —respondo.

—No caigas en sus mentiras. Intenta convencerte de que tus suposiciones son erróneas, cuando no lo son. Deberías intentar ver a alguno de esos médicos a los que te llevaba; estudia tus expedientes médicos. Tienes todo el derecho a pedir ver el historial médico de cuando eras niña.

—Visité a tantos médicos y especialistas, y fui a tantas clínicas en el estado, en el país. Incluso fuimos a algunos lugares en el extranjero y ni uno solo sabía lo que me pasaba. Estoy segura de que mis registros están llenos de una lista interminable de síntomas y ninguna solución.

—No te rindas. —Me toma por los hombros, dándome una suave sacudida—. Te mereces saber lo que te hizo.

—Sus malas acciones no están documentadas, Spence. Mi madre no es estúpida. —Agacho la cabeza y me miro las sandalias. Son de color piel, con tiras, y tengo las uñas pintadas del mismo tono rosa de mi vestido. Planeé y pensé tanto en esta tarde, y la aparición de mi madre lo echó todo a perder.

Si no soy yo quien arruina las cosas, es ella.

—Quizá deberías ponerle una orden de restricción —dice Spencer en voz baja.

Levanto la cabeza.

—Eso sería tan… definitivo.

—Tienes que hacer algo. Es una amenaza para ti, Syl. Es como si se excitara haciéndote sentir incómoda. Sabe que te pone nerviosa. —Cierra los labios y exhala por la nariz. Parece enojado por mí, y una parte de mí adora eso—. Odio que te asuste tanto.

—Es más que asustarme —admito—. Ella… me aterra. Incluso cuando estamos con un montón de gente o en medio de una boda con cientos de invitados. Nunca sé lo que va a hacer o decir para devastarme con sus palabras. El hecho de que sea una amenaza física para mí es… horrible. Quiere hacerme daño, Spence.

Las últimas palabras salen en un susurro áspero y se me cierra la garganta. Saber que no puedes confiar en la mujer que te trajo al mundo es agonizante, desgarrador.

—No puedes volver a estar a solas con ella —dice con vehemencia.

No puedo evitar sonreír.

—No te preocupes. Intento por todos los medios no estar cerca de ella.

—Sin embargo, sigue apareciéndose. —Sacude la cabeza—. Si vuelve a poner un pie aquí, llamaré a la policía.

—¿Llamarías a la policía por mí, a pesar de lo que… haces? —Me refiero a lo de la mafia. Los negocios de su padre. El dinero manchado de sangre, mi mamá acusándolo de ser un criminal. Todo el mundo habla de ello, pero yo no lo veo y quisiera hacerlo.

—Haría cualquier cosa para alejarla de ti. —Me abraza, tan fuerte que es como si no pudiera respirar.

—A veces me gustaría que simplemente… desapareciera —admito, apoyando la mejilla contra la solapa de su saco.

Se queda callado un momento antes de hablar.

—Eso se puede arreglar.

No respondo, no sé si habla en serio o no, pero… estoy pensando que podría ser.

VEINTISIETE

Sylvie

Después de que Spencer me tranquiliza, salimos al salón y nos encontramos a todos esperándonos, con expresiones sombrías y, la mayoría, con trago en mano. Ha sido una tarde estresante, no solo para mí, también para ellos, y me siento fatal.

Carolina me saluda primero y me abraza.

—¿Estás bien? —me murmura al oído.

Asiento, apretándola antes de soltarla.

—Ella… me inquieta.

—A mí también —susurra.

—El eufemismo del siglo —dice Monty antes de darle un trago a su bebida, como si lo necesitara—. No tenía idea de que las cosas fueran tan horribles entre ustedes dos.

—Perdón por haber publicado tu fiesta en las redes sociales —dice Cliff, aparentemente arrepentido. Apenas puede mirarme a los ojos y me acerco a él, dándole un rápido abrazo en señal de perdón.

No es que haya algo que perdonarle. Él no sabía que sus mensajes provocarían una tormenta.

—Yo también publiqué algo, y lo siento mucho, Syl-bichito. No quería causar problemas. —De repente, mi padre está delante de mí y me abraza con fuerza. No recuerdo la última vez que lo hizo y debo admitir que… es bonito.

—Está bien, papi. —Hacía mucho que no me llamaba con ese apodo. Mi mamá siempre lo odió, pero yo no. Me encantaba.

Mi padre se aparta y me sonríe mientras me acaricia la mejilla. Me apoyo en su palma y le sonrío también. Algo tácito pasa entre nosotros, como si me hubiera pedido perdón y yo se lo hubiera dado.

—Deberíamos ir a cenar juntos pronto —propone, levantando la cabeza para poder ver la terraza completa—. Todos juntos.

Se refiere a todos sus hijos.

—Llama a mi asistente y fija una hora —dice Whit bruscamente y yo pongo los ojos en blanco viendo a mi padre; una respuesta típica de Whit. Sin embargo, tengo que apreciar su coherencia.

Spencer no se separa de mí mientras nuestros invitados se van marchando uno por uno. Nos quedamos junto a la puerta, agradeciendo a todos su presencia a medida que salen. Intento disculparme por lo ocurrido, pero ninguno quiere oírme.

—No es culpa tuya —me dice Summer, sin apartar su mirada sincera de la mía—. Los invitados no deseados siempre encuentran la forma de arruinar la fiesta.

Eso me hace reír. Pero solo un minuto. Todavía estoy muy conmocionada por lo que pasó con mi madre. ¡Cómo me inquieta su mera presencia! Ahora tiene otro tipo de poder sobre mí y lo destesto.

Una vez que todos se han ido y el personal del *catering* se marcha, Spencer me lleva al enorme baño de su habitación y prácticamente me exige que tome un baño. Incluso abre la llave del agua y añade sales aromáticas. Dejo que se ocupe de mí y apenas me muevo cuando me desabrocha el vestido; levanto los brazos para quitármelo cuando me lo pide. Al estar de pie frente a él, solo con unas bragas de encaje rosa pálido, con la mirada perdida, me planta un beso sonoro que me saca de mi estupor.

—Todo va a estar bien —murmura en mi oreja—. Te lo prometo.

Lo veo marcharse y, en el momento en que se cierra la puerta, me siento tan increíblemente sola que estoy tentada a llamarlo para que vuelva, desnudarlo y hacer que se bañe conmigo, aunque haríamos más que eso. No podemos estar cerca el uno del otro, desnudos, sin que cojamos. Me sorprende que tuviera tanta fuerza de voluntad y se alejara de mí cuando básicamente estaba desnuda.

Nunca lo había hecho.

Hago un recorrido visual del enorme baño y miro mi teléfono sobre la elegante barra de mármol. Lo tomo, veo las notificaciones

en la pantalla y presiono la de iMessage: tengo un mensaje de mi madre.

> Te extraño tanto. Desearía que no me apartaras de ti. Que tu perro guardián me esté vigilando no funcionará para siempre. Nada puede separarnos, amor. Soy tan parte de ti como tú de mí.

Sus palabras me producen un escalofrío, su tono ominoso. De pronto, mi teléfono vibra al recibirlo otro mensaje y me sobresalto.

> Me duele ver a mi familia reunida sin mí. No sé qué más hacer para arreglar tu problema conmigo. Ya te pedí perdón. ¿Qué más quieres?

Levanto la vista, veo mi reflejo en el espejo y, lentamente, dejo caer los brazos a los lados, fascinada por lo que veo. Una mujer de tamaño normal, promedio en realidad; no desgarbada, enfermiza y rara, como solía ser. No pálida, demacrada y apenas capaz de mantenerme en pie. Con los pulmones y la cabeza despejados, las mejillas sonrosadas y pelo rubio, sedoso, cuando antes era quebradizo. Ojos azules, claros, cuando antes se percibían nublados y enrojecidos.

Levanto la barbilla y doy un paso más hacia la barra, apoyando las manos en el mármol. Érase una vez una niñita tímida que se asustaba con su propia sombra, que fingía estar bien, cuando sentía completamente lo contrario. Una niña que escuchaba cada palabra que su madre le decía, y le creía, que luego se volvió en contra de su familia y amigos porque no podía actuar de otra manera, que estuvo a punto de perder al hombre que ama, pero de alguna manera, aquí está, viviendo con él, el que la cuida, el que la ama: Spencer.

Y yo lo amo. Estaba a punto de decírselo, cuando ella apareció y lo arruinó; típico.

El teléfono vuelve a vibrar y veo que es el mismo mensaje que me envió antes. Siento la tentación de contestarle, incluso abro el teléfono y entro a los mensajes, con los dedos preparados para teclear con un tono mordaz. Sin embargo, dejo el teléfono sobre la barra y me alejo de él. Vuelve a sonar y la vibración lo hace

retumbar sobre la barra. Sin pensarlo, corro hacia él, lo agarro y me dirijo a la ventana que se abre en un instante, con demasiada facilidad, y tiro el teléfono desde el piso treinta y seis. El silbido del teléfono antes de caer en picada me hace dar un paso atrás antes de ponerme de puntitas e intentar asomarme por la ventana apenas abierta.

No veo nada. Es como si se lo hubiera tragado el cielo: desapareció.

Entonces recuerdo que tengo un teléfono nuevo, con un número nuevo, y me pregunto cómo consiguió localizarme. ¿Quién le dio mi número? ¿Quién?

Cierro la ventana de golpe y salgo del baño en busca de Spencer, a quien encuentro de pie junto a la barra de la cocina, con un vaso lleno de un denso líquido café entre los dedos a punto de llevárselo a los labios. Se detiene al verme y estoy segura de que soy un espectáculo. Solo llevo las bragas transparentes y los ojos desorbitados. Me siento salvaje. Feral.

—¿Quién le dio mi número de teléfono a mi madre?

Con cuidado, deja el vaso sobre la barra.

—No sé.

—Compré un teléfono nuevo antes de irme a Big Sur. No le di ese número a nadie más que a Roland.

—Les diste tu número a otras personas cuando volviste, ¿no?

Asiento, echando un vistazo a la cocina, deseando una bebida también.

—¿Qué es eso? —Señalo con la barbilla el vaso que tiene enfrente.

—Whisky.

Hago una mueca.

—Qué asco.

—Es un gusto adquirido.

—Necesito una cerveza. O vodka. Quizá tequila. —Voy al refrigerador y abro la puerta del congelador, la ráfaga de aire frío hace que se me erice la piel—. ¿No tienes vodka? ¿Qué clase de mafioso eres?

—No uno ruso, eso es seguro. —Cierra la puerta e interpone su cuerpo entre el refrigerador y yo, su calor se traslada a mi desnudez —. ¿Qué haces?

—Estoy furiosa.

—Me doy cuenta. —Su mirada ardiente recorre mi cuerpo, haciéndome estremecer—. ¿Cerraste la llave del agua?

—¿Qué? Oh. No.

—¿Quieres inundar nuestro baño? —Arquea una ceja.

Es mi turno de recorrerlo con la mirada. Hace tiempo que se quitó el saco y la corbata, tiene la camisa blanca desabrochada del cuello, dejando al descubierto su bronceado cuello. Tiene la camisa arremangada, mostrando sus musculosos antebrazos, y en mi interior todo se vuelve líquido, caliente.

—No. —Sacudo lentamente la cabeza, mis dedos rozan su brazo derecho, su piel cálida desnuda, un cuerpo que me ayudará a olvidar —. Tiré mi teléfono por la ventana.

—Estamos en el piso treinta y seis, Syl.

—Ya sé, pero mi madre no dejaba de mandarme mensajes.

Le cuesta todo su control mantener la calma. Puedo ver la lucha interna que tiene lugar en su turbulenta mirada.

—¿Qué te dijo?

—Nada importante. —Aparto sus palabras de mi mente. No quiero pensar en ella, no quiero pensar en ella.

—Fue lo suficientemente importante como para enfurecerte y hacerte venir aquí después de tirar tu teléfono por la ventana.

—Puedo comprar otro —digo, encogiéndome de hombros—. Puedo comprar cien teléfonos nuevos y apuesto a que al final averiguaría mi número y sabría cómo ponerse en contacto conmigo.

Inclina la cabeza, estudiándome con mirada calculadora.

—¿Qué otra cosa no me estás contando?

—Estaba tratando de decirte algo hace un rato, antes de que ella llegara. —Hago un ligero puchero con los labios previo a alejarme de él, ir a la barra y saltar sobre ella para sentarme en el borde, con las piernas colgando—. ¿Te acuerdas?

Spence se acerca, mucho, y apoya las manos a ambos lados del mostrador, rodeándome con los brazos. Su olor me impregna, me marea, y me inclino hacia delante hasta que mi cara está exactamente frente a la suya.

—Sí me acuerdo —murmura.

—¿Te lo digo ahora? —Rozo su boca con la mía, ligera como una pluma. Una completa provocación—. ¿O espero?

—¿Debería ir a cerrar la llave? —Cuando sonrío, su expresión se vuelve seria—. Es en serio. Vas a inundar el departamento si no tienes más cuidado.

—La tina es enorme.

—Pero no se tarda mucho en llenar. —Está a punto de irse cuando lo agarro de la parte delantera de la camisa, reteniéndolo conmigo—. Por favor, Syl. Déjame…

—Te amo —confieso, interrumpiéndolo.

Se queda quieto, su mirada se posa en la mía, ardiente.

—¿Sí?

Asiento, desabrochando lentamente cada botón de su camisa, dejando al descubierto la fuerte extensión de su pecho.

—Sí. Te amo. Nunca lo digo. Da miedo decir que amas a alguien que no es de tu familia, e incluso entre los Lancaster no nos hacemos declaraciones de amor a menudo. Guardamos nuestros sentimientos adentro, donde están a salvo.

No dice nada mientras le quito la camisa. Cuando no es más que un pedazo de tela en el suelo, agarro su cinturón y se lo desabrocho lentamente.

—¿No tienes nada que decir?

—Pensé que no habías terminado.

En cuanto desabrocho los pantalones, deslizo la mano en su interior y enrosco los dedos alrededor de su erección. Está totalmente duro y palpita contra mi palma, y yo siento un latido de respuesta entre mis muslos.

—Eres la única persona en todo el mundo que me hace sentir segura, Spence. Solo tú.

Se inclina, me acaricia la mejilla y me acerca la boca a la oreja.

—Destruiría el mundo entero para mantenerte a salvo.

Meto la mano bajo su bóxer y encuentro una piel aterciopelada y caliente.

—¿Lo dices en serio?

—Con todo mi corazón —Me mordisquea la oreja, haciéndome estremecer—, que es tuyo, por cierto.

—Spencer —susurro, repentinamente abrumada, hasta el punto de que mis ojos están húmedos y siento la garganta tensa—. He estado enamorada de ti desde siempre.

—¿Incluso cuando estabas casada con otro? —Empuja el pene contra mi mano y lo aprieto con fuerza, haciéndolo gemir.

—Especialmente cuando estaba casada con otro. —No deja de aludir al tema, y lo odio, pero supongo que no lo culpo.

—¿Quieres que te coja en esta barra?

Asiento, acariciándolo, con la respiración acelerada. Su pene crece en mi mano, lo juro.

Más grueso. Más largo. Más duro.

—Por favor.

—Voy a tener que revisar el agua primero. —Me levanta sin previo aviso, haciéndome gritar, y luego básicamente me lanza sobre su hombro, de modo que quedo colgando boca abajo. Le golpeo la espalda, con un gruñido de frustración.

Él solo me responde con una nalgada, el sonido de su palma golpeando mi piel suena muy fuerte en el silencioso departamento.

—¡Me nalgueaste! —Estoy sorprendida. El calor se extiende donde su gran mano hizo contacto con mi carne, dejándome desconcertada.

Aturdida.

—Te lo merecías. —Lo hace de nuevo, y esta vez, grito.

Dios, mis bragas están mojadas. ¿Quién iba a decir que una nalgada podía sentirse tan bien?

Entra conmigo en la habitación, me arroja sobre la cama como si fuera una sábana y se dirige al baño. Lo oigo maldecir en voz baja mientras cierra la llave, pero no dice nada más.

Me mordisqueo el labio inferior, esperando que no esté enojado conmigo por inundar su precioso baño.

Cuando vuelve a aparecer, permanece frente a la puerta abierta, la luz del cuarto de baño ilumina su silueta, como si brillara. Está sin camisa, con los pantalones medio desabrochados y dejó los zapatos en el camino. No me quita la mirada de encima mientras se lleva la mano a la parte delantera de los pantalones, se los baja junto con los bóxers y los arroja lejos con una patada, entonces queda de pie frente a mí, solo con calcetines grises.

Me tapo la boca con la mano, conteniendo la risa, mientras él esboza una sonrisa.

—Crees que es gracioso, ¿eh?

Niego con la cabeza, con una pizca de miedo y un enorme deseo corriendo por mis venas mientras se acerca a la cama. Retrocedo, como si fuera a salir corriendo, pero él me sujeta por el tobillo y me jala hacia él. Me arrastra sobre el colchón hasta que mis piernas cuelgan del borde.

Desliza las manos hacia arriba hasta que me las pone entre los muslos, los abre del todo y me mira la vulva cubierta de encaje. Me mira fijamente durante tanto tiempo que empiezo a retorcerme, y cuando por fin me toca, con un suave roce de sus dedos sobre el encaje, suspiro de anhelo.

—Más —susurro.

No me da lo que quiero. En lugar de eso, quita la mano por completo y se apoya en el borde de la cama para quitarse los calcetines. No es el movimiento más sexy que le he visto a Spencer, pero ahora mismo, todo lo que hace me deja sin aliento. Preparada y lista para él.

—Estás dándome largas.

—Te lo mereces. —Se inclina sobre mí, poniendo su cara frente a la mía—. Hiciste un desastre en el baño.

—¿Se inundó? —Frunzo el ceño.

Asiente despacio, bajando la cabeza para mordisquearme el labio inferior.

—Sí. Nunca voy a volver a dejarte sola con la tina.

—Estuve a punto de pedirte que me acompañaras.

—Lo hubieras hecho. —Me besa la mandíbula, mordisqueando la piel—. Me habría asegurado de cerrar el agua a tiempo.

Apoyo las manos en su pecho, siento su calor contra mis palmas.

—No estás enojado de verdad, ¿o sí?

Asombrado, se aparta para mirarme a los ojos.

—No, para nada.

Relajo los hombros de alivio.

—Bien.

—Estoy tratando de distraerte. —Posa la boca en mi cuello y va deslizándose hacia abajo hasta que llueven besos sobre mi pecho. Luego más allá, hasta que respira sobre mi pezón, justo antes de envolverlo con su boca.

—Está funcionando —murmuro, metiendo los dedos entre su pelo y suplicando para que no se quite—. Dios, no pares.

Hace magia en mis pechos; succiona, mordisquea y lame. Se mete un pezón a la boca con tanta fuerza que jadeo. Gimo cuando su mano vuelve a bajar y se posa entre mis piernas, y desliza los dedos por debajo del encaje hasta tocar mi piel caliente y húmeda.

—¡Diablos! —exclamo cuando me acaricia el clítoris. Está hinchado, caliente y adolorido al tacto, y mis caderas empiezan a moverse cuando él lo frota con pequeños círculos—. Vas a hacer que me venga.

—Ese es el objetivo, Syl. —Se separa de mi pecho y percibo su lasciva e intimidante mirada.

Estoy tan cerca y el momento se siente tan… íntimo. Después de todo lo que pasó hoy, estoy en carne viva; vulnerable, enojada, excitada y enamoradísima de este hombre. Inclino la cabeza hacia atrás, un gemido suena en lo más profundo de mi garganta cuando introduce dos dedos en mi cuerpo y empieza a bombear.

—Abre los ojos, nena.

Se abren como si no tuviera control sobre ellos, sorprendida de que me llame nena. Nunca lo había hecho, no que recuerde.

Su mirada deseosa se cruza con la mía y no aparta la vista mientras sigue cogiéndome con los dedos.

—Te amo.

Su declaración me produce un escalofrío; que este fornido y guapo hombre pueda amarme desde que éramos adolescentes. Niños.

—Dilo. —Sus dedos se detienen estando profundamente dentro de mí, mientras su pulgar presionado mi clítoris—. Dime que me amas, Sylvie.

Respiro hondo, tragando saliva, todo mi cuerpo vibra con la necesidad de venirme. Puedo sentirlo, estoy al borde del abismo, está a punto de caer, pero él me mantiene ahí colgada. Mi clítoris está electrizado, palpitante bajo la presión de su pulgar, y me muevo debajo de él, necesitando más fricción.

—Dilo. —Presiona más fuerte, sus dedos se deslizan más profundamente, hasta que se siente como una invasión—. No dejaré que te vengas hasta que lo digas.

¿Por qué es tan difícil? Ya lo dije una vez, pero las palabras se atascan en mi garganta, hasta que siento como si me estuviera ahogando con ellas.

Se arrodilla frente a mí, pone la otra mano sobre mi cadera y me acerca. Su boca está justo encima de mi vulva, siento su aliento sobre mi piel sensible y aprieto los labios, cerrando los ojos.

—Mírame —me exige, y lo hago. No puedo evitar hacer todo lo que me pide—. Te amo, Syl, tanto que haría lo que fuera para mantenerte a salvo, para hacerte sentir protegida, para hacerte feliz. Lo único que quiero es que los dos estemos juntos para siempre. Y no me lo tomo a la ligera. No soy como el resto de mi familia; cuando alguien me importa, lo quiero con todas mis fuerzas.

Todo mi cuerpo tiembla ante sus palabras.

—Y he estado obsesionado contigo desde que tenía catorce años, carajo. La pobre niña rica que siempre estaba enferma. Así es como te presentabas frente al resto del mundo, pero nunca conmigo.

—Spencer…

—Di que me amas otra vez y nunca voy a dejarte ir. No importa lo que pase. Estaré a tu lado hasta el día de mi muerte. —Inclina la cabeza, su lengua recorre ligeramente un costado de mi clítoris.

—Te amo —Suspiro. Mi mirada fija en la suya mientras pone su boca en mi vulva—. Te amo tanto. Sabes que solo te he amado a ti.

—¿Me lo prometes? —Levanta las cejas y su pulgar hace lentos círculos sobre mi clítoris una vez más.

Asiento, mis caderas se mueven con él mientras sus dedos entran y salen de mí cada vez más rápido.

—Dilo.

—Prometo amarte para siempre. Eres el único para mí. El único hombre que ha estado dentro de mí —declaro.

—Diablos, qué sexy. —Se levanta sobre mí, con las manos a ambos lados de mi cabeza, y su pene se desliza dentro de mi cuerpo sin ayuda. Me arqueo contra él, mi clítoris roza la base de su erección y eso es todo lo que se necesita.

Me vengo, mis paredes internas lo ordeñan, se aprietan alrededor de su asta. Me coge con fuerza, gruñendo con cada embestida, sin necesidad de condón desde que tomo la píldora en cuanto volví a Nueva York. Nada de bebés. No estoy preparada como mi hermano, sería una madre terrible. Sé que es verdad.

Me coge sin parar, gruñendo con cada embestida, haciendo que me venga de nuevo, con el sudor chorreándole por la cara, por el pecho. Me levanto, rozando su piel con la mejilla, absorbiendo el sabor salado de su sudor, deseando que me marque por todas partes.

Una idea se forma en mi cabeza y lo empujo por el pecho, haciendo que se detenga.

—¿Qué?

—Vente encima de mí.

Frunce el ceño.

—¿En serio?

—Sí. Sácalo y vente sobre mí. —Me paso la mano por el torso—. Aquí.

Reanuda las embestidas, golpeando su cuerpo contra el mío, y me doy cuenta de que está a punto. La tensión en sus hombros, los sonidos que hace desde lo más profundo de su garganta. Ya conozco

todas sus señales, y cuando está a punto de llegar al orgasmo, se separa de mí, se agarra la base del pene y…

Me chorrea semen por todo el cuerpo.

Sonrío mientras lo observo, llevo los dedos a la mancha sobre mi vientre y los paso por el líquido pegajoso. Está en cuclillas entre mis piernas abiertas, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados mientras respira entrecortadamente. Se estremece, y otro pequeño chorro de líquido cremoso gotea de su pene. Recojo los restos antes de llevarme los dedos a los labios y saborearlo.

—Rayos, Syl.

—Ya sé. —Mi sonrisa crece—. Fue la mejor distracción de todas.

VEINTIOCHO

Spencer

Soy un hombre enamorado. Y me importa un bledo quién lo sepa.

Entro en la oficina de Empresas Donato a primera hora del lunes, silbando como un maldito tonto, lo que fue mi primer error. El segundo fue sonreírles a todos con quienes me cruzaba mientras caminaba por la oficina, lo que provocó que informaran de este pequeño hecho a mi padre. La mayoría de las veces, cuando llego al trabajo, soy un cabrón gruñón que ni siquiera habla hasta que se ha tomado por lo menos una taza de café. Tal vez dos. Y nada de esa mierda dulce de Starbucks; tomo el café solo, sin leche, ni azúcar.

Estoy sentado con los pies levantados sobre de mi escritorio, considerando si le mandarle a Sylvie un mensaje para despertarla o no, cuando la puerta de mi oficina se abre de par en par y mi padre entra.

—¿Qué carajos te pasa?

Dejo caer los pies al suelo y me enderezo en la silla, tirando el teléfono sobre el escritorio. Recuerdo que aún no tiene el teléfono nuevo, que le llegará más tarde, así que es inútil mandarle un mensaje pues no lo recibiría.

—Buenos días a ti también.

Víctor Donato se detiene detrás de una silla, agarrándola con tanta fuerza, que se le ponen blancos los nudillos.

—¿Tienes algo que decirme?

—Nada en particular. —Me preparo para las malas noticias. Quizá perdimos un envío el fin de semana, o alguien nos ganó y compró el edificio del centro que llevamos seis meses intentando adquirir. Un abanico de cosas podría hacer enojar a mi padre.

—La gente me ha estado informando. Sobre ti. —Afloja las manos sobre la silla—. Dicen que estás demasiado alegre.

—¿Y? —Me encojo de hombros, intentando disimular, mantener la calma.

Mi padre siempre busca una reacción y con los años he aprendido a no dársela. Es un talento que he perfeccionado desde que era adolescente.

—Tú eres como yo, nunca estás alegre. ¿Qué te pasa? —Su mirada no se aparta de la mía y juro que quiero retorcerme en la silla como si tuviera ocho años y me acabara de descubrir rompiendo una ventana con una pelota de béisbol. Odio que me mire así, como si pudiera leer mis pensamientos. Veo cómo se da cuenta antes de que diga una palabra—. Conociste a una mujer.

—La conozco desde hace años —respondo con calma.

La he perseguido durante años. La he amado durante años. «No admitas eso en voz alta», pienso.

—¿Sylvie Lancaster?

Asiento y mantengo una expresión impasible. Sé lo que va a decir en tres, dos, uno…

—Una mujer es una debilidad. ¿Por qué crees que dejé a tu madre? Era tan dependiente. Siempre quería que estuviera cerca, me exigía cosas que no podía cumplir. Mis enemigos sabían de su existencia y la amenazaban constantemente. Ella no tenía ni idea. —Agita una mano, como si pudiera hacerla desaparecer fácilmente, y algo así hizo con mi madre—. Confía en que te pasará lo mismo a ti.

—Ya está viviendo conmigo. —No había planeado decirle ese detalle todavía, pero es como si no pudiera evitar que las palabras salgan de mi boca.

—En serio.

Vuelvo a asentir, permaneciendo en silencio.

—¿Desde hace cuánto tiempo? —Levanta las cejas.

—Unas semanas.

—Diablos, hijo. —Se deja caer pesadamente en la silla que estaba entre sus manos, frotándose la mandíbula—. ¿Y si no es la indicada para ti?

—Siempre ha sido la indicada para mí —lo corrijo; necesito que sepa lo serio que soy al respecto de ella—. Voy a casarme con ella.

—¿Con una Lancaster? —Deja caer la mano—. Supongo que podría ser peor.

—No es una fusión de negocios —empiezo, pero él levanta la mano, silenciándome.

—Todos los matrimonios son fusiones de negocios. ¿No crees que sé de la boda entre el chico Constantine y esa otra chica Lancaster? Hablando de movimientos de poder. —Parece impresionado—. Podrías hacer lo mismo. Un Donato y una Lancaster uniéndose. Podrían construir una nueva dinastía entre los dos.

—Estoy enamorado de ella.

—Bah. —Otro gesto desdeñoso—. El amor es una debilidad.

—No para mí. —Me aclaro la garganta—. No para nosotros.

Reclina su enorme cuerpo en la silla, un poco encorvado. Se parece más a mi padre y menos al poderoso hombre de negocios que es cuando está en la oficina.

—Puedes encontrar coños de buena calidad en cualquier parte, Spence, y no tienes que casarte con ellos.

—No hables así de ella —respondo bruscamente.

Sonríe, el muy cabrón.

—Entiendo, así que es serio. Nadie puede hablar sobre el precioso coño, solo tú.

—No deberías decir esas cosas —agrego apretando los dientes—. Va a ser tu nuera.

—Ya veremos. Cuando le pongas un anillo, hablaremos de bodas y de todas las tonterías que conllevan. —Se inclina hacia delante, apoyando los codos en los brazos de la silla—. ¿Ya la llevaste a conocer a tu madre?

Niego lentamente con la cabeza. No quería contarle lo de Sylvie, pues sabía que reaccionaría así. Lo probable es que quiera que la deje, mientras que mi madre me preguntará por qué todavía no me he casado con ella.

—Cuando lo hagas, entonces sabré que hablas en serio. —Se levanta con un gruñido, señalándome—. Sé que no quieres oírlo,

pero una mujer es un lastre, hijo. Tus enemigos descubrirán tu punto débil y entrarán a matar.

Me enderezo más, la rabia me hiela la sangre.

—Nadie le va a tocar un pelo.

—Vas a necesitar guardaespaldas.

Levanto las cejas.

—No recuerdo que ningún guardaespaldas anduviera por aquí cuando era niño.

—Porque nunca los viste. Y no lo hiciste por una buena razón; contraté asesinos entrenados para proteger a mi familia. No me ando con pendejadas. Si quieres mantenerla a salvo, no te andes con pendejadas.

Y con esa última afirmación, mi padre sale a grandes zancadas de mi oficina, dejando tras de sí el aroma de su abrumadora colonia.

Suspiro y vuelvo a apoyar los pies en el borde del escritorio, con el teléfono en la mano. Busco el número y hago una llamada, agradecido cuando contestan al segundo tono.

—Es demasiado temprano para que llames —me gruñe Whit al oído.

—Ahora tienes hijos. ¿No te levantas al amanecer cada mañana?

—Mi esposa es un genio. De alguna manera le enseñó a Augie a dormir hasta tarde, lo que nos vendrá muy bien porque pronto tendremos un bebé. —Oigo el murmullo de una voz al fondo, y supongo que es Summer—. Llámame más tarde.

—Vamos a comer esta tarde y así no tendré que llamarte de nuevo —contraataco.

—Hecho. Mándame un mensaje con el sitio y la hora. —Termina la llamada antes de que pueda responder.

El imbécil gruñón.

Entro al restaurante poco después de la una y veo a Whit sentado en una mesa esperándome. Me fulmina con la mirada y no puedo evitarlo.

Sonrío todo el tiempo mientras camino hacia él, lo que provoca que frunza el ceño. Cuando me acomodo en la silla frente a él, toma una actitud de asco total.

—Dios, estás alegre. Solo puedo suponer que estás teniendo sexo regularmente.

—Estoy enamorado —declaro, sin miedo a decirlo, por primera vez en mi vida—, de tu hermana.

La mano de Whit se levanta de inmediato, haciendo señas a un mesero que está cerca—. Voy a necesitar un trago fuerte para tener esta conversación.

Pedimos unas copas y, una vez que el mesero se ha ido, Whit se recarga en su silla y me estudia detenidamente con sus ojos siempre calculadores.

—No me gustó lo que pasó en tu departamento el sábado.

—A mí tampoco —coincido.

—Mi madre sobrepasa sus límites. No entiende por qué nadie quiere estar cerca de ella. Sylvie en especial, que fue su marioneta toda la vida. —Whit se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en el borde de la mesa—. No lo entiendo. ¿Qué pasó entre ellas? ¿Sabes?

Me muevo incómodo en la silla.

—No me corresponde a mí contártelo. Deberías hablar con Sylvie.

—Ya lo he intentado. Esquiva la pregunta cada vez que lo abordo.

—Puede ser que ya no lo haga. Si le dices que hablaste conmigo, podría abrirse un poco.

—¿Intentó lastimarla? Mi madre… —aclara cuando frunzo el ceño — …que Sylvie estuviera enferma todo el tiempo, ¿fue culpa de nuestra madre?

No quiero revelar una historia que no es mía, pero le respondo asentando enérgico con la cabeza.

Whit suelta un suspiro y se queda mirando a lo lejos, con la mandíbula tensa.

—La odio.

—Yo también.

—Summer me contó fragmentos de sus conversaciones con Sylvie cuando estábamos en la escuela, y sacamos nuestras propias conclusiones, aunque a mí me costaba entenderlo. ¿Por qué nuestra madre intentaría hacerle daño? ¿Por qué iba a mantener enferma a mi hermana a propósito? Entonces Summer empezó a enviarme enlaces de artículos sobre Munchausen por poder, y después de leerlos me di cuenta de que se parecía mucho a la relación entre mi madre y Sylvie —me explica Whit en voz baja.

—Es abuso infantil. —Yo también investigué por mi cuenta y lo que leí me repugnó—. Tu madre es una abusadora.

—Nunca me di cuenta. Cuando era más joven no lo noté —se queda mirando a lo lejos—, pero debería haberlo sabido, debí haber hecho algo.

—Éramos unos niños, ¿qué podías haber hecho?

—No sé. Debería haber hablado con mi padre. Debería haber ayudado a mi hermana —Sacude la cabeza—. Me siento culpable.

—No lo hagas. Ella no te culpa de nada. Es culpa de tu madre y de nadie más.

—Por eso no la dejamos pasar tiempo a solas con August. —La expresión de Whit palidece ligeramente—. Nunca podría perdonarme si le pasara algo mientras está a su cuidado.

—Creo que es lo mejor —coincido.

El mesero aparece con nuestras bebidas y toma nuestra orden. Una vez que se ha ido y hemos bebido unos sorbos, decido ser completamente sincero con mi mejor amigo.

—Quiero casarme con Sylvie.

Whit apenas oculta la sonrisa que se dibuja en sus labios.

—Supuse que sería así.

—Quiero pedirle que se case conmigo pronto, pero no sé si estoy precipitando las cosas.

Me siento como un idiota por siquiera admitirlo frente a él.

—Llevan años dándole vueltas al asunto. No creo que se estén precipitando. —Sus palabras disipan mi preocupación en un instante.

—Sigue siendo una viuda ante la sociedad —le recuerdo—. Tenemos que tomarlo en cuenta.

—Por favor, ese matrimonio apenas ocurrió, y de manera obligada.

—Tu madre.

Mi amigo suspira de nuevo y niega lentamente con la cabeza.

—Mi madre necesita ayuda. Algo malo le pasa y no parece mejorar.

—Está obsesionada con Sylvie —Vi los mensajes de texto que su madre le envió al teléfono viejo, pudimos buscarlos en su iCloud. No eran normales. Ni de cerca—, y de una manera poco saludable.

—Es una forma educada de decir que nuestra madre perdió la puta cabeza.

Whit toma su vaso y lo vacía de un trago.

—Hablaré con ella.

—¿En serio? —Alzo una ceja.

Asiente.

—No se me ocurre otra forma de abordar el tema que no sea directamente. La mujer tiene que afrontar los hechos: lo que le ha hecho a Sylvie a lo largo de los años no está bien. Mi madre siempre ha disfrutado recibir atención, y mi padre rara vez se la daba. Como si supiera que ella prosperaba con la atención y no quisiera verla próspera.

Su matrimonio era una desgracia, pero no me molesto en decirlo. Whit ya lo sabe.

—Me pregunto si utilizó la supuesta enfermedad de Sylvie para llamar la atención de mi padre, de la familia, de los médicos. No sé. Claramente necesita ayuda, un terapeuta, un psiquiatra, lo que sea. Quizás necesite medicación.

—Hay que tener en cuenta todo eso —agrego.

—Estoy de acuerdo. —Me estudia un momento—. ¿Y Sylvie? ¿Todavía está traumada por todo este asunto? ¿Necesita ver a un terapeuta? ¿Tomar medicación?

—Probablemente —Me aventuro a suponer—, aunque no quiero responder por ella.

—Tengo que hablar al respecto con mi hermana. Sé que ha estado en terapia antes y también que ha tomado montones de

pastillas a lo largo de los años. Una variedad de medicamentos que nunca parecían ayudar.

—No creo que sea fácil ser Sylvie Lancaster —señalo—. Es contra lo que ella lucha más que nada.

La expresión melancólica del rostro de Whit es tranquilizadora. Significa que se preocupa por su hermana.

—No es fácil ser un Lancaster en general.

—Los ricos también tienen problemas —digo levantando mi vaso en su dirección. Él levanta su vaso vacío y lo choca contra el mío.

—Así es.

VEINTINUEVE

Sylvie

Han pasado semanas desde la fiesta de té. Desde que mi madre apareció sin invitación y me dio un susto de muerte. Desde entonces me escondo en el departamento de Spencer, solo lo acompaño cuando salimos a comer, y aun así, solemos pedir la comida para llevar y acabamos quedándonos en casa. Si alguien quiere verme, tiene que venir al departamento.

No confío en salir sola. Ella sabe dónde estoy y podría estar merodeando, escondiéndose cuando salgo del edificio, ansiosa por atacar en cuanto me aleje lo suficiente de los porteros o de cualquiera que pudiera rescatarme.

Es extraño no confiar en la persona de la que más dependía. Pensaba que ya había procesado mis sentimientos al respecto, pero veo que no: hice una cita con un nuevo terapeuta y espero que funcione. Es difícil encontrar a alguien en quien pueda congeniar, con quien me sienta lo suficientemente cómoda para compartir los sentimientos de vulnerabilidad que rara vez comento con alguien más.

En quien confío más que en nadie es en Spencer. Se ha mantenido fiel a lo largo de todos estos años, siempre a mi lado, leal y comprensivo. Me da su amor incondicionalmente y no sé qué haría sin él; empiezo a ser demasiado dependiente, pero no me importa. Estoy enamorada y él está enamorado de mí. Nada puede separarnos.

El sexo también es fenomenal. No es que pueda compararlo con alguien más, pues él es el único hombre con el que he estado, pero es muy bueno. Sabe exactamente lo que quiero y cuándo lo quiero. Puede ser tierno y dulce, o tosco y un poco rudo. Esos son mis

momentos favoritos, cuando se descontrola y me hace cosas que no esperaba.

Estamos acostados en la cama después de un momento especialmente apasionado, los dos boca arriba, jadeando mientras miramos al techo. Afuera hace calor, el verano ha comenzado y lo ha vuelto todo sofocante y desagradable. Sin embargo, y a pesar de mi piel desnuda, pegajosa por el sudor y el pelo pegado a la nuca, no tengo una sensación desagradable. Sus dedos me recorren el brazo, lo bastante ligeros como para hacerme estremecer, y cuando miro a mi izquierda, me encuentro con la mirada de Spencer.

—¿Estás bien?

Asiento, frunciendo el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás muy callada. —Entrelaza sus dedos con los míos.

—Y tú fuiste muy feroz.

—¿En un mal sentido?

Me doy la vuelta para envolver su cuerpo con el mío, absorbiendo su fuerza, su calor.

—Nunca en un mal sentido.

—Bien. —Me rodea los hombros con el brazo, acercándome a él —. Estoy cansado.

Los dos nos quedamos callados un momento y noto cómo su cuerpo se relaja lentamente. Está quedándose dormido, pero antes, suelto la única cosa en la que no dejo de pensar últimamente.

—Quiero un gato.

Su brazo se tensa alrededor de mi hombro.

—¿Un gato?

Su voz es profunda y ronca, un poco somnolienta. Me encantan estos momentos en los que solo somos nosotros dos en la cama, desnudos y envueltos el uno en el otro.

—Sí. Un gato.

—¿De qué tipo? ¿Tienes alguna raza en especial en mente?

—Creo que un cierto tipo de gato, sí. Uno muy específico. —Estoy siendo vaga a propósito porque sé que lo que pido es… una tontería.

Pero lo quiero. Una gata.

—Bueno, ya sabes que el dinero no es problema. —Spencer me besa la frente—. ¿Por qué no consigues el gato que quieras?

—Es, uhm… un poco salvaje.

Tarda unos segundos en responder. Seguro que está asimilando lo que acabo de decir.

—¿Qué tipo de gato quieres exactamente?

—Quiero a Ardilla.

—¿Quieres una ardilla? Una ardilla solo es una rata con pretensiones, Syl. Nadie quiere una ardilla de mascota.

—No, no. No quiero una ardilla. Quiero a la gata a la que yo llamaba Ardilla. Era tan bonita y totalmente salvaje. Me seguía a todas partes. —Lo miro—. Quiero a la gata gris que vivía en la casa de Big Sur.

—¿Quieres sacar a la gata del único hogar que ha conocido para traerla aquí, a la ciudad? —Frunce el ceño y es adorable—. No es una gata de ciudad. Quiere ser salvaje y libre en la costa de California.

—Creo que puedo convencerla de que sea feliz aquí. Yo soy un poco salvaje, como ella. Creo que Ardilla y yo somos almas gemelas. —Hundo mi cara contra su pecho, avergonzada. Sé que suena tonto y estoy segura de que dirá que sí, solo para complacerme, y se lo agradezco. Se lo agradezco mucho, aunque también quiero demostrarle que esta gata será buena para mí, y yo para ella.

—Yo digo que hagas lo que desees. Si quieres traer a Ardilla aquí, hazlo. —Su voz se vuelve severa—. Pero si me jode los muebles, la saco a patadas.

—No lo harás. —Le pico la costilla con el dedo índice, haciéndolo gruñir—. La vas a amar. Se sentará en tus piernas y ronroneará para llamar tu atención.

—¿Como tú? —Me da la vuelta para que me acueste sobre su cuerpo desnudo, con la cara pegada a la suya—. Yo sé cómo hacerte ronronear.

Volteo los ojos.

—No es cierto.

Sonríe, su mano se desliza por mi nalga.

—Ay, claro que sí.

—Deja de intentar distraerme. —Le muerdo el labio inferior, tan fuerte que grita—. Llamaré a Roland en la mañana para pedirle que la atrape para mí. Haré todos los preparativos y la traeré en avión.

—¿Crees que quiera enviar a la gata aquí?

—Haría lo que fuera para ayudarme. Él mismo me lo dijo.

La atenta mirada de Spencer se posa en mi cara, su mano recorre mi nalga de arriba abajo.

—¿Cómo es que todos los hombres que conoces terminan haciendo lo que tú quieras?

Me encojo de hombros.

—Es un don.

—Seguro. —Me da una nalgada, sobresaltándome. Haciendo que me moje.

—Eres muy travieso —murmuro contra sus labios antes de besarlo.

—Espera a verme en mi momento más sucio.

—¿Todavía no te he visto? —Arqueo mis cejas.

Sonríe.

—Para nada.

Llego al edificio de Summer y Whit en el coche que me envió mi hermano, quien me aseguró que nuestra madre no se enteraría que iba a su casa.

—Está en Ibiza —me dijo por teléfono hace unos días—. Unas pequeñas vacaciones a solas, aunque he oído que en realidad fue a hacerse una cirugía.

—¿En serio? ¿En Ibiza? —Me sorprende.

—Sí. Ya lo ha hecho esto antes. Mucha gente lo hace, incluyendo a la mamá de Summer. Dicen que se van de vacaciones, pero en realidad se hacen un retoque por aquí y por allá. He oído que nuestra madre fue a hacerse un *lifting* facial.

—¿Quién te dijo?

—Mi papá.

Ella se lo contaría. Sigue desesperada por volver a tenerlo entre sus garras, aunque él nunca caería en la trampa. Y yo tampoco.

El chofer me acompaña al interior del edificio y me entrega al guardia de seguridad quien me conduce al elevador del *penthouse*; hay mucha protección, gracias a mi hermano, y eso me tranquiliza.

Entre él y Spencer me siento segura, amada.

En cuanto se abre el elevador, Summer está de pie frente a mí, gloriosamente embarazada, cargando a mi sobrino August, apoyándolo sobre su cadera. Lleva un vestido azul pálido ligero y juro que resplandece de vitalidad.

—¡Bájame! ¡Bájame! —grita Augie en cuanto me ve, retorciéndose entre los brazos de su madre—. ¡Tía!

—¡Hey! —Me arrodillo en cuanto Summer lo deja en el suelo, y él corre hacia mí, tacleándome tan fuerte que casi me tambaleo hacia atrás y caigo de nalgas—. Augie, te extrañaba muchísimo.

—¡Tía! —Su dulce vocecita de bebé es muy tierna. Últimamente hablamos por FaceTime y Summer siempre le recuerda que soy su tía, la hermana menor de su papá, así como él pronto será el hermano mayor de una hermanita. Probablemente no lo entienda ahora, pero con el tiempo lo hará; habrá alguien en su vida a quien tendrá que vigilar el resto de sus días.

—Ven, August. Vamos a la cocina por algo de comer —sugiere Summer.

Augie pone sus manos sudorosas sobre mi cara, sonriéndome con absoluta felicidad.

—¿Quieres algo de comer?

—Por favor —le digo sonriendo, se inclina y me da un beso pegajoso en la mejilla. Me me pongo de pie y lo tomo de la mano—. Vamos.

Summer nos acompaña a la cocina y le prepara a su hijo algo de comer y de beber.

—Vamos a hablar en el estudio —me invita cuando la niñera de Augie aparece para hacerse cargo de él—. ¿Quieres limonada?

—Sí, por favor —le agredezco observando cómo se desliza por la cocina, como la diosa de la vida doméstica que es, para servirnos

vasos de limonada.

Envidio su facilidad para realizar tareas domésticas en su lujoso departamento, embarazada de su segundo hijo, felizmente casada con mi hermano, uno de los individuos más infelices que he conocido, aparte de mí misma, hasta que se encontró con Summer. Una vez que ella entró en su vida, y él se permitió admitir lo que sentía por ella, se convirtió en un hombre distinto. Sigue siendo un imbécil cruel que apenas tolera a la raza humana, pero ama y adora a su mujer, a su hijo y a su futura hija.

Suspiro con melancolía cuando pienso en Spencer y en mí. Solo soy feliz cuando estoy con él. Todos mis problemas parecen desvanecerse, desaparecer cuando estoy en su presencia, cuando permito que me ame. Y no estoy hablando del sexo. Me demuestra que me ama de muchas maneras; me cuida, me escucha, está dispuesto a luchar mis batallas, pero da un paso atrás cuando le digo que yo puedo manejarlas por mí misma.

Su apoyo es lo que he anhelado toda mi vida. Mi padre es demasiado egocéntrico para entender mis necesidades o estaba demasiado enfocado en Carolina, en Whit, pero nunca en mí. A veces me pregunto si le importa lo que pasa en mi mundo.

Y mi madre… Está demasiado obsesionada conmigo. Suena arrogante, incluso en mis propios pensamientos, pero es verdad.

—Vamos —Me invita Summer y le recibo el vaso de limonada mientras nos dirigimos al estudio. La sigo.

El interior es cálido y acogedor, con un ventanal gigante que da a la ciudad. Esta tarde está despejado, no hay ni una nube en el cielo y el sol brilla en lo alto. Un típico día de principios de verano en Manhattan y me dan ganas de irme, de viajar a la casa de Long Island para pasar los días junto al océano.

—¿Cómo estás? —me pregunta Summer una vez que estamos acomodadas en los sillones una frente a la otra—. Sé sincera conmigo.

Doy un sorbo a mi limonada y el sabor dulce y ácido a la vez estalla sobre mi lengua.

—Estoy muy bien. De verdad.

—¿Les va bien a ti y a Spencer?

—Mejor que nunca —admito con sinceridad.

Sonríe lentamente.

—Eso me encanta.

—A mí también. —Dudo solo un momento—. Lo amo.

—Qué lindo. ¿Él lo sabe?

Asiento y se me sonrojan las mejillas. Aún me resulta vergonzoso sincerarme cuando de mis sentimientos se trata.

—Llevan semanas viviendo juntos.

—En realidad, un par de meses —la corrijo.

Summer se recarga en el sillón acolchado con un suspiro, acariciándose el vientre.

—El tiempo pasa volando. Voy a tener a este bebé en menos de un mes, y todavía no lo puedo creer.

—Yo tampoco lo puedo creer, pero estoy muy emocionada. —Sonrío, observando cómo Summer mira su prominente barriga—. ¿Ya elegiste el nombre?

—Es muy difícil. Quería elegir el nombre de alguna mujer Lancaster del pasado para ella, pero la mayoría están muy pasados de moda. Whit rechaza todos los que le propongo —me explica Summer.

—Me lo imagino. —Pongo los ojos en blanco y la hago reír.

—Deberíamos reunirnos pronto, antes de que nazca la bebé. Podrían venir a cenar. O podríamos salir —sugiere Summer.

—Me encantaría —admito en voz baja.

Ahora necesito una amiga. No puedo descargar todos mis problemas en Spencer todo el tiempo, aunque a él nunca parece importarle. Me apoya pase lo que pase, pero no quiero alejarlo con mi constante necesidad. No se queja, pero sé que a veces puedo ser intolerable.

La mayor parte del tiempo.

—Me alegra que te veamos más —se sincera Summer—. Nos preocupaba haberte perdido cuando te casaste con Earl. Después de su muerte, tu madre te monopolizó y creíamos que te estaba ayudando de verdad. Luego te encerraste completamente en tu

departamento y rara vez volviste a ver a la familia. A decir verdad, me sorprendió que fueras a nuestra boda.

—Whit tuvo que convencerme —admito.

—Sí, me lo dijo. —Summer da un largo sorbo a su bebida y me pregunto si está buscando la mejor manera de decirme algo—. Estamos preocupados, Sylvie. Por tu madre y la relación que tienen.

Permanezco en silencio, asimilando sus palabras, tratando de ignorar el incesante latido que comienza a palpitar en mis sienes.

Es estresante, hacer una denuncia. Exponer el secreto que he mantenido durante tanto tiempo. Es fácil decírselo a Spencer porque se siente como si hubiera sido testigo de la mayor parte. Summer también vio cosas y le conté muchas otras en la época escolar, más de lo que nunca le había contado a nadie, solo a Spencer, y luego me cagué en nuestra amistad y lo arruiné todo.

—Ya no tenemos una relación —respondo finalmente.

—Según tú. Según Sylvia, las dos están bien, en proceso de resolver algunas cosas. Eso es lo que le dijo a Whit cuando le llamó.

Frunzo el ceño.

—¿Cuándo le llamó?

—Ayer. Acaba de volver de Ibiza. Él y Spencer fueron a comer hace unas semanas y compartieron sus preocupaciones sobre ti y tu madre. —Frunce las cejas; supongo que ve la expresión de confusión en mi cara—. Sabías que habían comido juntos, ¿no? Que Spencer buscó a Whit para decirle que estaba preocupado por Sylvia.

—No. —Niego con la cabeza—. Nunca me lo dijo.

—¡Ay! —Los ojos de Summer se llenan de culpa—. No estoy tratando de causar algún problema entre ustedes dos. Lo buscó porque esperaba que Whit tuviera algún consejo. Tomando en cuenta que ninguno de nosotros era plenamente consciente de hasta qué punto tu madre llegó a hacerte daño, fue una información difícil de digerir para Whit.

—Y supongo que es culpa mía, por no haber dicho nada. —Aprieto los labios y me inclino para dejar el vaso de limonada en la

mesa con mis dedos temblorosos. No puedo evitar ponerme a la defensiva cuando se trata de mi madre.

—No te estoy acusando de nada —dice Summer suavemente—. Es solo que no sabíamos. Quiero decir, supuse algunas cosas, pero nunca me lo contaste todo. Tampoco le contaste nada a Whit.

—Es muy difícil decir que tu madre intenta matarte sin que te preocupe que la gente piense que eres una mentirosa.

—Yo nunca pensé que fueras una mentirosa. Aludías a cosas de vez en cuando, detalles que me dejaban confundida, pero en ese momento, yo era demasiado joven para ser de mucha ayuda. Además, no sabía si estabas… mintiendo.

—Supongo que yo me gané tu desconfianza hacia mí. No era la más leal, y sí, a veces exageraba las cosas. No estoy orgullosa de mi comportamiento de entonces. —Levanto la barbilla, intentando mantener la compostura.

—No te estoy acusando de nada, ni busco una disculpa. Ya hemos discutido esto y todo está perdonado entre nosotras dos. Solo quiero que sepas que definitivamente tampoco estoy orgullosa de mi comportamiento de aquel entonces. He hecho algunas cosas estúpidas en mi vida, y tú también. En ese entonces los dos éramos muy jóvenes, y tú estabas muy influenciada por tu madre —agrega Summer.

Todo lo que dice es cierto, lo sé, pero aún me cuesta aceptar cómo la traté cuando era su única amiga y ella era la única mía, cómo la dejé de lado porque estaba celosa. Me sentí utilizada cuando la llevé a nuestra casa para las vacaciones de Acción de Gracias y ella en realidad no fue para estar conmigo. Lo hizo para pasar tiempo con mi hermano, y eso me dolió.

Sin embargo, ella estaba ahí para mí siempre que la necesitaba, como Spence, a quien también invité esa semana. La abandoné tanto como ella a mí. Mantuve a Spencer al margen de todos los problemas, y al final delaté a Summer y a Whit con mi madre, pues, en aquel entonces, lo único que yo quería era su aprobación, y habría hecho cualquier cosa para conseguirla, incluyendo traicionar a una de mis únicas verdaderas amigas.

De repente se me salen las lágrimas y cierro los ojos un momento, respirando hondo, pero es inútil, estoy llorando.

—Sylvie… —Su voz es suave y parece dispuesta a saltar de la silla, pero levanto la mano y la detengo.

—Siento todo lo que hice entonces. Sé que fue hace mucho tiempo y ya me has dicho que me perdonas, pero aún me pesa. Como una nube oscura de la que nunca podré escapar. Te traicioné de la peor manera posible y tomé partido. El equivocado. —Summer se levanta de la silla y toma una caja de pañuelos de una consola cercana, se acerca a mí y me los ofrece. Primero tomo unos cuantos y después, a la mierda, tomo toda la caja.

En silencio, me deja llorar, permitiendo que me desahogue. Vuelve a su sillón, se acomoda pesadamente en él y, cuando me limpio los ojos por última vez y me sueno la nariz, por fin habla.

—Tienes que soltarla.

Me froto la comisura de los ojos, confundida.

—¿Soltar qué?

—La culpa. Eso fue hace años. Yo ya te dije antes que te perdono, y lo digo en serio. Whit también te perdona.

—No sabía que él también estaba enojado conmigo —digo con desgana, sonándome de nuevo la nariz.

—No le caíste bien durante un tiempo. Tienes que admitir que las cosas que hacías una vez que saliste de la escuela eran bastante desagradables. Alejaste a todas las personas importantes de tu vida.

Summer tiene razón. Necesito dejar que todo lo que ha pasado se vaya para siempre. Lo hecho, hecho está. No puedo cambiar el pasado, pero puedo trabajar en mí misma para el futuro.

—Asumo la responsabilidad de mis actos, pero mi madre también tuvo algo que ver. —Siempre fue muy cuidadosa, me aislaba cuando sentía que las influencias externas se acercaban demasiado. Dejarme ir a la escuela fue duro para ella; verme hacer amigos, ver cómo actuaban y vivían los demás, probablemente le daba miedo. Quería que tuviéramos nuestro propio mundo, solo ella y yo.

Spencer apareció y empeoró las cosas, ahora puedo verlo. Su influencia fue la más fuerte hasta ahora; yo lo quería, pensaba en él

y en nadie más. Y ella odiaba eso. Demasiado.

Perder el control sobre mí la hizo hacer cosas desesperadas, peligrosas. Tengo suerte de estar viva, y ahora, más que nunca, me doy cuenta.

—Lo sé. Ambos lo sabemos. Volvió a la ciudad, aunque creo que ya te lo mencioné, ¿verdad? Whit la vio. Dice que parece diez años más joven, hasta el punto de ser raro. —Summer esboza una sonrisa y luego intenta ocultarla cubriendo su boca con los dedos. Entonces no puedo evitar sonreír también; siempre es divertido cuando Whit se mete con nuestra madre.

—¿Quedó mal? —Me imagino un *lifting* mal hecho. O tal vez su piel está demasiado tensa y sus labios demasiado hinchados.

—No, es bueno, demasiado bueno. Se ve muy joven. —Se queda callada un momento y percibo su mirada dudosa, como si quisiera decirme algo que no está segura de hacerme saber—. En realidad, se ve igual que… tú.

TREINTA

Spencer

—Estoy nerviosa.

Miro a Sylvie y lo noto. Está arrastrando los pies de un lado a otro, sacudiendo las manos de vez en cuando, como si le sudaran las palmas. Imagino que así es y lo confirmo cuando la tomo de la mano y le doy un apretón.

—Solo es mi madre. —En este preciso momento estamos en el elevador que lleva a su *penthouse*.

—¿Te das cuenta de que nunca la he conocido? ¿Ni siquiera una vez? Whit sí. Me dijo que es una dragona. —La preocupación en la mirada de mi mujer es casi cómica. La descripción de Whit de mi madre aún más.

—Te mintió. —Me llevo su mano a los labios para besarla—. No es una dragona, es muy dulce. Mi padre es el de cuidado.

—Eso me hace sentir mucho mejor. —Su sonrisa es tímida y se sobresalta cuando el elevador se detiene y se abren las puertas—. Ay, Dios.

Le aprieto la mano y la conduzco fuera del elevador, deteniéndome ante la única puerta del breve pasillo. Antes de que pueda tocarla, se abre de golpe y veo a mi madre con una sonrisa de bienvenida.

—¡Spencer! —Su mirada se dirige a Sylvie, curiosa. Vagamente evaluadora—. Tú debes ser Sylvie.

—Sí. —La voz de Sylvie es temblorosa. Me suelta la mano y exclama un suave «oh» cuando mi madre le echa los brazos alrededor y le da un fuerte abrazo—. Encantada de conocerte.

—Eres una muñequita preciosa. —Mi mamá sostiene a Sylvie con los brazos extendidos, observándola—. Ay, Spencer, es encantadora.

—Mamá, está justo enfrente de ti. No hables de ella como si no estuviera aquí.

—Perdón, perdón. Pasen. —Mi mamá suelta a Sylvie y la seguimos dentro. Detrás de nosotros cierro la puerta con llave; Valerie Donato es fanática de la seguridad y tiene alarmas y cámaras de seguridad por todos lados. Su edificio es uno de los más seguros de Manhattan y lo eligió por una razón: la ira de los enemigos de su exmarido la aterra, y no la culpo. Aunque ya no están interesados en ella gracias a que mi padre no está interesado en ella tampoco. Como él mismo dijo, las mujeres son un lastre. El problema es que no puedo vivir sin la que está a mi lado, así que estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Chicos, ¿quieren algo de beber? —nos pregunta mi mamá mientras se dirige a la cocina.

Sylvie me lanza una mirada, con una leve sonrisa.

—¿Tienes cerveza? —le pregunto.

—Spencer, no te voy a servir cerveza. Es la hora de comer. Toma un poco de té helado —me reprende mientras abre el refrigerador.

Sylvie y yo estamos parados junto a la barra de la cocina y pongo los ojos en blanco, lo que hace que Syl suelte una risita.

—Ya no somos niños. Puedo beber legalmente. Sylvie también.

—Yo beberé té helado —dice Sylvie, deseosa de complacer.

Mi mamá toma un vaso y lo llena de hielo antes de servir el té; el hielo cruje al primer contacto.

—Aquí tienes, corazón.

Luego me sirve un vaso a mí también.

—Hice una lasaña deliciosa. —Mi mamá no es la que tiene raíces italianas en la familia, pero vivir con mi padre todos esos años perfeccionó sus habilidades en la cocina italiana—. Estará lista en treinta minutos.

—Percibí el olor de algo cocinándose cuando entramos. —Sylvie toma un sorbo de su bebida—. No puedo esperar. Me muero de hambre.

—Yo también. —Mi mamá es una buena cocinera. Hasta ahí llegaron sus habilidades de crianza.

No debería ser tan duro con ella. Vivir y tratar con mi padre debió ser muy duro. Él es exigente y volátil, y descargaba en mi madre gran parte de su frustración laboral. Era difícil presenciarlo de niño y, después de un tiempo, agradecí que me mandaran a la escuela. Así era más fácil, estaban tan ocupados haciéndose la vida imposible que la mayor parte del tiempo yo también me sentía desgraciado.

Ahora son mucho más felices el uno sin el otro, y mi relación con ambos es mejor. Sin embargo, mi mamá y yo seguimos trabajando en ello. No la veo de lunes a viernes como a mi papá. En el momento en que le llamé y le dije que quería que conociera a mi novia —aunque todavía no me gusta esa descripción para Sylvie, me parece poca cosa—, sé que mi mamá fue y se lo contó a mi padre, que era mi plan desde el principio. Dijo que no creería que hablaba en serio hasta que llevara a Sylvie con mi madre, así que aquí tienes, papá. Te estoy demostrando que hablo muy en serio.

Tal vez así deje de decir estupideces sobre mi futura esposa. Si vuelve a abrir la boca mencionando algo grosero sobre ella, no se sabe lo que podría hacerle.

—Siéntense, siéntense. Tengo entradas. —Mi mamá trae un plato de antipasto y yo tomo un par de rebanadas de salami, preparándome para la avalancha de preguntas que está a punto de hacerle a Sylvie—. Spencer dice que se conocen desde hace mucho tiempo.

—Así es —admite Sylvie, tomando una aceituna verde del plato y metiéndosela en la boca.

—¿Desde la preparatoria?

—Lo conocí cuando yo estaba en secundaría y él ya era estudiante de primer año en la Preparatoria Lancaster —responde Sylvie después de tragarse la aceituna—. Es el mejor amigo de mi hermano.

—Cierto, Whit Lancaster. —Mi mamá niega con la cabeza, con los labios curvados en una ligera sonrisa—. Tengo la impresión de que estos dos andaban en malos pasos en aquel entonces.

La sonrisa de Sylvie vacila y maldigo en silencio el comentario de mi madre.

—Ahora es un hombre casado, ma. —Hace años que no la llamo «ma». Ella solía odiar esa mierda y la irritación que veo en sus ojos me dice que todavía siente lo mismo—. Y padre.

—¿Eres muy cercana a tu hermano? —le pregunta mamá a Sylvie.

—Sí. También tengo una hermana menor —responde.

—¡Qué bien! ¿Y tus padres? ¿Te llevas bien con ellos? ¿Con tu madre? Yo siempre quise tener una hija. Una dulce niñita que vestir, que fuera mi compañera para ir de compras, ya sabes. En vez de eso, tengo a este tipo. —Mi mamá me alborota el pelo y yo me aparto unos segundos después.

—Con mis padres… —A Sylvie se le va la voz y sacude la cabeza —. Ya no soy tan cercana a ellos como antes.

Y eso es bastante cercano a la verdad.

—Qué pena. —Mi mamá es chistosa. Siempre habla de la familia y de lo importante que es. Qué diferencia hace en la manera como una persona es criada, y cómo actúa. Sin embargo, no fue la madre más atenta durante mis años de crecimiento, y ella lo sabe. Sus teorías no tienen mucho sentido, pero no me molesto en cuestionárselas.

—No pasa nada. He aprendido a lidiar con ello. Mi padre y yo estamos trabajando para arreglar nuestra relación. —Sylvie me mira y yo le muestro una sonrisa tranquilizadora. Está llevando muy bien este primer encuentro con mi madre, aunque no es que a mí me preocupara. No como a ella.

—¿Y con tu madre?

—No sé si esa relación podrá repararse algún día —admite Sylvie, con voz suave.

La mirada que me lanza mi mamá me dice que desearía no haber abierto la boca para hacer esa pregunta. Yo siento lo mismo.

—Bueno, ¡cuéntame más sobre Spencer y tú! —dice mi mamá alegremente, sin darse cuenta de que está pisando otro campo minado—. Hacen muy buena pareja.

—Es más que eso. —Decido ser franco—. Estoy enamorado de ella, mamá.

Mi madre parpadea. Nunca he traído a una chica antes y definitivamente nunca le había dicho que estuviera enamorado de alguien.

—¿Me imagino que no están perdiendo el tiempo entonces?

—Ya hemos perdido bastante tiempo. —Paso el brazo alrededor de los hombros de Sylvie y la atraigo hacia mí—. Estamos viviendo juntos.

—Oh. —Mi mamá parpadea con insistencia—. Bueno, eso es asunto tuyo, con toda seguridad, aunque tú ya sabes lo que pienso de ese tipo de cosas.

Intento no poner los ojos en blanco porque, vamos. No es tan anticuada.

—No te preocupes. Con el tiempo, todo entre nosotros se va a arreglar.

—¿Y tú estás enamorada de Spencer? —le pregunta mi mamá a Sylvie.

Confesar sus sentimientos sigue siendo un tema delicado para ella, lo entiendo. Está acostumbrada a vivir en una casa donde la gente no decía «te quiero» constantemente. Yo tampoco, pero cuando se trata de esta mujer, quiero declarar mi amor a toda voz.

—Mamá…

—Puedo responder por mí misma —me interrumpe Sylvie, ofreciéndome una sonrisa serena antes de dirigirse a mi madre—. Estoy locamente enamorada de él, señora Donato. Llevo años así, aunque para serle sincera, me casé con otro hombre hace un par de años.

¡Mierda! Que sea Sylvie quien ponga todo sobre la mesa es…

—¿Ya has estado casada? —cuestiona mi mamá con voz aguda.

Sylvie asiente.

—Sí, pero fue un gran error. Yo era muy joven y me vi obligada a hacerlo. Además, él era mucho mayor que yo y, por desgracia, murió poco más de un año después de que nos casamos. Menos mal que Spencer y yo volvimos a conectar; mis sentimientos por él nunca se han desvanecido.

—Oh. Bueno. Sí, eso está muy bien —dice mamá débilmente. Por la expresión aturdida de su cara, me doy cuenta de que su mente está intentando procesar lo que Sylvie acaba de decirle—. Si Spencer te trajo aquí para presentarnos, debe ir muy en serio contigo. Y me alegro por amb…

Suena el temporizador del horno y mi mamá se pone en marcha.

—La lasaña está lista —le digo.

—Y todavía no he terminado de preparar la ensalada. —Mi mamá corre hacia el horno, apaga el temporizador y abre la puerta para asomarse al interior—. Debería dejarla reposar unos minutos. Va a estar muy caliente.

Mi mamá se mueve por la cocina rechazando nuestra ayuda, y yo me ofrezco a enseñarle a Sylvie mi habitación, que en realidad es una réplica de la que tenía en nuestro antiguo departamento. Mi mamá lo cambió todo y dejó el espacio casi exactamente como la dejé cuando me mudé hace unos años. Como si fuera una sala de museo o algo así.

—Me encantaría verla —acepta Sylvie, con un brillo de alivio en los ojos.

Cuando estamos caminando por el pasillo, Sylvie me jala de la mano para detenerme.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Crees que le caigo bien? —se muerde el labio inferior—. Probablemente no debería haberle hablado de Earl.

—Creo que fue la estrategia correcta. Al final se habría enterado. —La acerco y le doy un beso en la frente—. Le caes bien.

—Apenas hablamos. Es que estoy muy nerviosa. —Ella se desploma contra la pared, como si la necesitara para sostenerse—. Nunca había conocido a la mamá de alguien.

—Lo sé.

—Me pone nerviosa. Parece simpática, pero lo único que quiero es su aprobación. Quiero que esté feliz con la elección de su hijo. Eres su único hijo, es algo importante.

—No es como si fuéramos a casarnos, Syl, todo va a salir bien. —Sonrío, esperando el arrebato, que llega en cuestión de segundos.

—¿Qué demonios, Spence, hablas en serio? Dijiste…

La interrumpo con los labios y la beso hasta que se aferra a la parte delantera de mi camisa, con un gemido que surge desde el fondo de la garganta.

—Estoy bromeando —murmuro contra su boca, mordisqueándole el labio superior—. Algún día te convertiré en mi esposa. Espera. Sucederá.

Me golpea el pecho y noto el brillo en sus ojos. Hace unas semanas, jamás me habría atrevido a bromear con ella así; mi Syl ha recorrido un largo camino, igual que yo.

—¡Spencer! ¡Sylvie! ¡La comida está lista! —nos llama mi mamá desde la cocina.

La mirada de Sylvie se encuentra con la mía una vez más y sus labios se curvan en una leve sonrisa.

—Nunca antes me había cocinado la comida una mamá.

—Su lasaña casera es de otro mundo. Mi padre todavía habla de ella —le digo, inclinándome para robarle otro beso. Me empuja por los hombros, riendo.

—Vamos. —Se separa de mí, me toma de la mano y me lleva de vuelta a la cocina—. Me muero de hambre.

—No vimos mi habitación —protesto mientras me arrastra por el pasillo.

—Podemos verla después de comer —dice Sylvie, mirándome por encima del hombro—. A lo mejor incluso deje que me beses.

—Ojalá tuviera tanta suerte —le digo en broma, adorando esta versión ligera y etérea de Sylvie. Necesito convertirla en mi esposa, pronto.

TREINTA Y UNO

Sylvie

—Quiero ir a la casa de la familia en Newport —le digo a Spencer más tarde esa noche, cuando estamos en la cama, en el departamento oscuro y tranquilo, demasiado.

He estado eufórica desde que visité a Summer y luego durante la comida con la madre de Spencer. Es casi como si estuviera… maniaca. No me había sentido así desde que Earl murió. Llena de energía nerviosa mezclada con una saludable dosis de incertidumbre. Siempre insegura de lo que podría pasarme a continuación, aunque no hay más amenazas visibles, no realmente. Spencer está conmigo, y juró que me protegería pasara lo que pasara, incluso de mi madre. Entonces, ¿por qué siento este malestar? ¿Por qué tengo un pavor constante revoloteando en el estómago que me dificulta comer? ¿Pensar? ¿Dormir?

He lidiado con este sentimiento prácticamente toda mi vida, y lo odio, quiero que desaparezca, y la única forma de que eso ocurra es que mi madre esté realmente fuera de mi vida. Puede que la haya desterrado lo más que he podido, pero su energía sigue ahí afuera, llenando la ciudad. Es como si supiera que volvió, como si pudiera sentir su presión espiritual o como se le quiera llamar. Cuando salió del país me sentía totalmente libre, pero no lo soy más, y es la peor sensación del mundo.

—Primero, quieres un gato, luego quieres ir a la casa de Newport. Después querrás volver a California. —Es obvia la diversión en la voz de Spencer.

—Sí. Seguramente querré hacerlo la semana que viene —bromeo, sentándome en la cama para poder mirarlo. Está acostado boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza y los bíceps abultados.

Apenas puedo verlo, pero las luces de la ciudad que se cuelan por las rendijas de la cortina lo iluminan con un resplandor anaranjado.

Es tan estúpidamente guapo que quiero tomar mi almohada y golpearlo en la cabeza con ella. Después pienso en mi madre y en la manera como agarraba esa almohada, deseando apretármela contra la cara con la esperanza de acabar con mi vida, y lo olvido todo.

—¿Por qué quieres ir a Newport? Esa casa es enorme.

—Y privada, gracias a Dios.

—Con mil sirvientes que complacen todos tus caprichos.

—No son mil —bromeo. Aunque son bastantes—. Saber que están ahí haría que me sienta segura. Mi madre no intentaría nada con un montón de servidumbre en la residencia.

He pensado en eso. No hay ningún lugar cerca al que pueda escapar excepto esa casa; habrá gente vigilándome constantemente y ella no suele ir, no desde que nos hicimos adultos y seguimos con nuestras vidas.

—Como quieras. Si lo deseas, deberías ir.

—Ven conmigo. Podríamos pasar ahí el fin de semana, será divertido. El clima es mejor y la comida es deliciosa. Podríamos sentarnos junto a la alberca y asarnos al sol. —Me viene otra idea, mejor que la primera—. Quizá deberíamos irnos de vacaciones. Sé que ahora hace mucho calor en Europa, pero la costa italiana me ha estado llamando últimamente. Dios, es tan bonita.

—Nunca he ido —responde mientras sus ojos se cierran lentamente.

—¿Qué? ¿Nunca has estado en Italia? —Me quedo con la boca abierta—. Eres italiano, Spence.

—No dije que no he estado en Italia. He ido, muchas veces. —Sus ojos se vuelven a abrir y sus labios se curvan en una sonrisa sexy—. Solo que nunca llegamos a la costa.

—Oh. Bueno, eso es… vergonzoso. Tienes que ir. Tenemos que planear un viaje ahora. Podemos ir a finales de verano, quizá en septiembre, cuando todavía haga calor, pero no demasiado. Puedo organizarlo todo, tengo un agente de viajes increíble con contactos en todos los hoteles de lujo de la costa de Amalfi. Podríamos irnos

un par de semanas los dos solos. —Prácticamente me lanzo sobre él, aterrizando en su pecho y haciéndolo gruñir. Separa los brazos de la cabeza y automáticamente me rodean; yo me acurruco contra él, casi ronroneando de satisfacción pues obtuve lo que quería, que mi hombre me abrazara.

—No podría irme hasta más adelante, en otoño. Hay demasiado trabajo ahora mismo. —Cuando habla, su boca roza mi sien, haciéndome estremecer.

—Siempre tienes que trabajar —Hago un puchero.

—Tienes razón. Así es.

Contemplo lo que quiero decirle y me pregunto si lo considerará grosero… ¡Al diablo!, se lo diré. Ya sabe cómo puedo ser y aún no lo he espantado.

—Yo tengo mucho dinero. —Levanto la cabeza y me encuentro con que me está mirando—. Podría mantenernos por el resto de nuestras vidas y aún nos sobraría.

—No quiero tu dinero, Syl. —Su expresión es seria, al igual que su tono.

—¿Es por una especie de machismo que no aceptas mi dinero y quieres mantenerte por ti mismo? —Pongo los ojos en blanco cuando apenas asiente—. Eso es increíblemente arcaico. Mi fondo fiduciario es tan grande que harían falta generaciones para gastarlo todo.

—Déjalo para tus hijos entonces —dice.

El corazón se me detiene en el pecho.

—¿Mis hijos? ¿O nuestros hijos?

—Nuestros hijos. —Hace una pausa—. Aunque ahora que me acuerdo, dijiste que no querías tenerlos.

—De todos modos —recalco.

Cuanto más tiempo paso con Spencer, más ganas me dan de tener a sus hijos. Ya puedo imaginármelo, serían todos morenos y de ojos oscuros. Romperíamos la maldición rubia y de ojos azules de los Lancaster, aunque mis hijos ni siquiera serían Lancaster, serían Donato, y me gusta esa idea. Mucho.

—Muy bien, entonces sí. Nuestros hijos. Con el tiempo —añade para hacerme feliz. Sus palabras y el suave brillo de sus ojos al mirarme me calientan la sangre. Alarga la mano, sus dedos se enredan en mi cabello y mi cuerpo se derrite.

—¿Estás insinuando que vas a pedirme que me case contigo? —Mi corazón se sobresalta al pensarlo y, por un momento aterrador, temo haberme excedido.

Todo empeora cuando Spencer me acuesta suavemente sobre el colchón antes de levantarse de la cama. Lo miro irse y vuelvo a sentarme, apretando la sábana contra mi pecho. Estoy desnuda y vulnerable y tengo miedo de que me diga que estamos yendo demasiado rápido, que tengo que ir más despacio.

No hace nada de eso. Observo cómo se acerca a la cómoda, abre un cajón y saca algo pequeño antes de cerrarlo. Se acerca de nuevo a la cama, completamente desnudo y cien por ciento despreocupado, inclinándose para encender la lámpara antes de tomarme de la mano.

Luego se arrodilla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con voz aguda.

—Escúchame. —Me aprieta la mano y me quedo completamente quieta, callada—. Te amo, Sylvie, muchísimo. Apenas recuerdo una época en la que no te amara. Probablemente me esté precipitando, pero, al diablo, te compré un anillo. —Me lo ofrece con la otra mano y ahogo un grito.

Es un rubí gigante de color rojo intenso flanqueado por diamantes a ambos lados. Es atrevido y escandaloso, exactamente lo que siempre he querido.

—¿Quieres casarte conmigo? —me pregunta mientras miro fijamente el anillo, demasiado abrumada para hablar. Levanto mi mirada hacia la suya, percibiendo nerviosismo en ella y me lanzo de nuevo sobre él, haciéndolo caer de espaldas en el suelo y el anillo cae también. Le riego besos por toda la cara, murmurando «te amo» una y otra vez, hasta que se ríe e intenta alejarse de mí.

—No has contestado a mi pregunta —es capaz de decir por fin cuando dejo de besarlo por todas partes.

—Sí. —Me siento a horcajadas sobre él, con su pene entre mis piernas. Empujo mi cadera hacia delante, soltando la respiración cuando lo siento empujarse contra mí—. Sí, quiero casarme contigo.

Mira a su alrededor, con las cejas fruncidas.

—¿Dónde está el anillo?

Yo también miro a mi alrededor, hasta que lo veo a mi derecha, tirado sobre la alfombra, justo a mi alcance. Me inclino sobre él, con los senos sobre su cara mientras me esfuerzo por alcanzar el anillo, y me recorre una sacudida cuando se lleva un pezón a la boca, succionándolo profundamente.

—Spencer —lo reprendo, aunque mi voz es débil.

No lo digo en serio. Se siente demasiado bien, tener sus labios sobre mi piel. Su lengua me azota, jalando y empujando. Aprieto el anillo con el puño y cierro los ojos cuando pasa la boca al otro pezón, inclino la cabeza, observándolo. Acaba soltándome con un chasquido audible, con su mirada acalorada clavada en la mía.

—¿Dónde está?

Lo sostengo entre los dedos, delante de su cara, y me lo arrebata.

—Dame tu mano.

Hago lo que me pide, conteniendo la respiración cuando desliza lentamente el anillo en mi dedo y encaja perfectamente.

—Lo vi e inmediatamente supe que era para ti —admite.

Me miro la mano, el rubí rojo es tan grande que prácticamente me cubre todo el nudillo.

—Lo amo.

—Te amo.

La profundidad de la emoción en su voz amenaza con hacerme llorar. En lugar de eso, lo beso, agarro su amado rostro entre mis manos y mi lengua se sumerge en su boca. Nos besamos y nos besamos, nos rozamos uno contra el otro, nuestra piel se calienta, nuestros cuerpos se preparan. Al final, me acomodo, deslizándome por su grueso pene hasta que me llena por completo. Nos quedamos acostados, con su cuerpo palpitando dentro del mío y nuestras miradas fijas. Me besa y luego se sienta, conmigo sobre su regazo, y

mis piernas rodean su cintura mientras su erección sigue dentro de mí.

—Me perteneces —me susurra al oído y sus manos en mis caderas me guían—. No hay nada que no haría por ti, Syl, ni una sola cosa. Lo eres todo para mí.

Enrollo los brazos alrededor de su cuello, mi boca encuentra la suya, la devora. Me encanta lo protector que es conmigo, lo segura que me siento cuando estamos juntos. No quiero a nadie más, solo a él.

—Te amo —susurro contra sus labios—. Me muero por ser tu mujer, pero necesito que hagas algo por mí.

—Cualquier cosa. —Me empuja hacia abajo, su pene entra tan profundo como es posible y me hace gemir. Me hace olvidar por un breve momento lo que quiero de él, aunque no puedo olvidarlo. Necesito esta última cosa.

—Sé sincero conmigo. —Intenta besarme, pero yo esquivo sus labios—. Dime qué es lo que haces para tu padre en el negocio familiar. Merezco saber la verdad, Spence.

Se queda quieto y yo también, sin apartar la mirada de la suya. Quiero que sepa que no tengo miedo, que puede decirme cualquier cosa y no huiré.

—Sea lo que sea, no me iré, no me perderás. No tengo miedo —le digo cuando aún no ha respondido—, por favor, Spence.

—Syl…

—No me des excusas. Dímelo, Spencer, necesito saberlo. Merezco saberlo.

Inclinándose, presiona su frente contra la mía, exhalando un fuerte suspiro.

—Es mucho.

—He presenciado tantas cosas a lo largo de los años, me han pasado tantas cosas que puedo soportarlo. No tengo miedo. —Trago saliva—. Dímelo.

—¿Ahora mismo? ¿No tenemos algo mejor que hacer? —Se empuja hacia arriba, agarrando mis caderas y manteniéndome

quieta en mi lugar mientras me coge lentamente—. Podemos hablar de esto más tarde.

—Siempre dices lo mismo y nunca es después. Odio que no me hables de esto. Es como si me lo ocultaras a propósito.

—Así es —dice sin dudar—. Hay cosas que es mejor no decir.

Me invade la irritación.

—Si no me lo dices, no sé si quiero casarme contigo…

Me tapa la boca con la mano para hacerme callar. Tiene las mejillas enrojecidas y los ojos encendidos por una ira apenas contenida.

—No. No puedes jugar con eso. Tú me amas y yo te amo. Nos vamos a casar.

Lo miro fijamente, sorprendida por su ferocidad. No me molesto en hablar su mano sigue cubriéndome la cara.

—Además, es demasiado tarde. No puedes echarte para atrás ahora. —Lentamente quita la mano de mi cara y su boca roza mis labios—. Eres mía. Para siempre.

Me besa, su cuerpo se mueve dentro del mío intentando hacerme olvidar, pero sus palabras se repiten en mi cabeza.

«Eres mía. Para siempre».

Me hacen sentir segura, pero también me dejan un poco… asustada.

TREINTA Y DOS

Spencer

Entro a la oficina de mi padre y me acomodo en la silla frente a su escritorio, guardando silencio mientras él está en el teléfono. Saco el mío del bolsillo para comprobar si tengo algún mensaje, pero no hay ninguno. Impaciente, aparto mi celular y escucho a mi padre convencer a un imbécil de que le dé dinero. Extorsionar a otro pequeño empresario para traficar drogas es parte de la vida de un mafioso.

Vivimos al margen, vinculados a una de las familias de la mafia más poderosas del país, si no es que del mundo. Estamos protegidos por ellos, a menos que los molestemos de alguna manera. Si eso sucediera, mi padre y yo estaríamos muertos.

Yo solía ser el matón, el que se reunía con quienes nos debían dinero, con los que robaban droga del cargamento y la vendían por su cuenta, con los escurridizos y furtivos, con los hombres que se meaban en los pantalones cuando aparecíamos, amenazando sus vidas y la de sus familias.

Lo odiaba, aunque lo hice durante poco más de un año antes de ir a ver a mi padre y exigirle que me dejara hacer otra cosa, no podía soportarlo más. Soy listo, se me dan bien los números, así es que empecé a llevar las cuentas. Tenemos un equipo de contabilidad e incluso un director financiero, pero yo tengo toda una serie de archivos e innumerables hojas de cálculo que cuentan otra historia. Desviamos dinero por aquí y por allá para no tener que pagar impuestos, para poder poner ese dinero en nuestros bolsillos y también en los bolsillos de nuestros empleados.

Lo que hacemos es ilegal. Me juego la vida cada día que voy a la oficina, pero ¿qué puedo hacer? Este es mi mundo y siempre lo ha

sido. Sin embargo, este estilo de vida tiene algunas ventajas, y yo las aprovecho siempre que puedo, como ahora.

En el momento en que mi padre termina su llamada, me pongo a hablar.

—¿Averiguaste algo de lo que te pedí? —Levanto las cejas, esperando su respuesta.

Mi padre se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en el borde de su escritorio.

—¿Ahora te gusta perseguir viejas ricas o qué?

La irritación me corre por las venas y me pido mentalmente calma. Sabía que diría algo así, es su forma de ser.

—Estoy cuidando a mi prometida.

Sus cejas se arquean con un gesto de sorpresa.

—Ahora es tu prometida, ¿eh? Nunca te molestaste en contármelo, aunque oí que la llevaste a conocer a tu madre. Supongo que vas en serio, después de todo.

—De todas maneras, no creo que te importe mucho con quién me case —respondo—. Además, sabías que era una Lancaster, incluso expresaste tu aprobación.

—No estoy seguro de aprobarlo completamente. El nombre Lancaster trae un tipo diferente de exposición.

No puedo negarlo, pero también tengo que dejar clara una cosa antes de que esta conversación vaya más lejos.

—No más insultos acerca de ella. Tampoco puedes llamarla lastre. ¿Me entiendes? —Levanto las cejas, esperando a que me desafíe.

Suelta una suave risita.

—Mírate. Todo un hombre. Me gusta verlo.

No respondo nada. Quizá tenga razón. Me he dejado llevar siempre, viviendo la vida, y ahora que tengo algo —a alguien— que proteger, me estoy haciendo hombre, como él dice.

—Ten cuidado con esa familia. No des a nadie demasiados detalles sobre lo que haces, ni siquiera a tu chica. Esa familia podría hacernos explotar y poner nuestros negocios en el centro de atención.

—No tengo miedo. Siempre hemos permanecido en las sombras y además, estoy pensando en salirme de esto.

Se ríe entre dientes.

—No es tan fácil, hijo. ¿De verdad crees que voy a dejar que te marches y que tu nueva esposa rica te mantenga? No lo creo.

Pienso en Sylvie diciendo que su dinero podría mantenernos de por vida y me doy cuenta de que mis protestas no fueron en vano. No hay manera de que mi padre me deje escapar del negocio, por mucho que lo intente.

—Cuéntame lo que averiguaste sobre Sylvia Lancaster —le pido, cambiando de tema.

Acudí a mi padre para que su mejor investigador privado indagara en los antecedentes de Sylvia Lancaster, deseando descubrir algún secreto. Cualquier información que pueda usar contra ella, se la llevaré directamente y la chantajearé para que salga de la vida de Sylvie de una vez por todas.

Mi papá suspira, recargándose en su silla.

—No mucho. La mayor parte de lo que hace es de dominio público, excepto su reciente *lifting*. La fotografiaron en el aeropuerto, llegando a Ibiza, pero nunca la captaron saliendo de allí. Hicieron toda esa mierda en secreto para que nadie la viera con vendas.

—Eso ya lo sabía. —Sacudo un pie, ansioso por enterarme de algo jugoso—. ¿Alguna otra cosa?

Toma un sobre manila de debajo de un montón de papeles que hay sobre su escritorio y lo deja caer encima antes de abrirlo. Hojea la información y me maravilla el hecho de que sea tan anticuado que no podía recibir la información por correo electrónico.

—En papel. ¿En serio? —le pregunto.

—Es más fácil de eliminar comparado con un archivo electrónico, que deja rastro.

—¿Y el papel no?

Levanta la mirada hacia mí.

—Lo escribió en una máquina de escribir. A mi chico no le gusta correr riesgos.

Estoy a punto de reírme, pero al ver la expresión de su cara, me callo.

—Parece que la interrogó un equipo de médicos hace unos seis años —dice mi padre mientras sigue leyendo.

Esa información hace que me enderece.

—¿De verdad? ¿Sobre qué? —Mantengo un tono indiferente, pero definitivamente ha despertado mi interés. Esto podría ser exactamente lo que estoy buscando.

—¿Algo sobre surtir recetas falsas en varias farmacias? —Mi padre frunce las cejas mientras sigue leyendo el informe—. Sí, la acusaron de estafar farmacias y usar recetas falsas para obtener medicamentos para uno de sus hijos.

Para Sylvie.

—No se nombró a cuál hijo porque era menor. —Me mira—. ¿Tu prometida?

Asiento, apretando la mandíbula.

—Sí.

—Ajá. Bueno, estoy seguro de que todo esto se mantuvo muy en secreto por ser quien era ella. Nunca la llevaron ante ningún tipo de concejo médico oficial, ni siquiera ante la policía. Un equipo de médicos con quienes había llevado a su hija se reunió, compararon notas y finalmente la interrogaron. Parece que estaba indignada y dijo que debía ser un error. Creo que probablemente les pagó y se acabó el asunto, se libró y las acusaciones desaparecieron.

Qué mierda. El dinero sin duda es poder, compra todo lo que puedas desear. Incluso cuando descubren que estás intentando envenenar a tu hija puedes pagarle a un equipo de médicos —personas que se supone que protegen a los enfermos y heridos— y arreglar las cosas con unos cuantos pagos discretos, barrerlo todo bajo la alfombra para que no vuelva a mencionarse nunca más.

Mi padre sigue hojeando los documentos y yo lo dejo. Estoy demasiado enojado para intentar leer en este momento. Tengo las manos empuñadas y golpeo una y otra vez el borde de la silla, cada vez más fuerte hasta que empieza a dolerme.

Esa mujer debería pagar por lo que le ha hecho a su hija. Sylvie es un desastre por culpa de su madre. Sé que acabará curándose, que todo va a salir bien, porque yo la voy a cuidar, pero nunca descansaré mientras sepa que esa mujer existe, viviendo en la misma ciudad que nosotros. No me extraña que Sylvie quisiera irse. Quizá deberíamos irnos a vivir a su casa en California y escondernos en el bosque. Podría hacer que algo funcionara. Mi padre no querrá que me vaya, pero con el tiempo, algo se me ocurriría.

—Eso es lo más escandaloso que he encontrado —dice mi papá mientras hojea los papeles—. El divorcio parece una tontería. Él le pagó mucho dinero a ella; pensión alimenticia y manutención de los hijos, lo cual es hilarante, tomando en cuenta que ninguno de esos niños vivía con ella, todos estaban en la escuela. La manutención finalmente se dejó de pagar, pero ella sigue recibiendo la pensión alimenticia, además de un cheque por un buena suma por compensación. Definitivamente no le falta dinero.

—Ella también proviene de una familia rica. Esa mujer nunca estará en la ruina —digo distraídamente, fijando la mirada en la ventana de mi derecha, contemplando la ciudad. Sylvia está en alguna parte, haciendo quién sabe qué cosa—. Quiero que la sigan.

—¿Hablas en serio? ¿Por qué?

Devuelvo la atención a mi padre.

—No confío en ella. Quiere matar a mi futura esposa y me niego a darle la oportunidad de hacerlo. No bajo mi vigilancia.

—Eso te costará.

—No me importa. —De todos modos, no gasto mucho dinero.

—¿Cuánto tiempo quieres que la sigan?

Hasta que se muera.

—No sé. Hasta que sienta que ya no es una amenaza. —Me pongo de pie—. Si tú no lo arreglas, lo haré yo.

—Calma, te ayudaré. Me pondré en contacto con el investigador privado ahora mismo. Sé que tiene todo un equipo que se dedica a la vigilancia. —Mi padre cierra el sobre y me lo entrega—. Haré que empiecen lo antes posible.

—Perfecto. —Le recibo el sobre—. Gracias.

—Te estás esforzando mucho por esta chica —observa mi papá.

—Es la mujer con la que me voy a casar. Algún día será la madre de mis hijos. —Noto que me sube la presión y respiro hondo, negándome a dejar que el viejo me haga echar espuma por la boca —. Destruiría esta ciudad con mis propias manos si así pudiera mantenerla a salvo.

Me observa un momento antes de negar lentamente con la cabeza.

—Un lastre, te digo.

—No me importa lo que pienses. —Me golpeo el pecho con el sobre—. Ella no es un lastre para mí.

Mi padre me informa que ya está bajo vigilancia, pero no me parece suficiente. Así que me dirijo al edificio de Sylvia, me estaciono enfrente y espero. Bajo la ventana y solo el ruido de la calle me hace compañía, alguna sirena de vez en cuando y las voces de gente que pasa. Apenas miro el teléfono, estoy demasiado concentrado en las puertas dobles que llevan al interior, esperando a que Sylvia Lancaster haga su aparición, aunque con mi suerte, nunca la veré.

Debería estar trabajando o pasando tiempo con Sylvie. En lugar de eso estoy sentado en uno de los coches de mi padre, observando las idas y venidas de la élite que entra y sale del edificio. Hay dos porteros trabajando en la entrada, ambos ancianos. No es que piense hacerlo, pero podría derribarlos si me lo propusiera.

Noto que no hay seguridad afuera del edificio, aunque nadie de este alto nivel iría sin un cuerpo de seguridad; hay demasiado dinero en este edificio para que no tenga protección. No es que me interese el dinero de nadie, más bien quiero tener acceso a Sylvia, solo por unos minutos. Quiero decirle lo que pienso y ordenarle que se aleje de Sylvie para siempre. Hablo en serio y ella tiene que saberlo.

—¿Qué carajo estás haciendo?

Oigo un golpe, mi coche se balancea y casi salto del asiento.

Whit está de pie, apoyado en el marco de la ventanilla de mi coche, sonriendo maniacamente.

—Por Dios. —Me paso una mano por delante de la corbata—. Casi me provocas un infarto.

—¿Estás espiando aquí, Donato? ¿En serio? —Se aparta de mi coche y rodea la parte delantera, abriendo la puerta del acompañante y deslizándose dentro—. Cierra la ventana, hace un calor del carajo.

—Imbécil —murmuro en voz baja mientras arranco el coche y pulso el botón para cerrar la ventana. Odio haber cumplido sus órdenes automáticamente, pero es como si la necesidad de complacer a un Lancaster se hubiera incubado en mi cerebro. Llevo años haciéndolo.

Los viejos hábitos son difíciles de romper.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras escribe en su teléfono —. ¿Y a quién le mandas mensajes?

Si me dice que a su madre, voy a perder la razón y haré una locura. No me importa que sea mi mejor amigo.

—Le estoy enviando un mensaje a mi primo Grant. —Toca la pantalla durante unos segundos más antes de que oiga el sonido de un mensaje enviado—. La verdadera pregunta es, ¿qué demonios estás haciendo tú aquí, acechando afuera del edificio de mi madre?

No quiero contestarle. Parecerá que he perdido la puta cabeza, especialmente cuando ya tenemos investigadores contratados espiándola.

—Vamos, Spence, sé honesto conmigo. ¿Estás esperando a que mi madre aparezca mágicamente? —Sigo molesto, sin decir una palabra, y al final solo resopla—. Bueno, no me contestes. Ya sé lo que estás haciendo, y lo entiendo. Mi madre no es de fiar, pero pasar el tiempo enfrente de donde vive con la esperanza de, no sé, hablar con ella, no es la mejor jugada.

—Quiero alejarla de Sylvie —admito.

Siento los ojos de Whit clavados en mí mientras miro fijamente al frente, observando cómo se abre la puerta y sale un señor mayor con una mujer muy joven del brazo.

—¿No crees que la mejor manera de alejarla de Sylvie es estar con Sylvie, siempre?

Tiene razón, lo sé, aunque no quiero ser agradable. Estoy furioso, frustrado.

—No puedo estar con ella en todo momento.

—Podrías estar con ella ahora mismo —sugiere, sonando tan frustrantemente lógico que me dan ganas de darle un puñetazo en su cara petulante.

En lugar de eso, me restriego las manos en el rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a reunirme con ella, me lo pidió. Sé que es por el bebé. —Suelta una exhalación exagerada—. Le molesta que no la dejemos pasar tiempo con Augie, y ahora que viene otro bebé va a lloriquear e intentar colarse de nuevo en nuestras vidas.

—¿Vas a dejarla?

—No. Summer se niega. Sobre todo, desde que sabe que vamos a tener una hija. —Me lanza una mirada—. Ahora que se ha confirmado lo que mi madre le hizo a Sylvie, Summer se empeña en que la querida abuela no se acerque a nuestros hijos.

—Tiene razón. ¿Pero por qué vas a escuchar los ruegos de tu madre cuando ya tomaron una decisión?

—Quiero oír lo que tiene que decir, la clase de mentiras que dirá para que yo acepte. Es una maestra de la manipulación, pero conozco su juego desde que tenía como… trece años. Veo a través de ella, a diferencia de otras personas, como mi hermana.

—Le pedí que se casara conmigo —le cuento en voz baja.

La cara de sorpresa de Whit es casi cómica.

—No me digas. ¿Y?

—Dijo que sí.

—Pues, carajo —sonríe—, ¡bienvenido a la familia! Estás loco por querer formar parte de esto.

—Estoy enamorado de ella. —Dios, sueno como si estuviera sufriendo y tal vez lo esté. Amo tanto a Sylvie que me duele, por eso estoy sentado frente al rascacielos de su madre, esperando verla como un loco. ¿Qué haría si la viera? Mierda, no lo sé. ¿Confrontarla? ¿Decirle que se vaya a la mierda? ¿Decirle que acabaré con ella si la encuentro cerca de Sylvie?

Las amenazas no son inteligentes, sé que no lo son, pero es lo único que quiero hacer cuando pienso en Sylvia acercándose a Sylvie.

—Lo sé —me dice Whit, agarrando la manija de la puerta—. También le hablaré de Sylvie. Le voy a decir que debe dejarla en paz.

—No te va a hacer caso —agrego, sabiendo que estoy diciendo la verdad—. Hará lo que pueda para intentar que vuelva a su vida.

—Mencionaré la posibilidad de una orden de restricción, aunque no mencionaré el hecho de que su futuro yerno la está acechando, eso lo jodería todo. —Sale del coche y voltea para mirarme—. No hagas ninguna estupidez.

Cierra la puerta antes de que pueda contestar, lo cual es bueno. No quiero hacer promesas que sé que no puedo cumplir.

TREINTA Y TRES

Sylvie

Llego a la casa de Newport un viernes por la mañana y al entrar me invade la emoción. El vestíbulo está bañado por la cálida luz del sol, todo está limpio, reluciente y hermoso. Los sirvientes están alineados, esperando para recibirme cuando entro por la puerta principal, como si estuviéramos en Downton Abbey.

Hay tantos recuerdos en esta casa. La mayoría buenos. Solo unos pocos malos. Aquí pasamos muchas vacaciones familiares. Los veranos también, hasta que mi mamá compró la casa de Los Hamptons y siempre acabábamos yendo allá.

Hace años que no estoy en Los Hamptons. Lo veo como su territorio, pues ella se quedó la casa en el divorcio y no tengo deseos de ir.

Saludo a todos los sirvientes que conozco con abrazos cariñosos y estrecho la mano de los más nuevos. Algunos incluso se inclinan ante mí, lo que me avergüenza; no necesito tanta ostentación como mis padres. Mi padre lo espera, mi madre lo exige.

Después del saludo formal escapo a mi dormitorio, desplomándome en la cama gigante en cuanto cierro la puerta. Me quedo mirando el ornamentado techo, el cuadro del círculo central que data de principios del siglo XIX, y me doy cuenta de que nunca en mi vida me he quedado sola en esta casa, que es bastante agradable. No es que esté completamente sola, hay tantos sirvientes que mi madre no se atrevería a intentar nada conmigo. No es que ella sepa que estoy aquí, pero… Podría. Tiene espías por todas partes.

Spencer vendrá a reunirse conmigo esta tarde. En realidad, debería llegar en menos de una hora, ya que salió temprano del

trabajo. El tráfico no estaba tan mal como suele ser cuando salí del departamento, así que llegué temprano, lo que él no quería que sucediera. Sé que le preocupa que mi madre se aparezca, pero ella no sabe que estoy aquí, y además, hay mucha gente en la propiedad. Estaré bien.

Pasaremos aquí el fin de semana y regresaremos juntos el domingo por la noche o el lunes temprano por la mañana. También me dijo que tenemos que hablar largo y tendido sobre lo que hace en el negocio de su padre. Juró que me lo contaría todo, sin omitir un solo detalle.

—Te lo contaré todo este fin de semana —dijo anoche durante la cena—. Cuando estemos a solas y sin interrupciones.

Casi no quiero saberlo. Le da tanta importancia, que me da miedo oír los detalles. Pero quizá no sea para tanto, como cuando algo se exagera. Todo el mundo habla maravillas de una película que te mueres por ver, y cuando por fin vas al cine te das cuenta de que no era para tanto y te decepcionas. Me temo que eso es lo que va a pasar con su explicación. Probablemente no sea tan malo como él hace que parezca.

Mi teléfono suena cuando estoy a punto de bajar a buscar algo de comer, y veo el nombre «Roland» parpadeando en la pantalla.

—¡Roland! ¿Cómo estás? —lo saludo.

—Agotado después de perseguir a esa gata por toda la propiedad —refunfuña, sonando completamente apagado, que es su estado de ánimo habitual.

—¿La atrapaste?

—Sí, pero por supuesto que me arañó. —Oigo maullidos incesantes de fondo y no puedo evitar reírme.

—La oigo quejarse contigo.

—Más bien se queja de mí. No está nada contenta conmigo. Y probablemente tampoco estará contenta con usted cuando llegue a la ciudad. —Duda—. ¿Está segura de que quiere llevarla allí? Es un poco salvaje.

—La domaré —digo con confianza.

—No es tan fácil. Y es muy mala. —Oigo maullidos y juro que está moviendo su jaula con todas sus fuerzas—. Me preocupa llevársela, señorita Lancaster.

—Ya hice todos los preparativos, siempre y cuando tú estés dispuesto a conducir, claro —le digo.

Renté un coche para que Roland atraviese el país con Ardilla, ya que su vieja camioneta probablemente no lo conseguiría. Cuando llegue aquí con la gata le compraré un billete de avión en primera clase y lo enviaré de regreso a casa. Le quitará tiempo de su vida, pero su agenda está bastante libre en verano, según me informó.

—¿Saldrás a primera hora de la mañana? —le pregunto.

—Sí, señorita. Y espero llegar allá el viernes. Va a ser un largo viaje, pero tengo una correa para la gata. Y una bonita y cómoda transportadora. Estará en buenas manos.

—No lo dudo. Ya quiero verla. Y a ti también.

—Solo quiere a su gata.

—Es verdad —digo riéndome un poco.

Spencer tenía razón. Quiero esto, quiero aquello, lo quiero todo, incluyéndolo a él.

Tomando en cuenta cómo me criaron, he sido consentida toda mi vida. El dinero no es un problema y soy consciente de que puedo ser bastante exigente, pero cuando se le puede pagar a un señor jubilado que no tiene mucho que hacer en su vida para que transporte a una gata salvaje al otro lado del país, ¿por qué no hacerlo?

Deseo que Ardilla esté aquí conmigo, necesito algo suave y mimoso a quien querer, aunque ella no suena especialmente afable. En fin, la obligaré a amarme, soy buena en eso; a Spencer lo forcé a amarme hasta que no tuvo más remedio que corresponderme.

Tomo una siesta de veinte minutos después de una comida ligera y, cuando me despierto, Spencer aún no ha llegado. Miro el teléfono y veo que me mandó un mensaje diciendo que el tráfico está horrible, pero que debería llegar pronto. Será mejor que lo haga. Me aburro sin él.

Deambulo por los pasillos mirando los retratos de los antiguos Lancaster que cubren las paredes. El Augustus original ocupa el lugar más prominente en lo alto de la escalera, donde todo el mundo puede verlo, y cada vez que lo miro a los ojos, me estremezco. Son extrañamente parecidos a los míos, celestes y brillantes. Me abrazo a mí misma al pasar junto a cada retrato, examinándolos hasta que acabo frente a la fotografía de mi familia, una de las últimas que nos tomaron antes de que mis padres se divorciaran.

Mi madre está sentada en una silla en el centro, mi padre de pie a su derecha, con la mano sobre su hombro. Whit aparece detrás de ella, alto y delgado, con expresión muy seria. Carolina está de pie frente a nuestro padre, con el pelo recogido en un chongo de bailarina, los labios rosados en una ligera sonrisa. Y luego estoy yo, de pie a la izquierda de mi madre, una niña de rostro melancólico que parece que preferiría estar en cualquier lugar menos ahí. Estoy delgada y pálida y llevo un suéter, aunque recuerdo que tomamos la foto en verano, en la biblioteca de esta misma casa. Me puse una capa más para no parecer tan frágil, pero fue inútil. Soy solo piel y huesos y casi translúcida. En el último momento, justo cuando la cámara hizo clic, mi madre me tomó de la mano y me sujetó con tanta fuerza que se pueden ver sus uñas presionando mi piel.

Es una foto terrible, una representación del derrumbe de nuestra familia, aunque mi madre se aferra a mí, como siempre. También se aseguró de que estuviera colgada en la pared. Una monstruosidad para recordarle a su marido la destrucción que provocó ese verano. Al final, descubrió que la había engañado durante más de un año con la madre de Summer.

El verano siguiente, mis padres hicieron un frente común, pero al final se separaron; no hubo más retratos familiares, estábamos irrevocablemente rotos y yo me quedé sola con ella para ayudar a recoger los pedazos, algo con lo que una niña de trece años jamás debería tener que lidiar, y sin embargo, ahí estaba yo, la pequeña mascota de mi madre.

—Esa es una de mis fotos favoritas de nosotros —dice una voz familiar.

Sorprendida, me doy la vuelta y veo a mi madre del otro lado del pasillo, con una leve sonrisa en el rostro alterado. Parpadeo y cierro los ojos unos instantes porque seguramente estoy alucinando; estar en esta casa siempre trae de vuelta todos los recuerdos que se revuelven en mi interior. Pero cuando los abro, sigue ahí parada, más cerca incluso. Tiene las manos detrás de la espalda y lleva un elegante vestido de verano. Sin mangas y largo, con un estampado floral brillante que destaca su piel ligeramente bronceada. Lleva el pelo rubio recogido detrás de sus orejas de las que cuelgan perlas gigantes, y un collar de perlas de gran tamaño que hace juego alrededor del cuello. Parece como si acabara de bajarse de un yate y hubiera decidido hacer una visita sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con voz débil.

Su sonrisa es amable y una completa mentira.

—Me enteré de que estabas aquí y pensé en darme una vuelta.

Darse una vuelta. Como si fuera una visita divertida que estuviera deseando.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —La sonrisa se convierte en una leve mueca y encoge sus huesudos hombros. Dios, es lo más delgada que la he visto nunca—. Tengo mis métodos. Gente que me da información.

Miro hacia el barandal y observo el vestíbulo vacío; impera un silencio espeluznante y entonces me doy cuenta que uno de los sirvientes le avisó de mi llegada. Seguro que le pagó por la información. Dios, no puedo confiar en nadie.

—Mandé a todo el mundo fuera por el fin de semana. Solo estaremos nosotras dos, podremos ponernos al día. ¿No suena bien? —Mi madre sonríe superficialmente; suena horrible, como si mi peor pesadilla se hubiera hecho realidad.

Mi madre da otro paso hacia mí, lento y casual, como si no fuera una amenaza.

—Te he extrañado, mi amor. Hace tanto tiempo que no pasamos tiempo a solas, estás constantemente rodeada de gente.

—Es a propósito —le recuerdo, dando un paso atrás para mantener la distancia, pero ella sigue acercándose sigilosamente—.

Ya no podemos pasar tiempo juntas, madre. Las cosas siempre acaban mal entre nosotras.

Para mí.

Frunce el ceño, sus delicadas cejas se juntan, el único movimiento en su rostro recién operado. Parece increíblemente joven. Sus rasgos, con excepción del color de sus ojos, me recuerdan a mí misma, tal y como me dijo Summer.

—No es así. Yo solo he querido protegerte.

—Lo has hecho fatal. —Me meto la mano en el bolsillo de los jeans y mis dedos rozan la parte superior de mi teléfono. Me lleno de alivio y lo saco—. Aléjate de mí o llamo a la policía.

Mi mamá se carcajea y camina lentamente hacia mí.

—Ay, amor, pareces tan tonta. No puedes llamar a la policía, soy tu madre. Lo único que quiero es hablar. Nada más —extiende las manos con las palmas hacia el techo. Inocente y no amenazante, otra mentira—, te lo prometo.

Doy otro paso hacia atrás y mi trasero choca contra la pared, mi cabeza golpea el retrato de uno de mis parientes muertos y lo hace tambalear.

—El problema con tus promesas es que nunca puedes cumplirlas.

—Piensas muy mal de mí, ¿verdad? —Hace un gesto de disgusto, sacudiendo la cabeza—. Es una lástima, lo bajo que ha caído nuestra relación.

—Bueno, ya sabes de quién es la culpa. —Apoyo la otra mano en la pared, aferrando el teléfono con la mano derecha, lista para marcar si es necesario.

—Yo te culpo a ti —dice ella, con voz seria—. Me has apartado durante años, cuando lo único que quiero es que tengamos ese vínculo especial que solíamos compartir. No lo tengo con nadie más, ¿sabes? Ni con tu hermano, ni mucho menos con Carolina, quien me trata con tanto desdén, como si le diera asco estar en mi presencia. Y Whit piensa que soy una imbécil, no respeta a las mujeres, igual que tu padre.

No me molesto en corregirla al respecto Whit, porque está equivocada, aunque tiene razón con respecto a Carolina. Nuestra

madre la aterra, y Carolina mantiene la distancia. Vio cómo me controlaba a mí y no quiso tener nada que ver en eso; no puedo echárselo en cara, tiene suerte de haberse escapado.

—¿Estás diciendo que esto es culpa mía? —pregunto incrédula.

—Por supuesto. Si me hubieras hecho caso, tu vida sería perfecta. Ahora es tan… desordenada. —Arruga la nariz, aunque ya no tiene mucho movimiento.

¿Cuántas cirugías plásticas se hizo?

—¿Desordenada en qué sentido? —Si la mantengo hablando, la distraeré, y posiblemente pueda llegar hasta mi habitación, donde puedo encerrarme.

—Esta relación con Spencer Donato no es lo que me imaginé para ti. El hecho de que vivas con él y ni siquiera estén casados es escandaloso.

Quiero poner los ojos en blanco, pero me contengo. Es la misma mujer que toleró las múltiples aventuras de su marido durante todo su matrimonio, siempre haciéndose de la vista gorda hasta que no pudo seguir mirando hacia otro lado.

—No tan escandaloso como que me casara con un hombre lo suficientemente mayor como para ser mi padre, al que apenas conocía —señalo—. Un hombre que era homosexual de clóset y mantuvo relaciones cuestionables durante nuestro matrimonio. Seguro que me vas a decir que no sabías nada sobre las preferencias de Earl.

—No sabía. Vino a buscarme con una petición muy específica: quería casarse contigo.

—Para usarme como fachada.

—Eras joven, hermosa y desmedidamente rica. ¿Qué hombre no te querría?

—Nunca me diste otra opción.

—Tú no querías otra opción —subraya—. No te gusta tomar decisiones, Sylvie. Siempre decías eso; quieres que alguien controle tu vida.

—Eso es lo que tú querías para mí. Nunca me diste la opción de decidir por mí misma. Guiaste todos mis movimientos, prácticamente

toda mi vida. —Aprieto el teléfono con más fuerza y miro hacia abajo cuando suena. Veo que es un mensaje, pero no veo de quién.

—Porque no podías tomar ninguna decisión por ti misma. Cuando te dejan en paz, cometes un sinfín de equivocaciones.

—Claro, así que es mejor que te deje tomar todas las decisiones de mi vida.

Su sonrisa se congela.

—Sí. Exactamente.

—Para que puedas decidir si vivo o muero.

Su sonrisa se desvanece y abre los ojos de par en par.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Sabes de qué estoy hablando. Solo que te niegas a verlo, a reconocerlo. —Miro a mi derecha, la puerta de mi habitación está muy cerca—. Llevas años intentando matarme y casi lo consigues. Por eso no puedo estar más cerca de ti, madre. ¿No te das cuenta?

—¿No ves cuánto te quiero y te adoro? —Se precipita hacia mí, hasta situarse justo enfrente. Mirarla a la cara es casi como mirarme en un espejo, sus rasgos son así de parecidos a los míos; la forma de su cara, sus pómulos, su barbilla, sus labios, la inclinación de su nariz, aunque el color de nuestros ojos es diferente.

Soy yo. Sabía que me parecía a ella, pero nunca pensé que el parecido fuera tan asombroso.

—Increíble, ¿verdad? Cuánto me parezco a ti. —Sus ojos brillan y su sonrisa se ensancha. Todavía está tan en sintonía conmigo que me da miedo—. Llevé unas fotos tuyas a la consulta y le dije al cirujano que quería parecerme a ti.

Se me nubla la vista y la cabeza empieza a darme vueltas. Lo que está diciendo es tan… inaudito. Perturbador. No es normal.

Creo que me voy a desmayar.

—¿Qué? —pregunto con voz débil. Doy un paso hacia mi habitación, sin molestarme por ocultar que intento alejarme de ella, pero ella se mueve conmigo como si nunca fuera a dejarme escapar.

—Ya me oíste. Quería parecerme a ti. Quiero que la gente nos vea y piense que somos hermanas. Tenemos un vínculo, sabes, estamos conectadas. Sé lo que estás pensando, cómo te sientes, lo

que quieres hacer después, eres mi miniyo, mi niña especial. Te puse mi nombre porque eres mía. Y mira, ahora nos parecemos todavía más. Ahora podríamos pasar por hermanas.

—No soy tu hermana. Eres mi madre.

—Oh, lo sé. Es que… ahora es más fácil decir que somos hermanas, ¿no crees? Cuando eras más chica, eras tan dependiente. Puede que te hiciera algunas cosas para mantenerte tranquila, ¿cuál es el problema? Muchas mamás lo hacen.

Parpadeo, sorprendida por su confesión.

—He hecho algunas cosas de las que no estoy orgullosa, mi amor, pero eso es cosa del pasado. No puedo evitar que preocuparme tanto por ti haya llamado tanto la atención. Tu padre estaba demasiado ocupado cogiéndose a otras mujeres como para fijarse en mí. Tenía que hacer algo.

Es típico de ella que culpe a mi padre por lo que me hizo. Todavía no puede asumir la responsabilidad.

—Lo que hiciste estuvo mal y lo sabes. —Deslizo la mano por detrás de mí cuando llego a la puerta de mi habitación y busco el picaporte, pero ella se me lanza y pone la mano sobre la mía.

—¿Adónde crees que vas?

No digo nada. Se me escapa una exhalación temblorosa cuando me agarra la mano con más fuerza. Está tan cerca de mí, con el cuerpo contra el mío que me dan ganas de retroceder. Inclino la cabeza hacia atrás hasta que choca contra la puerta, desesperada por escapar.

—No puedes escapar de mí, Sylvie. No importa cuánto lo intentes, siempre te encontraré. Siempre estaré para ti, pase lo que pase. —Extiende la otra mano y me toca suavemente la mejilla, pero me estremezco. Entonces retira la mano y frunce el ceño—. Solo quiero cuidarte. Nos necesitamos. ¿No lo ves?

Mi respiración se acelera, hasta el punto de que siento que voy a empezar a hiperventilar, y cierro los ojos, pidiéndome mentalmente que me calme.

—Por favor, retrocede —le digo cuando vuelvo a abrir los ojos—. No puedo respirar.

—Oh, amor. ¿Estás teniendo un ataque de asma? Ven conmigo. —Me toma de la mano, me aleja de la puerta de mi habitación y me conduce por el pasillo—. Dame tu teléfono.

—No. —Me meto el teléfono en el bolsillo de los shorts antes de que pueda agarrarlo—. Suéltame.

Intento soltarme, pero sus dedos son como un candado que me aprieta la muñeca con fuerza.

—Hago esto para ayudarte. Tengo un inhalador en mi habitación, uno de los viejos. —Sigue caminando, sin mirar atrás mientras me arrastra tras ella—. Yo te voy a cuidar, mi amor. Respira hondo y trata de tranquilizarte si puedes.

Sus palabras me aceleran la respiración y me oprimen la garganta y el pecho. Parpadeo con fuerza, la vista se me nubla y sé, sin lugar a dudas, que estoy sufriendo un ataque de pánico.

—Para —le digo, con voz suave. Demasiado suave. No me oye o prefiere ignorarme, no estoy segura.

Pasamos la escalera y nos dirigimos al otro pasillo, donde está su habitación. Se queda en la misma habitación de siempre, la que compartía con mi padre.

Que él le permita quedarse aquí es muy generoso de su parte. Es una residencia Lancaster y, ante sus ojos, ella ya no es una Lancaster, aunque nunca se cambió el nombre. Dudo que alguna vez lo haga, incluso si se casara con alguien más. El apellido Lancaster tiene demasiado prestigio como para que ella quiera renunciar a él.

—¿Qué haces? —le pregunto, haciendo una pausa cuando oigo el sonido de la puerta abriéndose.

Mi madre se detiene, echando la cabeza a un lado, mirando hacia el vestíbulo de abajo.

Spencer aparece y cierra la puerta mientras mira lentamente alrededor.

—Sylvie —grita—. ¿Dónde estás?

Intento hablar, pero las palabras se me atascan en la garganta. Sin embargo, como si me percibiera, levanta la cabeza, su mirada se encuentra con la mía y sus cejas se fruncen cuando desvía la mirada y se posa sobre mi madre.

TREINTA Y CUATRO

Sylvie

—Pídele que se vaya —me dice mi madre en voz baja, con expresión trastornada. Enojada y exigente—. Ahora.

Todavía cree que tiene control total sobre mí; me desconcierta lo delirante que es, lo extraño que resulta que haya intentado parecerse a mí, como si quisiera ser yo. No lo entiendo, no la entiendo.

—No. —Sacudo la cabeza.

—¡Hazlo! —Arrastra las sílabas y me pregunto si habrá bebido. Algo no está bien en ella, parece estar al límite. Me doy la vuelta.

—Spencer —murmuro con voz ronca, odiando lo débil que sueno, lo débil que me siento. De algún modo, me libero del agarre de mi madre al mismo tiempo que Spencer sube corriendo las escaleras, de dos en dos, hasta que llega arriba. Una vez libre, corro hacia él, ignorando los gritos de mi madre.

Mi hombre me toma por la cintura cuando me lanzo sobre él, todo mi cuerpo tiembla mientras le rodeo el cuello con los brazos. Me aferro a su cuerpo con todas mis fuerzas, cierro los ojos y respiro su delicioso aroma masculino: «Estoy a salvo», pienso, el alivio que me llena casi me hace llorar.

Spencer apoya su mano en el centro de mi espalda, reconfortándome, aunque noto que está tenso. Su atención se centra en mi madre y en mantenerla alejada de mí.

—Aléjese, carajo —dice, su voz sumamente profunda y afilada—. Lo digo en serio, Sylvia, aléjese de ella, de nosotros.

—¡Es mi hija! —Las palabras salen en un estallido, haciendo volver mi atención a ella—. ¡Quítale las sucias manos de encima!

—Quédate detrás de mí —murmura Spencer, colocándome justo detrás de él. Lo uso como escudo, cobardemente, temblando tanto que me castañean los dientes—. Llamé a la policía. Está en camino.

Mi madre se carcajea.

—No me van a echar de mi propia casa, imbécil. Yo pertenezco aquí mientras que tú solo eres un invitado, un intruso. Será a ti a quien la policía escolte fuera, no a mí.

—No de ni un paso más. —La advertencia en el tono de Spencer es ominosa. No me atrevo a mirar por miedo a lo que pueda ver.

—No puedes mantenerme lejos de mi hija, nadie puede. Siempre la encontraré, siempre estaré en su vida, le guste o no.

—¿Por qué la obliga cuando no quiere tener nada que ver con usted?

—Soy su madre.

—Una madre que intentó matarla en numerosas ocasiones —la acusa Spencer.

La habitación se queda en silencio y yo espero detrás de él, con un remolino en la mente. ¿En qué estará pensando? ¿Cómo se verá?

Me asomo lentamente por detrás de la espalda de Spencer, observando la forma como mi madre lo mira, con la mano en el cuello, jugueteando con las perlas gigantes de su collar.

—Tienes mucho valor para acusarme de cosas tan horribles —dice finalmente con voz temblorosa.

—Solo repito lo que Sylvie me ha dicho. —La voz de Spencer es tranquila, lo que seguramente frustra a mi madre.

—Sylvie es una mentirosa. —El veneno en sus palabras es sorprendente—. Siempre ha sido una mentirosa. Exagera las historias para hacerme quedar mal. ¿De verdad crees que quiero matarla? Yo la amo.

—Tiene una forma muy extraña de demostrar su amor. Siempre la ha tenido.

—Tú no me conoces, ni a Sylvie. ¿De qué estás hablando?

—Voy a casarme con ella —dice Spencer—. Y una vez que sea oficialmente mía, voy a hacer lo que sea necesario para mantenerla lejos de ella por el resto de su vida.

—No se casará contigo.

—Tiene mi anillo en el dedo, va a suceder.

—Sylvie, por favor, escúchame. No te cases con este chico. Solamente te arrastrará a su sórdido mundo y tu reputación quedará manchada para siempre. ¿Quieres que te pase eso? Conforme envejezcas, la sociedad será todo lo que te quede. Tu marido te dejará y tus hijos te abandonarán y te quedarás sola. Eres como yo, mi amor, igual a mí, por eso nos necesitamos.

—No me parezco nada a ti —le digo, con voz más fuerte. Me aferro al brazo de Spencer, sabiendo que me respalda. Me está protegiendo de ella, y eso es lo único que me hace sentir lo suficientemente valiente para decir esto—. Nunca seré como tú, eres una persona horrible que le hace daño a la gente para llamar la atención de los demás.

Su expresión cambia; sus ojos se entornan, sus labios se aprietan, sus mejillas se enrojecen, su cuello y su pecho también. Está furiosa.

—Eres una idiota —escupe—. Una mocosa malagradecida y egoísta. Siempre tratas de hacer que todo gire en torno a ti, cuando nada tenía que ver contigo. ¡Nada!

Sin advertencia, se lanza hacia delante, girándose hacia la derecha en el último segundo y dirigiéndose directamente hacia mí. Spencer me empuja hacia atrás, me tropiezo con mis propios pies y casi me caigo. Con la otra mano impide que mi madre se acerque más a mí, deteniéndola por el hombro.

—¡Suéltame! —grita, luchando contra la mano de Spencer. De algún modo, se zafa, y se lanza hacia mí con las manos en alto con los dedos enroscados como garras—. ¡Ven aquí!

—¡No! —grito.

Spencer está entre nosotras en un instante, estirando los brazos, con las manos abiertas cuando hacen contacto con el pecho de mi madre. La empuja con todas sus fuerzas, haciéndola caer hacia atrás. Ella estira las manos a los costados como para sujetarse, con la boca abierta y los ojos desorbitados por la sorpresa, mientras gira

en el aire y se le resbalan los pies justo antes de caer por la escalera de mármol.

Grito. Es como si no pudiera detenerme. Mi madre rueda escaleras abajo y aterriza en un ángulo insólito, con las piernas hacia un lado y el torso hacia otro. Sus ojos y su boca siguen muy abiertos mientras un charco carmesí empieza a extenderse bajo su cabeza.

—Mierda —murmura Spencer, bajando las escaleras y arrodillándose a su lado. Toca su cuello con dos dedos, luego los retira, mirándome—. No tiene pulso.

Por un momento me quedo paralizada. Asustada. No puedo respirar. Pero después, el alivio recorre todo mi cuerpo, fluye por mi sangre y las mismas dos palabras se repiten en mi mente: «Soy libre».

—¿Hay personal aquí?

Observo la posición de su cuerpo, cómo tiene doblada la rodilla hacia atrás. Hay tanta sangre. El charco sigue creciendo debajo de ella, extendiéndose por el último escalón hasta el suelo.

—¡Sylvie! —grita Spencer, cuando no le contesto, sobresaltándome—. ¿Hay personal aquí?

—No. —Niego con la cabeza—. Los mandó a todos a casa.

—Tenemos que llamar a la policía.

—Bueno. —Asiento, abrazándome.

—Primero tenemos que dilucidar nuestras historias.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Fue un accidente. Yo no la empujé. —Hace una pausa—. ¿Verdad?

Me quedo callada, asimilando sus palabras. Si digo que la empujó, podría enfrentarse a una denuncia. Incluso aunque fue un accidente, y lo fue, él no quería hacerle daño. No quería matar a mi madre.

—Cierto. No la empujaste —repito.

—Si dices que la empujé, podrían arrestarme, Sylvie. ¿Entiendes las implicaciones? No quiero ir a la cárcel.

El pánico me araña las entrañas ante la idea de que Spencer sea arrestado por la muerte de mi madre.

—Yo tampoco quiero que vayas a la cárcel.

—No iré, siempre y cuando estemos de acuerdo en que fue un accidente. No tuve intención de empujarla, no quería que perdiera el equilibrio.

Se me salen las lágrimas, pero no me molesto en limpiármelas.

—Sé que no fue tu intención, Spence. Solo intentabas protegerme.

Se levanta y saca el teléfono de su bolsillo.

—Esto es lo que vamos a decirles cuando lleguen: hubo una discusión entre ustedes dos, entré a la casa y las encontré peleando en el segundo piso. Subí las escaleras corriendo y las interrumpí tratando de alejarte de ella. Entonces tu madre se resbaló y se cayó por las escaleras.

—Eso es exactamente lo que pasó —digo asintiendo—. ¿Eso es lo que les dirás?

—Sí.

Empiezo a bajar las escaleras cuando Spencer me grita con dureza.

—No. —Haciéndome hacer una pausa, provocando que empiece a llorar más fuerte.

—No te acerques más, Syl. No quieres ver esto. —Respiro hondo y veo cómo marca al 911 en su teléfono antes de llevárselo a la oreja—. Sí, necesitamos una ambulancia. Hubo un accidente…

La policía llega primero, con expresiones sombrías mientras hablan con Spencer. Yo bajo por la escalera de servicio que llega a la cocina, evitando por completo el lugar donde yace mi madre, para poder hablar también con la policía.

Me llevan a una salita que está junto al vestíbulo y me hablan a solas. No puedo dejar de llorar. Estoy completamente perturbada y me gustaría que Spencer estuviera conmigo, pero sé que esta conversación tiene que ocurrir antes de que me dejen ir con él.

—Díganos exactamente qué pasó —me dice el agente, con voz y expresión amables.

Abro la boca y dejo que las palabras fluyan, explicando toda la situación. Les doy los detalles cronológicos sobre su llegada de la nada, y que no la esperaba. Les digo que nuestra relación se había vuelto tensa el último par de años, especialmente en últimas fechas. No menciono que intentó matarme antes, que creo que tenía problemas mentales. Ninguno de esos detalles importa ahora que está muerta.

—¿Por qué discutían? —me pregunta el policía cuando menciono nuestra pelea—. Como dije, ya no pasábamos mucho tiempo juntas, y no me gustó que se apareciera de la nada. No esperaba que estuviera aquí y no quería una confrontación con ella.

—¿Su madre normalmente era conflictiva?

Asiento.

—Discutíamos mucho. Discute con todos sus hijos.

El agente garabatea algo en su bloc de notas antes de levantar la mirada hacia mí.

—Lo que me dice concuerda con la declaración del señor Donato. Parece que fue un accidente terrible. Siento mucho su pérdida, señorita Lancaster.

Trago saliva con dificultad y asiento con la cabeza agachada estudiando mis manos sobre mi regazo.

—Gracias. Es terrible lo que pasó.

Las palabras, «la voy a extrañar» se me quedan atascadas en la garganta y me las trago. No quiero mentir, no la voy a extrañar.

Para nada.

Salimos juntos de la habitación, Spencer me está esperando en el vestíbulo, y en el momento en que me ve, corre hacia mí, me abraza y me estrecha con fuerza.

—Te amo —me susurra al oído mientras me aprieta—. ¿Estás bien?

—Sí. Tan bien como se puede estar —admito, cerrando los ojos.

Tendré que decírselo a mis hermanos. Y a mi padre. No sé cómo, pero tienen que saber de inmediato que ella se ha ido.

Sylvia Lancaster está muerta.

—No quiero quedarme aquí —susurro cuando levanto la vista para mirar a Spencer fijamente a los ojos—, quiero ir a casa.

—Nos iremos pronto. Puede ser que necesiten hablar con nosotros un poco más. —Mira hacia arriba, enfocándose en la escalera—. El forense acaba de llegar.

—Está muerta de verdad, ¿no? —La nota de esperanza de mi voz es obvia, y eso hace que me sienta como una mierda.

Spencer asiente lentamente, apartándome el pelo de la cara, con su mirada preocupada llena de amor, todo por mí.

—Nunca volverá a hacerte daño.

Gracias a Dios.

TREINTA Y CINCO

Spencer

Volvimos a la ciudad a última hora de la noche del viernes y caímos rendidos en la cama en cuanto entramos al departamento. Tuve un sueño irregular, dando vueltas en la cama. Sueños terribles que involucraban a Sylvia Lancaster y una escalera.

Cada vez que me despertaba notaba que no era un sueño, que había ocurrido, que todo era real, carajo. Y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

Antes de salir de la casa, Sylvie llamó a Whit, luego a Carolina y finalmente a su padre. Whit se encargó inmediatamente de los preparativos necesarios, asegurándole a Sylvie que no tenía que hacer nada, Carolina tuvo su habitual reacción impasible y Augustus se mostró valiente, pero pude oír el temblor en su voz: la noticia de la muerte de Sylvia le conmocionó.

¿Saber que fui yo quien causó la muerte de Sylvia? También me sacudió. No quería que pasara, solo podía pensar en proteger a Sylvie. Hice lo que tenía que hacer para garantizar su seguridad, y nunca pensé que resultaría en la muerte de Sylvia.

Me siento fatal. Hice que Sylvie mintiera por mí y yo también lo hice. «¿Podré perdonarme alguna vez?», me pregunto.

Sylvie me despierta hacia las ocho de la mañana siguiente, sacudiéndome suavemente por el hombro.

—Whit está aquí, quiere hablar contigo.

Me incorporo, me paso una mano por el pelo y la veo. Está vestida y arreglada como si llevara horas despierta, lo cual es sorprendente. Sylvie no suele levantarse temprano.

—Dile que saldré en un momento.

Me mira con simpatía, pero no dice nada antes de salir de la habitación. Salgo de la cama, voy al baño y orino, me lavo los dientes, me pongo una camiseta y unos *shorts* antes de dirigirme a la sala para encontrar a mi mejor amigo sentado en el borde del sofá, vestido con un traje de tres piezas, con expresión seria. Triste.

—Whit. —Gira la cabeza al oír mi voz y se levanta para abrazarme. Nos abrazamos, dándonos palmadas en la espalda como hacen los hombres, antes de apartarnos—. Lamento tu pérdida.

—Gracias. —Whit asiente con rostro estoico. Solo sus ojos lo delatan; una emoción desconocida arde en su interior y estoy bastante seguro de que es tristeza—. Hablé con los detectives que los entrevistaron a ambos ayer. Dijeron que fue un accidente.

—Lo fue —dice Sylvie, que viene a pararse a mi lado, para formar un solo frente.

Whit la observa un momento y devuelve su atención hacia mí.

—¿De verdad?

Estoy a punto de decirle la verdad. Abro la boca, dispuesto a soltar nuestro secreto, cuando Sylvie toma la palabra.

—Sí, por supuesto. Estábamos peleando. Ya sabes cómo se pone, siempre intenta decirme lo que tengo que hacer. Spencer subió e intentó separarnos, y mi mamá se resbaló y se cayó hacia atrás. La suela de sus sandalias era muy resbaladiza, según el agente de policía —explica—. Seguro que eran nuevas.

—El oficial también me lo mencionó —dice Whit, con la intensa mirada fija en su hermana—. ¿Y están seguros de que eso fue todo lo que pasó?

—Yo estaba ahí, Whit. Eso fue lo que pasó —dice ella con firmeza.

Mi amigo suspira y se desploma de nuevo en el sillón.

—No puedo creer que esté muerta.

—Yo tampoco —admite Sylvie.

No digo nada. Me quedo ahí, con mi prometida a mi lado, rezando a Dios para que Whit no descubra nuestras mentiras.

—Ya empecé a hacer los preparativos del funeral. Se celebrará el miércoles por la tarde —dice.

—¿No van a hacerle una autopsia? —pregunta Sylvie.

Whit frunce el ceño.

—¿Por qué lo harían? Fue un accidente, ¿no?

Los dos respondemos «sí» al mismo tiempo.

La mirada desconfiada que nos dirige a ambos haría que una persona más débil lo soltara todo, pero no nosotros. Llevamos mucho tiempo tratando con él y sabemos qué hacer. Nos quedamos de pie con las mismas caras inexpresivas, como si estuviéramos en estado de *shock*: imagino que lo estamos. Lo que vivimos ayer fue traumático.

—Su cuerpo fue enviado a la funeraria y ya comenzaron los preparativos. Será incinerada, según sus deseos —dice Whit, como si estuviera hablando de asuntos cotidianos y no de la muerte de su madre—. Después del funeral, habrá una reunión en casa de mi papá. Él quiere ser el anfitrión.

—Claro que sí —murmura Sylvie.

De nuevo, permanezco callado. Nada de lo que diga aportará nada a la conversación.

—¿Cómo está Summer? —pregunta Sylvie.

El comportamiento de Whit se suaviza.

—Está bien. Incómoda. Muy, muy embarazada. Yo no quiero que asista al funeral, pero ella insiste en que quiere estar ahí por mí. Por nosotros.

—Déjala ir. Estará bien —dice Sylvie, y yo le doy la razón en silencio. Summer es una de las mujeres más fuertes que conozco.

Hablan sobre el funeral; sobre la música que se pondrá, quién hablará. Su pastor dirigirá el servicio y Whit ha hecho una convocatoria a algunos amigos de Sylvia para que digan algo en su honor.

Sylvie no se ofrece para hablar, gracias a Dios. Me preocupaba que se sintiera obligada, pero no se puso en esa posición. Dudo que Whit la dejara de cualquier modo, pues sabe lo terrible que fue su relación.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pregunta Whit antes de irse. Sylvie ya se había disculpado para llamar a Carolina,

dejándonos solos.

Me siento incómodo, pero asiento, lo conduzco a mi oficina y cierro la puerta para que tengamos total privacidad.

—No hace falta que me cuentes lo que pasó de verdad —empieza Whit, sacudiendo la cabeza cuando intento decir algo—. No necesito excusas, ni mentiras. Tengo la sensación de que hay más en esta historia de lo que me estás contando.

Aprieto los labios sin decir una palabra.

—Tal vez sea lo mejor. Quizá no quiera saber la verdad, pero sí quiero que sepas esto. —Se acerca un paso más, su mirada es intensa cuando se fija en la mía—. Eres como un hermano para mí, Spencer, y si me estás ocultando algo para protegerme y proteger a Sylvie, entonces está bien. Tienes mi permiso. Quiero a mi hermana y aunque también quería a mi madre, odio lo que le hizo a Sylvie, a todos nosotros. Ella no estaba… bien.

—Siento que haya pasado esto —le digo sinceramente, porque de verdad lamento que haya acabado así. Pero tampoco le ofrezco más detalles sobre lo de ayer—, y no sé cómo afectará a Sylvie.

—Parece que está bien.

—Creo que ambos seguimos en *shock*.

Whit asiente, frotándose la barbilla.

—Ahora es libre, ¿sabes?

—¿Tu madre?

—No, mi hermana. Nuestra madre ya no puede ejercer su control sobre ella. Sé que Sylvie empezaba a valerse por sí misma, pero no sé si alguna vez iba a ser capaz de hacerlo del todo. No mientras nuestra madre estuviera siempre cerca. No podía mantenerse al margen de la vida de Sylvie; no es que lo intentara. Mira cómo se presentó ayer en la casa. —Whit niega con la cabeza.

Su obsesión con mi prometida se convirtió en su perjuicio.

—Trabajaba con los sirvientes. Le había pagado a uno de ellos para que le dijera cuándo llegara Sylvie —le explico.

—¿Es en serio? ¿A cuál? Los despediré. A todos —dice Whit con vehemencia.

—No lo sé. Sylvie tampoco lo sabe. Y no necesitas despedirlos; Sylvia ya no está para pagarles por información.

—De todos modos, significa que no podemos confiar en ellos y no lo soporto. Necesito saber quién hizo esto. —Aprieta la mandíbula, aparentemente furioso—. Despediré a cada uno de ellos si tengo que hacerlo.

—Relájate. No tienes por qué entrar ahí a hacer acusaciones salvajes. Tu madre podía ser muy encantadora cuando quería, probablemente los convenció de que estaban haciendo algo bueno ayudándola, y es seguro que les haya hecho una oferta que no pudieran rechazar.

Whit suspira, frotándose la nuca.

—Tenemos que romper la maldición Lancaster.

—¿Y cuál es exactamente la maldición Lancaster?

—Las tácticas de manipulación que usamos para conseguir lo que queremos. No soy una buena persona, Spence, ninguno de los Lancaster lo es, pero estamos intentando cambiar. Quiero ser una mejor persona para mis hijos —dice Whit, y percibo su dolor.

—Has cambiado en los últimos años —le digo, tomándolo del hombro para sacudirlo—. Gracias a Summer y a tu hijo.

—Sí. —Asiente, bajando la mirada—. Ese es el plan. Quiero ser una mejor persona por mi mujer y mis hijos. He hecho cosas jodidas porque creía que el mundo me lo debía. Mi padre es igual. Mi madre también lo era.

—Sylvie también ha cambiado —le digo—. Es mucho más honesta que antes.

Whit se ríe.

—Solía contar cada historia.

—Por desgracia, creo que la mayoría de esas historias eran verdad.

Whit se tranquiliza inmediatamente.

—Diablos, odio eso. —Se endereza—. Pasara lo que pasara ayer con mi madre, quiero que sepas que hiciste lo correcto.

—Ni siquiera sabes lo que hice —digo en voz baja.

—Y no necesito saberlo. Estabas protegiendo a la mujer que amas, a mi hermana, y por eso, te lo agradezco.

Me jala para darme otro abrazo rápido, y esta vez no hay palmas en la espalda, ni nos alejamos inmediatamente el uno del otro. No, nos abrazamos de verdad, aferrándonos el uno al otro por un momento. Quiero a este hombre, quien básicamente me perdonó por haber matado accidentalmente a su madre, como a un hermano, y muy pronto lo será, por mi matrimonio.

—Estaré en contacto —dice Whit cuando se aparta.

Lo acompaño hasta la puerta principal.

—Avísame si necesitas algo.

—Sí.

En cuanto se va, Sylvie sale de la habitación.

—¿Se acaba de ir mi hermano?

Asiento.

—Sí.

Prácticamente corre hacia mí y me rodea la cintura con los brazos, mientras que yo la estrecho lo más cerca posible.

—¿Te dijo algo?

—No —miento, ocultándole mi propio secreto.

Es lo mejor. No necesita preocuparse por lo que su hermano sepa o piense. Yo llevaré esta carga por ella. Con mucho gusto.

TREINTA Y SEIS

Sylvie

El servicio funerario es hermoso. Elegante.

Todos vestimos de negro y sé que mi madre aprobaría mi elegante vestido de Valentino. El diamante rojo sangre que Spencer me puso en el dedo reluce y brilla a la luz del sol que atraviesa los enormes vitrales de la iglesia, cegándome cada pocos minutos cuando me muevo, inquieta. Siempre inquieta.

Summer está a mi lado con un vestido negro vaporoso y una panza enorme. Se aferra al brazo de Whit, su mirada es solo para él, y estoy tan agradecida de que lo tenga, y de que él la tenga a ella. Se ha convertido en una persona diferente desde que se comprometió con Summer, en una mejor persona; estoy orgullosa de él.

El pastor no para de decir palabras bonitas sobre una mujer no tan buena y yo me quedo mirando el elaborado despliegue floral. No hay ataúd —sus restos fueron incinerados—, pero hay flores blancas por todas partes; ramos de rosas y ranúnculos, hermosos arreglos de frágiles orquídeas blancas y delicada vegetación. Toda la iglesia huele a florería, embriagadora y dulce, y me encuentro aferrándome al brazo de Spencer, abrumada por el aroma, por el momento, por todo.

Mi madre se ha ido, y aunque hay un hueco en mi corazón en el espacio que ella ocupó alguna vez, también hay una sensación de alivio en lo más profundo de mí que crece y crece a medida que pasan los días. Se ha ido en realidad. De verdad soy libre.

Whit contrata a una arpista, que empieza a tocar una canción inquietante y preciosa. Al principio no la reconozco hasta el estribillo y entonces me doy cuenta de que es «Candle in the Wind» de Elton

John, la canción que cantó en el funeral de la princesa Diana. Dios, a mi madre le habría encantado, un toque perfecto pues siempre admiró a la Diana.

Minutos después salimos todos de la iglesia. Me flanquean Spencer y Whit, Summer camina al otro lado de su marido, Carolina camina detrás de nosotros con nuestro padre, con los brazos entrelazados. Otros miembros de la familia nos siguen, todos los Lancaster acuden a este momento. Puede que estuviera divorciada de la familia y que no fuera una de sus favoritas, pero por Dios, los Lancaster siempre saben cómo presentarse a mostrar sus respetos.

En este momento estoy orgullosa de formar parte de esta familia, más orgullosa de lo que he estado en mucho tiempo.

—¿Estás bien? —murmura Spencer cerca de mi oído, su mano aprieta la mía mientras asiento, ofreciéndole una leve sonrisa.

—Estoy bien.

—De acuerdo. —Me aprieta la mano, y yo aprieto la suya, tan agradecida por este hombre que me siento como si pudiera reventar.

Bajamos las escaleras, Summer se contonea al subir cada escalón con cuidado y hace una mueca cuando baja el último, luego se apoya la mano en el estómago.

—Ay, Dios —exhala.

Whit se le acerca, cubriendo su mano.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Ella esboza una sonrisa falsa—. Solo un calambre.

—Vengan directamente al departamento —nos dice mi papá, con Carolina aún a su lado. Juro por Dios que no llora, no la he visto derramar una sola lágrima desde que murió mamá, y ojalá yo estuviera tan tranquila como ella—. Ya le dije a todo el mundo. Hay comida y bebida, y todo un regimiento para servirla. Contraté a un pianista y todo.

—A mi mamá le habría encantado este tipo de fiesta —digo.

—Le habría encantado —conviene Whit.

—Por lo menos alguien está tocando el piano en el departamento de mi papá —dice Carolina con un breve encogimiento de hombros.

La estudio, observando su elegante vestido negro, su pelo rubio brillante recogido en un chongo sofisticado. Lleva lentes de sol negros de Chanel y en cada oreja centellean unos gigantescos aretes de diamantes. Es la personificación de la alta sociedad del Upper East Side. La esbelta bailarina que no camina, sino que se desliza.

Envidio la forma como contiene sus emociones. Es un rasgo familiar conocido, pero ella es extraordinaria en ello; a veces me gustaría ser tan contenida.

—Carolina —digo.

Me mira.

—¿Sí?

—Te quiero —le digo, preguntándome cuándo fue la última vez que le dije esas palabras.

La abrazo, estrechándola contra mí, y ella se aferra a mí, apretando sus labios contra mi mejilla en un beso suave y dulce.

—Yo también te quiero.

Nos trasladamos en elegantes limusinas negras. Spencer y yo compartimos una con Whit y Summer. En cuanto estamos dentro, Summer se encorva, con la mano en el estómago y los ojos cerrados mientras respira hondo.

—Summer —dice Spencer, con voz alarmada—, ¿estás en labor de parto?

—Por supuesto que no. —Echa la cabeza hacia atrás, el largo pelo castaño le cae más allá de los hombros, con los ojos aún cerrados—. Es el funeral de mi suegra. No puedo tener al bebé.

—Por dios, Summer. ¿Y si vas a tener al bebé? —Whit aparta suavemente la mano de Summer de su estómago, presionando la suya contra un costado. La mantiene ahí, con la cabeza inclinada como si se concentrara en lo que está pasando. Como si fuera una especie de médico—. Realmente puedo sentir la contracción.

El pánico me corre por las venas.

—Deberíamos llevarla al hospital.

—Whit no puede ir al hospital. Tenemos que ir a la recepción —resopla Summer y sus mejillas se enrojecen—. Oh, Dios, duele.

—Vamos al hospital —dice Whit con firmeza, estirando la mano para pulsar un botón y bajar la ventanilla que separa al conductor de nosotros. Le ordena que nos lleve al hospital más cercano, y el conductor cambia a modo de piloto de carreras, manejando la limusina por las calles atestadas con sorprendente agilidad.

Y a una velocidad de vértigo.

Me agarro al brazo de Spencer, con el corazón acelerado por una mezcla de emoción y miedo. Whit es el epítome de la calma, hablando con Summer con tonos de consuelo y calma, diciéndole todas las cosas correctas, y me doy cuenta de que es un experto en esto. Ya tuvo un bebé antes, estuvo ahí para apoyarla mientras daba a luz al pequeño Augie. Ahora añaden otro miembro a su familia y eso hace que mi corazón se hinche de amor.

Llegamos a la entrada de urgencias minutos después, y Spencer y Whit salen primero para ayudar a Summer a bajar de la limusina. La abrazo, y Spencer y yo nos quedamos junto al auto mientras los vemos entrar al hospital. En cuanto desaparecen de mi vista, volteo hacia Spencer y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Nena —Se acerca a mi cara, su pulgar recorre mi mejilla y atrapa una lágrima—, ¿por qué lloras?

—La vida es un círculo completo, ¿sabes? —Intento reírme, pero la risa se convierte en un sollozo—. Perdimos a mi madre y hoy vamos a tener una bebé.

—Tienes razón —dice suavemente, sus ojos brillan mientras me observa—. Se ha cerrado el círculo.

—A mi madre le habría encantado conocerla. —Mi risa es acuosa y me tapo la boca con la mano, cerrando los ojos con fuerza por un momento.

—Desearía que no hubiera sido quien fue.

—No podías cambiarla, por mucho que lo intentaras. —Me toma la cara con las dos manos, la inclina hacia arriba, abro los ojos y veo que me mira con un amor inconfundible—. Pero ahora viene una dulce sobrinita y tenemos que asegurarnos de que sepa que es muy querida por toda su familia.

—No puedo esperar. —Frunzo el ceño—. Nunca me dijeron cómo querían llamarla.

—No estoy seguro de que lo supieran ellos mismos. —Spencer se inclina, rozando su boca con la mía—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué? —susurro.

—Has sido muy fuerte. Sé que no ha sido fácil.

—¿Está mal admitir que estoy un poco… aliviada? —digo la última palabra en un susurro.

—No. —Sacude la cabeza—. Puedes admitir todas tus verdades conmigo.

—¿Todas?

Asiente.

—¿Como que te amo más que a nadie en este planeta?

Sus labios se curvan en una ligera sonrisa.

—Yo siento lo mismo.

—¿En serio?

—Sí. Sabes que sí. —Me besa de nuevo, más profundo esta vez —. Te amo, Sylvie Lancaster.

—Yo también te amo, Spencer Donato.

—¿Vamos al departamento de tu padre?

Suspiro.

—Supongo que debemos hacer acto de presencia.

Me quita las manos de la cara, entrelaza mi brazo con el suyo y me dirige hacia la parte trasera de la limusina.

—Todo va a estar bien, Syl. Ya no puede hacerte daño.

Esas cinco palabras se me quedan grabadas durante todo el viaje. También mientras estamos en el departamento de mi padre, conversando con la familia y con algunos viejos amigos de mi madre. Fueron mis personas favoritas para hablar. Conocieron a Sylvia antes de que cambiara para ser peor. Cuando su rasgo más negativo era ir por lo que quería, sin importarle las consecuencias. Me cuentan una historia tras otra y me río hasta que me duele el estómago, agradecida por la distracción.

El mensaje grupal nos llega a todos al final de la tarde, cuando la reunión está llegando a su fin. Whit nos lo envía a mí, a Spencer, a

mi papá y a Carolina.

Whit: 3.300 kilos. 50 centímetros de largo. Pulmones tan fuertes como los de su mamá.

El mensaje está acompañado con la foto de una bebé con la cara roja y llorosa. Al verla, todos sonreímos: mi padre está radiante de orgullo, Carolina parece contenta y Spencer me pasa el brazo por los hombros.

Yo: ¿Cómo se llama?

Carolina: ¡Sí! ¡Nos morimos por saber!

Whit tarda varios minutos en responder. Hasta el punto de que pateo el suelo de mármol de la cocina de mi padre con mis Louboutins negros, llena de frustración.

Cuando por fin llega el mensaje, no puedo abrirlo más rápido.

Whit: Se llama Iris.

—Tienen una bisabuela que se llama Iris —dice papá, con ojos sospechosamente brillantes, después de leer el mensaje.

—Me encanta —digo con un suspiro.

Siento el corazón lleno.

TREINTA Y SIETE

Spencer

Volvemos a mi —nuestro— departamento después de la reunión. La cabeza de Sylvie se siente pesada mientras descansa sobre mi hombro. Está muy cansada. Los últimos días han sido demasiado y aunque sé que intenta ocultarles a los demás el alivio que siente por la muerte de su madre, sabe que siempre puede ser sincera conmigo. Así como yo necesito ser honesto con ella.

—¿Estás despierta? —Mi voz es suave en el interior del coche, el vidrio aislante está levantado entre nosotros y el conductor.

Tenemos total privacidad. Ya registré el vehículo antes en busca de cualquier tipo de micrófono. Llevo demasiado tiempo en esto como para cometer un error de novato como ese.

Lentamente, levanta la cabeza y su mirada busca la mía.

—Sí. ¿Todo bien?

—La verdad es que no. —Suspiro desgarradamente—. Necesito decirte algo.

—¿Vas a confesar por fin tus verdades? ¿Las que me ocultas? —Su voz es esperanzada. Nadie más querría enterarse de este tipo de mierda.

Solo Sylvie.

Agacho la cabeza, dejando que la vergüenza me recorra todo el cuerpo. Después de todo lo que ha pasado con su madre, no pude hablarle de mi padre y de lo que hago para él. Ya existen muchos secretos que nos unen. ¿Qué es uno más?

Respiro hondo, levanto la cabeza y encuentro su mirada. Sus ojos no me juzgan, y es un alivio tan enorme que me empiezan a salir las palabras.

—Estamos en la mafia. Bueno, estamos en el margen de la mafia. Trabajamos para una familia que tiene buenas conexiones.

Su expresión no cambia.

—Eso ya me lo habías dicho. Bueno, no la parte del margen.

—Claro. Sí. —Me paso una mano por el pelo, percibo que me tiembla. Mierda, estoy agitado. Esto no es fácil—. Cuando era más joven solía ir con los chicos a visitar a los que nos debían dinero. Pobres imbéciles. Lloraban y suplicaban, nos rogaban que no los lastimáramos ni a ellos ni a su familia.

Me duele el pecho por la confesión, pero ella permanece callada, escuchando. Que es lo que yo necesito.

—A veces las cosas se ponían… violentas. —Hago una pausa, las palabras dan vueltas en mi cerebro—. Lastimé gente y eso no me gusta.

—Oh, Spence. —Su voz es apenas un susurro que me rompe el corazón.

—Sin embargo, nunca he matado a nadie. No me atrevo. Mi padre siempre me decía que lleva su tiempo. Él no mató a nadie hasta los veintiséis. Así que a mí me faltan unos cuantos años. —Me río, pero el sonido carece de humor.

—Tu padre…

—Es decente cuando quiere, pero sí, tiene las manos manchadas de sangre. Yo también.

Me toca las manos, se lleva una a la boca para besarla y el gesto casi me quiebra.

—Ya no me dedico a eso. Ahora soy el contador de la empresa.

Me suelta la mano y se ríe, como si lo que dije fuera una broma.

—Es broma.

—No. —Niego la cabeza.

—¿Un contador? —Su risa se apaga.

—Sí. Tenemos una serie de documentos que presentamos, y también hay otro archivo. —Miro a mi alrededor, como si me preocupara que hubiera algún tipo de cámara espía en este lugar. Aunque ya lo había registrado, mis impulsos paranoicos me hacen querer registrar el coche otra vez—. Ya sabes a qué me refiero.

—Creo que sí —dice lentamente.

—Traficamos drogas, Syl, de todo tipo. Dinero falso, armas —Cuando frunce el ceño, le explico—, pistolas, municiones. Cualquier cosa que la familia necesite que hagamos, lo hacemos. Es una mierda.

—¿Entonces por qué lo haces?

—No tengo elección.

—Siempre se puede elegir. —Me toca suavemente la mejilla y yo me inclino hacia su mano, cerrando los ojos un breve instante—. Gracias por decírmelo.

—Gracias por no escapar de mi lado.

—Como si fuera a hacerlo. —Sonríe.

Yo también sonrío; Dios, esta mujer, ¿qué hice para merecerla?

TREINTA Y OCHO

Sylvie

Un año después

Me caso hoy en nuestra propiedad familiar de Long Island, y es la boda de mis sueños, gracias al hombre de mis sueños: Spencer.

El vestido que llevo es de color rojo intenso, como el que vi en la foto hace tantos años. Spencer investigó un poco y buscó al diseñador que creó el vestido de novia que usó Paula Yates cuando se casó con Bob Geldof. La boda se celebró a mediados de los ochenta, pero el vestido es muy atemporal.

Jasper Conran diseñó el vestido para que se pareciera mucho al que usó Paula, que ya murió, el día de su boda. Era rubia, salvaje, y trágicamente drogadicta. Nos parecemos en tantas cosas, y doy gracias por haberme dado cuenta, con la ayuda de mi terapeuta, a quien sigo viendo hasta el día de hoy, pues no podía seguir en un camino destructivo. Spencer también me ayudó, igual que el resto de mi familia. Tengo suerte de tenerlos a todos, me salvaron, aunque Spencer siempre me recuerda que yo también me salvé a mí misma, que soy más fuerte de lo que creo. Dice que no me doy suficiente crédito y tiene razón. Así es que aquí estoy, dándomelo.

Ha pasado suficiente tiempo desde el accidente de mi madre como para darme cuenta de algo. Controló cada parte de mí durante tanto tiempo que me sentí perdida sin ella. Estaba tan entretejida en mi vida que me daba miedo no tenerla cerca. Cuando murió, creí firmemente que la extrañaría muchísimo. Sabía que era libre, pero también me aterraba vivir en un mundo sin ella.

El lugar común «no puedo vivir con ella, no puedo vivir sin ella» nunca fue más acertado. Ahora confío en que puedo valerme por mí misma, que no la extraño. Nuestra relación estaba llena de tensión,

miedo y abuso. Lo que me hizo es imperdonable. Necesitarla era un comportamiento codependiente que ella fomentaba.

Era un monstruo y me alegra que se haya ido.

Tocan a la puerta y, antes de que pueda contestar, Carolina entra hermosa en la habitación, con un vestido de cuentas color crema. Se detiene al verme sentada frente al tocador y se tapa la boca con la mano mientras me observa.

—Te ves impresionante —dice finalmente cuando deja caer la mano.

Volteo hacia ella, sentada en el banco de terciopelo con una sonrisa serena. Puedo sentir la paz que fluye por mi cuerpo; estoy contenta. Se siente tan bien, casarse con Spencer, como si hubiera estado planeando este momento toda mi vida.

—Gracias —le digo, alegre de mantener el vestido de novia de sorpresa hasta este mismo momento; no quería que nadie lo viera. Una vez que Spencer encontró al diseñador, me dejó tomar las riendas por completo y, cuando le pedí su opinión, me dijo que quería que lo sorprendiera el día de nuestra boda.

Este proyecto ha sido completamente mío, algo en lo que he estado trabajando durante casi un año, e incluyó dos viajes a Londres para las pruebas; el segundo lo hice con Monty y Cliff, los únicos que vieron el vestido, aunque no acabado.

—Todas usamos vestidos de novia de verdad y tú usas algo así. —Mi hermana me hace un gesto con la mano, sus labios carmesí se curvan en una sonrisa cariñosa. Bromea conmigo y es agradable. Nuestra relación ha cambiado a lo largo del último año y estoy muy agradecida de que esté más presente en mi vida. Mi mamá alejaba de mí a todo el mundo, incluso a mi familia, porque me quería solo para ella. Eso duele, más de lo que me gustaría admitir.

—Me gusta hacer las cosas un poco diferentes —bromeo—. Ya lo sabes.

—Muy cierto.

El vestido que lleva tiene un corpiño con muchas cuentas y una vaporosa falda de tul. Tiene razón al llamarlo vestido de novia pues es exactamente lo que es. Summer lleva uno que hace juego, y

Monty y Cliff van de etiqueta, como el resto de los hombres del cortejo nupcial. Todos llevan frac negro, pantalones a rayas negras y grises, chaleco gris plateado y corbata a juego. Monty y Cliff incluso eligieron llevar sombrero de copa; Spencer, Whit y sus amigos definitivamente no los portan.

—Me siento ridículo con él —me dijo Spencer anoche en la cena de ensayo—. Y no quiero ver las fotos de nuestra boda dentro de unos años y recordar que me sentía así.

Lo besé porque me gustó la idea de que dentro de unos años viéramos las fotos de nuestra boda, posiblemente compartiéndolas con nuestros hijos.

—Me mandaron a buscarte —dice Carolina, su voz interrumpe mis pensamientos soñadores—. La ceremonia va a empezar en treinta minutos. ¿Estás lista?

—Sí. —Me levanto despacio, reajustándome la falda del vestido. El diseñador y su aprendiz se fueron hace unos minutos a comer algo y no me había movido del tocador desde entonces.

—Necesitas ayuda. —Carolina corre hacia mí, arrodillándose para reajustar la pesada falda y la cola—. El vestido es simplemente… exquisito. Brilla.

—Lo sé. —Sueno engreída, lo soy, así que no me molesto en intentar ocultarlo. Este vestido es simplemente mágico, y lo sé.

Va a ser un día mágico, pero Spencer y yo no nos merecemos menos. Hemos pasado por mucho y hemos superado todo. Juntos.

Estoy de pie junto a mi padre, con los brazos entrelazados y el ramo en la mano derecha. Son rosas de un rojo profundo con hiedra, que hace juego con la pérgola en la que nos casaremos, decorada con las mismas flores. El clima es fresco y el sol brilla en lo alto; es un día de otoño perfecto, un día perfecto para casarme con el hombre que amo.

—Hoy estoy muy feliz por ti —dice mi papá, apoyando la mano donde descansa la mía sobre su brazo—. Te ves preciosa con ese vestido.

—Gracias. —Le sonrío.

—Tu madre no lo aprobaría —no puede evitar reírse y mi sonrisa no vacila—, aunque probablemente no debería decir eso.

—No, está bien. Y tienes razón, ella no lo aprobaría. Lo odiaría. —Sonrío con mucha más vehemencia.

—¿Por eso lo elegiste, entonces? —Levanta las cejas.

—Ella no tuvo nada que ver. Vi una foto hace años y me inspiré —le explico. Pero tal vez sí tuviera algo que ver. Una última pizca de rebeldía de mi parte.

Tal vez siempre seré rebelde. Podría ser la parte Lancaster en mí, o quizá sea solo… yo. La hija de en medio, la salvaje, la que siempre necesita atención.

—¡Muy bien, todos a sus lugares! —Miranda, la *wedding planner*, como una dictadora, nos ordena que nos movamos dando palmas y acomoda en fila a todos los participantes de la boda. Spencer ya está en su lugar con su padrino, que es Whit, y los otros padrinos de boda—. ¡La ceremonia está a punto de empezar!

Como el primo mayor de los Lancaster, Grant participa en la ceremonia acompañando a la madre de Spencer a su asiento. Cliff avanza por el pasillo primero y Monty lo sigue de cerca. Luego viene Summer, hermosa y voluptuosa, con curvas más pronunciadas desde que tuvo a Iris. Carolina es la siguiente, que se desliza por el pasillo como si sus pies nunca tocaran el suelo. Se mueve sin esfuerzo, con gracia. Debe ser la bailarina que lleva dentro.

Los niños son los últimos en salir, antes de la novia. Augie toma la mano de su hermana mientras camina con sus pasitos de bebé por el pasillo, con un vestido rojo parecido al mío y una corona de rosas rojas en la cabeza. Unos mechones de pelo rubio enmarcan su cara y, cuando ve a su abuela sentada entre la multitud, se distrae por completo.

Summer le da su ramo a Carolina antes de acercarse corriendo, carga a Iris y se la entrega a su madre antes de tomar a Augie de la mano para acompañarlo al altar. Se queda de pie frente a su padre, adorable en su traje de etiqueta, aunque tampoco lleva sombrero de copa: típico niño Lancaster, haciendo lo que quiere.

Por fin, la música cambia y mi padre y yo damos un paso al unísono. Empieza a sonar «At Last» de Etta James, y una vez que termina la introducción y Etta empieza a cantar, iniciamos nuestro paseo por el pasillo.

El velo rojo flota detrás de mí, casi tan largo como la cola de mi vestido, y las rosas y la hiedra que cubren mi cabeza pesan mucho. Sonrío mientras caminamos lentamente hacia el altar, mi mirada fija en los invitados. Nuestra boda es pequeña. Íntima. No es tan grande como la de Whit y Summer, lo cual me parece bien. Solo queríamos que nuestros amigos y familiares más cercanos celebraran este día con nosotros.

Cada paso que doy me acerca a mi futuro marido, y por fin lo miro cuando la letra de la canción dice: «tengo un sueño que es solo mío». Nuestras miradas se cruzan y enseguida se me salen las lágrimas, porque es verdad, él es mi sueño, el chico que me enamoró, el chico con el que me imaginaba estar y al que provocaba, burlaba y torturaba; el hombre al que, sin duda alguna, siempre he amado con todo mi corazón.

La canción termina cuando nos detenemos frente a Spencer, y cuando me sonríe, todos los nervios, la preocupación y la ansiedad que sentí antes desaparecen, como si nunca hubieran existido.

—¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre? —pregunta el ministro.

—Yo —responde mi padre, apretándome el brazo antes de soltarme…

Y Spencer me toma de la mano.

Una ceremonia de bodas simboliza tantas cosas en las que nunca había reparado. El paso de mi padre a mi marido. Los seres queridos que nos apoyan, incluyendo a mis sobrinos. Las palabras del ministro, que nos unen para toda la eternidad, y la forma como Spencer me mira, como si fuera la mujer más bella del mundo.

Dejo correr las lágrimas, aunque no son muchas. Y todas son lágrimas de felicidad, y es que ¿por qué iba a llorar por casarme con este hombre? Él es mi amor. Mi futuro. Mi mundo entero.

—… los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —dice finalmente el ministro, después de que hubiéramos entregado nuestros votos el uno al otro.

Spencer me pone las manos en la cintura, me jala suavemente hacia él y presiona su boca contra la mía. El beso es suave y dulce, con un leve roce de su lengua y, cuando se separa, todo el mundo empieza a aplaudir.

—¡Les presentamos al señor y la señora Donato!

Sonreímos mientras los aplausos aumentan antes de caminar de nuevo por el pasillo, seguidos por el resto del cortejo nupcial. Spencer me toma de la mano, con los dedos entrelazados, y yo me río. Es el mejor día.

Y la fiesta apenas comienza.

—¡Vamos a acomodarlos para las fotos! —exige la *wedding planner*, pero Spencer la ignora.

—Denme unos minutos de intimidad con mi novia —dice, acompañándome de nuevo al interior de la casa.

Me arrastra hasta una habitación pequeña, cierra la puerta detrás de nosotros y me dan ganas de reírme cuando veo cuánto espacio ocupa mi vestido. Hay seda roja por todas partes, amontonada a mi alrededor, cubierta de tul rojo, y cuando Spencer me rodea la cintura con los brazos y me jala para que me acerque, voy hacia él de buena gana.

—Te ves impresionante —murmura antes de besarme.

Rompo el beso un segundo después, ya sin aliento.

—Tú también.

—Te amo. —Me besa de nuevo, esta vez más profundamente, y cuando gime, definitivamente rompo el beso primero.

—Tenemos que tomar las fotos —le recuerdo.

Exhala, acariciando mi mejilla con la suya.

—¿Tenemos que ir?

—Sí. —Presiono mi mano contra su hombro, deteniéndolo—. Puedes mancillarme después.

—Pienso hacerlo. —Me acaricia la mejilla, inclinando mi cara hacia la suya—. Solo quería pasar un momento a solas contigo.

—Me gustan nuestros momentos robados a solas. Siempre me han gustado. —Sonrío justo antes de que vuelva a besarme, saboreando la sensación de su boca embriagadora sobre la mía.

—A mí también me gustan —dice cuando se aparta—. Tendremos muchos más, señora Donato, ininterrumpidas esta vez.

—Eso espero. Mientras Ardilla no esté cerca.

Se ríe. Roland y la gata llegaron unos días después del funeral de mi madre, y domesticar a la gata y hacerla mía se convirtió en mi misión. Con mucha paciencia, y tolerando muchos arañazos y aullidos de protesta, Ardilla se ha convertido en mi gatita.

Me sigue a todas partes, me araña los tobillos y los pies. Se sienta en mi regazo y duerme entre nosotros por la noche. Es de lo más dulce.

—Salvaje, pero adorable —me dijo Spencer una noche en que estaba acurrucada detrás de sus piernas y ronroneaba ruidosamente —. Muy parecida a ti.

Quizá por eso Ardilla y yo somos almas gemelas.

Tocan con fuerza a la puerta y escuchamos una voz familiar.

—La *wedding planner* nos va a atacar si no vienen ahora mismo —grita Whit.

Suspiro y me enderezo, mirando a Spencer.

—¿Estás listo?

Sonríe.

—Como nunca. Vamos, señora Donato.

Bueno, definitivamente podría acostumbrarme a eso: me encanta el sonido de mi nuevo nombre.

TREINTA Y NUEVE

Spencer

Decidimos pasar nuestra luna de miel en la costa de Italia. Nos alojamos en Capri, con interior blanco y limpio, con vistas desde cada habitación. Sylvie reservó la suite más grande que tenían, por supuesto, con las mejores vistas del océano. El clima sigue siendo cálido y ella está en el balcón de nuestra suite, bronceada por el sol con un bikini blanco, en toples.

Yo permanezco adentro, mirándola a través de la puerta de cristal, pensando qué hacer. Había planeado bajar a la enorme alberca y relajarme en un camastro durante una o dos horas antes de salir a explorar y buscar algún lugar donde comer, pero tener a la vista los pechos de mi mujer hace que cambien mis planes.

Cedo a mis impulsos, abro la puerta corrediza de cristal y salgo. Está recostada en un camastro, con las rodillas flexionadas y un enorme sombrero de paja que le cubre la cara. Al oír la puerta, abre los ojos y esboza una leve sonrisa.

—¿Quieres acompañarme?

—Iba a bajar a la alberca.

—Quizá deberías bajar a chuparme. —Se ríe cuando no respondo —. Creo que el aire italiano me pone cachonda.

—Me gusta más tu idea. —Me siento en el borde de su camastro, posando una mano en su rodilla. Su piel brilla por lo que sea que se haya untado, y rayos, siento mucha tentación.

—No puedo sentarme toples junto a la alberca, por eso lo hago aquí. —Cierra los ojos y parece la rica mujer de la alta sociedad que es; finas cadenas de oro alrededor del cuello y pulseras de oro en las muñecas. Mi anillo en su dedo, acompañado por una fina banda de diamantes.

—¿Tienes protector solar?

—Sí —dice, curvando los labios—, aunque con un factor de protección solar bajo.

—Syl. —Suspiro.

—Spence. —Suspira en respuesta.

Subo la mano por su pierna y mis dedos recorren su muslo.

—¿Te estás divirtiendo?

Abre los ojos.

—Estas han sido las mejores vacaciones de mi vida.

—Estoy de acuerdo. —No ha habido más que sol, agua, sexo y comida. No podemos quitarnos las manos de encima: estoy de acuerdo en que hay algo en el aire italiano, diariamente la deseo como siempre la he deseado.

Después de nuestra luna de miel iremos a la casa de California y pasaremos unas semanas ahí, la remodelación está casi terminada. Sylvie ha estado yendo por lo menos una vez al mes para comprobar el progreso, llevando a su maldita gata con ella; a su Ardilla le gusta la correa que le pone Sylvie, o eso dice su dueña. He observado la mirada de Ardilla y creo que apenas las tolera a ambas.

Yo me estoy retirando poco a poco del negocio de mi padre, y él lo ha permitido. En realidad, no hemos hablado de ello, pero sé que me va a dejar marchar. Las palabras de Sylvie afirmando que todos podemos elegir me dieron fuerza porque tiene razón, ella es mi elección; mi mujer y nuestra nueva vida es en lo que quiero concentrarme. Nada más me importa, solo ella.

Me acerco a Sylvie y jugueteo con las cuerdas de sus caderas, desatando una lentamente. La tela se desamarra y, con un roce de mis dedos, la piel queda al descubierto, con el bikini colgando de la cadera.

—¿Qué haces? —Su voz es un murmullo bajo, cierra los ojos una vez más y me paso al otro lado, desatando la cuerda antes de retirar el bikini, exponiéndola por completo.

—¿Qué parece que estoy haciendo?

Levanta la cadera y yo le saco el bikini de abajo, dejándolo caer sobre las cálidas baldosas de terracota.

—Probablemente alguien pueda vernos.

Miro hacia la alberca, la gente alrededor y la que nada en ella.

—Nadie nos presta atención.

—Qué lástima. Seguro que podríamos dar un buen espectáculo. —Se quita el sombrero, dejándolo caer al suelo y la observo en silencio.

Exuberante, hermosa y completamente desnuda en el camastro. Mi mujer es increíblemente sexy desde que se siente cómoda en su propia piel. No es que no fuera sexy antes, más bien se ha vuelto más, y es casi un perjuicio para mí. No quiero estar lejos de ella y constantemente está en mi mente, incluso ahora, más que nunca. Soy un hombre obsesionado, y a Sylvie le encanta cada minuto.

Abre las piernas, mostrándome lo que tiene, y sin dudarlo, la toco, acariciándola suavemente con los dedos.

—Estás mojada —murmuro.

—Ajá. —Sus ojos se cierran de nuevo, inclina la cabeza hacia atrás y su cara brilla al sol—. Haz que me venga así, Spence.

Sigo explorándola, deslizando un dedo en su interior, luego otro, y el sonido húmedo de mis dedos entrando y saliendo de ella se hace cada vez más fuerte. Me inclino, me meto en la boca un pezón rosado, erecto y perfecto, que succiono, lamo y muerdo, haciendo que suelte un suspiro, haciéndola gemir desde las entrañas.

Hago que se venga solo con mi boca en sus senos y mis dedos dentro de su húmeda vagina, que me recibe gloriosamente. El suave «oh» que emite justo antes de que su cuerpo se consuma en estremecimientos es el único indicio de que está a punto de venirse. Cuando el orgasmo amaina, saco los dedos de su cuerpo y me pongo de pie, quitándome la camiseta. Me quito el traje de baño hasta que estoy tan desnudo como ella y desesperadamente erecto.

—Levántate —le exijo, y ella hace lo que le pido sin protestar, sabiendo que se va a beneficiar. Me siento en el camastro y la animo a sentarse encima de mí, lo que hace con impaciencia. En pocos minutos estamos reacomodados, mi pene incrustado dentro de su cuerpo, sus senos en mi cara, sus brazos enrollados alrededor de mi cuello.

—Me gusta —murmura con una leve sonrisa antes de darme un beso de lengua.

La beso también, muevo la cadera y la penetro. Me monta, se aferra a mí, su boca se funde con la mía, su vagina se aprieta alrededor de mi pene hasta que siento que voy a explotar. El aire caliente roza nuestra piel desnuda, me eriza la piel y me estremezco cuando me recorre la columna con las uñas.

—Te amo —susurra contra mis labios, justo cuando la sacude otro orgasmo.

Sus paredes internas se aprietan y me atormentan, provocando mi propio orgasmo.

Me vengo con un grito de sorpresa, sin importarme un bledo si molesto a alguien o llamo la atención de un extraño. El orgasmo llegó muy rápido, pero estoy demasiado concentrado en él para preocuparme.

—Fue rápido —dice una vez que nuestra respiración se calma y nuestro ritmo cardiaco se estabiliza.

La aprieto y le beso los pechos.

—Se siente bien.

—Siempre se siente bien contigo —dice con la mayor sinceridad.

Le sonrío, apartándole los cabellos rubios de la cara.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Ella me besa, moviendo su cadera, con mi pene todavía dentro de ella. Si sigue moviéndose así, voy a empezar a cogérmela otra vez—. No tenemos que bajar a la alberca. Todavía no.

Levanto las cejas.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—Quiero que sigas cogiéndome. Así. —Se lanza hacia delante, con su vulva caliente presionándome el vientre, y al instante se me vuelve a poner dura—. Despacio. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Lo tenemos. —Empujo hacia adelante, entrando más profundo —. Tenemos el resto de nuestras vidas, recuerda.

—¿Lo prometes? —Su sonrisa es tímida. Su risa, dulce.

—Sí —La beso, murmurando contra sus labios—, lo prometo. Tenemos el resto de nuestras vidas juntos, y suena bien.

Acerca de la autora

Monica Murphy es una autora bestseller de *The New York Times* y *USA Today.* Sus libros han sido traducidos a casi una docena de idiomas y ha vendido alrededor de un millón de libros en todo el mundo. Ha publicado de forma tradicional e independiente. Escribe historias de romance contemporáneo, juvenil y new adult. También escribe bajo el seudónimo Karen Erickson.

Está casada y tienen tres hijos. Vive con su familia, su perro y muchos gatos en el centro de California, en una propiedad de catorce hectáreas en medio de la nada.

Título original: *Promises We Meant to Keep*

Copyright © 2022 by Monica Murphy

Derechos de traducción con acuerdo de Sandra Bruna Agencia Literaria, SL,
y The Seymour Agency, LLC
Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Emily Wittig
Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado
Ilustraciones de portada: vtorous / Depositphotos
Traducido por: Mariana Hernández Cruz
Diseño de interiores: Eunice Tena

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2024
ISBN Obra Completa: 978-607-39-0212-0
ISBN Volumen: 978-607-39-1178-8

Primera edición en formato epub: agosto de 2024
ISBN Obra Completa: 978-607-39-0302-8
ISBN Volumen: 978-607-39-1849-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE


ADRIAN McKINTY
LA ISLA MALDITA
Buscaban unas vacaciones tranquilas en familia,
hasta que un terrible error lo cambió todo.
Planeta

La isla maldita (Edición mexicana)

McKinty, Adrian
9786073917896
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve el autor del bestseller La cadena con un thriller del que no podrás huir. Bienvenidos a la isla.

Heather Baxter ha logrado cambiar de vida: se ha casado con Tom, un joven y brillante médico, viudo y padre de dos hijos. Cuando su flamante marido recibe una invitación para asistir a un congreso en Australia, deciden que toda la familia lo acompañe para afianzar la relación entre Heather y los hijos adolescentes de Tom. Visitar la minúscula Isla Holandesa parece un sueño hecho realidad: koalas, canguros y aves exóticas al alcance de la mano, algo imposible de experimentar en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo, lo que parecían unas idílicas vacaciones acabará tomando un rumbo muy distinto. La Holandesa es una isla privada dominada por el clan de los O'Neill, una familia que no perdonará un lamentable accidente, y convertirá las vacaciones de Tom y Heather en una auténtica pesadilla.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Tillie Cole
INCLUYE UN CAPÍTULO INÉDITO
MIL BESOS TUYOS
Un beso dura un instante,
mil pueden durar la vida entera.
Planeta

Mil besos tuyos

Cole, Tillie
9786073913522
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un beso dura un instante, mil pueden durar la vida entera.

Poppy es una niña risueña y una prodigiosa violonchelista. Rune es misterioso y amante de la fotografía. Su historia juntos comenzó desde que eran muy pequeños, cuando se convirtieron en cómplices de aventuras, secretos y de un amor inquebrantable. Los años han pasado y, tras la muerte de su abuela, Poppy tiene la misión de llenar un frasco con mil besos de la persona que haga a su corazón estallar de amor, y sabe que sólo con Rune podrá iniciar esa gran aventura.
Pero el destino tiene otros planes que pondrán a prueba su relación. Rune y su familia tienen que volver a Noruega y todo lo que un día él y Poppy fueron se desvanece por completo, dejando tras de sí un inexplicable silencio. Sin embargo, la vida en una de sus tantas vueltas decide reunirlos de nuevo y, aunque ninguno de los dos es la persona que era, tendrán una segunda oportunidad para volver a enamorarse y descubrir el doloroso secreto que esconde Poppy, y que hará que cada beso se sienta como el último.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MI FINAL DE WATTPAD
POR LA AUTORA DE
A TRAVÉS DE MI VENTANA
ARIANA GODOY
Planeta

Mi final de Wattpad

Godoy, Ariana
9786073904247
440 Páginas

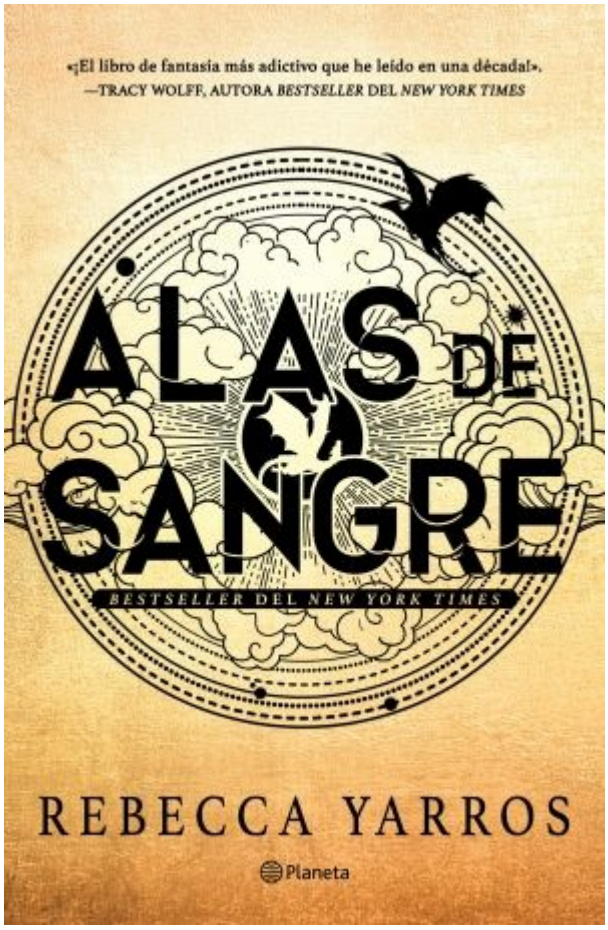
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Nadie dijo que crecer sería fácil, pero Jules no esperaba que fuera tan abrumador: la relación de sus mejores amigos está dañada, su mamá no está lista para soltar el pasado y los problemas con su novio Evan parecen no acabar.

Jules está segura de que no hay forma de empeorar la situación... hasta que su cercanía con Shane la hace cuestionar sus verdaderos sentimientos hacia el chico que por mucho tiempo juró odiar. Elegir entre Evan y Shane no debería ser difícil: uno es su guapísimo y misterioso novio; el otro es... un idiópido, pero tantos problemas nublan el juicio de Jules y le impiden dar el siguiente paso.

Ahora, no sólo tendrá que enfrentarse a la incertidumbre de lo que vendrá cuando se gradúe, sino que su corazón deberá tomar una decisión que cambiará su vida para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!».
—TRACY WOLFF, AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
ALAS DE SANGRE
BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
REBECCA YARROS
Planeta

Alas de sangre (Empíreo 1)

Yarros, Rebecca
9786073902427
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!».—Tracy Wolff, autora bestseller del New York Times

Bestseller* del *New York Times

Un dragón sin su jinete es una tragedia. Un jinete sin su dragón está muerto.
—Artículo uno, sección uno del Código de jinetes de dragones

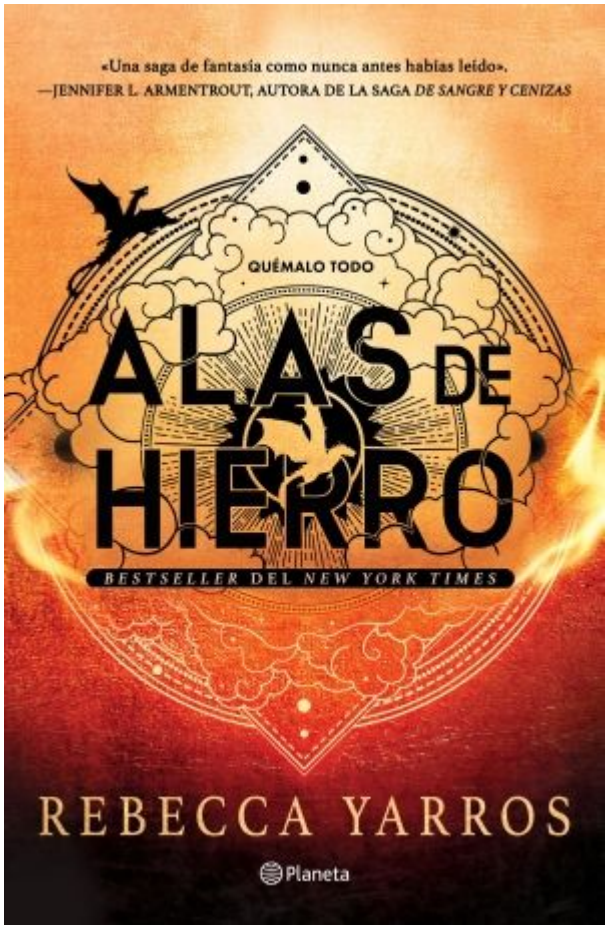
Violet Sorrengail creía que a sus veinte años se uniría al Cuadrante de los Escribas para vivir una vida tranquila, estudiando sus amados libros y las historias antiguas que tanto le fascinan. Sin embargo, por órdenes de su madre, la temida comandante general, Violet debe unirse a los miles de candidatos que luchan por formar parte de la élite de Navarre: los jinetes de dragones.

Cuando eres más pequeña y frágil que los demás tu vida corre peligro, porque los dragones no se vinculan con humanos débiles; de hecho, los incineran. Sumado a esto, con más jinetes que dragones disponibles, buena parte de los candidatos mataría a Violet con tal de mejorar sus probabilidades de éxito; otros, como el despiadado Xaden Riorson, el líder de ala más poderoso del Cuadrante, la asesinarían simplemente por ser la hija de la comandante general. Para sobrevivir, necesitará aprovechar al máximo todo su ingenio.

Día tras día, la guerra que se libra al exterior del Colegio se torna más letal, las defensas del reino se debilitan y los muertos aumentan. Por si fuera poco, Violet sospecha que los líderes de Navarre esconden un terrible secreto.

Amistad, rivalidad y pasión... en el Colegio de Guerra de Basgiath todos tienen una agenda oculta y saben que una vez adentro solo hay dos posibilidades: graduarse o morir.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


«Una saga de fantasía como nunca antes habías leído».
—JENNIFER L. ARMENTROUT, AUTORA DE LA SAGA DE SANGRE Y CENIZAS
QUÉMALO TODO
ALAS DE HIERRO
BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
REBECCA YARROS
Planeta

Alas de hierro (Empíreo 2)

Yarros, Rebecca
9786073909860
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«En el primer año algunos pierden la vida. En el segundo año, los que sobrevivimos perdemos la compasión». —Xaden Riorson

Todos esperaban que Violet Sorrengail muriera en su primer año en el Colegio de Guerra de Basgiath, incluso ella misma. Pero la Trilla fue tan solo la primera de una serie de pruebas imposibles destinadas a deshacerse de los pusilánimes, los indignos y los desafortunados.

Ahora comienza el verdadero entrenamiento y Violet no sabe cómo logrará superarlo. No solo porque es brutal y agotador ni porque está diseñado para llevar al límite el umbral del dolor de los jinetes, sino porque el nuevo vicecomandante está empeñado en demostrar a Violet lo débil que es a menos que traicione al hombre que ama.

Aunque el cuerpo de Violet es más frágil que el de sus compañeros, su fuerza radica en su ingenio y voluntad de hierro. Además, los líderes están olvidando la lección más importante que Basgiath les ha enseñado: los jinetes de dragones crean sus propias reglas.

La voluntad de sobrevivir no será suficiente este año, porque Violet conoce el secreto que se oculta entre los muros del colegio y nada, ni siquiera el fuego de dragón, será suficiente para salvarlos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)